



lecciones de AMOR

4 chicas, 3 chicos. Casi 18 años
Todos tan reales como tú



ALI CRONIN

ALI CRONIN

Lecciones de amor

Serie Nada es para siempre N°4

Traducción de Mercedes Nuñez

Alfaguara

Sinopsis

Dylan está enamorado de Ashley, Ollie lo está de Sarah y Jack de Hannah. Pero ¿y Donna? Donna cree que nadie se enamorará de ella nunca pero, cuando su tutor universitario lo hace, ella solo puede pensar en huir. Donna es divertida y brillante. Y Will es simplemente perfecto para ella. ¿Podrá Donna superar sus miedos y dejar que el amor surja entre ellos?

Girl Heart Boy son siete historias sobre un grupo de amigos el último año de instituto: Sarah, la romántica e inocente, Ashley, la transgresora y feminista, Rich, el amigo perfecto, siempre adorable, Donna, la fiestera y despreocupada, Jack, el deportista responsable, Cass, la dulce y eterna emparejada y Ollie, el divertido ligón del grupo.

Traductor: Nuñez, Mercedes

Autor: Cronin, Ali

©2013, Alfaguara

ISBN: 9788420415406

Generado con: QualityEbook v0.73

Lecciones de amor

Ali Cronin Índice

PORTADILLA

Índice

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Sobre la autora

Créditos

Para Evie Hazy,

un poco alocada

1

Era la mañana después de una estupenda noche de celebración; sin embargo, me encaminaba al instituto con más resaca que alegría. A ver, no es que estuviera de bajón total. Para empezar, era el último día antes de las vacaciones de mitad de trimestre, y una semana entera sin tener que pasar un solo segundo sentada en un aula llena de gente más inteligente que yo era algo que anhelaba con todas mis fuerzas.

Pero...

La noche anterior, mi amiga Cass había dejado a su novio. Fue una buena noticia, porque el tío era un capullo: de ahí la celebración.

Pero...

Me dio por pensar sobre las «relaciones amorosas». Aún estábamos en febrero y mi amigo Jack, el solterón a largo plazo, salía con alguien; Ashley, la folladora en serie número uno y mi mejor amiga, estaba enamorada; incluso mi padre tenía una novia. Vale, los demás de nuestra panda estaban solteros... pero yo era la única que llevaba así toda la vida. Con la excepción de Rich, claro está. Haciendo honor a la ley de Murphy, de todos los chicos que yo conocía y quería, el único de mi misma edad y capaz de rivalizar conmigo en cuanto al exceso de equipaje no sentía atracción por las chicas. No es que a mí me gustara él, pero ya se entiende.

Bueno, pues ya lo sabes. No había tenido una historia de amor desde hacía siglos. ¿Por qué?

Buena pregunta. En fin, todo el mundo sabe que los chicos de diecisiete años no son más que sacos de testosterona sin rumbo, atrofiados emocionalmente, inmaduros y plagados de acné. Y eso, los buenos. Además, lo de hacer confidencias no me iba. Ashley llevaba años siendo mi mejor amiga y aún había cosas que no le había contado. Por lo tanto, no me quedaba más remedio que llegar a una conclusión... ¿Y si era verdad? ¿Y si estaba destinada a la soltería eterna, a vivir sola con un montón de gatos?

Uf. Estaba harta de pensar en lo mismo. Con cada-maldita-resaca. Abrí una lata de coca-cola, me bebí la mitad de un trago y consulté mi móvil: las 8.30. Mierda, llegaba tarde. Traté de apresurarme, pero iba a ser que no. Las piernas me pesaban demasiado y, la verdad sea dicha, no me apetecía un huevo.

Primero tenía una clase práctica de Arte Dramático. Una vez concluidos los ejercicios de calentamiento —«El cielo está enladrillado...», inspirar y espirar durante cinco segundos, cosas así— Mac, nuestro profesor, se sentó al borde del escenario del taller de teatro y nosotros nos acomodamos en el suelo, frente a él. Colocó en alto la hoja impresa de una página web.

—Habréis visto esta historia —comenzó a decir con su divertido acento escocés. (Impensable imaginar que alguien que nos insistía tanto para que huyéramos de los estereotipos en nuestras improvisaciones acabara llamándose a sí mismo Mac. El tío era incluso pelirrojo. Solo le faltaba

vestir falda escocesa y acarrear una gaita.)

—Es una historia terrible —prosiguió—. Un chico de catorce años se ha ahorcado —nos quedamos mirándole, parpadeando. Apenas eran las nueve de la mañana y ya estábamos hablando de suicidios. ¿Buen método para levantar el ánimo? Como que no.

Mac continuó:

—Dejó una nota, pero no decía gran cosa y todavía nadie sabe por qué lo hizo. Sus padres, sus amigos... todos están desconcertados —nos miró, y le devolvimos la mirada. Nuestro profesor era aficionado a las pausas significativas. Después de seis años me seguía preguntando qué significaban en realidad—. Quiero que trabajéis en esto a solas, ¿de acuerdo? —se dio una palmada en las rodillas—. Diez minutos. En marcha —y en marcha nos pusimos.

No me moví de mi sitio y cerré los ojos, lo que me hizo parecer un tanto gilipollas; pero me ayudó a concentrarme. ¿Nadie sabía por qué el chico lo había hecho? Incorrecto. *Alguien* tenía que saberlo. Podrían tratar de justificarse a sí mismos, decirse que probablemente no tenían la culpa; aunque, en el fondo, sabrían que, de alguna manera, habían tenido que ver con su muerte. Pero, ¿en qué sentido?

Vale. Tal vez el chico muerto mantenía una relación secreta con alguna persona. Una relación por Internet, con una chica. No me apetecía seguir la ruta de la homosexualidad oculta. Demasiado obvia, demasiado homófoba. En fin. Una chica. Él le contó cosas que jamás había contado, y ella le correspondió. El chico no le habló a nadie de ella, excepto a su mejor amigo, que no paraba de decirle: «Sigue adelante, esa tía mola». En cuestión de días, el chico no podía pensar más que en ella. Hasta tenían el mismo sentido del humor.

Vale. Eso podría funcionar. Dejé que mi mente siguiera vagando.

Bueno. ¡Sí! Entonces, el mejor amigo se sincera: en realidad, esa «chica» era él. Él y otro amigo común lo habían hecho en plan de broma, pero el asunto se había salido de madre. Jamás había pensado que llegaría tan lejos. El tío se disculpa, al tiempo que se ríe sin parar como si su amigo realmente entendiera la gracia de la situación. Pero no la entiende. Está destrozado. Es como si llorase la pérdida de ella, aunque ella nunca ha existido. Y, para colmo, dos de sus mejores amigos se han estado tronchando de risa mientras él desnudaba su alma. La humillación, la traición y la soledad más absolutas. Se imagina que el instituto al completo se está burlando de él. Solo quiere desaparecer. Y eso es lo que hace.

Mac nos avisó que quedaban dos minutos. Decidí hacer un monólogo desde el punto de vista del mejor amigo. Me imaginé que la mayoría de mis compañeros se centrarían en los pensamientos del chico, los que le llevaron al suicidio; así que por una parte quise ser diferente, pero también podría explorar más posibilidades con el mejor amigo. Solo existía una manera de terminar la historia del pobre chico.

—De acuerdo —dijo Mac elevando la voz mientras batía las palmas—. ¿Quién quiere empezar? —sin esperar respuesta, señaló a Jessica. Estaría bien. Jessica parecía una treintañera con un cuerpo de diecisiete años. Tímida, amable con todo el mundo, no seguía la moda, jamás decía tacos, solía ser reservada sin hacer ostentación... pero cuando empezaba a actuar se volvía absolutamente intrépida. Se merecía todo mi respeto. Bueno, el caso es que representó el papel de la madre del chico. Fue impresionante. Al acabar, estaba deshecha en llanto: lágrimas auténticas le surcaban el rostro. Da un poco de corte llorar en clase, aunque se trataba de Arte Dramático y todos habíamos pasado por los ejercicios de confianza, bla, bla, bla; pero hasta al propio Mac se

le humedecieron los ojos.

Otros tres alumnos representaron su papel y, en efecto, yo estaba en lo cierto: todos eran el chico suicida. Entonces, Mac me señaló. Cuando estoy esperando, siempre me pongo nerviosa; pero en cuanto me meto en el personaje, se me pasa. No se trata de una típica gilipollez de diva. Bueno, *sí* es una típica gilipollez de diva; pero también es verdad. Yo, Donna Dixon, soy una persona nerviosa. Pero Danny, el mejor amigo del chico que se suicidó, no es nervioso. Se siente culpable y está destrozado y furioso y asustado. Me puse de pie, esperé un segundo y empecé. Improvisé durante unos minutos, trasladándome allí donde Danny me llevaba. No es que yo pensara que *era* Danny —habría resultado extraño—; pero daba la impresión... no sé... era como si se estuviera adueñando de mí. Así me sentía al actuar. Como si el personaje se hubiera metido en mi cabeza y yo hablara y actuara según sus pensamientos y emociones. A ver, a veces no funcionaba. Si antes no había dedicado el tiempo suficiente a reflexionar sobre el personaje, o si estaba cansada, o lo que fuera, ponía demasiado de mí misma y se apreciaba algo falso. Mac siempre se daba cuenta. Empleando su voz baja característica, solía decir: «Donna, vuelve al personaje», y yo hacía todo lo posible para regresar a él.

Pero aquel día sí estaba funcionando. No tomé ninguna decisión consciente, me limité a decir lo que me venía a la cabeza, lo cual desencadenaba lo siguiente, y lo siguiente, y así sucesivamente. La verdad es que no contaba con que Danny acabara gritando a su amigo muerto, tachándole de cobarde incapaz de aceptar una broma; pero es lo que pasó. Cuando, acto seguido, Danny se vino abajo, destrozado de dolor, me pareció el momento oportuno para terminar. De cualquier forma, todo el mundo se puso a aplaudir, así que asunto concluido. Mientras los aplausos me devolvían a la realidad me sentí hecha polvo, por curioso que parezca. Era el inconveniente de meterse en la piel de los personajes —o de dejar que se metieran en la tuya, o como se diga—. Te quedabas con algún que otro residuo de sus emociones. Habíamos trabajado para asegurarnos de que abandonábamos el personaje, pero a veces resultaba difícil de verdad.

—Guau. Un trabajo magnífico, Donna —aprobó Mac—. No creo que ninguno de los presentes haya dudado ni un instante de la verdad de la historia de Danny —(de esa manera hablaba Mac. «Verdad» no significaba que algo fuera verdadero en sentido literal, solo significaba que tenía «integridad», otro término característico de Mac. Te acababas acostumbrando.) Extendió las manos—. En realidad, no se me ocurre ninguna sugerencia —me dedicó una sonrisa—. Muy bien hecho.

Al final de la clase, Mac me pidió que me quedara.

—Donna, ¿has decidido algo respecto a la escuela de arte dramático? —me preguntó.

Sin lugar a dudas, actuar era lo único que me imaginaba haciendo en mi vida. De modo que llevaba varios meses dudando si estudiar «el oficio» o, simplemente, tratar de encontrar un representante al acabar el instituto. Cass (¡cómo no!) me había estado acosando para que «ampliara mi formación», y yo le había contado a mis amigas que pensaba ir a la universidad, pero del dicho al hecho...

—Bueno... lo más seguro es que quiera ir —respondí como una idiota. De alguna manera, Mac conseguía no poner la típica expresión en plan «¿me lo dices o me lo cuentas?». Buena técnica.

—Me alegra oírlo —dijo, en cambio, con una sonrisa—. No te olvides de que tienes que presentar las solicitudes antes de final de mes. Estaré encantado de echarles un vistazo contigo.

—Genial. Gracias —respondí. Entonces, como Mac no dijo nada más, añadí—: Eso haré.

Asintió con gesto enérgico.

—Muy bien. Y después podemos empezar con los textos para tus audiciones.

Noté por dentro un «¡ay!» que denotaba emoción y nerviosismo al mismo tiempo. ¡Textos para audiciones! Le daba una peligrosa apariencia de realidad... Pero aquella mañana después de la clase, y de los ánimos de Mac, sentí de pronto una inyección de confianza. ¡Creo que de veras puedo hacerlo!, me dije.

Ya olvidada mi resaca, salí prácticamente dando botes del taller de teatro, giré en dirección a mi clase siguiente —Lengua y Literatura— y los botes dieron paso a unas pisadas lentas, reacias. La Lengua se me daba de pena. De hecho, todas las asignaturas se me daban de pena excepto Arte Dramático, pero Lengua y Literatura era la cagada que coronaba el montón de mierda en el que consistía mi **tos** historial académico **tos**.

Como de costumbre, me senté al lado de Cass. Estaba bien, porque Cass y yo éramos colegas; pero también mal, porque Cass era una empollona. Unas semanas atrás le habían puesto un aprobado raspado en un trabajo y fue como si el mundo entero se le viniera abajo. Si alguna vez yo sacara un aprobado, sería en plan «toma ya, ¡IDIOTAS! Lo conseguí, ¡OTRA VEZ!».

Ya estaba sentada, con los libros preparados, balanceando el bolígrafo entre dos dedos. Me dejé caer a su lado y, por añadidura, tateé un par de compases de Beyoncé.

—Ja, ja —dijo con una sonrisa—. *Single Ladies*... «chicas solteras». Lo pillo. Muy bonito.

Le devolví la sonrisa.

—Muy agradecida... Bueno, ¿cómo te va? —le examiné la cara. Parecía estar bien.

—Perfectamente, la verdad —respondió con una nota de sorpresa—. Anoche me daba un poco de miedo dormirme, por si al despertarme esta mañana me arrepentía de todo; pero el caso es que me he despertado con un alivio inmenso.

Le dediqué un breve aplauso.

—Tía, estoy superimpresionada. Se necesitaban un buen par de narices para hacer lo que hiciste. ¿Has tenido noticias de Adam?

Se mordisqueó el carrillo.

—No... A ver, no es que espere tenerlas, pero...

—*Caaaass*... —le advertí—. Mantente fuerte, señorita. De todas formas, si te escribe un mensaje de texto te sentirás en la obligación de contestar, ¿tengo razón?

Se encogió de hombros.

—Sí, tengo razón —respondí en su lugar—. Tu válvula de buenos modales estallaría si no respondieras un mensaje en, yo qué sé, unos cincuenta y nueve segundos. Pero no debes. Así que lo mejor será que se escabulla a su agujero para lamerse las heridas en paz —me detuve e hice una mueca—. Bueno, lamento haber empleado esas palabras en la misma frase...

Cass negó con la cabeza.

—Mira que eres bruta.

Tiré hacia arriba de la mochila, me la planté en las rodillas y me puse a hurgar en busca de los apuntes de la última clase. Algún día acabaría guardándolos en una carpeta.

—Ya lo sé. Perdona —repuse yo mientras colocaba los apuntes sobre la mesa y volvía a registrar la mochila para encontrar un bolígrafo—. ¿Dónde estará el puto...? Ah, aquí está —puse un boli mordisqueado junto a los apuntes y empujé la mochila hasta debajo de la silla en el momento mismo en que llegó la señorita Ayles.

Al contrario que la mayoría de los profesores, no le gusta que la llamen por su nombre de pila. Y lo entiendo. Si me llamara Enid, me pasaría lo mismo. Se acercó a la pizarra blanca y escribió: ¡QUE DAN 3 SEMANAS PARA LOS EXÁMENES DE PRUEBA! Y luego, dado que las palpitaciones cardíacas provocadas por el estrés nunca son suficientes, debajo añadió: (¡16 SEMANAS PARA LOS DE VERDAD!).

Se giró hacia nosotros, sonriendo, y dijo:

—No estoy tratando de asustaros —fracaso estrepitoso, señorita A—. La semana que viene son las vacaciones de mitad de trimestre —prosiguió—, pero también es la época perfecta para ponerse al día y consolidar conocimientos. Considero que la expresión oportuna sería: «úsalas o pírdelas».

Se desplazó hasta su mesa, recogió un montón de papeles y empezó a repartirlos.

—Y hablando del tema, he corregido vuestros trabajos sobre *Tess, la de los d'Urberville* —Cass fue de los primeros en recibir el suyo. Pasó las páginas hasta llegar a la última. Giré los ojos para poder ver sin que se notara demasiado. Sobresaliente. ¡Bravo! Al entregarme mi trabajo, la señorita Ayles me dijo en voz baja:

—Si no te importa, quédate un momento cuando acabe la clase.

Genial. Ni siquiera necesitaba buscar la nota. El océano de tinta roja que se extendía por todo el trabajo hablaba por sí solo. Pero, como la pringada que soy, miré de todas formas. NC. ¡No calificado! Tan pésimo que no se califica. Es decir, un suspenso monumental. Vaya mierda. La había vuelto a cagar.

—¿Qué has sacado? —preguntó Cass como sin darle importancia.

—NC —respondí con el mismo tono. Me agaché y metí el maldito trabajo en la mochila de un empujón—. Hoy empezamos con *Romeo y Julieta*, ¿no?

Cass me clavó una mirada. Se la devolví. No es que me hubiera tomado lo del trabajo en plan flipada. Para nada. En realidad, estaba hecha polvo. Solo que pasaba de la lástima de Cass. O de sus consejos. Ay, Dios, sus *consejos*. Pobrecilla, me quería ayudar y todo lo demás pero, a ver, si ella cateara alguna vez, estaría bien que me ofreciera el beneficio de su experiencia. Pero jamás había cateado. Y otra cosa: ojalá la señorita Ayles no nos devolviera los trabajos al comienzo de las clases. Siempre me pasaba la hora siguiente rayándome por la posibilidad de suspender la asignatura, en lugar de atender. Y, *voilà*, incluso más posibilidades de suspender que antes, si es que era posible. ¡Joder! Me pasé una mano por la cara, me apoyé en el codo y traté de no dejarme llevar por el pánico mientras todo cuanto decía la señorita Ayles navegaba sin rumbo por mi cabeza. No es que yo fuera una inculta total, sabía que *Romeo y Julieta* era una tragedia, sabía que iba de familias enfrentadas, sabía que era una historia de amor; pero me resultaba imposible ir más allá. Y, para colmo, teníamos que elegir otros dos libros con los que compararlo y escribir un puto trabajo de tres mil palabras que contaría para la nota final. Ajá, como no basta con que escribas sobre un libro que no entiendes, ¡te damos tres por el precio de uno!

Después de la clase me quedé esperando, me puse a dar puntapiés contra el suelo produciendo pequeños chirridos y traté de no mostrarme demasiado enfurruñada. Cass se detuvo unos segundos; pero evité su mirada. Pasó la vista de mí a la señorita Ayles, cayó en la cuenta de lo que ocurría, y se fue.

—Gracias por esperar, Donna —dijo mi profesora una vez que los rezagados se hubieron marchado. Arrastró una silla hasta su mesa, me pidió que me sentara y se trasladó al otro lado

para tomar asiento en su propia silla.

—En fin. ¿Cómo te sientes con lo que está pasando? —juntó las yemas de los dedos formando un triángulo y me clavó los ojos.

Yo le sostuve la mirada, si bien no estaba segura de si se refería a cómo me sentía con su asignatura, con el instituto en general o, en efecto, con la vida en general. Por un instante me imaginé su reacción si yo salía con algo así como: «Bueno, mi padre está saliendo con una tal Barbie, apenas mayor que yo; mi mejor amiga se pasa el día con su nuevo novio mientras que yo *nunca* he tenido ninguno; para ser sincera, casi siempre me siento un poco sola y —¡ah, sí!—, voy a suspender su asignatura. Pero, por lo demás, todo va genial, gracias». Pero, en vez de eso, encogí los hombros y dije:

—Bien.

La señorita Ayles suspiró y se frotó un párpado con el dedo.

—Donna, tengo que decirte que, en tu caso, aprobar Lengua y Literatura en la reválida de bachillerato no es una apuesta segura... —no entendía bien qué me quería decir, así que me encogí de hombros otra vez. Lo expresó con más claridad—: Me refiero a que vas a suspender a menos que te pongas a trabajar en serio.

¡Vaya cosa! Como si no lo supiera de sobra. Pero el caso era que me resultaba imposible aprobar, de modo que, ¿tenía el mínimo sentido lo de «trabajar en serio»? O entiendes algo, en cuyo caso te puedes esforzar para comprenderlo mejor, o no lo entiendes, en cuyo caso más te vale renunciar cuanto antes porque no se puede construir a partir de la nada. Cero por cero igual a cero, ¿verdad? (Ja. Debería haberme matriculado en mates. No, ni hablar. Se me daban todavía peor que Lengua: conseguí arañar un aprobado por los pelos en la reválida de cuarto de secundaria, después de volverlas a cursar por segundo año. Y resultó que me había quedado un par de décimas por debajo del notable en el examen de Lengua, lo que hizo que me entusiasmara y eligiera Lengua y Literatura para bachillerato en plan «PUEDO HACERLO». Pensé que me vendría bien a la hora de actuar en obras de teatro, así que me decidí. Créeme, me había arrepentido de esa decisión un montón de veces.) Pero no le iba a decir eso a la profesora, así que me limité a responder:

—Ya lo sé. Voy a suspender.

Entrecerró los ojos y frunció los labios.

—Donna, ¿quieres aprobar tus exámenes?

—¡Sí! —acerté a responder. Pues claro, joder. ¿Quién *quiere* suspender?—. Seguramente... a lo mejor... voy a solicitar plaza en una escuela de arte dramático y para dos de ellas hay que aprobar dos asignaturas en la reválida de bachillerato, o sea que sí, quiero aprobar.

La señorita Ayles parpadeó ante mi inusitado arrebató y dijo:

—Bueno, me han contado grandes cosas sobre tus dotes de interpretación —(¿en serio?) Consultó el reloj—. Si no tienes otra cosa que hacer, ¿qué tal si nos tomamos un sándwich y preparamos un plan para tu trabajo de final de curso?

—Vale —respondí, impotente. Era lo último que me apetecía, pero estaba demasiado desanimada y con demasiada resaca para oponer resistencia. La señorita Ayles retiró su silla de la mesa y se colgó el bolso al hombro.

—¿Qué te apetece? Invito yo.

—Eh... lo que sea. Me... me da igual —tartamudeé. Una profesora me invitaba a almorzar.

Chungo.

—¿Queso y pepinillos?

—Sí. Perfecto. Gracias —odio los pepinillos.

—Genial. Quédate ahí sentada, vuelvo enseguida.

Asentí con la cabeza y me dejé caer sobre la silla. Menudo día de mierda.

Habíamos quedado a tomar unas copas después de clase para celebrar la mitad de trimestre en El Hobbit, un pub al que íbamos de vez en cuando. En condiciones normales, me habría apetecido; pero ese día no.

Ollie, que casi siempre estaba contento, echó la cabeza hacia atrás, empujó la cerveza y se secó los labios en un anuncio patético, aunque se abstuvo de sujetar en alto la botella, contra la luz, y mirarla embelesado, como si encerrara el sentido de la vida. Entonces, anunció:

—Atención, mañana voy a un sitio alucinante total y TODOS me tendréis envidia —se recostó en el respaldo de la silla y esbozó una amplia sonrisa—. Venga, a ver si lo averiguáis.

—O también nos lo puedes decir tú —repuso Ashley, alargando las palmas a ambos costados y moviéndolas arriba y abajo como los platillos de una balanza antigua.

—No. Lo tenéis que acertar —insistió obstinadamente Ollie, que se mordía el labio de pura expectación. No existía posibilidad alguna de que la respuesta no fuera a ser un tanto cutre. A Ollie se le debió de ocurrir lo mismo y al mismo tiempo porque, de pronto, se incorporó y dijo—: Está bien, os lo diré. Voy a una... —tamborileó con los dedos sobre el borde de la mesa—. ¡DISCOTECA DE PATINAJE!

Silencio estupefacto.

—¿Te refieres a una especie de pabellón de deportes donde la gente lleva patines y da vueltas en círculo al ritmo de canciones de las listas de éxitos? —preguntó Ashley, cuyo rostro era la definición de «¿pero qué me estás contando?».

—¡Sí! ¡Increíble! —exclamó Ollie que, cuando se lo proponía, conseguía poner un tono de lo más afeminado.

—Sí, ¡es increíble! —soltó Sarah, con ojos desorbitados—. Ay, Dios santo, ¡qué envidia me das! ¿Con quién vas a ir?

—Con mis primos —respondió Ollie—. Ven tú también, si te apetece... Y eso va por todos vosotros —añadió a toda prisa. Los demás teníamos la teoría de que le gustaba Sarah, aunque era un secreto total. Nadie debía enterarse. Y menos, Sarah. En cierta ocasión, a Cass se le había escapado el comentario de que Ollie había besado a Sarah el trimestre anterior; pero en aquel momento estaba borracha y no decía cosas muy coherentes, así que nadie supo si era cierto. Yo no tenía con ninguno de los dos la clase de relación que me permitiera preguntar. Y ambos se ponían muy susceptibles cuando la gente bromeaba sobre el tema. Pero a mí me resultaba evidente que se gustaban. En cuyo caso, no entendía por qué no se decidían de una vez; el amor correspondido no se presenta todos los días. Bueno, ellos mismos. Procuré no pensar demasiado en el asunto. Pura envidia, claro. Porque Sarah tenía a alguien que estaba por ella y yo no. Pensamientos mazo de feos, así que no les permitía quedarse en mi cabeza más de unos segundos, a menos que fuera muy de noche y/o estuviera muy borracha y/o con mucha resaca.

En fin.

—Cuenta conmigo, fijo —dijo Cass—. El patinaje se me da bastante bien —(¿Cass? ¿Algo

que se le dé bien? ESO SÍ QUE ES INCREÍBLE.)

—Y conmigo —añadió Rich—. ¿Hacer el capullo, y con la posibilidad de romperme algún hueso? Perfecto, lo mires por donde lo mires —esbozó una sonrisa burlona—. Aunque fui a clases de patinaje sobre hielo durante un año, a los diez, así que tengo todas las papeletas para que me vaya bien con los patines de ruedas —colocó una palma en alto—. Solo es una advertencia.

—¡Pero cómo! ¿Es que *todos* sabéis patinar? —Ollie lanzó las manos al aire—. A ver, colegas. La idea era que, juntos, lo hiciéramos de pena —negó con la cabeza—. Pues vaya desilusión.

—No te preocupes —dijo Sarah mientras le daba unas palmaditas en la mano—. Yo nunca he patinado.

Ollie le lanzó un beso.

—Bueno, doy gracias a Dios por ti, princesa —(¿ves a qué me refiero? Eso es amor.) Dirigió la mirada a Ashley, a Jack y a mí—. Y vosotros tres, ¿os apuntáis?

—¿Dónde hay que firmar? —dijo Ash al tiempo que miraba a Ollie con los párpados entornados.

—O sea, que es un «no» —repuso Ollie con tono alegre y se giró hacia Jack.

—Bueno, me gustaría... eh... claro que sí —dijo Jack—. Pero mañana he quedado con Hannah. Además, Luke me mataría si me lesionara justo ahora —Luke era el entrenador de fútbol de Jack, y Jack era un auténtico crack del deporte. Seguramente quedaba poco para que Alex Ferguson o alguien por el estilo le descubriera. Aunque él decía que quería ser entrenador de un equipo importante, y no jugador. Un chico listo, nuestro Jack. Todo el mundo se volvió hacia mí y me envolvió una oleada gigantesca de indiferencia. Bueno, qué más daba.

—Sí, vale —respondí mientras me preguntaba qué excusa se me ocurriría para librarme. Aunque, venga ya, mañana sería otro día, y siempre estaba dispuesta a probar cosas nuevas.

—De acuerdo, entonces —concluyó Ollie mientras fruncía un poco el ceño por mi sorprendente falta de entusiasmo. O creo que fruncía el ceño por eso. Igual es que acababa de tirarse un pedo inoportuno.

—¿Te encuentras bien, peque? —preguntó Sarah cuando la conversación cambió de rumbo—. Te noto muy callada esta noche.

—Bueno... Estoy cansada, nada más —respondí—. No me hagas caso. Se me pasará —y me levanté a toda prisa porque sabía que Cass iba a preguntarme qué tal me había ido el día—. ¿Alguien quiere algo de la barra? —pregunté—. Necesito patatas fritas.

Cuando regresé, todos charlaban sin parar y pude sentarme sin que nadie se percatara, o es lo que me pareció. Dirigí la vista a Ashley, sentada a la esquina contraria de la mesa, y luego volví a mirarla, porque me estaba clavando los ojos. Arqué las cejas y ella ladeó la cabeza, me lanzó una mirada en plan «ay, pobrecilla» y, moviendo los labios sin hablar, me preguntó: «¿Todo bien?». Pero yo no estaba de humor. Me limité a hacer una mueca y a encoger los hombros. «Lo que tú digas.» Entonces pareció preocupada de veras, así que me coloqué el móvil en las rodillas y en cuestión de segundos le envié un sms.

Día d mierda. Tuve q almorzar con la sta Ayles. Come cn la boca abierta.

Ash me respondió:

Guau, Donna y Ayles s lo mntan.

Y yo respondí:

Envidiosa.

Y Ash contestó:

No, xq nunca abandonaré a Paul, mi único amor.

Paul era nuestro tutor. Un tarado total. Resoplé y fingí que me daban arcadas. Ash se echó a reír. Entonces me sentí un poco mejor, aunque me habría gustado estar sentada a su lado. No sé por qué, había acabado encajada entre Jack y Cass, que eran encantadores y todo eso, pero no la mejor opción para animar a una chica. Además, predije que Cass pasaría al ataque en cuestión de segundos. Que es lo que ocurrió.

—¿Cómo te fue con la señorita Ayles? —preguntó con entusiasmo mientras me ponía una mano en la rodilla—. Me preocupé un poco cuando no te presentaste a almorzar.

Empecé a lanzar al aire mi posavasos de cartón. Un tic nervioso.

—Perfectamente. Solo fue una charla para levantarme la moral.

Cass proyectó hacia fuera el labio inferior en señal de comprensión.

—¿Qué te dijo?

—No mucho. Aunque, si te soy sincera, no me apetece un huevo hablar del tema —repliqué con la esperanza de que pillara mi insinuación (para nada sutil) y dejara de entrometerse de una puñetera vez.

Se encogió de hombros con naturalidad.

—De acuerdo. Vale. Estoy aquí si me necesitas.

—Gracias —respondí, prácticamente rechinando los dientes. Sabía que sus intenciones eran buenas, en serio. Era solo esa manía suya de dar consejos y, además, yo seguía un poco cabreada desde la semana anterior, cuando me sopló las respuestas a las preguntas de la señorita Ayles en clase. Fue humillante que te cagas. De todas maneras, le monté el pollo y ella me pidió perdón, y yo también le pedí perdón, así que estábamos guay; pero el caso era que a Cass todo le resultaba *fácil*. Mientras salía con Adam, el novio capullo al que había plantado la noche anterior, Jack estaba superenamorado de ella. Que yo supiera, todavía lo estaba. Pero Cass, básicamente, le dijo que nunca iba a tener nada con él, de modo que Jack, como era lógico, se largó y encontró a otra chica, es decir, a Hannah. Pero aquí está la clave: Cass podía haber elegido. Y Jack era un buen partido. A *mí* no me gustaba Jack, para nada; pero es que desde una encantadora experiencia que había tenido con un chico un tiempo atrás, decidí que lo mejor sería que no te gustara nadie, así que no significaba nada. Jack era alto, rubio, entusiasta, atractivo y, probablemente, acabaría ganando una pasta trabajando para un equipo de la Premier League. Pero a Cass le daba igual. Que alguien como él estuviera enamorado de ella no era más que un inconveniente. Yo era incapaz de imaginarme lo que debe de ser, y no exagero. No sabía qué me pasaba. Bueno, más o menos. Era la mancha de la mala experiencia anterior. Me rodeaba como el olor de un pedo, o esa era mi teoría. Yo emitía vibraciones en plan «no te enamores de mí: tengo antecedentes». También solía hacer bromas menospreciándome a mí misma, lo que está muy bien con los amigos íntimos, pero

la gente que acabas de conocer se cree que dices la verdad. Véase el mencionado olor a pedo.

En fin. A otra cosa. Hora de irse a dormir. Me levanté, me puse el abrigo, esquivé los «¿qué? ¿Te vas tan pronto?» de todo el mundo y me marché a casa. Como había dicho, mañana sería otro día, y de ninguna manera podía ser peor que el que acababa de terminar.

2

A algunas personas no les gustan las mañanas. No es mi caso. Soy madrugadora. Nunca duermo más allá de las nueve y media, hasta en las peores resacas. Llámame si quieres «la Annie mulata» (bueno, mejor no); pero creo firmemente en los poderes curativos de un nuevo día. *El sol brillará mañanaaaaaaa*, etcétera. De modo que el primer sábado de las vacaciones de mitad de trimestre salté de la cama rebosante de energía, y con la determinación de no volver a pensar jamás en la mierda de día que había sido el anterior. Después de enviar un mensaje de texto a Ashley para quedar más tarde en el centro, me di una ducha caliente, me enfundé mis vaqueros pitillo preferidos y un jersey con brillos más o menos nuevo. Entonces llegó el momento de domar la melena. Tengo pelo afro y me gusta llevarlo natural (nada de alisado u ondulado para mí), pero debo pasar por un cierto proceso si quiero conseguir unos rizos bonitos, para gran asombro de mis amigas blancas. Me apliqué acondicionador y tratamientos y aceites y serums para acabar con el encrespado. Pero al terminar quedó bien y desprendía un aroma a coco **cara sonriente**. Para rematar, me puse las lentillas y me maquillé. Montones de lápiz de ojos. Me encanta el lápiz de ojos. Y el rímel. Y las barras de labios. Mi madre odiaba que me maquillara tanto, aunque como no vivía con nosotros no podía hacer gran cosa al respecto. «Tu piel joven es preciosa. Te arrepentirás cuando seas mayor. Te saldrán granos...», etcétera, etcétera. Curiosamente, aún no le había comunicado la noticia de que iba a hacerme un tatuaje al cumplir los dieciocho. Ya se daría cuenta, y solo cuando me mirara el tobillo de cerca, si es que lo hacía. Y lo haría. Tiene un radar para estas cosas. Cuando Jess, mi hermana mayor, se hizo un *piercing* en el pezón, mamá lo notó *ja través de la camiseta y del sujetador acolchado!* Aunque no tengo ni idea de por qué se había puesto a mirar los pechos de su hija.

Bueno. Para abreviar: me maquillé. Me llegó el olor a beicon frito así que, mientras el estómago me rugía, bajé las escaleras dispuesta a zamparme un delicioso desayuno preparado por mi querido padre. Me gustaba que estuviéramos solos los dos en casa, lo que seguramente significaba que yo tenía problemas en cuanto al reclamo de atención pero, puf, qué le vamos a hacer. También me gustaba que Jess viniera de la universidad para pasar unos días en casa, pero siempre era agradable que las cosas volvieran a lo normal. Aunque desde que Barbie Yoga había entrado en la vida de mi padre, lo normal era mucho menos frecuente. No vivía con nosotros GRACIAS A DIOS, pero sí se quedaba a pasar la noche bastante a menudo. Como es natural, la idea de mi padre practicando sexo, sobre todo con ella, me provocaba vómitos. Era un poco más joven que papá —treintañera, supongo— y menuda, blanca y delgada, con pelo largo y rubio. No llevaba mucho maquillaje y era muy aficionada al reciclaje y al tofu y a las sandalias y esas movidas. De ahí lo de «Barbie Yoga» (un mote privado, jamás me atrevería a decirlo delante de mi padre). Pero, de todas formas, era el extremo opuesto a mi madre: alta, negra, glamurosa y con el pelo corto porque le estaba creciendo después de la quimioterapia por su cáncer de mama. (No había sido para tanto. Bueno, sí; pero ya no. Se estaba recuperando. Ahora que se encontraba bien,

Jess y yo podríamos haber vuelto a vivir con ella y su marido, Bryn; pero mamá y papá habían decidido que sería mejor no desarraigarme en ese momento crucial de mis estudios. No podíamos hacer nada que estropeará mis excelentes notas, ¿verdad? A ver, espera un momento...).

De todas formas, la melodía que sonaba en mi interior se detuvo con el chirrido propio de un disco de vinilo cuando entré en la cocina y vi a Barbie apoyada en el fregadero, comiendo una tostada de pan sin trigo. En serio, ¿qué sentido tiene? Pues no comas pan, y punto. Tenía la irritante costumbre de quedarse levantada mientras comía, con un pie apoyado en la rodilla de la pierna contraria como si estuviera recibiendo una clase de yoga en una playa de Goa, en vez de encontrarse en la cocina de un chalé pareado de los años cincuenta. Todo lo que tenía que ver con ella era sereno, lento, tranquilo —ya sabes, en plan zen— y me ponía absolutamente de los nervios. Ashley decía que debía de gustarle el Kama Sutra, además de todo lo anterior. ¡Uggh! Muy fuerte. ¿Cómo no se me había ocurrido? No me apetece mucho imaginármela a ella y a mi padre metidos en faena. Bueno, por suerte el Kama Sutra debe requerir el silencio más absoluto, porque nunca había oído ruidos de sexo. Todo tiene su lado bueno.

—¡Donna! —exclamó Barbie, como si el hecho de verme le hubiera alegrado el día en vez de, reconozcámoslo, todo lo contrario—. ¿Cómo te va, chica? (*¡Chica?! Qué enrollada.*)

—No demasiado mal —repuse con voz monótona mientras me trasladaba hacia donde papá echaba pegotes de salsa marrón sobre una rebanada de pan con mantequilla. Le pasé la mano por la calva—. ¿Todo bien?

—Perfectamente, gracias —repuso de forma un tanto fría. Puse los brazos en jarras y lo miré. A ver, ¿es que no había tratado a su novia con la educación suficiente? Nunca me había comentado nada al respecto aunque, la verdad sea dicha, en ese sentido ya me debía de haber pasado tres pueblos. Decidí hacer caso omiso. Si tenía algo que decir, que lo dijera.

—Yo también estoy perfectamente, gracias por preguntar —comenté con tono alegre. Encendí el hervidor de agua y metí una bolsa de té en un tazón.

Se quedó callado. Entonces, Barbie metió baza:

—De hecho, esta mañana ha llegado una carta.

Nuestra pequeña cocina parecía aún más pequeña con Barbie dentro. Empecé a sentir claustrofobia. Fingí estar observando el hervidor mientras, en realidad, la observaba a ella. Barbie dirigió la vista a mi padre, cerró los ojos unos instantes y asintió con gesto alentador. Vaya, qué emotivo momento en plan «somos-cómplices-en-esto». Y por semejante emotividad me entraron ganas de pegarle un puñetazo en la cara.

—¿Ah, sí? —elevé una ceja apenas interesada.

Mi padre, todavía sin levantar la vista mientras preparaba el sándwich, respondió:

—Sí. De tu profesora de Lengua y Literatura.

Vale. Mierda.

—Ah, sí, ya sé de qué va —repuse como sin darle importancia—. Ayer tuvimos una reunión al respecto —a juzgar por la sensación abrasadora a un lado de mi cara, Barbie trataba desesperadamente de captar mi atención. Que lo siguiera intentando.

—¿Por qué no me lo DIJISTE? —gritó mi padre de pronto, lo que me hizo pegar un salto. Mi padre no es de esas personas que gritan. Entre otras muchas cosas, fue su actitud relajada lo que acabó con su matrimonio. Eso, y también el hecho de que mi madre empezó a follar con un galés bastante cachas, alias mi padrastro, Bryn. Bueno, al tema. Los gritos. Di unos torpes pasos hacia

atrás en plan melodramático y puse las palmas en alto.

—Vale, tío, cálmate. No es para tanto.

—*Sí* es para tanto, Donna —replicó mi padre—. Estamos hablando de tu FUTURO. Incluso las escuelas de arte dramático te piden la reválida de bachillerato. (*¿Incluso?*) Golpeó un puño sobre su mano abierta—. ¿Es que *no* te das cuenta? Dios, tu madre me va a linchar, joder.

Lo miré con la vista gacha.

—Si me dejas terminar —espeté con frialdad—, iba a decir que no es para tanto porque lo estoy solucionando. Así que no hace falta que mamá se entere —lancé una mirada a Barbie, que clavaba la vista en mi padre con el ceño fruncido a más no poder. Me costaba entender por qué pensaba que el asunto iba con ella. Tosí—. ¿Te importa? —clavé los ojos en la puerta con toda intención.

Sin excesivo entusiasmo, se apartó del fregadero.

—No le hagas caso, Barbie —indicó papá. Luego, dirigiéndose a mí, añadió—: No seas tan grosera, maldita sea.

—Ay, lo siento, no me había dado cuenta de que ahora es Barbie quien manda aquí —dije, comentario que mi padre pasó por alto. Lástima.

—Bueno. ¿Cómo lo estás solucionando, exactamente? —preguntó al tiempo que se cruzaba de brazos.

—La señorita Ayles y yo hemos preparado un plan —respondí, cruzando los brazos como él.

Afirmó con la cabeza, mirándose los pies, y dijo:

—De acuerdo. Y es un plan que evitará que suspendas porque...

Puse los ojos en blanco.

—Porque... escucha con atención, porque la puta frase es supertécnica... Me ayudará a *planificar* mi *trabajo* —ahogué un grito y me llevé a la boca una temblorosa mano como si se tratara de una revelación que fuera a cambiar nuestras vidas.

—No le digas palabrotas a tu padre —intervino la Voz del Fregadero. Deslicé la vista hacia Barbie, quien proyectaba la barbilla hacia fuera con gesto santurrón.

—¿Qué? —solté por lo bajo mientras hacía una mueca de desprecio. Mi padre empezó a decir algo, no sé si dirigido a ella o a mí, pero Barbie se le adelantó.

—Creo que no deberías hablar así a tu padre —insistió, echándose el pelo hacia atrás—. No se lo merece.

Entorné los ojos y la cólera me invadió como la lava. Barbie trató de sostener mi mirada, aunque no con un cien por cien de efectividad.

—¿Y quien *coño* eres tú para decirme lo que tengo que decir o no a mi padre? —siseé. Mi padre y yo nos decíamos tacos el uno al otro todo el rato. No significaba nada. Yo nunca, JAMÁS, habría dicho eso delante de mi madre; pero con papá no era más que una manera de hablar. Barbie le lanzó una mirada lastimera como si él debiera acudir en su ayuda, probablemente echándome a la calle; pero, mala suerte, zorra, porque se limitó a sacudir la cabeza con gesto de frustración y nos dijo que lo dejáramos. No pude evitar lanzar a Barbie una mirada de triunfo de la que ella fingió no percatarse.

—Mira, Don —dijo papá mientras se acercaba a su amiguita y le ponía en los hombros un brazo que ella agarró en plan «¡Aggh, sálvame de tu malvada hija!». Bruja estúpida—. ¿Por qué no nos sentamos los tres, desayunamos y charlamos sobre el tema con sensatez?

—¿Porque no me apetece?

—¡HAZ LO QUE TE DIGO! —rugió, pegándose otra vez un susto. En serio, ¿cuál era su problema? Nunca solía ponerse así.

—Vale, de acuerdo, si tanto significa para ti... —salí con paso lento de la cocina y me acerqué a la mesa de comedor del salón, tiré de una silla y me dejé caer.

—Vale —dijo mi padre, soltando aire mientras me seguía hasta la mesa. Me entregó un plato con mi sándwich de beicon, además de un tazón de té, colocó otro tazón donde Barbie se acababa de sentar y él mismo tomó asiento. Di un sorbo. ¡Puaj! Leche de soja. Qué fuerte. Barbie miró su tazón como si la leche de vaca fuera el pis del diablo y, sin mediar palabra, intercambié las bebidas.

—Ah. Gracias —dijo ella.

—No hay de qué darlas. Lo hago encantada —mentí.

—Bueno. Barbie ha sugerido que contratemos un profesor para ti —anunció mi padre—. Y me parece una gran idea.

No dije nada, me limité a masticar el cerdo frito con pan y lo miré.

—Vamos, cariño, tú sabes que tiene sentido.

Seguí sin abrir la boca.

—Te buscaré uno —dijo Barbie—. Tengo varios contactos estupendos. Gente encantadora, además. Haré que te sientas orgullosa, Donna —esbozó una sonrisa de aliento. Arqueé una ceja, solté mi sándwich en el plato y empujé mi silla hacia atrás.

—Siéntate —decretó mi padre con tono cansado.

—No, gracias —respondí—. Te dije que me estaba encargando de las cosas en el instituto, y lo estoy haciendo. No es por molestar pero, Barbie, esto no es para nada, *para nada*, asunto tuyo. Así que gracias por la sugerencia y todo eso, pero no quiero tu ayuda... —de pronto, me detuve. Acababa de caer en la cuenta. Dirigí la vista a mi padre—. Ay, Dios santo, ¡ya sé exactamente por qué te has puesto en este plan! ¡No quieres que piense que eres un padre descuidado! —ladeé la cabeza—. Mierda, ¡te avergüenzas de mí! —fruncí las cejas para ocultar las lágrimas que de pronto habían aparecido tras mis párpados mientras mi padre balbuceaba sin parar tratando de decirme que era una ocurrencia absurda. Me mordí el labio y me concentré para mantener la voz firme—. Bueno, gracias a Dios por Jess, ¿eh? Hace que el apellido Dixon sea motivo de orgullo en la universidad —me levanté, una mano plantada en la cadera, con la intención de quedarme mirándole fijamente; pero entonces mi estúpido labio empezó a temblar, así que abandoné. Les di la espalda a ambos y me fui.

Mi padre me llamó y oí movimientos pero, acto seguido, se oyó la voz de Barbie:

—Deja que se vaya, Mick. Se le pasará.

Apreté los puños a los costados. ¡Dios! Me atacaba los nervios.

—Deja que se vaya, Mick —la imité por lo bajo mientras, de un tirón, arrancaba mi abrigo de la barandilla al pie de las escaleras. Tomé mi mochila y salí, dando un portazo a mis espaldas.

Llamé al timbre de casa de Ashley. Eran unas cuatro horas antes de cuando habíamos quedado, pero le había enviado un mensaje de texto por el camino. Cuando abrió la puerta iba vestida con una camiseta de Nirvana y unas bragas, tenía el pelo apelmazado a un lado de la cabeza y en los ojos se le notaba ese aspecto arrugado de recién levantada.

—Te he despertado al llamarte, ¿a que sí? —dije al tiempo que me quitaba los zapatos a sacudidas. Se estiró y soltó un gruñido—. ¿Y luego te has vuelto a dormir?

—*Trnquila* —dio un bostezo descomunal—. Anoche me acosté tarde.

Traté de poner un gesto de disculpa.

—Lo siento... Bonita camiseta.

Parpadeó y bajó la vista, como si no se hubiera dado cuenta de que la llevaba.

—Ah, gracias. Es de Dylan.

Acto seguido, el propio Dylan bajó las escaleras a zancadas. Debería haberme imaginado que estaría allí, pero no lo había hecho, y me sentí como una idiota. Dylan llevaba solo unos vaqueros y unas zapatillas de lona hasta el tobillo, viejas y de color negro.

—Buenos días —dije, tratando de no mirar su torso desnudo. No es por hacer la gracia, pero era un poco tirillas.

—¿Todo bien, Donna? —dijo él antes de devolver la atención a su novia, que seguía con aspecto somnoliento—. Eh, Ash... ¿me devuelves la camiseta?

—Sí, claro —respondió ella y, con un rápido movimiento, se la quitó. Se la entregó a Dylan—. Aquí tienes.

Él arqueó una ceja.

—Gracias —y hacía bien en arquear la ceja, porque su chica estaba ahora en mitad del vestíbulo llevando por toda ropa unas bragas de algodón de un blanco immaculado («Nuevas —me pasó por la mente. Y luego, aunque no me siento orgullosa de esto—: a Dylan le debe poner el *look* en plan virgen»), con patas de araña saliendo por todas partes. Ashley no era partidaria del cuidado del vello púbico. Iba en contra de sus principios feministas.

—Ejem. Bonito matojo —comenté, porque sabía que le importaría un bledo. Y, en efecto, ni siquiera miró. Se limitó a sorber por la nariz y me dio las gracias. Se produjo una pausa y, sonrojándome de vergüenza, de pronto caí en la cuenta de que Ashley y Dylan querían despedirse, ella estaba prácticamente desnuda y yo me había plantado en medio como una imbécil.

—Bueno —dije con tono despreocupado—. Nos vemos arriba, peque. Adiós, Dylan —y sin mirar a ninguno de los dos subí corriendo a la habitación de Ashley, cerré la puerta y traté de no pensar en lo que pasaba en el piso de abajo. La madre de Ashley estaría trabajando y su hermana pequeña, Frankie, debía de andar en su clase de teatro, lo que implicaba que Ashley y Dylan quedaban libres para echar un polvo sobre la mesa del recibidor si les apetecía. Confíe en que el hecho de que yo estuviera en el piso de arriba supusiera que se contentarían con un morreo rápido en el felpudo pero, por si acaso, encendí el aparato de música de mi amiga. Después de unos cinco años y medio, aunque debieron ser unos quince minutos, apareció Ash, sonrojada y satisfecha. Mmm, me encanta.

—Siento haber venido tan temprano —me disculpé mientras, con aire despreocupado, pasaba las páginas de una revista de cotilleo que había encontrado en el suelo—. Ha sido una mañana de mierda con Barbie Yoga... Un horror.

—Tranquila —repuso Ashley—. Es verdad, soy la mejor amiga del universo —dedicó unos segundos a sacar ropa de los cajones y del armario y a recogerla del suelo—. ¿Te importa si me doy una ducha? Seguro que apesto.

Solté un suspiro.

—Peque, tú apestas siempre.

—Una desgracia, sí —convino Ashley—. Vuelvo en diez minutos, ¿vale?

—Vale.

Y una vez más me quedé en la habitación mal ventilada de mi mejor amiga, leyendo noticias de varios meses atrás sobre famosos. Aun así, lo prefería a que Barbie me organizara la vida.

Abrí una ventana para librarme de, reconozcámoslo, el olor a sexo, y miré alrededor distraídamente. Había perdido mi virginidad en aquella habitación. No con Ashley, por si se te pasa por la cabeza. Podría haberla visto desnuda, pero ahí acababa todo. Había ocurrido alrededor de un año y medio antes. Yo tenía casi dieciséis y llevaba tiempo quejándome con Ashley porque quería dejar de ser virgen antes de que fuera legal, porque nadie tenía que decirme cuándo podía practicar sexo, ya me encargaba yo de decidirlo, muchas gracias. Al final, Ash se hartó de mis quejas y nos fuimos a una discoteca con el único propósito de encontrar a alguien con quien yo pudiera perder mi virginidad. La madre y la hermana de Ashley se habían ido fuera el fin de semana así que yo iba a usar la habitación de Ashley en plan antro de sexo, mientras Ash dormía en la habitación de su hermana. Pensándolo bien, fue una idea estúpida que te cagas, y potencialmente peligrosa; pero bueno. Salió bien. La verdad es que no me acuerdo del nombre del chico. Me sale Hugh, pero suena patético, así que lo llamaremos Chase. Era bastante agradable. Lo había elegido por los siguientes motivos: (a) puso cara de que le había tocado la lotería cuando empecé a hablar con él; (b) sus amigos también parecían majos; (c) no era feo y (d) era más bajo que yo, así que podría darle una paliza en caso de que intentara algo chungo. Al final, Ashley también se llevó a casa a uno de sus amigos, de modo que más o menos parecía algo normal.

El pobre Chase no era como para lanzar cohetes en el apartado del sexo, y no estoy diciendo que yo fuera mejor. No tuve oportunidad. Arremetió como si me quisiera incendiar la vagina, y no de una manera agradable. Era más bien en plan «¡Tengo que frotar! ¡Más rápido! ¡Más rápido!». Unos noventa segundos más tarde, se acabó. Pero, oye, mi virginidad había desaparecido. Misión cumplida.

Por la mañana nos sentamos a comer Choco Krispis bajo un silencio incómodo hasta un punto insoportable antes de que Chase y su amigo se dieran a la fuga, y Ashley y yo nos pasamos la siguiente media hora alternando chillidos y risas histéricas.

Notando una leve sensación de asco por el recuerdo, bajé a la cocina con la intención de recuperar puntos perdidos en plan buena amiga. Preparé té con tostadas y, milagrosamente, conseguí trasladarlo al piso de arriba sin verter grandes cantidades, a pesar de que no pude (no me molesté en) encontrar una bandeja.

Ashley había terminado de ducharse y estaba en su habitación, en pelota picada.

—Anda, gracias —dijo soltando la toalla con la que se estaba secando para tomar una tostada.

—Lo tuyo es una adicción o algo parecido, ¿a que sí? —dije yo.

Pareció desconcertada.

—¿A qué te refieres? ¿A las tostadas?

—No, tarada. A estar desnuda.

—Ah. Pues no sé —expulsó hacia fuera el labio inferior como si lo estuviera considerando—. Pues lo cierto es que no, para nada. No es más que carne, ¿verdad? ¿En qué se diferencia una vulva de una mano? —preguntó, señalando ambas por turnos, por si acaso yo no estuviera al corriente de las distintas partes del cuerpo.

—Bueno, déjame pensar —respondí—. Utilizas la mano para recoger cosas y acariciar animalillos peludos y, no sé, extender mantequilla. Y utilizas la vulva para hacer pis y follar.

Ashley encogió los hombros.

—¿Y? También usas la mano para hacerte pajas, ponerte tampones y limpiarte el culo — esbozó una sonrisa amplia, agitó las cejas y, a toda prisa, empezó a ponerse la ropa que había tirado sobre la cama antes de la ducha.

—Guau —me dejé caer sobre el colchón. No era frecuente que Ashley me superase en cuanto a groserías—. Señorita Greene, es usted una chica con estilo. Dylan tiene *taaaaanta* suerte —dije con acento americano, no sé por qué razón.

Sonrió de una forma un poco irritante en plan «recuerdo-de-un-momento-íntimo».

—Y tanto que sí —sujetó la taza de té, me pasó la mía y se vino conmigo a la cama—. Dime, ¿qué ha pasado con Barbie Yoga?

—Bueno, que me ha cabreado —respondí—. Mi padre ha recibido una carta de la señorita Ayles en la que le cuenta que voy a suspender Lengua si no, en fin, me hacen un trasplante de cerebro, y Barbie ha decidido que necesito un profesor y está decidida a buscarme uno.

Ash arrugó la frente.

—¿Qué ha dicho tu padre?

—Piensa que es una «gran idea» —respondí marcando comillas en el aire—. Pero es solo porque no quiere parecer despreocupado delante de su piba.

—Qué raro —sorbió el té ruidosamente—. No le pega... Ups, perdona —tomó su móvil, que estaba sonando—. Es Dylan. Solo un segundo...

Pie de entrada para una conversación intermitente con la persona de la que se acababa de despedir menos de media hora antes. Por lo que pude entender, estaban quedando para que Ash fuera a su casa aquella noche. En ese caso, era evidente que no pensaba ir a la discoteca de patinaje.

—Has cambiado —comenté cuando terminó de hablar—. ¿Qué ha sido de lo de «responder llamadas en mitad de una conversación es una grosería?» —sacudí la cabeza con desconsuelo, pero Ash no sonrió. Saltaba a la vista que se trataba de un tema espinoso.

—Sí, bueno, ha sido menos de un minuto —replicó—. En fin —soltó el móvil a un lado de la cama y se cruzó de brazos con gesto eficiente—. ¿Y por qué tu padre piensa que va a parecer despreocupado?

Me encogí de hombros.

—No sé. También le da miedo que mi madre vaya a pensar que no me está educando bien. De todas formas, tengo la mitad de los genes de mi madre. Ella me ayudó a ser corta, ¿verdad?

—Cállate —replicó Ashley haciendo una mueca. Trató de darme una patada, pero estaba erguida a la cabecera de la cama y yo estaba a los pies, con la espalda apoyada en la pared, y sus pequeñas piernas no eran lo bastante largas—. No eres corta.

Asentí con cortesía.

—Vaya, gracias. Pero, evidentemente, lo soy, o no estaría a punto de suspender.

Puso los ojos en blanco.

—En serio, tía, la autoestima baja es cosa de preadolescentes. Que no se te dé bien la Lengua no significa que seas corta —su móvil emitió una alerta de mensaje y Ash se interrumpió para consultarlo.

—Bueno, da igual —dije yo, harta de la conversación—. El caso es que estoy intentando aprobar el examen de Lengua de la reválida y, por como van las cosas, no lo voy a conseguir... —trasladé el foco de atención hacia ella—. ¿No te preocupan los exámenes de prueba?

Pero Ashley se reía por lo bajo mientras escribía un sms.

—¿ASHLEY?

Levantó la vista.

—¿Qué?

—¿Me estás escuchando?

—¡Sí! —soltó el móvil—. Dios, relájate... Sigue —agitó una mano en mi dirección.

—Te he preguntado si no te preocupan los exámenes de prueba.

—No —respondió sin ni siquiera pensarlo. Esperé una explicación, pero no me la dio. Se limitó a mirarme sin parpadear, y en sus ojos no se apreciaba el más mínimo rastro de duda.

—¿Pero cómo puedes NO estar preocupada?! —exclamé golpeando el edredón.

—No lo sé, Donna —respondió—. Supongo que he estado pensando en ellos unas cuantas semanas y, al fin y al cabo, solo son de prueba. Aunque los hagas de pena, tienes tres meses para mejorar.

—¿LLEVAS REPASANDO UNAS CUANTAS SEMANAS?! —vociferé—. ¡Nadie me ha dicho que se suponía que lo teníamos que hacer!

—Vamos, peque, relájate —dijo Ashley, dando un ligero respingo por mi estallido—. A mí tampoco me lo dijeron pero, a ver, los exámenes de prueba se acercan, así que... —se pasó la lengua por los dientes—. De todas formas, no es que haya estado empollando en plan rotuladores fluorescentes y fichas. No soy Cass. Solo he estado, ya sabes, echando un vistazo.

—Ya. Más de lo que he hecho yo —empezaba a arrepentirme de haber ido a su casa—. ¿Y cómo sacas tiempo para estudiar y ver a Dylan?

Me miró como si le estuviera hablando en un idioma diferente.

—Aunque estudiara dos horas al día, lo que obviamente no hago, me quedarían... —hizo una pausa para hacer el cálculo, moviendo los labios y los dedos—. Quince horas para estar con Dylan, trabajar en la tienda, verte, comer tarta, etcétera. Y los fines de semanas, todavía más.

—Ya. Supongo que sí —sentí que me mareaba. Eso de que Ashley estudiara sin que se lo pidieran y que respondiera las llamadas y sonriera en secreto por un chico... No la reconocía. Mi Ashley echaba polvos con cualquiera, solo respondía a los mensajes de texto y entregaba los deberes en el último momento, si es que los entregaba. La echaba de menos.

—De todas formas, no te comas el coco, cariño —dijo, rechazando mis desgracias con un gesto de la mano, como si fueran ligeras como una pluma—. Solo, a ver, empieza a repasar —me dedicó una sonrisa en plan «lo sé, es evidente».

—Sí, gracias —dije frunciendo el ceño—. No sé cómo voy a repasar si no entiendo nada de lo que me han enseñado; pero, sí, vale.

—Dios, mira que estás gruñona hoy —protestó Ash, lamentando a todas luces haberme dejado ir a verla.

Me mordisqueé la parte interior de la mejilla.

—Ya lo sé. Perdona. Tengo una mala mañana. Cambiemos de tema.

Alcanzó de nuevo el móvil y dijo:

—Mira, no sé, cómprate una carpeta. Organiza tus apuntes. Algo es algo, ¿no?

No pude evitar sonreír.

—Sí, ¿te acuerdas de eso que has dicho, que no eres Cass? —me propinó un puñetazo en el muslo que me dejó la pierna entumecida—. ¡AY! Joder, Ashley.

—Bueno, pues cierra la boca —esbozó una sonrisa y negó con la cabeza—. Tienes un morro que te lo pisas.

Se produjo una pausa.

—¿Pero dónde se compra una carpeta hoy en día? —pregunté mientras me llevaba un dedo a los labios.

Ash seguía escribiendo un mensaje.

—No pienso molestarte en contestar.

Me eché a reír.

—Admítelo, has empezado a colocar tus apuntes por orden alfabético.

—Vete a la mierda.

Me reí con más fuerza.

Me clavó la mirada.

—Por lo menos te has animado.

Ah, claro, la buena de Donna nunca está de morros mucho tiempo. Así que nos pasamos las horas siguientes comiendo porquerías y viendo telebasura. O, mejor dicho, yo veía telebasura mientras ella se escribía con su novio, hasta que llegó el momento en el que tenía que verlo cara a cara. Dios sabría qué temas de conversación les quedaban. Igual es que el plan no era precisamente hablar. Puaj.

Envié un sms a Rich camino de casa para asegurarme de que iba a ir a la discoteca de patinaje y, ya puesta en modo organización, incluso me detuve en una papelería y compré una carpeta. Con sinceridad, estaba dispuesta a probar cualquier cosa. Las vacaciones de mitad de trimestre se extendían frente a mí y me hallaba decidida a llenarlas con trabajo de verdad. Ashley no era la única capaz de cambiar. A pesar de que, la verdad sea dicha, yo tenía más probabilidades de pasar los exámenes de prueba que de encontrar novio. Aunque, ¡joye! ¡Aquella noche tocaba bailar en patines! Una noche llena de posibilidades, sobre todo la de romperme el tobillo y acabar en Urgencias. Pero, aun así, ¡posibilidades! Me enfundé los vaqueros cortos, medias negras y camiseta retro de la película *Dos chalados y muchas curvas*, y me preparé para causar sensación con mi atuendo estilo *skater*. Que es justo como se lo describí a Rich cuando me reuní con él a las puertas del polideportivo.

—¿Estilo *skater*? —se extrañó—. ¿En serio?

—Sí, totalmente —le di un leve puñetazo en el brazo—. Es lo que dicen los jóvenes enrollados.

—Los jóvenes enrollados.

—Sí —me señalé a mí misma—. De los que formo parte.

—*Vaaaaale...* —esbozó una sonrisa burlona y, acto seguido, me miró de arriba abajo con detenimiento—. Bonitos pantalones, de lo más sexy.

Bajé la vista para mirarme.

—Gracias... Me gusta tu... —incliné la cabeza hacia un lado—. ¿Qué le llamas a eso? ¿Un anorak?

—¡Vete a la mierda! —espetó—. Es una cazadora retro de la marca Fred Perry.

—Vale, de acuerdo —dije yo, asintiendo con la cabeza—. Será por todo ese tenis de campeonato que practicas.

—Mmm, ahora está de moda, ya sé que no tienes ni idea —me dedicó una sonrisa cariñosa. Ay, Rich.

Consulté mi teléfono mientras, distraídamente, le daba palmaditas en el brazo.

—Te quiero mogollón... ¿Dónde están los demás?

Encorvó los hombros mientras hundía las manos en los bolsillos.

—No sé. ¿Dentro?

—Ah —torcí el labio—. ¿A qué hora han quedado?

Me miró con los ojos como platos.

—¿Y yo qué sé? ¿Acaso importa?

Le devolví la misma mirada.

—No. Solo me lo preguntaba —señalé la puerta con la barbilla—. ¿Pasamos?

Una vez en el interior, pagamos las entradas y nos dirigieron a la pista, en la planta de abajo. Vimos a Ollie y a Sarah nada más llegar. Miraban por las ventanas y soltaban risitas como dementes.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Rich.

—¡La gente patinando! —repuso Sarah mientras señalaba—. ¡Ugh!

Nos reunimos con ellos junto a la ventana. Dentro estaba oscuro, con un juego de luces un tanto cutre que pasaba rozando las paredes y música *house* comercial que tronaba por los altavoces, provocando que los cristales vibrasen. El local estaba abarrotado de chicos y chicas, casi todos de nuestra edad, pero algunos mucho más pequeños y otros muchísimo mayores, todos ellos patinando alrededor de la pista en la misma dirección. Un hombre que tenía por lo menos cincuenta años (pelo blanco, barriga, vaqueros de abuelo y cazadora de cuero) se detuvo justo enfrente de nosotros, ejecutó un ocho con ademán confiado y luego empezó a patinar hacia atrás a toda velocidad con movimiento de tijera.

—Mierda —dijo Rich—. Se sabe todos los pasos.

—Como Jagger —añadió Sarah con solemnidad.

—En el sentido más literal, seguramente —comentó Ollie—. Mick Jagger y él deben de rondar la misma edad.

Observé cómo pegaban la nariz al cristal, con actitud pesimista.

—¡A mí me parece *genial!* —exclamé—. ¿Por qué os quedáis ahí parados?

Ollie giró el cuello hacia atrás para mirarme.

—Lo estamos retrasando, nada más —se apartó con desgana de la pared—. Venga, vamos. Mis primos se han rajado, aunque nos echaremos unas risas de todas formas, ¿verdad?

Los demás nos mostramos poco convencidos pero, obedientes, nos pusimos a la cola para los patines. Curiosamente, hacía frío en el recinto y daba la impresión de que hubiera más gente de la que parecía desde fuera. También nos dimos cuenta de que la proporción entre patinadores y no patinadores era de sesenta/cuarenta.

—¿Lo veis? —les grité a mis amigos por encima del estruendo mientras nos sentábamos en el suelo para calzarnos los patines—. Es perfecto —dicho esto, me levanté. Los pies me flaquearon y me desplomé con un golpe—. ¡AY! ¡Mierda! —hice una mueca de dolor mientras los demás me señalaban y se reían. El coxis me estaba *matando*—. Creo que me he partido el culo.

—¡Ja, ja, ja! Ay, pobre Donna. ¡Ja, ja, ja! —saltó Sarah. Las risas restaban sinceridad a la muestra de compasión. Ella y Ollie me agarraron cada uno de una mano y trataron de levantarme, pero sus patines también se les torcieron y los tres acabamos amontonados en el suelo. Estuve peligrosamente cerca de hacerme pis en los pantalones de pura risa.

—¡Ay Dios mío! ¡No puedo respirar! —exclamé con un graznido. Sarah se carcajeaba tanto que la boca se le había puesto cuadrada. Entonces, de repente, con lo que parecía un reguero de chispas, una figura con minifalda de vuelo se detuvo hábilmente con un chirrido a nuestro lado. Cass. Los tres la miramos boquiabiertos.

—¡Por eso no contestabas al teléfono! —chilló Sarah.

—Sí, lo siento. Llevo un rato aquí. Es superdivertido —esbozó una sonrisa amplia—. ¿Qué hacéis en el suelo?

—Descansando —Sarah se recostó hacia atrás sobre los codos con aire despreocupado y cruzó las piernas. No es tan fácil cuando llevas patines pesados.

—Vale. ¿Entonces no necesitáis mi ayuda?

—No.

—En ese caso, me marcho —se giró hacia Rich—. ¿Vienes?

Rich negó con la cabeza.

—Igual dentro de un rato.

—De acuerdo. ¡Hasta luego! —y se alejó a toda velocidad. Sin articular palabra, observamos cómo se marchaba. Se la veía muchísimo más feliz y segura de sí misma ahora que no tenía novio.

Rich nos contemplaba desde arriba, impasible y erguido, con su año de conocimientos sobre patinaje. Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Dramático... Ven aquí —me tomó de la mano, dobló las rodillas para estabilizarse y tiró de mí hacia arriba—. Y ahora, quédate ahí —ordenó—. No intentes moverte.

Repetió la operación con Ollie y con Sarah.

—Vale. Ya está —nos dio la espalda y gritó por encima del hombro—: No intentéis andar. Tenéis que, a ver, deslizar un pie detrás del otro. Empujar. Y *deslizaaaaaar*. Empujar. Y *deslizaaaaaar* —hacia la demostración mientras hablaba.

—Empujar. Y *deslizaaaaaar* —repetimos como un loro. Más o menos funcionó.

—¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —exclamó Sarah a gritos. Y entonces—: ¡AAAAY! —porque estuvo a punto de volver a caerse. Ollie se quedó callado. Sin exagerar, nunca había visto a nadie tan concentrado.

—¡Eh, Ollie! —le grité, pero frunció el ceño y levantó un dedo.

—*Shhh*. Casi lo tengo... Eh, ¿adónde vas? —preguntó a Rich que, adentrándose en un gentío de patinadores en busca de Cass, levantó la mano en señal de silenciosa despedida.

—Será creído —protestó Sarah. Sonrió con aprobación—. Pero se le da bien.

—¿Quién le necesita? —preguntó Ollie, poniéndose de nuevo en movimiento.

—¡Es verdad! —respondimos Sarah y yo, y los tres seguimos perseverando. De hecho, no tardamos en pillarle el tranquillo a mantenernos derechos, y al cabo de una hora ya estábamos patinando con todo el mundo, si bien con paso vacilante y haciendo el molinillo con los brazos de vez en cuando.

—¡ME ENCANTA! —vociferó Sarah. Daba una especie de pisotones que más se parecían a patear sobre ruedas que a patinar, pero le funcionaba—. ¡BIIIEENNNN!

Ollie soltó una carcajada y la agarró de la mano; luego, tomó la mía. Nos pusimos a patinar formando una línea horizontal, lo que no fue una gran idea porque si uno de nosotros se caía, nos caíamos todos; pero era tronchante total. Y así es como estuvimos hasta el final. Aunque hay que admitir que no fue tan difícil, pues terminó a las diez. Después, salimos juntos a la oscuridad; los pies nos temblaban.

—Una noche genial —comentó Sarah—. Gracias por la sugerencia, Ols —le tomó del brazo.

—De nada, princesa... La próxima vez hacemos *puenting*, ¿vale?

—¿También eres experta en eso, peque? —le pregunté a Cass.

Se llevó una mano temblorosa al pecho y ahogó un grito.

—Ay, Señor, ¡se me olvidó aprender a saltar de los puentes!

Rich le rodeó los hombros con el brazo.

—No importa, cariño. Lo puedes añadir a la lista.

—Tantas actividades peligrosas y tan poco tiempo —dijo Cass, sacudiendo la cabeza con tristeza. Consultó el reloj—. Todavía es temprano, ¿vamos a otro sitio?

Ollie esbozó una amplia sonrisa.

—¡Te he pillado, doña Soltera!

—Solo quiero aprovechar mi tiempo al máximo —repuso ella con remilgo. Se frotó las manos—. Bueno, ¿a quién le apetece bailar? ¿Y si vamos al local de Charlie? Nos puede pasar gratis... —propuso con tono embaucador. El hermano mayor de Cass trabajaba de gorila en una discoteca de mala fama llamada Courtney's.

Resultaba apetecible, sobre todo porque Ollie y Sarah dijeron que se apuntaban; pero entonces Rich anunció:

—Yo no voy.

—Vale, colega —dijo Ollie. Nadie trató de convencerlo. Y no es porque no quisieran, sino porque Rich debía tener cuidado cuando había alcohol por medio. A veces resultaba difícil incluirle en los planes y, al mismo tiempo, no someterlo a la tentación. No es que él quisiera que lo tentaran, ya se entiende.

—Te acompaño a casa andando —le dije—. De todas formas, mañana tengo que estudiar.

Ollie dio un paso atrás, alarmado.

—¿Estudiar?

Sarah me colocó el dorso de la mano en la frente.

—¿Te encuentras bien?

Ja, ja. Puse los ojos en blanco.

—Tronchante... —miré a Cass por el rabillo del ojo, pero estaba arrastrando la punta del pie en el suelo mientras canturreaba por lo bajo. Le agradecí que no dijera nada. Era una buena persona, a pesar de ese fastidioso asunto del «cerebro-del-tamaño-de-un-planeta».

De modo que nos despedimos y Rich y yo nos pusimos a andar. Solos, unidos en nuestra soltería y en nuestra rareza.

3

Domingo. Era el día en el que la gente normal hacía los deberes, ¿no? Estaba de buen humor —la discoteca de patinaje había sido superdivertida y no tenía resaca—. Así que, ya sabes, ¡guau!

¡Manos a la OBRA! Etcétera, etcétera. Agarré un bolígrafo, el cuaderno, la carpeta nueva, y reuní mis apuntes de Lengua desde el año anterior y un poco más. Tardé un buen rato, ya que estaban esparcidos por todas partes. Incluso encontré algunos arrugados al fondo de una mochila que había usado justo al comienzo de segundo de bachillerato (sí, me sentí orgullosa de que se me ocurriera mirar ahí). Bajé con todo hasta el cuarto de estar, lo extendí sobre la mesa de centro, me levanté para asimilar el caos de papeles arrugados, suspiré, me fui a preparar una taza de té, volví, me tomé el té mientras miraba el susodicho caos y, soltando tacos de vez en cuando, llevé la taza de vuelta a la cocina, preparé un bol con cereales, volví, me puse a comer mientras miraba y soltaba tacos otra vez y, luego, reuní los papeles, los metí debajo de la mesa de cualquier manera y, cambiando de opinión, decidí empezar por mi trabajo de final de curso sobre *Romeo y Julieta*. Seguía siendo Lengua y Literatura, así que me estaba permitido. Lo de la «organización-de-apuntes» vendría más tarde.

Bueno. Saqué un folio DIN A4, escribí mi nombre en la parte superior y, debajo, el título: «El amor adolescente en *Romeo y Julieta*, *Panorama desde el puente* y *Cumbres borrascosas*».

Me senté sobre los talones. Mierda. ¿Dónde estaba mi móvil? En la cocina. Fui a por él y, mientras el agua se calentaba en el hervidor para otro té, busqué en Google «Amor adolescente en *Romeo y Julieta*». Me sentía razonablemente (es decir, no particularmente) confiada con respecto a *Panorama sobre el puente* y *Cumbres borrascosas*. Como mínimo, estaban escritas con un lenguaje más o menos normal. Pero las obras de Shakespeare las podría haber escrito un extraterrestre. Vale, montones de resultados. Un comienzo prometedor. El primero que pinché venía a resumir la relación de Romeo y Julieta en un solo párrafo y luego, en un listado, sugería preguntas para trabajos. El segundo resultado era de Wikipedia y me desbordó por completo. El tercero incluía mogollón de respuestas, pero no me permitía leerlas a menos que me registrara. El cuarto decía casi lo mismo que el primero.

Llevé el té y el móvil de vuelta al cuarto de estar, me senté en el suelo junto a la mesa de centro y arranqué otra hoja de papel. En esta hice una lista de todo lo que había visto en la web que pudiera ser relevante. Hasta metiendo cantidades ingentes de paja, llegaría a reunir como máximo, no sé, ¿trescientas palabras? Necesitaba tres mil. Así que me puse a rebuscar entre el montón de papeles en el suelo hasta que encontré los apuntes que había tomado en la última clase, pero consistían en la fecha del día escrita numerosas veces con diferentes estilos, las palabras «Julieta era» y una sirena dibujada con todo lujo de detalles. Muy útil, sí señor. Pero, a ver, ¿qué sentido tenía ese rollo de «poner-cosas-por-escrito»? Yo quería ser actor (sí, actor, no actriz. «Actriz» es un término machista, en mi opinión), y no una maldita escritora. Era consciente de que entender a Shakespeare sería beneficioso para un actor —acaso fundamental—, pero también estaba convencida de que ese entendimiento no se alcanzaba escribiendo un puto trabajo detrás de otro. Era incapaz de hacerlo. ¡Incapaz! Y entonces —¡joder!—, casi me echo a llorar.

Indignada, me pasé la mano por los ojos, solté unos cuantos tacos más y volví a agarrar el móvil sin saber en realidad por qué. Mantuve el teléfono sobre la mano abierta. Rich. La noche anterior, camino a casa, habíamos estado hablando sobre cómo le iba. Había pasado unos meses horribles, empezando con la muerte de su abuela y siguiendo con una depresión, demasiado alcohol, demasiadas pastillas, una sobredosis por accidente. Estaba recuperándose, pero se había quedado atrás con los estudios y estaba teniendo «charlas importantes» con los profesores, parecidas a las mías, aunque seguramente ellos se mostraban más comprensivos con él. Normal.

Busqué «llamadas recientes» y pulsé su nombre.

Escuché el clic cuando respondió a la llamada, un estrépito de origen impreciso y, después:

—Dixon.

—Jones... ¿qué era eso?

—Se me había olvidado que el móvil seguía enchufado. ¿Cómo te va?

—De pena. Nunca conseguiré escribir tres mil palabras —me eché hacia atrás para apoyarme en el sofá y traté de no mirar el montón de papeles. ¿Y si encerraba el secreto para aprobar mis exámenes? Lo dudaba mucho. Me provocaba ganas de vomitar.

Rich chasqueó la lengua denotando comprensión-barra-sarcasmo. Así funciona Rich. Pero, luego, dijo:

—Si te sirve de consuelo, yo no he empezado siquiera a pensar en el asunto.

Rich estaba en la otra clase de Lengua y Literatura de último curso, con Sarah. Yo habría preferido mil veces estar con ellos que con Cass, sin ánimo de ofender.

—¿Vas a hacer el de amor adolescente? —pregunté.

—No lo sé. Todavía no lo he mirado. No hay que entregarlo hasta junio.

Sonreí.

—Ay, Rich, siempre consigues que me sienta mejor.

—Por ti, lo que sea, peque... —una pausa—. Escucha, yo también estoy cagado por los exámenes de prueba y esas movidas. Tengo la excusa del duelo/la sobredosis...

Le interrumpí.

—Es buena.

—Sí, desde luego. A cualquiera que le asusten los exámenes le recomiendo desplomarse en el váter de un pub, en un charco de vómito y con los calzoncillos bajados. En fin, iba a decir que el hecho de tener una excusa hace que los profesores sean más tolerantes conmigo, pero no va a pasar lo mismo con los correctores de la reválida, ¿a que no? Si suspendo, suspendo. No van a decir: «Ay, pobre Rich, su abuela se murió y él la cagó tomando antidepresivos. Venga, le aprobamos».

—Supongo que no —convine yo.

—Así que estoy como tú, cariño. Juntos, seremos jóvenes con fracaso escolar, ¿vale? ¡Guau!

Esbocé una sonrisa.

—Has dado un puñetazo en el aire, ¿a que sí?

—Sí, claro.

—Lo suponía —me subí al sofá—. Bueno, ¿qué vas a hacer?

El teléfono me silbó en el oído cuando Rich soltó aire.

—No estoy seguro. No quiero repetir curso, *para nada*. Pero tampoco quiero una nota de mierda en la reválida.

—¿Cuándo te tienes que decidir?

—No estoy seguro —repetió—. Mañana tengo una reunión con Paul.

Solté una risita.

—Será divertido.

—Ugh, no me lo recuerdes —Rich soltó un suspiro afligido—. La última vez me llamó «colega».

Por algún motivo, me pareció tronchante. Empecé a partirme de risa y no pude parar.

—¿Qué pasa? —preguntó Rich, dolido—. ¡Es verdad! —trató de parecer indignado, pero también se reía—. Mira, peque —dijo una vez que nos hubimos calmado—. Si de veras quieres aprobar Lengua, aprobarás. Y no estoy hablando en plan *Toy Story*, «tienes que creer en ti» y chorradas por el estilo. Aprobarás porque eres demasiado inteligente como para no hacerlo —empecé a protestar, pero me interrumpió—. No, calla un minuto. Ya está bien con el rollo de «soy corta». Resulta de lo menos atractivo, sin ánimo de ofender. Y más bien insultante para los cortos de verdad. ¿Por qué ibas a robarles lo único bueno que tienen?

Solté una carcajada.

—En serio —prosiguió—. Eres una actriz impresionante...

—Actor —le corregí.

—Ugh —prácticamente escuché cómo ponía los ojos en blanco—. Tienes vagina, ¿me confundo?

—La última vez que miré, sí.

—Vale, pues aceptamos actriz —declaró con firmeza—. Como decía, eres una *actriz* impresionante, eres divertida y, te guste o no, se te dan bien las palabras.

—¡Ni hablar! —espeté, aunque estaba disfrutando con los cumplidos.

—Sí, se te dan bien —insistió él con tono calmado—. Te he visto improvisar. Tienes oído, Don.

—Ya. Guay —me recosté en el sofá y clavé la vista en el techo—. Dime más cosas. Igual podías empezar ahora con mi suprema belleza natural.

—A nadie le caen bien las personas que tratan de conseguir cumplidos —respondió entre risas.

Columpié la pierna derecha sobre la rodilla doblada de la izquierda y agité en el aire los dedos de los pies.

—Vale. Buenas palabras.

—¡Ni que lo digas! Bueno... ¡Ejem! —añadió.

—¿Qué?

—Me toca, ¿no?

—Ah, perdona. Vale —me incorporé un poco—. Mmm.. —chasqueé la lengua contra los dientes—. *Ayyy*, ¡ya lo tengo! Siempre hueles bien.

Una pausa.

—Genial. «No apestas.»... No, no sigas —dijo con impecable monotonía—. No puedo soportar esta avalancha de cumplidos.

Para entonces, me desternillaba como una lunática. Nadie me hacía reír tanto como Rich.

—Bueno, sobra decir que también eres guapo, listo, ingenioso y estás tan cachas que me cuesta reprimir el impulso de hacerte el salto del tigre cuando estamos en la misma habitación.

—Eso está mejor. Aunque lo del salto del tigre me resulta *ligeramente* perturbador... Bueno, el caso es que lo que te he dicho va en serio —continuó, poniendo de pronto un tono más formal—. Tómalo o déjalo, cariño, pero sugiero que lo tomes. Con toda probabilidad es demasiado tarde para que yo me ponga al día, pero tu caso es distinto. No es como si los exámenes fueran la semana que viene... —hizo una pausa—. Puedes hacerlo, Don —declaró con sencillez—. Así que hazlo de una puta vez, ¿vale?

—Vale —respondí—. Lo haré.

Y hablaba en serio. Claro que sí. Pero aunque agradecía en el alma la fe que Rich había depositado en mí, no iba a ocurrir por arte de magia. No es que, de repente, yo fuera a ver la luz y me sentara a redactar una auténtica obra maestra, el Mejor Trabajo de Lengua y Literatura de la Historia. Lo que hice en realidad fue terminar la llamada con una cálida sensación inducida por los cumplidos, sonreír para mis adentros, incorporarme, mirar el montón de papeles en el suelo y dejar de sonreír. No iba a resultar fácil. Para qué engañarse, era casi imposible. Pero no *completamente* imposible. Y en ese espacio entre *casi* y *completamente* se hallaba mi resquicio de oportunidad. De modo que necesitaba un profesor particular, pero Barbie Yoga se podía ir a la mierda. Encontraría uno yo misma y aprobaría la puta reválida a mi manera. **Tímido puñetazo en el aire**

4

Parecía totalmente la escena de una película. Primer día de vacaciones, ligera capa de nieve en el suelo, tres amigos —llamémoslos Sarah, Ollie y Ashley— con las mejillas sonrosadas y envueltos en varias prendas de lana, se ríen, bañados por un aura de juventud y positivismo y movidas por el estilo. Por desgracia, también se trataba de la Vida Real, y no de Hollywood; así que en vez de hacer algo divertido y espontáneo íbamos camino a la biblioteca para repasar. También en la Vida Real, yo iba arrastrando los pies detrás de ellos, lo más seguro con cara de culo. No me apetecía pasarme el primer día de mitad de trimestre en la biblioteca.

Pero entonces, un pedazo de papel pinchado en un corcho lo cambió *todo*, y no exagero en lo más mínimo.

—¿Qué haces? —preguntó Ollie al entrar en la biblioteca y ver que me desviaba para mirar el tablón de anuncios.

—Quiero echar un vistazo. Iré a buscaros en un minuto.

Se alejaron y me volví hacia el tablón. Por descontado estaba pensando en buscar un anuncio de un profesor particular, aunque no me podía creer que fuera tan fácil. La noche anterior había investigado en Google «profesores particulares segundo bachillerato Brighton», pero al final, asustada, abandoné. Todos hablaban de pruebas gratuitas o de registrarse. Parecía demasiado oficial, posiblemente demasiado caro y, sin lugar a dudas, demasiado parecido al instituto. No estaba muy segura de lo que quería, pero desde luego no quería eso. De modo que, sin grandes esperanzas, eché un vistazo al tablón. Y allí, justo en medio, como si lo hubieran puesto a propósito para mí, había una nota con las palabras «profesor particular para universitario» en la parte superior y, debajo: «Maximiza tu potencial para tu solicitud de universidad. Profesor para la reválida de bachillerato, disponible por las tardes y algunos fines de semana con acuerdo previo. Contacta con Will Browning.» Antes de tener la oportunidad de rajarme, marqué su número.

—¿Diga?

Estuve a punto de colgar. ¿En qué estaba pensando? ¿De veras quería divulgar mi cortedad mental más allá de mi círculo de profesores, amigos íntimos y parientes? Respuesta: no. Pero, de todas formas, cerré los ojos con fuerza y farfullé:

—Hola, me llamo Donna y he visto tu anuncio en la biblioteca y querría saber si aún estás

libre —me senté en el suelo, espalda contra la pared, rodillas rozando la barbilla y móvil escondido en la palma de la mano. No es que me diera vergüenza... Bueno, en realidad, eso era exactamente. Por toda clase de razones.

—Ah, ¡genial! Eres la primera persona que me llama por el anuncio —respondió él. Luego, tosió y dijo—: Bueno, aparte de los cientos de usuarios de biblioteca desesperados por hacer uso de mis excelentes dotes pedagógicas, claro está.

Me reí, indecisa. Parecía amable y natural, nada que ver con el elegante prodigio intelectual con americana de *tweed* que me había esperado.

Como yo no decía nada, añadió:

—Bueno, eh... ¿Qué necesitas?

—No estoy segura —respondí—. Básicamente... —respiré hondo—. Bueno, básicamente, voy a suspender Lengua en la reválida de bachillerato.

—Vale —dijo él—. ¿Hasta qué punto vas retrasada con respecto al programa?

—No voy retrasada —respondí—. Pero saco notas fatales en todo y aún no he empezado el trabajo de final de curso.

—¿Cuando dices notas fatales te refieres a...?

—Bueno, saqué un NC la última vez, pero por lo general me ponen treses y cuatros —tragué saliva, muerta de vergüenza.

—¿Y vas al día?

—Sí.

—En ese caso, lo podemos conseguir —aseguró con sencillez—. No suspenderás.

Elevé las cejas.

—Guau, pareces muy seguro.

—Lo estoy —respondió—. Me refiero a que quizá sea demasiado tarde para los exámenes de prueba, pero podemos enderezar las cosas a tiempo para tu trabajo de final de curso y los exámenes de verdad. Si es que quieres, claro. No trato de venderte la moto.

—Vale. Porque tienes a esos cientos de personas que echan abajo tu puerta —dije sin poder evitarlo.

Soltó una carcajada.

—¡Existen, te lo prometo! —hizo una pausa y esperé. Luego, añadió—: Mira, cobro diez libras por cada clase de noventa minutos. Te puedo dar tantas o tan pocas como quieras. Si quieres, damos una de prueba para ver qué tal.

No sonaba mal. Era más o menos un tercio del precio de las que había visto en Internet.

—Sí, vale —respondí mientras el estómago me daba un vuelco como cuando un coche pasa a toda velocidad por una hondonada en la carretera.

Debía de estar sonriendo cuando llegué a la mesa de mis amigos, porque Ashley arqueó una ceja y preguntó:

—¿Algo que quieras contarnos?

—No, nada —repose con tono despreocupado—. Solo es que acabo de hablar con un profesor particular de Lengua que está macizo —me abaniqué en plan femenino.

—¿En serio?! —exclamó Ashley, enderezándose en la silla—. ¿Qué pinta tiene?

Me senté a su lado.

—Ni pajolera idea, ¿cómo voy a saberlo? Solo hemos hablado por teléfono. Pero suena bien. Parecía muy seguro de que puedo aprobar Lengua, y con eso me basta.

—Me alegro por ti —intervino Sarah—. En serio, me cagaría si tuviera que llamar a un desconocido para pedirle ayuda.

Sonreí.

—Gracias, tía —volví la mirada a Ashley para ver su reacción, pero estaba absorta con el móvil, soltando risitas mientras leía un mensaje. No había que ser un lince para imaginarse de quién era.

Ollie le pegó una patada por debajo de la mesa.

—Eh, Greene, ¿qué tiene tanta gracia?

—Nada —respondió Ashley con timidez mientras tapaba el teléfono con la mano por si los demás intentáramos leerlo.

Fruncí el ceño. Como si nos interesaran los mensajes eróticos entre ella y Dylan. Muy fuerte. Nunca había visto yo a Ashley en plan tímido. Jamás. Y eso que éramos amigas desde primero de secundaria. Su teléfono emitió un zumbido y venga risitas otra vez. Sarah me miró a los ojos y esbozó una leve sonrisa. Cuando ella estaba con ese tal Joe, Ashley siempre le echaba la bronca por escribir mensajes en público. Encogí los hombros con gesto comprensivo y metí los labios hacia adentro al estilo «qué le vamos a hacer». Sarah agachó la cabeza hacia sus libros. Estaba repasando *Tess, la de los d'Urberville*. Tal vez debería preguntarle si me dejaba copiar algunos de sus apuntes. Pero entonces Ollie se inclinó hacia Sarah y le dio un codazo en el hombro. Ella se giró hacia él y Ollie señaló el paquete de rotuladores que Sarah tenía delante.

—Sabes que no te ponen mejor nota por ilustrar los exámenes, ¿verdad?

Sarah le puso una mano en el brazo.

—No has visto mi desgarradora interpretación de Tess y Angel. Es un triunfo.

Ollie esbozó una amplia sonrisa.

—No tengo ni idea de qué hablas, pero aun así... —agitó las cejas con descaro—. Cuéntame más.

Sarah se echó a reír.

—Inculto.

Dirigí la vista a Ashley y puse los ojos en blanco —¿por qué Sarah y Ols no se decidían de una vez a pillarse una habitación?—, pero estaba tecleando en el móvil como una loca.

Me repantingué en la silla. Vale, genial. Me encontraba sentada a una mesa rodeada de tensión sexual y mi única aportación era un comentario embustero sobre lo cachas que estaba un tipo al que no conocía. ¿Es que me resultaba físicamente imposible encapricharme de una persona real? Podía pasarme semanas obsesionada con un actor que había visto en una peli, pero ¿en la vida real? Nada de nada. Era como si me faltara un gen fundamental. El gen del enamoramiento. Me incorporé y me puse a leer los apuntes, si bien no conseguí concentrarme. El día siguiente. Empezaría al día siguiente, cuando viniera Will.

Aquella noche estábamos mi padre y yo solos para cenar. Preparó un chile con carne y nos lo tomamos viendo *Top Gear*, el programa de coches. Papá y yo estábamos siniestramente fascinados con *Top Gear*. A ver, los presentadores eran tontos del culo, pero aun así seguía siendo un buen programa. Curioso.

—Da gusto estar solos los dos —comenté mientras en la tele Jeremy Clarkson y el de la pinta de hámster recitaban las patéticas bromas del guion.

—Es verdad —convino mi padre. Hizo una pausa. Por la manera en la que empezó a masticar más despacio me di cuenta de que estaba pensando en decir algo. Tragó el bocado ruidosamente y, como sin darle importancia, añadió—: Deberías darle una oportunidad a Barbie, ¿sabes? Es una buena persona —y siguió comiendo como si nada.

—Mmm —dije yo.

Masticar, masticar, tragar, más bromas en el guion. No me apetecía hablar del tema. Me asustaba demasiado que mi padre me dijera que Barbie era La Única o acaso (ay, Dios), que se venía a vivir con nosotros. O algo peor.

En cambio, declaró:

—Me gusta mucho.

Tragar.

—Excelente —raspar, raspar, tenedor sobre el plato—. Me alegro por ti.

Mi padre soltó el tenedor y, apartando la atención de la tele, me miró. Mierda.

—Donna, hablo en serio. Por favor, dale una oportunidad...

Me concentré en perseguir con el tenedor una judía pinta en mi plato.

—Sé que debe de ser difícil para ti tener que compartirme con otra persona...

—No me importa —me burlé. Mentira y gorda.

—Vale, bueno... supongo que te sería difícil aceptar a cualquiera con quien yo empezase a salir.

Me encogí de hombros sin intención de decir nada, pero luego pensé: ¡a la mierda!

—Supongo que tengo el listón muy alto en lo que a ti se refiere —traté de no hacer una mueca—. A ver, ¿quién es?

—Bueno... —pareció reflexionar sobre el asunto unos segundos, ya que, sin prestar atención, se puso a colocar con los dedos trozos de chile con carne en el tenedor—. Ya sabes que es gerente en el trabajo.

(Papá trabajaba de jefe de almacén en una empresa que fabricaba piezas para la «industria aeroespacial». Todo en plan un tanto misterioso. Se encargaba del inventario, del cumplimiento de calidad, del control de existencias... Cosas así. Cuando era pequeña, me encantaba ir a verle al trabajo. Sus compañeros me recibían con entusiasmo y me regalaban galletas, y papá me daba una vuelta en una de las carretillas elevadoras. Pero hacía siglos que no iba allí: una niña de cuatro años no va a reconocer piezas secretas; pero una de seis, siete u ocho tal vez sí. Y yo seguía sin entender del todo su actividad diaria, más que nada porque él no me la contaba.)

Vale. Gerente.

—Sí —dije.

—Y, bueno... —me miró casi con desesperación—. ¿Qué quieres saber?

Me incliné hacia delante y dejé el plato vacío en el suelo.

—No lo sé —metí los pies bajo el cuerpo—. Supongo... ¿Por qué te gusta? Quiero decir, aparte del hecho de que probablemente es contorsionista.

Soltó también el plato y se reclinó hacia atrás, con la cabeza apoyada en las manos.

—No seas intolerante, cariño —dijo—. El yoga es muy bueno para la salud. Estoy pensando en practicarlo —hizo un gesto como si estuviera de broma, pero no lo estaba, para nada. Mi

padre, el puto *hippy*.

Cuando yo rondaba los doce años me di cuenta de que un tipo tranquilo y fumador de marihuana como mi padre no era el más indicado para trabajar en una empresa aeroespacial pero, por lo visto, tenía que ver con abrazar el universo y acercarse un paso más a conocer lo incognoscible. No recuerdo cuál fue mi respuesta. Estoy segura de que no tuvo que ver con sentarme en el suelo con las piernas cruzadas, dar caladas a un porro y unirme a él en una espontánea interpretación de *Across the Universe*, como probablemente le habría gustado. Bueno, por fin mi padre había encontrado a alguien que compartía su entusiasmo por los viajes espaciales y los Beatles, me dije. ¡Premio doble!

Papá me miró y abrí los ojos como platos. «¿Y bien?».

—Vale —suspiró—. Me gusta Barbie porque es buena, es atractiva y se ríe con mis chistes.

—*Vaaaale* —me mordí el interior de la mejilla y me esforcé por no mostrarme demasiado escéptica, pero no pude evitar decir—: Aunque no es mucho, ¿verdad?

—Bueno, danos una oportunidad —dijo él—. Llevamos saliendo poco tiempo. Y, de todas formas, hay cosas que son privadas. Incluso para ti... ¿Cuándo fue la última vez que te pregunté por tu vida privada?

—Nunca —admití. Jamás me había preguntado. Aunque dado que yo nunca había tenido lo que se entiende por un novio, tampoco había existido motivo. Y la única vez que hubo alguien, mi padre no tuvo ocasión de enterarse.

—Vale. ¿Y qué tal si me otorgas el beneficio de la duda por una vez? Barbie no está mal —se percató de mi expresión y añadió—: Mira, sé que a veces se esfuerza demasiado, pero dale un respiro. Solo quiere que os llevéis bien.

Aspiré por la nariz.

—Sí, bueno. Esas cosas hay que ganárselas.

—¡Pues deja que se las gane! —papá se mostró triunfante, como si acabara de ganar *Pasapalabra*. Allá él. Emití un sonido impreciso y me levanté para llevar los platos a la cocina. Fin de la conversación.

5

El cuarto de estar se veía un tanto desordenado. Mis apuntes seguían en un montón debajo de la mesa de centro y las tazas de té habían dejado círculos en el cristal. Los periódicos del domingo estaban esparcidos sobre la mesa del comedor (por lo general llegaban a la pila de reciclaje después del miércoles) y tres fundas de DVD y sus correspondientes discos se encontraban en el suelo, delante de la televisión.

Yo estaba junto a la puerta, con los brazos cruzados. Podía hacer una limpieza rápida, pero sentaría un precedente peligroso. Si ese tal Will iba a venir con frecuencia (hay que pensar en positivo), no quería ponerme a dar vueltas de un lado a otro en plan ama de casa trastornada cada vez. De modo que quité los papeles de la mesa donde íbamos a trabajar y punto. Ah, sí, rellené el hervidor de agua y, *además*, abrí un paquete de galletas. Mi madre estaría orgullosa. (De hecho, se quedaría conmocionada y consternada. Su casa no estaba lista para las visitas hasta que el ambiente estuviera impregnado en un noventa por ciento del aroma del limpiador para muebles.)

Consulté el móvil justo cuando las 9.59 se convertían en las 10.00 y, no estoy de broma, el

timbre sonó en ese mismo instante. No sabía si esa puntualidad en plan trastorno obsesivo compulsivo implicaba que Will iba a ser un profesor increíble o si me iba a tomar por una vaga total, por un caso perdido. Solo había una manera de averiguarlo. Me obligué a no salir corriendo para abrirle, entre otras cosas porque nuestra casa era tan enana que con tres zancadas me habría dado un cabezazo contra la puerta. Mientras abría el pestillo solté una risita, ligeramente histérica, ante la imagen de Will encontrándome sentada en el suelo, aturdida, con pájaros piando alrededor de mi cabeza. Lo que por descontento significaba que su primera impresión de mí sería soltando una risita ligeramente histérica. ¡Bingo!

Capté una media sonrisa burlona antes de que dijera:

—Hola... ¿Donna? —y con un sobresalto caí en la cuenta de que Will Browning solo tenía unos años más que yo y, en efecto, era un bombón. Tenía más o menos mi estatura, pelo rizado castaño oscuro y ojos azules, y llevaba unos chinos marrones de cintura baja y una camiseta azul que estaba claro que era de segunda mano/*vintage*. De calzado, zapatillas de lona desgastadas. Daba la impresión de que fuera aficionado al *rock* oscuro. No es lo mío para nada, aunque tampoco sé muy bien lo que es.

—Sí, hola, Will. Encantada de conocerte —alargué la mano y la estreché, y por alguna razón tuve que prohibirme a mí misma mirarme la palma después. Sonreí—. Entra...

Me devolvió una fugaz sonrisa.

—Gracias.

Lo conduje hasta la mesa de comedor.

—Creo que es el mejor sitio para trabajar... Así que, eh... siéntate. ¿Te apetece una taza de té? Empezó a sacar cosas de la mochila. Sin levantar la vista, dijo:

—Solo si lo vas a hacer.

—Sí, lo voy a hacer —respondí.

—Genial, gracias —levantó los ojos y esbozó otra fugaz sonrisa—. Con leche y sin azúcar, por favor.

—Vale —me quedé mirando mientras se ocupaba de los cuadernos y bolígrafos y luego, un tanto desanimada, entré en la cocina. Puse cara de boba a mi reflejo en el microondas. «¿Pero *qué* esperabas? Eres una alumna de instituto a punto de catear. Muy sexy.» Fruncí los labios frente a mi imagen en el microondas y reflexioné sobre la borrosa silueta de mi reflejo en el cristal ahumado. ¿Qué veía la gente al mirarme? La gente me diría que tenía mucha suerte por ser alta y, ¡*oooh!*, deberías ser modelo, como si el único requisito previo fuera la estatura. Yo sabía que no pasaba inadvertida, pero también sabía que tampoco era Kate Moss (para empezar, el color de mi piel era unos treinta y cinco tonos más oscuro). Entonces, ¿qué era yo? ¿Quién era? Existía un motivo por el que me gustaba la interpretación. Fingir ser otra persona. El agua hirvió en la tetera y volví a poner cara de boba, esta vez más violenta, antes de dedicar mi atención al té con leche y sin azúcar.

Llevé el té y las galletas a la mesa, abrí el paquete de galletas por la parte larga para que resultara más fácil servirse y señalé ambas cosas con la mano abierta.

—Un pisco. Sírvete tú mismo.

—Gracias —respondió Will, y se zampó una galleta en dos mordiscos—. Me encantan las de jengibre y nueces —dijo con la boca llena. O creo que es lo que dijo. Luego, se limpió las comisuras de los labios con el pulgar y el corazón, dio un sorbo de té y giró hacia mí sus extraños

ojos azul brillante—. Antes de nada necesito ver tus apuntes y tus trabajos de clase, si no te importa.

—Ah. Sí. Claro —parpadeé por el brusco comienzo del asunto. Recogí los apuntes de debajo de la mesa de centro y se los planté delante—. Tengo los trabajos en el piso de arriba. Vuelvo en un minuto.

Cuando regresé, Will había empezado a formar varios montones de papeles. Tomó una hoja, le echó un vistazo y la tiró al suelo. Me hizo señas para que me sentara a su lado.

—Ayúdame a organizar esto, ¿quieres? De hecho... —bajó el brazo y recogió la hoja que acababa de tirar, la dobló en tiras y luego la abrió y se puso a escribir. Era zurdo. Mientras escribía, su codo me rozaba el brazo. Arrancó la primera tira y la colocó sobre el primer montón de papeles. Decía: «Wilfred Owen». Luego hizo lo mismo con *Tess, la de los d'Urberville* y el resto de libros obligatorios—. El montón que hay en el suelo es basura —explicó. Elevé una ceja y, sonrojándose un poco, se dio unos golpecitos en la frente—. ¡Palabra equivocada! Quiero decir que son papeles que no contienen apuntes útiles. Perdona.

Esbocé una sonrisa.

—Lo pillo.

Dedicamos unos minutos extrañamente amigables a organizar en montones todos los apuntes. Había una embarazosa cantidad de basura, y no toda se encontraba en el montón del suelo.

—De acuerdo —dijo Will una vez que la última hoja estuvo colocada—. Supongo que no tendrás una carpeta o un archivador, ¿verdad?

Levanté un dedo triunfante.

—¡Espera un segundo! —regresé corriendo a mi habitación, agarré la carpeta que había comprado en la papelería y volví a bajar corriendo—. Toma —le dije, un tanto falta de aliento.

—Perfecto —respondió, y se puso a archivar los apuntes y a señalar cada tema con un separador adhesivo de un taco que había sacado de la mochila—. Toma —me entregó la carpeta y la miré, maravillada.

—Guau, es increíble.

—Horas de práctica —respondió con una sonrisa. Volvió la atención a mis trabajos de curso. Los hojeó rápidamente, tomando nota del título y la calificación de cada trabajo. La más alta era un seis. Solo había uno. Impresionante, ¿a que sí? Luego, unos cuantos cincos, montones de suspensos y el NC. Will repasó la lista con gesto impasible mientras yo procuraba no morir de vergüenza. Dio un par de toques con el bolígrafo sobre la mesa, levantó la vista para mirarme y esbozó una amplia sonrisa—. Puedes aprobar el examen de Lengua de la reválida con plena seguridad. Vas mucho menos retrasada que algunos de los alumnos que he tenido.

Le lancé una mirada en plan «sí, claro».

—¿En serio?

—En serio... ¿A qué otras asignaturas te presentas?

—Solo a Teatro y Arte Dramático. Que es una única asignatura, por cierto, aunque suene como dos. Yo, eh... solo elegí dos asignaturas porque no contaba con ir a la universidad. Verás, quiero ser actor y, bueno, en realidad no necesitas aprobar exámenes para eso. Lo que pasa es que ahora estoy pensando en ir a la escuela de arte dramático y *necesito* aprobar dos asignaturas en la reválida de bachillerato para entrar, de modo que Lengua es, a ver, fundamental. Soy negada para los trabajos escritos. También tengo que hacer algunos para Teatro, pero me preocupan menos

porque las notas de práctica son lo bastante altas como para aprobar. Pero Lengua es, bueno, una causa perdida, me parece a mí —parloteé mientras sentía unas ligeras náuseas.

Sacó su agenda.

—De acuerdo. Verás, me han dado bastantes buenas referencias y tengo un horario muy apretado por las vacaciones de mitad de trimestre, pero si vamos a seguir adelante tengo que verte por lo menos dos veces, mejor tres, a la semana —fue pasando el bolígrafo por la página—. Haré unas cuantas llamadas, veré si puedo reorganizar las cosas y hablamos mañana, ¿te parece? —me miró, expectante.

—Eh, sí. Perfecto —respondí. Esbocé una sonrisa indecisa—. Quedamos en eso.

Otra de esas sonrisas fugaces.

—Genial.

Nos pasamos la siguiente media hora ideando un plan basado en lo que se me daba de pena (o mis «puntos más débiles», en palabras de Will), con el énfasis inicial en *Romeo y Julieta* para tratar de arañar algo de nota en el trabajo de final de curso. A las once y media Will miró el reloj y anunció:

—Esto es todo por hoy —se puso a reunir sus cosas—. Te llamaré por la mañana para fijar nuestra próxima clase. Entonces hablaremos también del dinero —nos estrechamos las manos y, con otra de sus sonrisas fugaces, se marchó, y yo me quedé de pie junto a la puerta principal, ligeramente aturdida y extrañamente emocionada ante la idea de pasar más tiempo con él. Como si estuviera previsto, mi móvil vibró anunciando un mensaje y volví de pronto a la realidad. Era de Ashley.

Q TAL???? T ha violado sobre montones d DIN A4?

Entonces, casi de inmediato, llegó otro de Sarah.

Q tal t ha ido con l profé??

Ay, *Dios*. ¿Por qué habría hecho el estúpido comentario sobre que estaba macizo? A toda prisa, les respondí a las dos.

Todo gnial. Hems ARCHIVADO los APUNTES! MMM!

A paso lento, me acerqué a la mesa y miré la silla donde Will se había sentado. «Cuidado —me advertí a mí misma—. Ya has pasado por esto. Y tienes que concentrarte en tu trabajo.» Pasé un dedo por su letra pequeña, cuidada, en una de las tiras de papel.

—Sí —susurré—. Ten muchísimo cuidado, joder.

6

Me despertó el timbre del móvil, lo que nunca suele ocurrir. Ninguno de mis amigos se levantaba antes que yo, y Jess y mi madre estaban al tanto de que no era una buena idea. Gruñí algo y confié en que sonara a una especie de «¿Diga?».

—Hola, soy Will Browning. No es demasiado temprano, ¿verdad?

Me impulsé hacia arriba hasta quedarme más o menos sentada.

—Ah, hola. No sé... ¿Qué hora es?

—Acaban de dar las nueve —no daba la impresión de que se sintiera particularmente mal si, en efecto, hubiera sido demasiado temprano.

—No, está bien —reprimí un bostezo—. Por lo general me levanto a esta hora.

—Estupendo. De todas formas, siento despertarte. Hoy puedo ir a tu casa a las cuatro de la tarde y mañana, a la misma hora, ¿te va bien?

De nuevo, el brusco «manos-a-la-obra». No debía ser aficionado a la conversación intrascendente. Perfecto, yo tampoco. Siempre me había parecido un poco falsa, como una música de fondo verbal, utilizada para llenar un espacio que no lo necesita.

—Sí, perfecto —respondí.

—Genial. Bueno, nos vemos luego.

Empecé a decir adiós, pero había colgado. De modo que el día estaba organizado. Una mañana pasando hojas y diciéndome a mí misma que estaba trabajando; comida con los amigos en el centro; y, luego, Will por la tarde. Sería interesante. Aparté el edredón de una patada, lancé las piernas al suelo y entonces me quedé inmóvil al oír voces que subían flotando desde el piso inferior. Barbie. ¿Por qué no estaban en el trabajo? Con los dedos de los pies, di unos golpecitos en la moqueta durante unos segundos, vacilando. Estaba bien, no necesitaba pasar tiempo con ella. Tenía trabajo que hacer, ¿no? Estaba ocupada, muy ocupada. No había tiempo para charlas.

Me deslicé de la cama y, a pisotones, me dirigí al cuarto de baño. Al menos, estaba vacío, y saltaba a la vista que llevaba así un buen rato. Odiaba tener que esperar a que Barbie acabara. Siempre dejaba un ambiente empañado queapestaba a jabón ecológico de avena. Yo había adquirido la costumbre de dejar la ventana abierta de par en par intencionadamente cuando terminaba, pero Barbie no había captado la indirecta. Bueno, el caso es que me duché, me vestí, me planté en la cara una expresión de extrema y santa actividad y bajé al galope las escaleras como si quitar *un solo minuto* de mi apretado horario de estudio supusiera la absoluta diferencia entre aprobado y suspenso.

—¡Hola, nena! —trinó Barbie. Sentada a la mesa, daba sorbos de una bebida verde de aspecto repugnante y leía el periódico. Llevaba puesta la andrajosa bata de felpa de mi padre sobre lo que no parecía nada en absoluto. Ugh.

Pasé por su lado y entré directa a la cocina, lanzando un monótono «hola» por encima del hombro. En serio: «¿nena?».

—*Aah*, casi se me olvidaba —dijo Barbie elevando la voz—. ¡Te he encontrado un profesor particular genial!

—No hace falta —respondí con otro grito—. Ya tengo uno —mi padre se giró desde donde estaba sirviendo leche sobre cereales integrales Weetabix y me lanzó una mirada, de modo que añadí, seguramente sin mucha sinceridad—: Gracias de todas formas —oí el rumor de una silla que se arrastraba hacia atrás sobre la moqueta y un segundo después Barbie apareció junto a la puerta. No puedo decir qué expresión tenía, porque ni siquiera la miré.

—¿Qué quieres decir con eso de que ya tienes uno? —preguntó mi padre con la boca llena de papilla gris.

Le taladré con los ojos.

—Quiero decir...

Puso en alto la cuchara.

—Para un poco, ¿vale?

No pude evitar una sonrisa.

—Bueno, ¿qué quieres que diga? Ya tengo uno. Fin de la historia.

—Bueno, ¿y quién es?

Palpé el hervidor de agua. Seguía caliente.

—Se llama Will y da clases particulares a universitarios y a alumnos que se presentan a la reválida de bachillerato.

—¿Cómo lo encontraste?

—En profes.macizos.de.pega.com —ejecuté un pequeño paso de claqué.

—Donna... —llevaba puesta su expresión de «esto me empieza a cargar».

—En un anuncio en la biblioteca, ¿vale? —respondí—. Tranquilo, es un profesor de verdad y piensa que me puede ayudar a aprobar.

—¿Y cuánto me va a costar este profesor de verdad?

—Diez libras por hora y media.

Mi padre se me quedó mirando unos instantes y, luego, dijo:

—Vale, de acuerdo. Perfecto —se apartó de la encimera y me alborotó el pelo al pasar hacia el cuarto de estar—. Bien hecho.

Barbie abrió la boca para decir algo; luego, la cerró, se encogió de hombros como si no le importara y siguió a mi padre.

—¿Cuándo vamos a conocer a ese tal Will? —preguntó él elevando la voz.

Hice una mueca mirando el hervidor de agua al tiempo que sujetaba una bolsa de té por encima del tazón.

—Viene esta tarde.

—Genial. Hoy no vamos a hacer nada.

Gruñí por dentro. Entonces, por si acaso, gruñí por fuera. No me importaba que Will conociera a mi padre, pero Barbie Yoga (a) no tenía nada que ver con la familia, (b) era un coñazo de tía y (c) daba vergüenza ajena. Sin embargo, después de la conversación que papá y yo habíamos tenido mientras veíamos *Top Gear*, no dije nada más. ¿Lo ves? Buena hija. Unas palmaditas.

Té y tostadas en mano(s), me dirigí a las escaleras.

—¿Adónde vas? —preguntó mi padre, pasando con lentitud las hojas del periódico. Por el tono de voz, no parecía mosqueado.

—A mi habitación. Desayuno de trabajo —respondí sin detenerme ni mirar.

—Ah, buena idea —dijo Barbie, como si se tratara de un fenómeno completamente nuevo y emocionante. Ni te imaginas la mucha fuerza de voluntad que necesité para no repetir sus palabras con voz chirriante.

—La buena de Don —dijo mi padre con agrado mientras se lamía el dedo para pasar otra página. Exacto. La buena de mí.

Conseguí incluso hacer algo de trabajo, si es que se le puede llamar «trabajo» a mantenerse ocupada con un rotulador fluorescente. Al menos, mis apuntes ya estaban a la altura. Tras un par de horas de subrayar, además de jugar con el bolígrafo, mirar al vacío mientras pensaba en ver a Will más tarde, consultar Facebook en el móvil un buen rato (busqué a Will —no sé por qué

—, no lo encontré, pero no me esforcé demasiado) y, en términos generales, perder el tiempo con Internet, llegó la hora de salir a reunirme con mis amigos para almorzar.

Papá y Barbie seguían sentados a la mesa, con la mirada fija en la pantalla de un portátil.

—¿De quién es eso? —pregunté. Pregunta absurda, pero se me escapó.

—Mío —respondió Barbie, enseñando un montón de dientes—. Estábamos pensando en irnos de viaje —estrujó el brazo de mi padre y aparentó que no podía imaginar ser más feliz. Me acordé de cuando mi padre había dicho que Barbie le gustaba porque se reía de sus chistes. Era evidente que la pobre estaba enamorada de él como una loca. Casi me dio lástima. Casi, solo casi.

Mi padre soltó aire con fuerza.

—Sí —le costaba mirarme a los ojos—. Solo estamos mirando.

No tenía que haberse preocupado. A ver, yo no era una bruja. De veras quería que fuera feliz. Si es que podía ser feliz sin que yo tuviera que ver a su chica, ¡yupi!

—Adelante —dije yo encogiendo un hombro. Barbie sonreía, entusiasmada, como si su pequeña cara se fuera a partir en dos—. *Bueeeeno* —añadí—. He quedado con Ashley y los demás. Volveré antes de las cuatro.

Barbie frunció el ceño.

—¿Seguro que tienes tiempo? ¿No deberías estar estudiando?

A ver, ¿te acuerdas de ese rollo de que casi me daba lástima?

Le clavé los ojos y dejé caer la mandíbula como diciendo: «¡Pero qué coño!».

—Sí, gracias, *Barbie*. Tengo tiempo —lancé una mirada a mi padre: «¿De qué va esta tía?»). Hizo un gesto de negación casi invisible y frunció el ceño ligeramente: «No hagas caso». De todas formas, la seguí mirando, y gané. Se puso colorada y empezó a examinar con atención la pantalla del ordenador.

Poco a poco, aparté la vista.

—Bueno, en fin... —me ajusté el bolso al hombro—. Nos vemos luego... No hagáis nada que yo no haría.

Mi padre me miró como diciendo: «Ja, ja, muy gracioso».

—Pásalo bien en la comida. Y no te olvides de que has quedado con ese profesor tuyo —sonrió con amabilidad.

Le devolví la sonrisa.

—No me olvidaré, papá.

Barbie tenía el aspecto de haber chupado un limón.

Habíamos quedado en *Café Rouge*. Sarah tenía un cupón. Estaba allí cuando llegué, junto con Ollie, Cass, Jack y una chica rubia bastante guapa quien supuse que era Hannah, su nueva novia. Ni Rich ni Ashley habían llegado. No era de extrañar.

—¿Todo bien? —me deslicé a lo largo del banco forrado de terciopelo para sentarme al lado de Sarah. Nos dijimos «hola» unos a otros y Jack se aclaró la garganta.

—Mmm, Donna, te presento a mi... eh... novia, Hannah —era como si no acabara de creérselo.

—Hola, Hannah, encantada de conocerte —tendí la mano y me la estrechó. Debía de tener dos o tres años más que nosotros, por lo menos, al ser enfermera y todo eso; pero la verdad es que no los aparentaba con su vestido de flores y su coleta. La mano se le notaba pegajosa, y con razón. Yo habría estado nerviosa si hubiera tenido que conocer a nuestro grupo.

—Bueno, ¿qué tal van esas clases de refuerzo, mmm? —preguntó Ollie, no solo agitando las cejas y lamiéndose los labios, sino también frotándose los muslos y, por si era poco, soltando varios jadeos.

Me llevé un dedo a los labios, contemplé el techo y, luego, extendí las palmas de las manos como expresión de impotencia.

—Pues no, no tengo ni idea de lo que insinúas. Vas a tener que ser un poco menos sutil.

—Ajá, ¡pero no has contestado la pregunta! —agitó en el aire un dedo triunfante.

—Ajá, porque solo he dado una «clase de refuerzo» —repliqué, marcando las comillas en el aire—. Y siento decepcionarte porque no hubo travesuras sexuales de ningún tipo.

—A tomar por culo.

—No, tampoco hubo de eso.

En ese momento llegaron Ashley y Rich.

—Vaya, ¿habláis de tomar por culo? —preguntó Ash mientras se desplomaba en la silla frente a mí—. ¿Es que tu profe y tú habéis estado haciendo actividades extraescolares? —se frotó las manos y esbozó una sonrisa radiante. Sin exagerar, siempre había sido su tipo de conversación preferida, con diferencia. Por lo general, yo me unía a ella, encantada; pero aquel día no.

—Muy gracioso, sí —repuse con el ceño fruncido.

Rich soltó una risita alegre.

—¿Ha tenido ya que imponerte disciplina? —simuló besar un culo. La pobre Hannah parecía un tanto preocupada, pero mis supuestos malditos amigos se partían de risa.

—Cierra la puta boca de una vez, ¿vale? —repliqué con brusquedad—. Es mazo de aburrido.

Mi reacción los dejó conmocionados. Pararon de reírse al instante y se me quedaron mirando, un poco boquiabiertos. Ollie fue el primero en recuperarse.

—Donna... ¿te estás... *sonrojando*?

Le miré de reojo.

—No, Oliver, no me estoy sonrojando, maldita sea —empecé a romper mi servilleta a tiras—. ¡Joder! —pero me estaba sonrojando.

Mis amigos se chuparon los carrillos e intercambiaron miradas en plan «la hemos pillado». Cass cambió de tema y me quedé preguntándome qué narices acababa de pasar. Conclusión obvia: me gustaba Will. Pero no me gustaba. Había conseguido que me sintiera mejor en cuanto a mis estudios, nada más. Me había acostumbrado hasta tal punto a estar estresada que al menor indicio de confianza mi pobre cerebro se había vuelto darwiniano por propia voluntad. Era como lo de la supervivencia del más fuerte (aunque no en ese sentido). Más bien en plan «¡iiiiiiuuuuu! ¡iiiiiiuuuuu! ¡Alerta, persona inteligente! ¡Hay que conservar a la persona inteligente para aprobar exámenes! ¡iiiiiiuuuuu!». Y ahora estaba nerviosa y emocionada porque iba a ver a Will. Gracias, cerebro.

Bueno, el caso es que el resto de la comida fue perfectamente. Mis amigos captaron el mensaje sobre no tomarme el pelo, me recuperé y los bocatas y las patatas fritas nos salieron a mitad de precio. Hasta el momento, todo bien. Pero entonces, en el autobús camino a casa, me descubrí escribiendo «Will» sobre el vaho de la ventana. No me di cuenta hasta que añadí un sinuoso trazo para unir la «W» con las dos «l» y amplié hacia abajo la «i» formando raíces arbóreas. Me recosté para admirar mi obra y, con una sacudida, caí en la cuenta de lo que acababa de hacer. Lo borré con el lateral del puño y, con ademán furtivo, miré alrededor para ver si en el autobús había

alguna persona que yo conociera. Luego, me pegué una bofetada mental por ser tan lerda. Como si a alguien le importara una mierda lo que yo escribía en la ventana. Aun así. Muy raro, la verdad.

Al llegar a casa reinaba el silencio y empezaba a pensar que —¡yupi!— igual mi padre y su insoportable chica no iban a estar, cuando papá apareció en lo alto de las escaleras con las mejillas coloradas y atándose el cinturón de la bata. Ugh.

—Has vuelto temprano —comentó, haciendo tal esfuerzo por parecer natural que, para el caso, más le habría valido colgarse al cuello un cartel que dijera: «Pillado follando».

—Dije que volvería antes de las cuatro —respondí—. No dije cuánto tiempo antes, ¿verdad?

—Supongo que no... —se quedó vacilando y me puso de los nervios.

—Bueno, no quiero interrumpiros —añadí, tratando de no tener arcadas—. Yo, eh... —lancé un pulgar en dirección al cuarto de estar—. Voy a prepararme para cuando venga Will.

—Vale. Bien. De todas formas, me estaba vistiendo —hizo una especie de saludo militar (se llevó un dedo estirado a la frente y, *¡ping!*, lo retiró al instante) y dio la vuelta hacia su habitación.

Muy fuerte. Mirándole a la espalda, hice gesto de vomitar y me fui con la intención de pasar media hora tumbada en el sofá viendo telebasura; pero, no sé por qué, empecé a abrir ventanas y a pasar la aspiradora. La casa olía a cerrado y las migas en la alfombra habían alcanzado una abundancia escandalosa. Un día antes, el cuarto había tenido un aspecto acogedor; ahora había llegado a los niveles de un tugurio. No recordaba la última vez que había pasado la aspiradora. Casi seguro que había sido cuando vivía con mi madre.

Mi padre y Barbie montaron el numerito de escandalizarse al aparecer veinte minutos más tarde. Papá clavó la lengua en el interior de una mejilla y esbozó una sonrisa burlona mientras asentía con lentitud.

—Es por, eh... tu profesor particular, ¿no?

—¡No! —exclamé casi gritando. Me aclaré la garganta y hablé a una altura normal, no de demente—. En realidad, no. Es que ya no aguantaba más tanto desastre. Una persona más en la casa se nota —miré a Barbie y le dediqué una sonrisita forzada. Me devolvió la sonrisa y encogió los hombros ligeramente como diciendo «aguántate». Seguramente no le importaba la suciedad. Le parecería más cercana a la naturaleza.

Vale.

Barbie consultó el reloj.

—Debe de estar a punto de llegar. Voy a poner agua a hervir, ¿te parece?

—Buena idea, nena —dijo mi padre. Le clavé los ojos: ¿*Nena?* Pero la estaba siguiendo con la mirada. ¿Qué habría hecho Barbie para que se volviera un tarado? Presumiblemente, algo más que reírse de sus chistes. Una vez más: muy fuerte. El timbre me salvó de otros pensamientos preocupantes.

—*Huy*, deprisa, ¡es Will! —dijo papá con un chillido mientras batía las palmas. Le clavé una mirada fulminante y pasé a su lado con un empujón para dirigirme a la puerta principal. Se rio por lo bajo, frotó las manos y desapareció en la cocina. Ugh.

Abrí la puerta, aún sacudiendo la cabeza por lo patético que era mi padre. Will vestía una camiseta desvaída de la película *Tiburón*, cazadora vaquera y los mismos pantalones del día anterior. En la cabeza llevaba un gorro de lana y los rizos se le escapaban por el borde. Impresión general: supermono.

—Hola, Will, pasa —dije mientras me retiraba hacia atrás para que pudiera entrar. Olía a

champú. Pantene. La marca habitual de Ashley y, me imaginaba, también la de la novia de Will. Bueno, a ver, ¿qué me esperaba? Señalé el cuarto de estar—. Entra. Pero prepárate: mi padre y su novia están aquí.

Will soltó una risa leve.

—Gracias por el aviso.

Nos sentamos a la mesa y casi de inmediato Barbie apareció llevando una bandeja con el té.

—Debes de ser Will —dijo, como si tuviera que ver algo con ella en lo más mínimo.

—Sí. Hola —Will dejó de sacar cosas de la mochila y sonrió—. Perdona, ¿eres...? —me llevé la mano a la boca y sonreí. Buena pregunta.

A Barbie le flaqueó ligeramente la sonrisa y mi padre salió a su rescate.

—Te presento a Barbie... Yo soy Mick, el padre de Donna —(fíjate en la ausencia de la palabra «novia». ¡Ja!). Will se levantó y se estrecharon las manos.

—Encantado de conocerte, Mick —dijo Will—. Y a ti también, Barbie.

Ella sonrió y se mordió el labio inferior. Creo que estaba tratando de ponerse en plan coqueta. No contenta con cautivar a mi padre, ¿ahora empezaba a tontear con mi profesor? En resumen: tenía un problema.

—Bueno, Will —dijo Barbie al tiempo que se apoyaba en el respaldo de la silla situada frente a él—. Debes de tener facilidad de palabra, ¿no?

—Bueno, conozco bastante bien el temario de Lengua de último curso, si te refieres a eso —dijo Will con una risita, como si compartieran un chiste.

—Ja, ja, ja —tintineó Barbie.

Will me miró y, disimulando, abrió los ojos como platos. Le devolví el gesto, con menos sutileza.

—Bueno —dije. Giré la vista hacia Barbie—. Mejor será que empecemos, así que...

Mi padre la rodeó con el brazo.

—Sí, tranquila. De todas formas, nos vamos —condujo a Barbie hasta la puerta principal. Me hizo otro saludo militar y me guiñó el ojo lenta y disimuladamente—. Nos vemos luego, Don.

Agité la mano sin volverme a mirar.

—Sí. Nos vemos.

—Perdón por ella —me disculpé una vez que la puerta se hubo cerrado.

Will se rio.

—No te preocupes. Te entiendo a la perfección, créeme —quise preguntarle por qué, y estaba a punto de hacerlo, pero entonces añadió—: Bueno, he pensado que hoy podemos tratar el tema de la relación de los hijos con los padres... —abrió su ejemplar manoseado de *Romeo y Julieta*—. Bastante apropiado.

—Sí, bastante —convine yo.

—A ver, ¿qué clase de relación te parece que tiene Julieta con sus padres? —colocó una mano sobre el libro abierto y me miró.

—Mmm... —mi mente estaba completamente en blanco. No tenía nada que decir, y no exagero.

—Donna, no es una pregunta con trampa —dijo Will sonriendo—. Di lo primero que se te ocurra.

Me reí, nerviosa.

—Lo haría si pudiera.

—Vale, de acuerdo... —se paró a pensar unos segundos—. Empecemos con su madre, *lady* Capuleto. ¿Dirías que están unidas?

—¿No? —dije yo, haciendo una suposición. Chica adolescente con novio poco fiable, madre pija. No iban a ser amigas íntimas, ¿verdad?

—Bien —aprobo Will, alargando la palabra para indicar que quería algo más. Por un momento contemplé la posibilidad de mencionar lo de la madre pija, pero no pude soportar la idea del «¿pero qué coño?» que seguramente vendría a continuación. Ay, Dios, qué vergüenza. Me apoyé en el brazo y me coloqué la mano en la frente con la esperanza de que Will creyera que estaba absorta en mis pensamientos.

—¿Has oído eso de que puedes elegir a tus amigos, pero no a tu familia? —preguntó.

Levanté la mirada.

—Ajá.

Elevó las cejas y esbozó una sonrisa de aliento.

Suspiré.

—¿Julieta elige a Romeo, pero no puede elegir a sus padres?

Se echó hacia atrás y me mostró las palmas extendidas.

—¿Te das cuenta? Lo *sabes* —lo miré con escepticismo.

—No se trata de un código secreto, Donna —prosiguió—. Lo estás poniendo más difícil de lo que es —bebió un sorbo de té y frotó con un dedo el círculo que la taza había dejado en la mesa—. ¿Has oído decir a la gente que Shakespeare es intemporal? —asentí con la cabeza y encogí un hombro—. Bueno, supongo que toda buena historia es intemporal —añadió—. El lenguaje podrá ser diferente, igual que las circunstancias históricas; pero los temas siguen siendo los mismos... En fin, es inevitable comparar tu propia vida, tus experiencias, con lo que lees. No tiene nada de malo. Cualquier cosa que te ayude a entender y, ya sabes, a aprender de ello —agitó una mano como indicando que sabía que sonaba un tanto cutre.

—Vale —respondí con cautela.

—Así que, por ejemplo, cuando leo algo, lo traslado a mis propias experiencias vitales —hizo

una pausa, dio un par de golpecitos con el bolígrafo sobre la mesa—. Para abreviar, mi padre murió cuando yo era niño, en un accidente de coche, de hecho. Y desde entonces mi madre ha tenido una serie de novios repugnantes que la tratan de pena y me dejan a mí para lidiar con las consecuencias. El último me da mala espina. Estoy convencido de que trafica con aparatos eléctricos robados —esbozó una media sonrisa—. Pero, oye, ¿qué vas a hacer?... De todas formas, junto a esa pequeña parte de mi historia personal hay un montón de cosas sobre la familia, sobre los papeles de los hijos con sus padres, sobre las elecciones que se hacen, incluso sobre lo que significa ser humano... —dio unas palmadas al libro que tenía frente a él—. Todo eso lo encuentras aquí.

Me pareció que sería una grosería no sincerarme después de que me hubiera contado su historia.

—Mis padres están divorciados —me descubrí explicando—. Mi padre sale con esa chica desde Navidad. Cuando ella está delante actúa de manera distinta. Ella hace que se avergüence de mí —puse los ojos en blanco y sonreí para demostrar que no buscaba compasión—. Finge que quiere ser mi amiga, pero en realidad quiere controlarme. No me entiende en absoluto... —me detuve y me mordí el interior de la mejilla.

—Continúa —me instó Will.

—Bueno... —solté una breve risa nerviosa—. Iba a decir que es como la madre de Julieta... eh, *lady* Capuleto... —me aclaré la garganta y me concentré en doblar y desdoblar la esquina de una página—. Por ejemplo, cuando Julieta se niega a casarse con Paris... —a toda prisa examiné el rostro de Will en busca de una señal indicando que yo estaba diciendo chorradas, pero él asentía con entusiasmo, de modo que continué—: *Lady* Capuleto dice básicamente que a menos que Julieta la obedezca, no quiere saber nada más de ella. Sus motivos son por completo egoístas.

—Exacto —dijo Will con sencillez—. ¡Lo has entendido!

—¿En serio?

—En serio —sonrió.

—¡SÍ! —me levanté de un salto y eché hacia atrás la cabeza, lanzando las manos al cielo—. ¡No soy corta! ¡Gracias!

Will soltó una carcajada.

—Pues claro que no eres corta, ¡idiota!

Yo también me eché a reír y lo miré con los brazos en jarras. Me había puesto a pensar que me gustaba su sentido del humor, pero debió de creer que me había molestado, porque se sonrojó un poco y añadió:

—De hecho, todo lo contrario.

Me encogí de hombros con alegría y volví a sentarme.

—Gracias, tío —tomé mi ejemplar de *Romeo y Julieta*, con su portada y sus páginas estropeadas que, hasta un minuto antes, bien podrían haber estado cubiertas de caritas sonrientes—. Es acojonante, ¿verdad? —comenté mientras pasaba las páginas—. Hace cientos de años un tipo llamado Will (¡anda! ¡Como tú!) se sentó a escribir esto y aquí estamos como si fuera el programa de testimonios de Jeremy Kyle o algo por el estilo... ¿No te parece acojonante?

Will asintió.

—Siempre me lo parece. No deja de sorprenderme... —se puso a pasar el bolígrafo entre los dedos—. Así que comparando a la novia de tu padre con *lady* Capuleto, tal vez, por extensión,

estés comparando a Julieta contigo misma, ¿no?

—Bueno, no estoy segura —respondí—. A mí no me va lo de «una-conversación-y-te-enamoras». Julieta cree que está enamorada de Romeo, pero no lo está, para nada.

—Entonces, ¿de qué se trata? —preguntó Will.

—No lo sé. ¿Lujuria? ¿Encaprichamiento? —hice girar ambas manos en el aire—. ¿Un deseo adolescente de rebelarse?

Will se recostó en su silla, cruzó las manos sobre el pecho y sonrió.

—Lo he vuelto a hacer, ¿a que sí? —dije yo—. Mierda, estoy *arrasando*.

Me quedé mirándolo, a ese chico que definitivamente había abierto una puerta en mi cabeza cuya existencia yo desconocía y me mordí el labio, de pronto invadida por la timidez. Estaba, no sé, pasmada. Costaba mogollón impresionarme y él me había impresionado. Me seguía impresionando. Me sostuvo la mirada. Sus ojos eran muy azules y muy profundos. No pude resistirlo y pasados unos segundos aparté la vista, avergonzada. ¡Estaba tonteando conmigo! ¿O no? Daba toda la impresión, pero quizá fueran imaginaciones mías. Quizá era como seguir sumida en el personaje cuando actúas: me había implicado demasiado en la obra de teatro y me había puesto en plan soñadora, en plan Julieta.

En fin. Bonitos ojos.

—Bueno, a ver, tus deberes. Tienes que encontrar otro tema en la obra con el que te identifiques —dijo él, haciendo que el momento se desvaneciera, a Dios gracias.

—De acuerdo —respondí con tono pijo, no sé por qué razón. Tensión nerviosa, supongo. Nos estrechamos las manos (¿fue violento? Tal vez no), pasamos por los comentarios tipo «hasta mañana, sí, hasta mañana, adiós» y se marchó.

Me quedé mirando la puerta principal una vez que se hubo cerrado a sus espaldas. Su padre había muerto en un accidente de tráfico. Daba la impresión de que Will era hijo único y tenía que cuidar de su madre y afrontar las consecuencias de las arriesgadas relaciones de esta. Tenía que encargarse de muchas cosas. No era de extrañar que fuera tan maduro. Parecía mucho mayor que yo, aunque solo nos debíamos llevar dos o tres años. Sin embargo, no me hacía sentir infantil. Volví al cuarto de estar a paso lento y me puse a reunir los apuntes.

Salir con un chico mayor como Will era seguramente lo que había necesitado todo ese tiempo. (Como Will, no el propio Will, eso no iba a suceder jamás.) Nunca me encaprichaba con nadie porque todos los chicos que iba conociendo me parecían demasiado jóvenes para mí. Las experiencias de la vida contaban un montón y, aunque no hubiera tenido que hacer frente a lo mismo que Will o que Rich, con toda probabilidad tendría que enfrentarme en mi vida a más cosas que la mayoría de la gente de mi edad. Sonreí para mis adentros. Barbie como *lady* Capuleto: debería presentárselo en bandeja. Y ver cómo le explotaba el cerebro. Entré en la cocina para preparar la cena y mi corazón cantaba de alegría mientras echaba las patatas congeladas en la bandeja del horno. Donna Dixon ya no era una manta en Lengua. Solo había que preguntarle al célebre profesor particular Will Browning: «Tiene la llave mágica para tu mismísimo cerebro. Ve tus posibilidades, aunque tú no puedas verlas».

«Hace que te sientas especial.»

Aquella noche, en la cama, volví a leer la obra de teatro. No es que pudiera avanzar a toda velocidad como si fuera la revista *Heat* o algo parecido —Will no tenía poderes mágicos en el sentido literal—, pero la leía de una manera diferente. Para empezar, me lo tomaba con calma, y no daba por hecho que no la iba a entender. Y, *voilà*, como diría Ashley, más o menos, de alguna manera, la entendí. Influyó el hecho de que, para entonces, ya me conocía la historia bastante bien. Incluso tenía a mi lado papel y bolígrafo por si aparecía algo de lo que pudiese hablar con Will, aunque no ocurrió.

Me desperté, entusiasmada, deseando encontrar algo increíblemente ingenioso que pudiera llevar a nuestra clase, pero seguía sin encontrar nada. La obra era como un estanque limpio sobre el que hubiera brotado una capa de verdín. El día anterior veía los peces correteando, despreocupados, y la porquería entre los juncos. ¿Pero ahora, por la mañana? Nada excepto mugre y, acaso, algún que otro pez asfixiado. Seguramente no es la mejor de las metáforas, ¡pero fíjate cómo uso la palabra «metáfora»! No todo estaba perdido. O eso me seguía diciendo mientras me duchaba y me ponía la ropa.

Mi padre y Barbie habían vuelto al trabajo, a Dios gracias, y me empañé del silencio. Tal vez demasiado, porque cuando empezó a sonar el móvil casi me hago pis del susto. Identificador de llamadas: era mi madre. Pulsé «Responder» y, ya sabes, contesté.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —dijo.

—Bueno, bien. ¿Y tú? —me desplacé hasta el sofá, me dejé caer tumbada y me inspeccioné la línea del bikini. ¿Qué pasa? Nadie me veía. Mamá y yo charlamos un rato de esto y aquello. Ella y Bryn habían reservado un viaje para hacer montañismo en las tierras altas de Escocia; el cargante vecino de la puerta de al lado tenía una nueva novia; mamá estaba deseando que Jess y yo pasáramos con ella algunos días de las vacaciones de Pascua. Etcétera. Luego, llegamos a mí.

—Bueno, ¿qué tal te va en el instituto? —me preguntó, como si se le hubiera ocurrido preguntar por casualidad.

—Perfectamente —respondí a la ligera—. Todo va bien.

—Ah, bueno. Es estupendo —parecía sorprendida—. Tuve la impresión de que tu padre me ocultaba algo la última vez que hablamos.

—No, todo va perfectamente —insistí—. Hubo un problemilla con Lengua, pero todo va a salir bien... De hecho, estoy contenta de cómo me van las cosas.

—Eso es excelente, cariño —por su voz, me di cuenta de que sonreía—. ¿Sabes? Estoy orgullosa de ti.

—Ya lo sé, mamá —por poco me puse a hablarle de Barbie Yoga, pero luego noté una sensación de náusea al darme cuenta de que sería la primera vez que oiría hablar de la novia de su ex marido. No era asunto mío contárselo, para nada. Ni tampoco era una conversación que me apeteciera tener con ella. Charlamos un rato más y luego se tuvo que ir al trabajo. Era auxiliar sanitaria en asistencia domiciliaria: pesaba bebés, ayudaba a los padres de niños pequeños a alimentarlos bien y, de vez en cuando, ejercía en plan *Supernanny* si algún crío se negaba a dormir o lo que fuera.

Me levanté del sofá y regresé a la cocina para encender el hervidor de agua. A veces echaba de menos a mi madre. Nos llevábamos mucho mejor desde que no vivíamos juntas, de modo que el acuerdo al que habíamos llegado nos convenía a las dos pero, de vez en cuando, una chica necesita a su madre, ¿lo entiendes? Habría puesto a Barbie en su sitio, probablemente con una sola

mirada. Tomé la obra de teatro que estaba a un lado, y empecé a leer desde el principio.

En la bella Verona, donde situamos nuestra escena, dos familias, iguales una y otra en abolengo, impulsadas por antiguos rencores, desencadenan nuevos disturbios, en los que la sangre ciudadana tiñe ciudadanas manos.

De pronto, pensé en mis padres. Mis abuelos no aprobaban para nada que estuvieran juntos. Ninguna de las familias quería que su hijo o hija saliera con una persona de diferente color. Racismo desmesurado, se mire por donde se mire. Es irónico que lo que los separaba fuese lo que tenían en común. Al parecer, ninguna de las dos familias podía estar en la misma habitación que la otra —hubo puñetazos y demás— y la cosa fue empeorando hasta tal punto que, al final, mis padres se casaron en secreto en un registro civil, con un par de amigos como testigos, antes de largarse a Goa a la ceremonia «de verdad». Ni los padres de uno ni los del otro podían permitirse acompañarlos. Los únicos parientes que yo veía con regularidad eran mis tíos —Graham, hermano de mi padre, y Sally, su mujer— y mis primos Marv y Diana (como Marvin Gaye y Diana Ross. Mis tíos estaban obsesionados con Motown, el sello discográfico de música negra, así que se alegraron hasta un punto vergonzoso cuando mi padre empezó a salir con una mujer de color. Por cierto, mi madre odia Motown). Veo a Marv continuamente —es el mejor amigo de Dylan, el novio de Ashley. Así se conocieron—. Diana ha cumplido catorce años. No tenemos nada en común, pero me cae bien.

Con la excepción de Graham y su familia, ¡éramos clavados a los Montesco y los Capuleto! Ahora que lo pensaba, resultaba *obvio*. ¡Y no me podía creer que se me hubiera ocurrido a mí! Di unos pasitos de baile mientras removía el té. Me moría de ganas de contárselo a Will.

Cuando vino a casa unas horas más tarde, poco menos que me puse a pegar botes de un pie a otro por el esfuerzo de no soltarlo de sopetón en el momento que atravesó el umbral. O mejor, quita el «poco menos que». De hecho, me puse a pegar botes.

—¿Estás preocupada por algo, Donna? —preguntó sonriendo mientras me miraba de arriba abajo.

—No —respondí con un leve chillido—. Aunque creo que he clavado los deberes —tomé asiento y tamborileé con los dedos sobre la mesa.

—Genial. Escuchémoslo —dijo mientras se sentaba a mi lado. El muslo de Will rozó el mío un segundo antes de que apartara la silla.

Me pasé la mano por el pelo.

—Es sobre la enemistad entre los Montesco y los Capuleto... —ahora que lo decía en alto, no sabía muy bien cómo expresarlo—. Mi madre es negra y mi padre, blanco. Bueno, la familia de él odia a la de ella y viceversa, se puede decir. Pero no es solo eso, es el racismo en general. A ver, los Montesco y los Capuleto se odian unos a otros sin ninguna razón aparte de, no sé, cosas pasadas. Siempre se han odiado, posiblemente ni se acuerdan del motivo original. Pasa un poco como con el racismo... Odiar a alguien solo porque es distinto que tú.

—Excelente —Will sonrió. Me tocó el brazo, donde la piel estaba al descubierto, justo debajo de donde me había remangado—. Es una percepción genial —al menos, creo que es lo que dijo, porque su tacto me había provocado un escalofrío por todo el cuerpo. Una especie de electricidad estática erótica. Noté que la cara me ardía y clavé la vista en su mano. Las manos son una parte

del cuerpo excitante, vaya que sí. Se trata de lo que esos dedos son capaces de hacer, y de lo que han hecho. Al darme cuenta de mi propia ocurrencia me reí excesivamente alto.

—¡Ja, ja, ja! Te dije que había clavado los deberes. ¡HURRA! ¡SOY LO MÁS! —con la mano libre, di un puñetazo en el aire.

—Eh... Vale... —levantó la mano de mi brazo y me miró como diciendo «¿pero qué coño?» Y sentí que algo se marchitaba en mi interior. Por supuesto que Will me gustaba. Mierda, me gustaba. Y yo le repugnaba.

Durante la siguiente media hora o así estuvo hablando e hice todo lo posible para responder a sus preguntas de una forma profesional, no en plan embelesada, no en plan *frikizoide*. No tengo ni idea de si lo conseguí. De todas formas, no me volvió a tocar el brazo.

—Bueno, creo que lo estás haciendo tan bien tú sola que hoy acabaremos la clase aquí; te ahorraré algo de dinero —comentó pasado un rato—. Puedes aprovechar el tiempo para escribir un trabajo de práctica —arrancó dos hojas DIN A4 de su bloc, escribió en la parte superior de una de ellas «Amor y odio en *Romeo y Julieta*» y lo subrayó—. Dedicale dos horas, ¿de acuerdo? Pon la alarma en el móvil o algo para cronometrarlo. Y procura rellenar más o menos las cuatro carillas —me entregó las hojas y se puso de pie—. Te llamaré.

Y se marchó.

Amor y odio. Era un tema más bien amplio, pensé mientras estaba tumbada en la cama por la noche, aunque si Will quería que trasladase mis propias experiencias, podría acabar decepcionado. Yo nunca había estado enamorada aunque, obviamente, quería a mis padres, y a mi hermana, y supongo que a Ashley, Rich y los demás. No odiaba a nadie. Mis padres no se odiaban el uno al otro, nunca había sido así, ni siquiera cuando se divorciaron.

En realidad, estuve bastante cerca de odiar a mi madre. Fue su aventura con Bryn lo que rompió el matrimonio, y yo era demasiado pequeña para comprender que nada es nunca o blanco o negro. Ahora me cuesta entender cómo mis padres pudieron estar juntos: tienen muy poco en común. Mi madre cuenta que había sido despreocupada, como él, pero luego maduró. Antes de que Jess y yo nacióáramos solían ahorrar durante seis meses, luego dejaban sus trabajos, metían lo imprescindible en una mochila y se marchaban al sureste de Asia o a Sudamérica e iban de un lado a otro durante otros cuantos meses antes de regresar y empezar desde el principio. Cuando Jess nació, mi padre quería continuar igual —tal como habían planeado— pero mi madre, no. Dice que sintió un repentino y sorprendente deseo de formar un hogar, un refugio donde mantenernos a salvo. Me imagino que ese fue el principio del fin para ellos.

Cuando rompieron, me pasé semanas sin hablar a mamá. Estaba supercabreada con ella. Papá trataba de decirme que era demasiado pequeña para entender y que debería dar un respiro a mi madre, pero durante un montón de tiempo no me creí que lo dijera con sinceridad. La verdad es que no me acuerdo del momento en que tomé la decisión de dejarlo pasar. Poco a poco la cosa fue mejorando pero, la verdad sea dicha, creo que no la perdoné como es debido hasta que me enfrenté a la posibilidad de perderla. Cuando le diagnosticaron un cáncer —ahora hacía poco más de un año— todos nos pusimos a cooperar. Mi padre, Bryn, Jess y yo. Nadie fuera de la familia lo sabía, pero yo me desmoroné. Pensaba que cuando la gente enfermaba de cáncer, se moría. Fin de la historia. ¿Sabes ese terror que a veces se siente en las pesadillas, cuando te despiertas y no quieres volver a dormirte por si vuelve a pasar? Pues era eso. Solo que en la vida real. Se me fue

un poco la pinza, la verdad. A ver, tenía demasiado miedo de quedarme dormida por si me moría por la noche, y no podía dejar de llorar; pero la persona que yo realmente quería que me consolara, no podía. O, al menos, no le di la oportunidad. Ya tenía bastantes problemas como para que yo me pusiera a gemir y a rechinar los dientes sin parar. De modo que mi padre se llevó la peor parte. Pobrecillo, no sabía qué hacer. Pero lo superamos, y al poco tiempo averigüé que montones de personas con cáncer no se mueren, incluida mi madre, gracias a Dios. Se lo detectaron temprano, le hicieron una masectomía, le dieron quimio y radio y mejoró. No se nota para nada que tiene un pecho postizo, aunque si le miras de cerca la areola que rodea el pezón, se ve que está tatuada. (Sí, mi madre, la enemiga feroz de los tatuajes, lleva uno. Si su cáncer tuviera algo positivo, sería eso. Ah, me encanta la ironía.)

Todo el mundo me tomaba por una chica vivaz y despreocupada. A ver, nunca somos nosotros mismos, todos nos inventamos un poco. Pero, en realidad, no era tan despreocupada. En realidad, me preocupaba. Todo el rato. Me preocupaba porque iba a suspender la reválida. Me preocupaba porque nunca iba a triunfar como actor y me tendría que pasar la vida amargada y retorcida y atrapada en un empleo de mierda. Me preocupaba porque nunca me iba a enamorar. Me preocupaba porque nunca nadie se iba a enamorar de mí. Me preocupaba que si me enamoraba de una persona y, por algún milagro, esa persona me correspondiera, no iba a durar de todas formas. Me preocupaba que mi padre y Barbie se casaran y yo tuviera una madrastra malvada. Me preocupaba que a mi madre se le reprodujera el cáncer. Me preocupaba que, de alguna forma, pudiera dejar al descubierto mi verdadero yo. Y ahora me preocupaba que Will supiera que me gustaba y le molestara, y decidiera acabar con las clases. No quería que nuestras clases terminaran, la sola idea me resultaba desesperante. Conseguían que me sintiera más feliz, más tranquila, y hacía mucho tiempo que no había sentido ninguna de las dos cosas. Yo no solía sincerarme con los demás, para nada; pero no me importaba contarle cosas a él. Me sentía genial. Estar con Will era genial.

Ay, Dios. Solté un gruñido sobre la almohada. ¿Pero qué narices estaba haciendo? Iba directa al fracaso. Me di la vuelta para ponerme de espaldas y clavé la vista en la oscuridad. Tranquila. No era como la vez anterior. No estaba haciendo nada, en realidad. No había dicho ni hecho nada para confirmar por completo que Will me gustaba. Me las arreglaría para que pensara que me había entendido mal. Que había interpretado mal las señales. Esta vez me protegería a mí misma. Will estaba ahí para ayudarme a aprobar la reválida y asunto concluido. Todo iría bien, pensé mientras me quedaba dormida.

En mi sueño, Will y yo estábamos sentados a la mesa, trabajando. Puso la mano en mi brazo, pero en esa ocasión deslizó los dedos ligeramente por mi piel y me miró a los ojos. Me sonrió y nos acercamos.

Entonces, me desperté. Me di la vuelta y me ceñí el edredón al cuerpo.

Me había parecido tan real...

8

Hice mi trabajo cronometrado a la mañana siguiente. Mientras lo escribía, supe que era mucho mejor que cualquier cosa que hubiera hecho antes para el instituto. Acabé más o menos a tiempo —puede que añadiera otro par de minutos— pero tenía la longitud correcta y, lo más importante,

no era un montón de mierda humeante, para nada. Bingo. Estaba organizando las hojas al estilo lector de periódicos para que los bordes coincidieran cuando Jess apareció en la puerta.

—¡Hermana! —tendió los brazos y agitó los dedos en mi dirección—. ¿Un mimito?

Le hice una peineta con el dedo.

—Lo entiendo —entró en la habitación, lanzó la bolsa sobre la cama que era la suya antes de irse a la universidad y que ahora se había convertido en un sofisticado sistema de almacenaje para mis porquerías, y de un salto se metió en mi cama, a mi lado—. ¿Qué haces?

—Eh... trabajando —le puse cara de lela.

Soltó una carcajada falsa.

—Tronchante. En serio, ¿qué estás haciendo?

Traté de no ofenderme.

—Estoy *trabajando*, joder, si no te importa.

—¿Qué? ¿Trabajo del instituto? —había arrugado la frente hasta tal punto que se podrían haber aparcado ahí varias bicicletas.

—Más o menos. Es una larga historia. Y no hace falta que alucines tanto, ¡tendrás morro! —coloqué el trabajo en la carpeta con el resto de los apuntes y la solté en el suelo, al lado de la cama.

—No, no. Es que nunca te había visto hacer deberes, sin exagerar —se echó hacia atrás para apoyarse en la pared—. De todas formas. «Qué alegría verte, Jess. Bienvenida a casa».

—Qué alegría verte, Jess. Bienvenida a casa —repetí como un papagayo. De hecho, me alegraba de verla. Me encantaba tener la habitación para mí sola, pero habíamos pasado tantos años compartiéndola que resultaba de veras reconfortante tenerla de vuelta una temporada. Había engordado un poco en la universidad, pero se la veía contenta. Satisfecha, diría yo.

—¿Cuándo vuelve papá a casa del trabajo? —preguntó.

Me encogí de hombros.

—A la hora de siempre. Me imagino que Barbie Yoga vendrá con él.

Jess hizo una mueca de asco.

—Cada vez que papá me llama tengo la esperanza de que me diga que ha roto con ella.

—Ojalá —me mordisqueé el lateral de una uña—. El otro día la llamó «nena».

—Ay, Señor.

—Ya... y prácticamente los pillé follando.

—¡Cierra el PICO! —se apretó las orejas con las manos—. Dime que te lo estás inventando.

Negué con la cabeza.

—Ni de coña. Llegué temprano a casa y salió de su habitación, con la cara como un tomate y medio desnudo.

—Es repugnante —parecía traumatizada.

Se produjo una pausa mientras ambas tratábamos de apartarnos la imagen de la cabeza. Para ella estaba bien, solo la había recibido de segunda mano.

—Ashley, los demás y yo vamos a ir luego al parque de atracciones —dije, cambiando de tema—. Ven, si te apetece.

Negó con la cabeza.

—Tengo planes, pero gracias —iba a quedar con antiguos amigos del instituto. Es lo que siempre hacía su primera noche en casa. De pronto, se mostró atacada por el pánico—. Pero antes

cenarás aquí, ¿no?

—Sí, tranquila. No te dejaría a solas con ella.

—¡Uf!

—Totalmente.

Al final, no teníamos por qué haber entrado en pánico. Barbie no estaba a la hora de la cena. Papá se puso en plan «siente mucho no verte, Jess». Sí, claro. Bueno, el caso es que implicaba una tarde estupenda con la compañía de mi hermana seguida de una noche estupenda con la compañía de mis amigos. O eso era lo que, supuestamente, iba a pasar.

Me encantan los parques de atracciones: el ruido tan alto de la música de las listas de éxitos, de los chillidos; el olor de las hamburguesas y el algodón de azúcar; las luces en contraste con el cielo oscuro; la locura generalizada. Me pasaba la vida observándome a mí misma, lo que acababa resultando agotador. Que te hicieran dar vueltas vertiginosas a un millón de kilómetros por hora en un anillo metálico gigantesco era una buena manera de olvidarse de todo. El instinto se pone al mando: solo puedes chillar y concentrarte en recordar que no pasa nada, que no te vas a morir. En todo caso, todavía no. De modo que me sentía bastante relajada cuando me reuní con mis amigos, y todos estaban alegres. Compramos hamburguesas y empezamos a pasear, poniéndonos al día antes de montarnos en las atracciones y todo lo demás.

—Me cuesta creer que las vacaciones de mitad de trimestre casi hayan terminado —comentó Sarah.

—Sí, parecía que iba a ser un descanso larguísimo antes de los exámenes de prueba, cuando es evidente que solo son siete días —intervino Cass con voz seria.

Ashley se inclinó hacia ella.

—Guau, menudo susto: *una semana tiene siete días*.

—¡Cierra la boca! —replicó Cass, aunque no parecía enfadada. Unas semanas atrás, Cass habría odiado que alguien cuestionara su inmensa capacidad intelectual; pero se había calmado por completo desde que había roto con Adam y aceptado una plaza en la universidad de Cambridge. Era como si ya no necesitara demostrar lo que valía. Y no es que antes lo hubiera necesitado, ya se entiende.

Ollie esbozó una sonrisa burlona.

—Aunque en siete días pueden pasar muchas cosas. ¿Verdad, Jack?

—No sé a qué te refieres —respondió este, sin que su mirada asesina resultara particularmente convincente.

—Vale —dijo Ollie, sonriendo—. Me sorprende que no se te haya desprendido el pene, con tanta actividad como está teniendo.

—¡Aaaah! Cuéntanos —dijo Ashley mientras se frotaba las manos.

Sarah se echó a reír.

—Me parece que no lo podía haber dicho más claro, Ash.

Ols se inclinó hacia delante como para contarnos un secreto.

—Hannah pilló una cistitis de tanto follar.

—¿Es que follar provoca cistitis? —pregunté yo—. Pensaba que era, no sé, una infección.

Cass se mostró un poco despectiva.

—Solo hay que hacer pis después de practicar sexo. No hace falta saber latín —vio cómo

Ashley, Sarah y yo intercambiábamos miradas de complicidad y nos soltó un gruñido poniendo los ojos en blanco en plan «vosotras mismas». Jack había estado enamorado de ella antes de que Hannah apareciera. ¿Es que Cass se arrepentía *una pizca*? Sarah y Ashley le lanzaron un beso de disculpa justo a la vez, lo que quedó genial en plan sincronización, y de pronto todos nos sentimos felices porque Jack tuviera un amor en su vida. Bueno, era mi caso. Me figuro que los otros también se alegraban. No me iba a poner a comprobarlo.

—Cuéntales el resto, colega —persistió Ollie.

—Oliver, ¿no estarás por casualidad un pelín frustrado sexualmente? —preguntó Rich—. Dale un respiro, tío.

—Sí, Ols —convine yo—. Basta de darle la brasa en plan Mercucio.

¡Ta-cháááááán! Miré a los demás con una sonrisita en la cara como diciendo: «¿Tengo razón, o tengo razón?». Silencio. Seis pares de ojos y seis bocas abiertas dirigidas a mi insignificante persona.

Ashley arqueó una ceja hasta alturas galácticas.

—Eh... ¿*Mercucio*?

Me ruboricé ligeramente.

—Sí, el mejor amigo de Romeo, el que siempre se burla de él, ¿no? —chasquéé la lengua como si todo el mundo hiciera referencias a Shakespeare en cada conversación aunque, la verdad sea dicha, yo estaba tan conmocionada como los demás.

—Sí, claro —dijo Cass—. Pero, cariño, ¿desde cuándo haces referencias literarias?

—Ah, claro, porque como soy *muuuuuuy* corta —repliqué, enfadada—. Lo estamos estudiando en Lengua y Literatura, no es tan raro.

Mis amigos intercambiaron miradas en plan «*vaaaaale*», pero yo sabía que no me convenía seguir por ahí. (Por lo cual merece la pena tener fama de alegre.) Rich empezó a hablar sobre otro tema, y los otros se unieron; pero Ashley siguió clavándome la vista. La miré directamente, abrí los ojos como platos y me encogí de hombros: «¿Qué?».

Ella hizo lo mismo: «Nada. Relájate, tía».

Perfecto. Que les dieran. Caminé junto a ellos, de vez en cuando montándome en una atracción, pero sin apenas mencionar palabra. Ya no estaba de humor. Pasado un rato, mientras todos hacían cola para disparar a unos patos planos de madera, consulté el móvil. Will me había enviado un sms. Ignorando con un gruñido el respingo que noté en mi interior al ver su nombre, miré el mensaje poco a poco.

Dispuesta xa lclase doble mañana? Las 11.00? Creo q podemos clavar R y J.

En contra de mi voluntad, me puse como un tomate y solté un chillido. Por suerte, nadie veía que el corazón prácticamente se me salía del pecho.

Otra vez, extrañas miradas por parte de mis amigos.

Guardé el móvil en el bolsillo como si nada y me pasé una mano por el pelo.

—Bueno, a ver, mejor será que me vaya —anuncié—. Mañana tengo una sesión larga con Will.

Ollie sonrió como si hubiera llegado la Navidad.

—Una sesión larga... ¿DE QUÉ, Dixon? ¿Eh? ¿EH? —guiñó el ojo con gesto amanerado y los

demás empezaron a partirse de risa entre «*ohs*» y «*ahs*». Durante una milésima de segundo me quedé mirándolos, porque su actitud era de pesadilla y no paraban de señalarme; pero luego (¿qué otra cosa podía hacer?) me sumé a ellos.

—¡Sí, me habéis pillado! —me planté una sonrisa de oreja a oreja—. Me voy a casa a darme una panzada de Internet. Los chicos mayores son lo que mola, Ols... De hecho, deberías conocerle. Te enseñaría un par de cosas, eso seguro —agité dos dedos en dirección a Ollie (no sé muy bien por qué, como si fuera el signo universal de «bueno en la cama» o algo así), me disculpé y me marché mientras los demás soltaban silbidos a mis espaldas. No había llegado muy lejos cuando Ashley me alcanzó.

Me puso una mano en el hombro.

—Don, espera. ¿Estás bien?

—¡Sí, claro! ¿Por qué no iba a estarlo? —la miré como diciendo «¿de qué vas?».

—Vale... —no me creyó pero, al ser mi mejor amiga, no insistió—. Yo... eh... nos vemos el lunes, ¿eh?

Asentí con la cabeza y ejecuté un saludo militar, cursi total.

—Nos vemos, tía —me di la vuelta y continué andando. Ashley debió de hacer lo mismo, porque cuando me giré para mirar, segundos más tarde, la vi corriendo hacia los otros.

Recorrí las calles en dirección a casa sintiéndome como una mierda. Había mentido a mi mejor amiga y me costaba creer que les hubiera hablado de Will de aquella manera. Parpadeé para contener las lágrimas. Era una lisiada emocional, no soportaba revelar nada que fuera real, que fuera verdad. Era una impostora gigantesca. Un ser inexistente. ¿Puede levantarse la Donna Dixon verdadera, por favor? *¿Holaaaa?* No, nadie responde.

Y ahora que por fin me gustaba un chico de veras, ¿cómo iba a actuar al respecto, exactamente? Respuesta: esforzándome al máximo para hacerle pensar que *no* me gustaba. A ver, es un tanto retorcido, ¿vale? A pesar de mis comentarios sobre el sexo y mis fanfarronadas, me había acostado con muchos menos chicos que Ashley. ¿Lo ves? Una impostora. Dejaba que los demás lo creyeran para que nadie se imaginase mis verdaderos sentimientos. No es que me avergonzara de mis verdaderos sentimientos, en realidad. Solo que no quería que nadie los conociera. Como si abrirme a los demás fuera el equivalente a pedir que me hicieran daño. El par de veces que había acabado practicando sexo, fue mecánico y ni por asomo divertido. Cinco minutos, a última hora de la noche, a solas con mi imaginación, resultaba mucho más satisfactorio, pero, por curioso que parezca, no era suficiente. Nunca jamás se lo contaría a mis amigos, pero lo que más deseaba era querer y que me quisieran. Y nunca iba a suceder. Después de Hayden, imposible.

Lo había conocido en una discoteca un año atrás. Poco después del diagnóstico de mi madre. Yo había salido de marcha con mi primo Marv y algunos de sus amigos. Hayden no era uno de ellos, pero iban al mismo instituto. Era solo un poco más bajo que yo y tenía músculos como es debido, de esos que ves en los actores de cine. No en plan culturismo, solo cachas. Nada de grasa. No fardaba de ello, enseguida me di cuenta. Estaba bueno a rabiarse. Yo ya me había fijado en él, porque en aquel entonces estaba más abierta a esos rollos. Me miró a los ojos en la pista de baile, lo que suena cutre, sí, pero no lo fue, porque me lanzó una sonrisa preciosa, auténtica, y moviendo los labios sin hablar, dijo: «¡Me encanta cómo bailas!». También moviendo los labios, respondí: «Gracias» y cuando terminó la canción me invitó a una copa, nos sentamos a una mesa y nos

estuvimos hablando a gritos durante la media hora siguiente. Fue tronchante. A ver, gritábamos cada vez más fuerte por encima de la música y del bajo —exagerado hasta un punto absurdo—, y salimos del paso airosamente. Entonces, rozó las yemas de mis dedos y, con una voz más normal, me preguntó:

—¿Quieres salir de aquí?

Una vez afuera, caminamos durante un siglo, charlando de todo un poco, haciendo bromas, provocándonos la risa el uno al otro; luego, me preguntó si me apetecía ir a su casa. Se limitó a sonreír y a soltarlo por las buenas. Nada de mirarme a los ojos de forma significativa o movidas así.

—Sí, *claro* —respondí poniendo los ojos en blanco en plan vaya pregunta, claro que quería follar con él. Soltó una exclamación de júbilo y, tirando de mí, me envolvió en un abrazo gigantesco. Sus brazos parecían bandas de acero, en el mejor de los sentidos. Yo había tenido sexo una sola vez antes y, bueno, me apetecía repetir, pero mejor. Pensé que ir con un chico a su casa no era nada del otro mundo.

—Voy a enviar un mensaje de texto a mi primo —comenté mientras sacaba el móvil.

—Adelante.

Le dije a Marv que me marchaba temprano y, acto seguido, escribí a mi madre diciéndole que volvería más tarde, pero que Marv me acompañaría a casa. Plan arriesgado, es verdad; pero me pareció que merecía la pena. Guardé el móvil y, al levantar los ojos, vi que Hayden me estaba mirando.

Fruncí el ceño y sonreí.

—¿Qué pasa?

Me acarició la mejilla con suavidad.

—Esto —y me besó. Fue increíble. Me rodeó con sus brazos. Su boca se notaba cálida, olía genial y nunca me había sentido más segura.

—Qué grosería —dije después, tratando de ocultar que me había dejado sin aliento—. Ni siquiera me has pedido permiso.

Se encogió de hombros y sonrió con timidez; en la mejilla izquierda se le formó un hoyuelo.

—Yo funciono así.

—Bueno, pues que no vuelva a ocurrir —le advertí mientras me acercaba en busca de otro beso y, esta vez, fui *yo* quien lo rodeé con *mis* brazos.

(He pensado mucho sobre lo que ocurrió y siempre vuelvo a ese momento. Resulta que aunque tomes la delantera para besar a alguien, no significa que controles la situación.)

Al llegar a su casa se llevó los dedos a los labios y, soltando risitas como idiotas, pasamos sigilosamente por el dormitorio de sus padres y subimos las escaleras, que crujían a más no poder, hasta la habitación de Hayden, en la buhardilla. Todo lo que recuerdo de su cuarto es el conjunto de pesas en un rincón, y que su edredón nórdico no tenía puesta la funda. El hecho de no poder hacer ruido provocaba que todo resultase más intenso. Nos tumbamos en su cama y nos empezamos a besar y, de pronto, todas las escenas de sexo que yo había visto, leído o imaginado en mi vida me vinieron a la cabeza, y antes de que me pudiera dar cuenta nos estábamos arrancando la ropa el uno al otro y él atravesó el dormitorio a traspies para sacar un condón de su cartera. En realidad yo solo me había acostado con otro chico, pero lo de Hayden no tuvo nada que ver con la vez anterior. Fue impresionante. Acabamos hechos un amasijo de extremidades

sudoroso y jadeante; yo tenía las bragas aún colgando de un tobillo y él aún llevaba puestos los calzoncillos tipo *boxer*, por donde le colgaba el pene de una manera de lo más cómica.

—Guau —dijo, todavía respirando con dificultad—. ¿Dónde está el pitillo posterior al sexo cuando lo necesitas?

—Es verdad —dije yo entre risas—. Ha sido el James Bond de los polvos, totalmente.

—Agente 007, licencia para follar —declaró con voz seria, y me partí de risa.

—*Shh!* Vas a despertar a mis padres —advirtió, tapándome la boca con la mano. Luego, la apartó y empezó a besarme.

Pasados unos minutos se quedó dormido y yo también debí de dormirme porque me desperté con un sobresalto, miré la hora y eran las cuatro de la madrugada.

—Tengo que irme —susurré al oído de Hayden con tono de urgencia. Alargó una mano, pero estaba demasiado dormido como para hacer nada, salvo dejarla caer sobre la cama. Me vestí a toda prisa y después me incliné para darle un beso. Sonrió y se movió, aunque sin despertarse.

—Te llamo luego —le dije.

—*Vle* —masculló.

Al día siguiente Hayden tenía un compromiso familiar y no pudo verme, pero dos días más tarde me acerqué a su casa después de clase, cuando sus padres estaban trabajando. Subimos directamente a la habitación y nos acostamos. Y luego, nos volvimos a acostar.

Le conté que mis padres habían roto, que estaba enfadada con mi madre, que se me había ido un poco la olla y me daba miedo quedarme dormida... en fin, todo. Él dijo que no había nada que mereciera la pena contar sobre su vida.

¿Te acuerdas de eso que le dije a Will sobre Julieta, que nunca me enamoraría después de una sola conversación? Pues mentí. Cuando no estaba con Hayden, pensaba en él. Cuando estaba con él, era como si me encontrara bajo los efectos de una especie de droga que intensificara los sentidos. Quería saber hasta el último detalle acerca de Hayden y recordar hasta el último detalle de lo que hacíamos juntos, incluso los sándwiches de queso que nos tomamos en la cama la tercera vez que fui a su casa después del instituto. De pan multicereales. Recuerdo que estaba tumbada de través en la cama, con la cabeza apoyada en su torso y las piernas colgando por un lado del colchón. Se quejó de las migas. Hice un chiste sobre que iríamos a los mejores restaurantes. No. Ja, ja. Se rio.

—¿Te apetece venir a mi casa mañana? —pregunté. Luego, le tomé la mano y la coloqué sobre mi pecho desnudo, porque esa era la clase de relación que teníamos. *Taaaan* relajada, tan íntima.

Trazó un lento círculo alrededor de mi pezón.

—¿No estará tu hermana?

—Sí, pero no pasa nada.

—Donna, ¡compartís habitación! —me estrujó el pecho—. A menos que estemos hablando de un rollo en plan obsceno, un trío con dos hermanas.

—¡Ugh, vete a la mierda! —fingí que vomitaba.

Se rio y, con suavidad, me apartó a un lado para quitarse las migas.

—Entonces, ¿por qué lo sugieres?

Esbocé una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa? ¿Es que no serías capaz de quitarme las manos de encima?

Adoptó un acento libidinoso.

—Nena, lo nuestro es el sexo —luego, se colocó encima de mí y, como me encantaba acostarme con él, dejé el tema.

Yo no era estúpida. Notaba que en nuestra relación existía un cierto desequilibrio, solo que decidí ignorarlo. Los chicos tardan más que las chicas en comprometerse emocionalmente, me decía a mí misma. Y el sexo era *im-presionante*. Resultaba imposible tener esa clase de sexo sin que hubiera una conexión profunda.

(Por cierto, a mis amigos no les comentaba nada de esto. A ver, les decía que estaba saliendo con alguien y que nuestras relaciones sexuales eran increíbles —es lo que haría cualquiera, ¿no? —, pero solo Ashley sabía cuánto me gustaba Hayden. Muchas veces estuve a punto de contárselo a los demás pero, por alguna razón, me contuve. No sé muy bien por qué. ¿Por la enfermedad de mi madre, quizá? O acaso pensé que me haría parecer egoísta si me mostraba enamorada total mientras mi madre pasaba por la quimio. Lo que fuera.)

Un par de semanas más tarde seguíamos sin haber hecho nada más que ir a su casa a follar, pero es que estábamos en la fase inicial de nuestra relación. Todo el mundo folla como los conejos en la fase inicial. Estábamos en su cama, tumbados y exhaustos después de un par de horas particularmente intensas de sexo. Hayden me pasaba los dedos por el brazo, apenas rozándolo, mientras yacíamos entrelazados.

Cerré los ojos, de puro éxtasis. Nunca había sido más feliz. Ni siquiera me paré a pensarlo. Abrí la boca y lo solté:

—Hayden, te quiero.

Sus dedos se paralizaron y noté que el cuerpo se le tensaba. Empezó a reírse por lo bajo, pero entonces cambió de opinión y se detuvo en mitad de la risa. Se incorporó, provocando que mi cabeza cayera de golpe sobre la almohada. Me miró y, luego, bajó la vista a sus manos; después, volvió a mirarme.

—Verás, Donna, llevo tiempo queriendo hablar contigo.

—*Aaah*, parece serio... ¿Es que hemos «terminado»? —pregunté, mirándole con ojos muy abiertos en plan femenino mientras daba gracias a Dios por que todas esas capas de carne y de hueso impidieran que Hayden escuchase cómo el corazón me estallaba en un millón de pedazos.

—Lo siento —se encogió de hombros e hizo un tibio esfuerzo por parecer apenado—. Eres genial. Supersexy. Es solo que...

Levanté la palma de la mano.

—No, está bien, no tienes que dar explicaciones... No es nada del otro mundo —entonces, mi sonrisa fácil se torció y se estiró y, como una puta imbécil, rompí a llorar.

—¿Ves? A eso me refería —dijo él—. Eres demasiado intensa —entonces, como si una vez clavado el puñal ya pudiera hurgar en la herida, colgó las piernas a un lado de la cama y, dándome la espalda, añadió—: Donna, tienes problemas. A ver, tus padres están divorciados, ¿y qué? Bienvenida al puto club, ¿sabes a qué me refiero? Casi todos los padres de mis amigos están divorciados y no se pasan la vida dando la brasa por eso. Y, en fin, siento lo de los problemas con tu madre y que ahora tenga cáncer, pero solo una tarada total pensaría que tienen relación. Y en cuanto a eso de la-noche-me-da-miedo... —soltó aire con fuerza por unos labios flojos—. En serio, es el colmo —se levantó y empezó a enfundarse los vaqueros. Me miró con una expresión mitad de desprecio, mitad de lástima, acaso con un poco de aversión también. Se encogió de

hombros—. Hay una cosa que se llama «demasiada información», ¿sabes lo que te digo? —pasó a mi lado, se encaminó a la puerta y, por encima del hombro, me espetó—: tengo que hacer pis.

Me quedé mirando la puerta unos segundos. Era como si me hubiera atropellado un coche. De pronto, el pánico se apoderó de mí. Tenía que salir de allí antes de que Hayden regresara. Sentí que, si me decía una cosa más, de veras me moriría. Me puse los vaqueros y el jersey tan rápido como pude, metí el resto de la ropa en la mochila de cualquier manera y me fui dando traspiés, hecha un mar de lágrimas, corriendo para que nadie me preguntara qué me pasaba. Una vez en casa, cerré la puerta de un portazo y subí al piso de arriba a toda velocidad, rezando para que Jess no estuviera en nuestra habitación. Estaba vacía. Podría haber sido peor, desde luego. Pero eso no impidió que viniera tras de mí. Empujé la espalda contra la puerta para que no pudiera abrirla.

—Don, ¿qué pasa? ¿Por qué no me dejas entrar? —cada vez que Jess conseguía abrir la puerta un poco, yo volvía a cerrarla de un empujón.

—Vete —logré mantener la voz firme.

—Mierda, Donna, ¿qué ha pasado? Venga, ¡déjame... ENTRAR! —dio un gigantesco empujón a la puerta, pero yo estaba preparada.

—Te lo contaré más tarde, te lo prometo. Vete, por favor.

Se produjo una pausa.

—Vale. Pero no vas a hacer ninguna tontería, ¿verdad?

En contra de mi voluntad, puse los ojos en blanco.

—Pues claro que no, joder... solo necesito un poco de espacio.

—Vale —repitió. Sujeté la puerta hasta que oí que bajaba las escaleras; luego, me dejé caer en la cama, me apreté la almohada contra la boca y empecé a llorar con todas mis fuerzas.

Cuando Jess vino a acostarse, yo estaba dormida. Por la mañana, me levanté como si no hubiera pasado nada. Le dije que ya me encontraba perfectamente. Hayden y yo habíamos roto, pero que era lo mejor. Solo necesitaba tiempo para asimilarlo.

Mis amigos estaban enterados de que yo había estado saliendo con alguien pero, como ya he dicho, solo Ashley sabía que me gustaba de verdad. Le conté que había cortado con él. Que era demasiado intenso para mí.

«Hay una cosa que se llama demasiada información.» Si lo sabría yo. Nunca más volvería a mostrarme tan vulnerable. Se acabaron los «problemas», se acabó la intensidad, sería tan solo Donna: alegre, divertida, fiestera. «Donna es tronchante, pero más vale que no le hagas enfadar.» Ahí está mi declaración de objetivos personal. «Si no los dejas entrar, no podrán hacerte daño.» Ahí va otra.

Tal vez algún día me gustaría un chico, y él se daría cuenta de que me moría porque viera más allá del duro exterior y descubriera mi verdadero yo. Tal vez incluso le gustara lo que había encontrado. Sí, vale. Tal vez.

9

—¿Has quedado con un chico o algo así? —Jess estaba parada con los brazos en jarras mientras observaba cómo yo rebuscaba entre la ropa del armario.

—No —me pegué al cuerpo un jersey con estampado de leopardo—. ¿Sigue estando bien? ¿No parece, en plan, del año pasado?

Jess arrugó el ceño.

—¿Qué más da? ¿A ti te sigue gustando?

Lo sujeté con el brazo extendido y lo miré de arriba abajo.

—Sí, creo que sí.

—Pues entonces, pónelo —me miró como diciendo «¿estás tonta?»—. Pensaba que hoy ibas a ver a ese profe particular tuyo.

—Lo voy a ver —devolví el jersey al armario—. Me siento más segura si me gusta la pinta que tengo, nada más.

—Mmm... —dio unos golpecitos con el pie—. ¿Y vuelves a meter ese jersey en el armario porque...?

—Porque no quiero ponérmelo, ¿vale? —fruncí el ceño y saqué mis vaqueros preferidos y una camiseta blanca de manga larga que me había comprado porque me apetecía tener el aspecto en plan mono de un anuncio de GAP, pero nunca me la había puesto porque, en realidad, no era mi estilo para nada. Pero seguía siendo de un blanco radiante, lo que quedaba bien en contraste con mi piel, y quizá me diera un aspecto relajado y fresco al típico estilo americano. Podía pintarme las uñas y llevar los pies descalzos para dar una impresión de sábado, en plan pereza. (Ya lo sé: yo tampoco daba crédito a estar pensando esas cosas.)

Mi hermana se puso a sacar ropa de su bolsa de viaje a toda prisa.

—Si vas a tardar un siglo, me meto en la ducha.

—No, espera —dije yo—. Ya estoy lista. Porfa, Jess, no tardaré —no quería tener el pelo mojado cuando llegara Will.

—Lo que tú digas —respondió—. Pero acelera.

—Te he dicho que salgo enseguida, ¿no? —me apresuré a entrar en el cuarto de baño y me coloqué bajo la ducha, intentando hacer caso omiso de las mariposas que me revoloteaban en el estómago. ¿Pero qué narices me estaba pasando? Aquello tenía que acabar. A la de ya.

Cuando Will llegó estaba vestida, maquillada, peinada y desayunada. Además, me había pasado media hora en el sofá atacada de los nervios y fingiendo estar absorta en *Saturday Kitchen*, el programa de cocina.

Su llamada a la puerta me provocó náuseas.

—¡Voy yo! —chillé, por si a Jess se le ocurría otra cosa. Por una vez, nuestro padre había pasado la noche en casa de Barbie.

Jess asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Vale, no estoy sorda.

—Perdona, creía que estabas en el piso de arriba —ojalá hubiera estado en el piso de arriba.

—¡Pero si he pasado a tu lado hace dos minutos!

—*Vaaale*. Lo siento. Jopé —corrí hacia la puerta, me detuve un segundo (no sé por qué) y abrí. Ahí estaba Will, impresionante con sus vaqueros negros, camiseta negra, botas negras y gorro de lana negro. Mucho negro, sí; pero estaba como un tren, ¿vale?

—Hola Will. Entra —dije sin llegar a mirarlo. Me retiré hacia atrás para dejar que pasara, pero no atravesó el vestíbulo.

—Hola, Donna... ¿todo bien?

Esbocé una sonrisa fugaz.

—Sí. Perfectamente, gracias. ¿Y tú?

—Eh... sí. Perfectamente.

—Bien.

—Bien.

Pausa incómoda.

—Bueno, a ver. Ya conoces el camino —le dije. Lo seguí hasta el cuarto de estar donde, como de costumbre, mis apuntes estaban esparcidos por la mesa. La única manera en la que yo podría superar la situación sería centrándome por completo en el estudio. Al fin y al cabo, era la única razón por la que Will estaba allí. Nos sentamos y Jess asomó la cabeza desde la cocina otra vez.

—Hola, debes de ser Will —le saludó con un gesto de la mano—. Soy Jess, la hermana de Donna.

Will sonrió y le devolvió el saludo con un gesto rápido.

—Hola. Encantado de conocerte.

—Lo mismo digo —se apoyó en el marco de la puerta—. Bueno, así que vas a ayudar a mi hermanita a aprobar la reválida... —esbozó una amplia sonrisa—. Les das sopas con honda al resto de los tíos.

«¿Les das sopas con honda? ¿Es que estaba *tonteando* con él?». El alma se me cayó a los pies. Genial. Seguramente, a Will le gustaba Jess —sus edades eran más parecidas, ambos iban a la universidad y ella era más guapa que yo. Mala suerte por partida triple. Pero Will se limitó a dedicarle una sonrisa de cortesía con la boca cerrada y comentó algo acerca de que era yo quien hacía todo el trabajo.

—Bueno —Jess se irguió de nuevo—. He venido a ver si os apetece un té.

—Sí, porfa —respondí, más por librarme de ella que porque me apeteciera. Ya me había tomado unas cincuenta y siete tazas aquella mañana. Se puso a hablar, pero la interrumpí—. Will lo toma con leche y sin azúcar.

Jess elevó las cejas y esbozó una sonrisa burlona, la muy cerda.

—Vale. Voy a prepararlo.

Me volví hacia los apuntes.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer hoy? —miré a Will. No tuve más remedio; de otra forma, daría una imagen furtiva, extraña. Fue como si me hubieran golpeado. Su rostro había estado en mi mente de forma casi constante desde la última vez que lo había visto, y mirarlo cara a cara resultaba poco menos que doloroso. Tan cerca y, sin embargo, tan (tan, tan) lejos.

Bajó la vista a mis apuntes.

—Hoy lo dedicaremos al amor adolescente —anunció. Gruñí para mis adentros. Ojalá. Will prosiguió—: Más en concreto, ¿puede realmente surgir el amor con la rapidez e intensidad que describe Shakespeare? —colocó las manos sobre la mesa con ese gesto tan suyo y me clavó los ojos. No había nada en ellos. Solo quería que contestase a su pregunta.

—Eh... Bueno, no, claro que no —respondí—. Como ya te dije, no puedes «enamorarte» después de una conversación.

—Vale —dijo Will—. ¿Por qué no?

Joder. ¿Qué era aquello? ¿Un programa de psicología *amateur*?

—Porque no es posible —repliqué con tono irritado—. No sabe nada el uno del otro. A ver, te puede gustar una persona, la encuentras sexy o lo que sea... —mi voz se fue apagando.

—Sigue.

Fruncí el ceño y me sonrojé.

—Perdona... ¿qué estaba diciendo? —en realidad, no se me había olvidado; pero de pronto supe que, de alguna forma, Will se daba cuenta de lo que estaba pensando de verdad.

—Una persona te puede parecer sexy, pero... —apuntó.

—Eh... sí —me froté la frente, aturdida, y me puso una mano en el brazo.

—Relájate, Donna —dijo con una risita—. Lo estás haciendo muy bien.

Me quedé helada. Era horrible, me estaba comportando de una manera tan extraña que Will se veía en la necesidad de mostrarse amable. Era como si alguien diera unas palmaditas en el brazo de un anciano pariente con demencia senil para hacerle creer que todo iba bien, aunque sus órganos vitales estuvieran hechos polvo y le quedaran segundos para palmarla.

Will se recostó en su silla.

—Mira, ¿quieres que dejemos *Romeo y Julieta* un rato y le echemos un vistazo a los otros dos libros?

—No, está bien —respondí—. Deberíamos seguir con esto, podemos hablar de los tortolitos —(«¿Podemos hablar de los tortolitos?») ¿Pero qué coño me estaba pasando?).

—Vale, de acuerdo —Will estaba a punto de decir algo más cuando Jess entró con el té.

—Guau, genial, gracias, Jess —dije yo, sonriendo de oreja a oreja como una idiota.

—No hay de qué darte las gracias, para nada —repuso ella mientras me miraba en plan «no es más que té, imbécil» antes de disponerse a subir al piso de arriba. Llevaba un tazón en una mano y un libro en la otra—. Estaré en la bañera si me necesitáis... —se volvió hacia Will—. De hecho, ¿tienes que ir al váter? Solo hay uno en la casa.

—No, estoy bien, gracias —repuso él con una sonrisa, como si le hiciera gracia que Jess no lo considerase lo bastante mayor como para controlar su vejiga durante media hora. En circunstancias normales le habría dicho que fuera, de todas formas. Los baños de Jess eran legendarios, dos horas no estaban fuera de lo normal. Pero las circunstancias no eran normales, así que me limité a avergonzarme y seguí con la boca cerrada.

—Así que... —Will me miró—. Tema a debatir: «El amor a primera vista».

Coloqué la cabeza hacia un lado.

—Nunca he entendido eso de «debatir»... A ver, ¿con quién lo estás debatiendo? ¿Contigo misma? No puedes tener un debate contigo misma.

—Supongo que significa que tienes que exponer todas las partes de un argumento —repuso él con voz tranquila. Había que reconocerle el mérito. Si yo fuera él, ya me estaría arañando la cara de pura frustración—. Probemos a mirar el contexto —continuó—. ¿Podría ser que algún aspecto de la situación familiar de Romeo y Julieta influyera (o no) en el amor entre ambos?

—A ver, ¿te refieres a las enemistades que van de generación en generación al estilo de *Gente de barrio*, la telenovela? —pregunté mientras daba al aire. *Pum, pum*.

—Bueno, sí —respondió por fin, empezando a parecer un tanto descolocado—. Desarrolla la idea.

—Bueno, es esa movida de la rebelión, ¿no? —dije yo—. Al enamorarse —hice una pausa para marcar comillas en el aire—, básicamente les están haciendo una peineta a sus padres. En plan «que os folle un pez, me enamoro de quien me da la gana».

—¡Bien! —volvió a tocarme el brazo y di una sacudida tan fuerte que volqué mi tazón y el té

se derramó sobre nuestros apuntes.

—Ay, mierda. MIERDA. Lo siento mucho —me levanté y salí corriendo hacia la cocina en busca de paños. Estaba al borde de las lágrimas. Empecé a secar como una loca—. Soy una tarada total.

Will me puso una mano en el hombro.

—Eh, Donna, no te preocupes. Solo es papel.

—Sí, pero tus apuntes... —se me quebró la voz.

—¡Bah! Olvídate de mis apuntes —me empujó levemente en el hombro—. Siéntate. Hagamos un descanso para tomar el té —contempló el desastre sobre la mesa y sonrió—. Bueno, puedes mirar cómo me lo bebo yo.

—Vale —me dejé caer sobre la silla.

Dimos sorbos en silencio durante un rato. Me daba la sensación de que Will me clavaba los ojos, tratando de entender qué coño me pasaba. Pues no era el único. Me preparé para que me preguntara si me encontraba bien, pero no lo hizo. En cambio, dijo:

—En realidad, es un alivio estar aquí. El asunto de ese novio de mi madre, el que me da mala espina, va de mal en peor.

—¿Ah sí? —dije yo con tono inexpresivo.

—Verás, quiero a mi madre, pero es de una inocencia exagerada —soltó una risa leve y dio un sorbo de té—. Tiene un montón de aparatos de radio para coches apilados en su habitación. Se cree que su novio los ha comprado al por mayor para luego venderlos. A ver, ¿desde cuándo los mayoristas venden radios para coches con los cables colgando y sin caja? —se echó a reír y yo, con cierta timidez, me reí con él. El pobre trataba de hacerme sentir más relajada, pero estaba tan tensa y me sentía tan deprimida que seguramente se habría necesitado un tranquilizante para caballos para calmarme. Cuando resultó evidente que su táctica había fracasado, añadió—: Bueno, esto es lo que vamos a hacer... —y se pasó el resto de la clase escribiendo preguntas para que yo las respondiera en veinte minutos. El ambiente resultaba extraño, silencioso, horrible, y cuando se marchó me sentí casi aliviada porque el suplicio hubiera pasado.

Me desplomé en el sofá. Bueno, saltaba a la vista que yo no le interesaba. Enterré la cabeza entre las manos. ¿Por qué me empeñaba en actuar como una chiflada? Y aunque era obvio que estaba preocupado por su madre, ¿qué hacía yo? Reírme con poco entusiasmo y quedarme mirando a la mesa.

—¿Estás bien?

Al mirar hacia arriba vi que Jess estaba parada frente a mí, con los brazos cruzados.

Solté un suspiro.

—Sobreviviré —es lo que nuestro padre siempre nos decía cuando nos sentíamos fatal: nos abrazaba, nos alborotaba el pelo y declaraba: «Sobrevivirás». Creo que se refería a que no debíamos preocuparnos por cosas que no tienen importancia, pero a mí me sonaba como una amenaza. Como si no estar muerta fuera lo más que podías esperar.

Mi hermana se sentó y me rodeó con un brazo. Dejé que me atrajera hacia ella hasta que nuestras respectivas cabezas se tocaron.

—Más te vale no tener piojos —advertí.

—Will está cachas —dijo ella.

—Mmm.

—Te gusta —era una afirmación, no una pregunta.

Me incorporé.

—No, ¡de eso nada! A ver, vale, está cachas, pero... —Jess me puso un dedo en los labios.

—Cierra la boca y escúchame —dijo con amabilidad—. Si tiene un mínimo de sentido común, se dará cuenta de lo maravillosa que eres.

—Vete a la mierda —me burlé; luego, hundí la cara en su hombro y rompí en llanto.

10

A la mañana siguiente tenía resaca de tanto llorar: ojos doloridos e hinchados, dolor de cabeza y un sentimiento de vacío total. Así que no se trataba de una de esas veces en las que solo necesitas unas cuantas horas de sueño y una buena llorera. ¿Por qué narices no podía yo superar ese asunto de Will? Era inútil, y seguramente peor que inútil, porque siempre acababa sintiéndome como una mierda. Y digo «acabar», pero no es que en ese momento me sintiera lo que se dice alegre. Y si ahora me sentía así de mal... suspiro. Suspiro, suspiro, suspiro. *Buu, buu*, pobrecita de mí. Se produjo un movimiento en la cama de al lado: Jess se empezaba a desperezar. Hora de levantarse. Aparté el edredón de una patada, fui rodando hasta caer al suelo y allí me quedé tumbada unos instantes con objeto de acopiar la suficiente energía para ponerme de pie. Ahí abajo olía diferente. Una mezcla de polvo, pies y moqueta. La cama de Jess volvió a crujir, así que me levanté con dificultad y me dirigí al cuarto de baño.

En la ducha, cerré los ojos y dejé que el agua me golpeará en la cabeza. Nada funcionaba particularmente bien en nuestra casa: el reloj del microondas estaba roto, el horno estaba atascado en doscientos veinte grados, no veíamos ninguno de los canales de la televisión pública... Pero, al menos, la ducha no iba mal. Tenías que ducharte o con agua hirviendo o con agua congelada, pero eligieras la que eligieses salía a la máxima potencia.

No soportaba que Ashley siguiera sin saber lo de Will. A ver, no es que tuviera un interés especial en que se enterara, solo que odiaba ocultarle las cosas. Otras veces que lo había hecho, me había sentido agobiada y culpable. Había quedado con ella y con Rich en el pub para un almuerzo improvisado. Decidí contárselo a los dos y afrontar las consecuencias. Debía ponerme al mando de la situación de una puta vez. ¿Qué tenía de particular, o de preocupante, el interior de mi cabeza para que no dejara entrar a nadie? «Tienes que sobreponerte —pensé—. A los demás no les importa que seas una friki. Están demasiado ocupados siendo frikis ellos mismos.»

Mientras caminaba hacia la parada del autobús me dije que, ahora que había tomado la decisión, me sentía *mucho* mejor. Y para demostrarlo, me había puesto mi pintalabios rojo más intenso, más oscuro, y llevaba los tacones de aguja menos apropiados para un día de diario además de los vaqueros que, según me parecía, me hacían un culo impresionante. «Un frente cálido pasará hoy sobre Brighton», pensó Donna, la chica del tiempo.

Rich se montó en el autobús dos paradas después de la mía.

—¡Guau! —me miró de arriba abajo mientras ocupaba el asiento contiguo—. *Très sexy*, Don-Don.

—¿A que sí? —dije yo mientras me pasaba las manos por las caderas. No resulta fácil cuando estás limitada por una ventanilla mugrienta a un lado y Rich, al otro. Le di un abrazo—. Tú también estás guapísimo, claro —llevaba vaqueros pitillo y un jersey gris de pico; su vestimenta

habitual, pero le favorecía.

—Claro —convino él—. En fin. La clase de ayer con Will, ¿bien? —me miró con los ojos muy abiertos, fingiendo inocencia.

Le pegué un puñetazo en el brazo, aunque no con mala idea.

—Pues la verdad es que no. Fue una mierda.

—Ya —se echó atrás, hacia el pasillo, para poder mirarme como era debido—. ¿Y eso? ¿Estás bien?

—Bah... —me encogí de hombros—. Estoy bien. Te lo contaré cuando llegemos al pub. No es nada del otro mundo, pero paso de contarlo dos veces.

—Qué intrigante.

—En realidad, no mucho.

—Tú misma —cruzó una pierna sobre la otra y se inclinó hacia mí—. Bueno, pues deberías haber visto a Ollie y a Sarah después de que te fueras el viernes por la noche. Ollie ganó para ella un oso gigante de peluche en el... ¿cómo se llama ese puesto donde derribas los cocos que hay encima de los postes?

—¿Tiro al coco? —dije yo.

—¿Tiro al coco? ¿Seguro? —agitó la mano—. Bueno, vale: pues eso.

—¿Qué dijo Sarah? —era estupendo oír noticias sobre otro tema, sobre algo real, y no mi maldito y puñetero problema de fantasía.

—Ay, Dios santo, los dos se pusieron en plan supersarcástico sobre el asunto —dijo Rich—. Algo así como «¡Ay, mi héroe! ¡Ja, ja!» y «¿Ahora lo nuestro ya es oficial?». Movidas de esas —sacudió la cabeza de un lado a otro con expresión de lástima—. Es amor, te lo digo yo. Tienen que echarle un par de pelotas y admitirlo de una vez.

—¿Un par de pelotas? Vale para Ollie, pero ¿y Sarah? ¿O te refieres a dos pares?

Me lanzó una mirada de desprecio.

—Muy graciosa.

Encogí los hombros.

—Tú eres el que no sabe hablar su propio idioma. Al menos, yo he oído lo de «tiro al coco».

—Vale, fíjate cómo ahora mismo me abstengo de hacer un chiste sobre que tengas profesor particular de Lengua —se señaló a sí mismo—. Buen amigo.

—Superbuén amigo —repetí—. Aunque, ni que decir tiene, si *hubieras* hecho un chiste te habría pegado en todos los morros un golpe bajo que te cagas.

Esbozó una sonrisa burlona.

—Me encanta cuando hablas en plan malota... Aunque, en realidad, no se puede dar un golpe bajo en la cara.

—Sí se puede —respondí frunciendo el ceño.

—No. Das un golpe bajo aquí —se señaló debajo de la cintura.

Miré por la ventanilla.

—Lo que tú digas.

—Otra vez en la que podría...

—... haber hecho un chiste sobre el profesor particular de Lengua, ya lo sé —concluí por él—. Y, de nuevo, has tenido suerte de no hacerlo.

Se encogió de hombros.

—Lo que tú digas.

—Eso he dicho yo.

—Repito: lo que tú digas.

Esbocé una sonrisa.

—Venga ya, cierra la boca —¿ves? Esto estaba mejor. Casi había dejado de sentirme una mierda.

Ashley ya estaba en el pub cuando llegamos, lo que habría resultado increíble si el conductor de nuestro autobús no hubiera decidido echar a todo el mundo a mitad de camino. Esperamos diez minutos a que viniera otro y, luego, renunciamos y nos pusimos a andar. En ese momento, un autobús pasó por nuestro lado levantando unos dedos imaginarios con el signo de la victoria.

—Muy amables al venir —ironizó Ashley. Señaló su copa de vino medio vacía—. Es la segunda.

—¿Has pedido una botella? —preguntó Rich, que pareció un tanto escandalizado.

—Como si ese fuera el tema —replicó ella—. Pero sí, bah, claro que la he pedido.

—¡Uf!

Nos sentamos y Ash nos sirvió vino a los dos.

—Bueno, ¿qué tal te fue ayer, peque? —me preguntó.

—En realidad, me fue de pena —respondí—. Una cagada total.

Hizo una pausa, sorprendida, sujetando en el aire la botella de vino.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Bueno... —hice una pausa y, a través de las pestañas, miré a mis dos amigos—. Bueno —volví a decir.

—¿Qué? ¿Qué? —insistió Rich, pegando botes en su asiento—. No aguanto más.

—No te emociones —repliqué con tono seco. Di un trago largo de vino—. Es solo que... bueno, parece una estupidez, en serio; pero es verdad... lo que dijisteis.

—¿Eh? —se intercambiaron miradas de confusión.

—¿A qué te refieres con «lo que dijisteis»? —preguntó Ashley.

—Me refiero a que sí, bueno, me gusta —arrugué la barbilla como diciendo: «¿es que no resulta obvio?».

—Aaah.

—Ah.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Exacto.

—Bueno, cariño, ¿y cuál es el problema? —preguntó Rich con las manos extendidas—. Ve a por ello. Fóllate al tío y acuérdate de todo para poder contárnoslo después.

—Mmm —me puse a jugar con el pie de mi copa, girándolo entre los dedos. Ashley no me quitaba la vista de encima. La miré a los ojos y encogí los hombros con aire triste.

—Te gusta mucho —dijo.

—Por desgracia... sí —agarré un posavasos de cartón y empecé a lanzarlo al aire—. Pero a él no le gusto yo, así que...

—¿Cómo sabes que no le gustas? —exigió Rich—. Eres fabulosa.

—¡Ja! Bueno, por supuesto que lo sé... —dije yo, juntando las yemas de las manos sobre el

pecho.

—¿Cómo *sabes* que no? —preguntó Ashley en voz baja.

Me concentré en balancear el posavasos al borde de la mesa, en el sitio exacto para poder lanzarlo al aire y agarrarlo con la misma mano.

—Ni idea. Lo sé y punto.

—Lo que significa que *no* lo sabes... ¿No te ha dicho nada?

—No —admití.

—Pero tú tampoco, ¿verdad?

Me encogí de hombros.

—¿Y?

Rich se dio una palmada en la frente.

—¿Hola? ¿No estábamos hablando hace solo media hora de que Ollie y Sarah tenían que echarle huevos?

—No es lo mismo —repliqué—. Ellos ya saben que se gustan como amigos. Will es mi profesor particular, es mayor que yo, más listo que yo, y no somos amigos. Nosotros... tenemos una relación laboral.

Ashley arqueó una ceja.

—Guau, qué romántico.

—Exacto —respondí.

Me golpeó la pierna con un pie.

—Pues conócelo: *hazte* su amiga. No es como un profe del instituto. Solo es un chico que da clases particulares para sacar un poco de pasta... Y no te agobies —negó con la cabeza—. Jopé, se te da de miedo agobiarte por nada.

La miré, sorprendida. ¿Cómo lo sabía?

—No le voy a gustar —insistí.

—Y una mierda que no le vas a gustar —replicó—. Pues claro que sí. Eres genial.

Sonreí.

—Sí, bueno. No sois imparciales, para nada.

—¿Y con razón! —exclamó Ashley.

—No seríamos amigos de una tipa cualquiera —añadió Rich. Puso su mano sobre la mía—. Solo de una clase de tipa muy especial.

Lo miré por encima de mi copa de vino.

—Gracias, tronco.

—De nada —sacó del soporte la carta del menú del domingo—. ¿Y si pedimos ya? Me muero de hambre.

Fue casi una sorpresa cuando el despertador sonó la mañana siguiente. Instituto. Las vacaciones de mitad de trimestre habían sido intensas, y todo el estrés acerca de Will me había hecho olvidar hasta cierto punto el porqué de su presencia. No me daba la impresión de que fuera una mañana de clases cualquiera, es decir, no notaba la habitual sensación de náuseas en el fondo del estómago, aunque sí estaba un poco nerviosa. ¿Y si el trabajo que había hecho con Will no funcionaba en clase? Suspiré. Solo había una manera de averiguarlo.

Salí de la cama y me quedé unos instantes de pie, esperando a despertarme como es debido.

Jess había vuelto a la universidad, la habitación se notaba silenciosa, desierta, y el hueco entre las cortinas estaba muy oscuro. Oía el agua de la ducha, así que me puse una sudadera y bajé sin hacer ruido al piso inferior para preparar el té mientras esperaba a que mi padre terminara.

Llegué al cuarto de baño justo cuando él salía.

—Buenos días, habichuela —me dijo.

Le entregué su taza de té.

—Estás de buen humor —ya casi nunca me llamaba «habichuela». Había empezado a hacerlo antes incluso de que yo naciera, porque los libros sobre el embarazo decían que los fetos, en sus primeras fases, tenían el tamaño de una alubia, de modo que se entiende por qué había dejado de llamarme así: ahora me parecía más bien a una judía trepadora.

—Pues sí, lo estoy —me guiñó un ojo, se dio unos golpecitos con el dedo en la nariz (rayante) y se fue arrastrando los pies a su habitación para vestirse. Llevaba la toalla alrededor de la cintura, por lo que andaba de una manera rara. ¿Era de extrañar que no me gustara hablar a la gente de mis cosas? Había aprendido del gran maestro.

Cuando llegué al piso de abajo, estaba apoyado en el aparador de la cocina, escuchando Radio 2 y metiéndose en la boca grandes cucharadas de cereales.

—¿Cómo te sientes hoy, cariño, al tener que ir al instituto? —preguntó.

—Bien —eché Rice Krispies en un bol—. Ya veremos.

Soltó su bol vacío y me dio un rápido beso en la mejilla.

—Te irá genial... Nos vemos luego. Cocino yo, viene Barbie.

—Qué guay —repuse con tono apagado.

—Vamos, vamos —agitó un dedo en mi dirección, que luego transformó en un gesto de despedida—. Tengo que salir corriendo.

Asentí con la cabeza, pues tenía la boca llena. La puerta se cerró a sus espaldas e hice una pausa. Silencio. Daba la impresión de que hubieran pasado años desde la última vez que estuve sola en casa. Miré la hora. Ups, llegaba tarde. Me cepillé los dientes y en dos minutos justos estaba en la calle.

—Bienvenidos todos —la señorita Ayles entregó unas hojas de ejercicios—. Vamos a seguir con *Romeo y Julieta* las próximas semanas, pero también resumiremos *Cumbres borrascosas* y *Panorama desde el puente* para ayudaros con vuestro trabajo de fin de curso —se dirigió a la pizarra blanca y escribió: «Amor adolescente: contexto histórico».

—¿Qué diferencia, si es que la hay, podría suponer el contexto histórico a nuestra interpretación del amor entre Romeo y Julieta? —se dio unos golpecitos en la mano con el bolígrafo y aguardó pacientemente a que alguien tomara la palabra.

Y resulta que ese alguien iba a ser yo. Me aclaré la garganta.

—Supongo... que hay que situar en su, eh, contexto histórico, el que decidan casarse después de un solo día. A ver, hoy sería estúpido, inconcebible, y no te identificarías para nada con los personajes; pero en aquellos tiempos era lo que hacías cuando te enamorabas... Y la gente se enamoraba mucho más joven que ahora.

La señorita Ayles sonrió.

—Sí. Muy bien, Donna —me perdí lo que dijo a continuación; estaba demasiado ocupada dejándome llevar por mi propia brillantez. Cass me miró, conmocionada y, posiblemente,

sobrecogida; pero fingí no darme cuenta.

Después de la clase fuimos andando juntas hasta la cantina.

—Así que las clases particulares van bien, salta a la vista —comentó.

—Supongo —repuse con brevedad. Simulé que buscaba algo en la mochila para ocultar el hecho de que me estaba poniendo como un tomate.

—Genial. Me alegro por ti —dijo. Y luego—: ¿Te has fijado en los zapatos chúpame-la-punta que lleva Paul esta mañana? Alucinantes.

—Ugh, es verdad. Muy fuerte —respondí, agradecida por que cambiara de tema. Sin ni siquiera pensarlo, dejé de caminar y me di la vuelta hacia ella—. Eh, verás. Me acabo de acordar de que tengo que hacer una cosa en la sala de ordenadores. Diles a los otros que los veo luego, ¿vale?

Se mostró sorprendida, si bien no hizo comentario alguno. Solo dijo que sí. Pensándolo bien, a veces Cass llegaba a ser bastante asombrosa. La observé unos instantes y luego me giré y volví sobre mis pasos. Había llegado la hora de enviar las solicitudes a las escuelas de arte dramático. Y luego, tal vez, enviaría un email a Mac para organizar mis audiciones.

Me sentía mucho mejor con respecto a ver a Will. Bueno, no mucho mejor. Seguía pensando que no le gustaba, pero el consejo de Ashley había conseguido, al menos, que estuviera más relajada. No es que fuera a lanzarme a sus brazos, así que... En fin. Todo iba bien. Y ahora que mis solicitudes para las escuelas de arte dramático estaban en el correo, notaba un leve y constante zumbido de emoción en el estómago.

Pero, cuando lo volví a ver, estaba diferente, y no en el buen sentido. Me di cuenta nada más abrir la puerta. Se notaba en él una especie de monotonía, como si hubiera pasado de alta definición a definición normal, y luego solo quiso ponerse a trabajar. Fue en plan «hola», directo a la mesa y a sacar los papeles de la mochila.

—Vale —dijo con un suspiro. Se pasó la mano por el pelo—. Vamos a ver el acto primero, escena tercera —esperó en silencio mientras yo encontraba la página en el libro.

—Aquí es donde *lady* Capuleto trata de convencer a Julieta para que se case con Paris —prosiguió—. Julieta dice que no se quiere casar nunca: «Es un honor con el que nunca he soñado» —hizo una pausa—. ¿Por qué crees que Julieta es tan reacia a casarse? —preguntó mientras clavaba en mí unos ojos inexpresivos.

—Bueno... —tragué saliva—. Da la impresión de que el matrimonio de los Capuleto es bastante desastroso... Bueno, hoy en Lengua estuvimos hablando del contexto histórico y la profesora dijo que seguramente había sido un matrimonio concertado —negué con la cabeza—. Me revuelve el estómago, la verdad. A ver, debe de ser horrible tener que estar atada a alguien al que no quieres, y que ni siquiera te gusta. Al menos, hoy en día las parejas empiezan queriéndose uno al otro, aunque por lo general la cosa se va a la mierda pasados unos años.

Will asintió.

—Vale, de acuerdo. ¿Y qué efecto habría tenido eso en Julieta?

—¿Que no quería acabar como sus padres? —dije yo con tono irónico. A ver, era evidente, ¿o no?

Dio unos golpecitos con el bolígrafo sobre la mesa.

—¿Cuántos años tiene Julieta?

—Unos catorce o por ahí —repuse yo—. O sea que, de todas formas, no está pensando en el matrimonio... —me erguí en el asiento—. De modo que, quizá, cuando conoce a Romeo, se cree que está enamorada porque nunca ha experimentado un sentimiento igual. Es como si fuera una niña, pero conoce a Romeo y, de pronto... —hice una pausa, sonrojándome—. Iba a decir que le conoció y se sintió como una mujer, pero eso sería supercursi, así que hacemos como que no he dicho nada, ¿vale?

Will soltó una ligera risita.

—No, pero tienes razón. Creo que tienes razón... —volvió la vista a su ejemplar de la obra—. Probablemente es bastante común... quizá... ¿No te parece?

Por un segundo creí que estaba hablando sobre algo que acababa de ver en el libro, pero entonces me di cuenta de que seguíamos con el amor adolescente.

—Sí, del todo —respondí—. Es tan fácil dejarse llevar de esa manera que da miedo —tosí y me volví a sonrojar—. Quiero decir... en fin... debe de dar miedo.

—Creo que tienes razón —convino él otra vez.

Aquella noche no conseguía dormirme. Seguía pensando en lo que había pasado con Will. Sus preguntas me habían resultado extrañas... no sé... incongruentes con el texto, algo así. ¿Era acaso su manera de averiguar qué estaba pasando entre nosotros? ¿Es que yo, en efecto, le gustaba? Clavé la vista en el techo y arrugué la frente. No, pues claro que no le gustaba. Vaya ocurrencia.

Ahuequé las almohadas y me coloqué de costado. Entonces, ¿por qué me había preguntado eso de sorprenderse por la fortaleza de tus sentimientos?

La misma pregunta me seguía dando vueltas y más vueltas en la cabeza. Lo más seguro es que estuviera haciendo una interpretación exagerada, otra vez. Pero me sentía rara. Desprotegida, vulnerable, no sé. Como si hubiera hablado demasiado.

El día siguiente, a la hora del almuerzo, los alumnos de la clase de Música de Ollie interpretaron varias piezas que habían compuesto como trabajo de curso para sus compañeros de año. Habían preparado galletas y pasteles para persuadir a la gente de que acudiera, de modo que llenamos nuestros respectivos platos hasta arriba y ocupamos nuestros asientos. Como es natural, habríamos estado allí para apoyar a nuestro amigo en todo caso, pero la comida gratis era un punto extra.

—Hacía años que no tomaba una galleta de barquillo rosa —comentó Sarah. Dio un mordisco e hizo una mueca—. Puaj. Ya sé por qué —la volvió a colocar en el plato—. Es repugnante.

Rich le lanzó una mirada.

—Sar, esa galleta no tiene nada de natural. Pues *claro* que es repugnante.

—Que no sea natural no significa necesariamente que sea mala —replicó Ash mientras se examinaba las uñas—. Se me ocurren varias prácticas sexuales poco naturales que me encantan.

—Depende de lo que entiendas por «poco natural» —contraatacó Rich—. Mira que eres estrecha.

Ash soltó una carcajada como diciendo: «¿estrecha, yo? ¡Vamos anda!». Se giró hacia Jack.

—¿Quieres añadir algo, peque?

Jack se rio y se puso rojo.

—No, está bien.

—Deja al chico tranquilo —intervino Cass—. De todas formas, *¡shh!* Va a empezar.

—Sí, mamá —sisearon Ashley y Rich al unísono. Luego, se echaron a reír como idiotas hasta que Sarah dio una patada a sus respectivas sillas para hacerles ver que el profesor de Música les lanzaba miradas asesinas. Un tanto embarazoso cuando estás en segundo de bachillerato, pero bueno.

Ollie salió en quinto lugar, después de un clarinete, un violonchelo, un saxofón y, al estilo de la vieja escuela, una flauta dulce (de hecho, fue una actuación increíble). Entró acarreado una silla y una guitarra. Colocó la silla en mitad del escenario, se sentó y, sin mirar al público, empezó a tocar. Tenía una voz preciosa, más bien profunda, y la canción era melodiosa y triste. La típica canción de amor al estilo chico-conoce-a-chica, pero estaba bien. Los amigos nos intercambiamos miradas en plan «¡Míralo!». ¡Era bueno de veras! Mientras la canción continuaba empecé a conmovirme. Qué orgullosa me sentía de Ols. Creo que a los demás les pasó lo mismo, porque no dejábamos de intercambiar miradas y sonreír. Ash me miró de reojo al oír decir a Ollie que la chica de la canción era como una princesa. Esboqué una sonrisa burlona. Podría ser una coincidencia que él llamara «princesa» a Sarah, pero aun así. *¡OoOoOooh!* Rich nos vio y sacudió la cabeza de un lado a otro con ademán sufrido y, luego, hizo un gesto de no dar crédito en plan cómico cuando Ollie cantó que la chica «le había hundido en la miseria un millar de veces». *¡Sarah Millar?* Solté un bufido y Cass nos lanzó una mirada de reproche. Pero entonces, llegó el estribillo. Y decía:

Parece la misma, pero se impone el destino.

Su belleza me lleva al abismo.

Dice: «Siempre seremos amigos»,

Pero no es lo mismo. No, no es lo mismo.

¡MADRE MÍA! Estupefacta, me volví hacia Ashley, quien daba tan poco crédito como yo. Ambas miramos a Rich y Cass. Luego, todos nos giramos hacia Sarah, que clavaba la vista en Ollie. Se había puesto pálida y se mordía el labio, con una expresión enturbiada por el desconcierto. Noté una familiar punzada de celos —dudaba mucho que alguien, alguna vez, compusiera una canción para mí—, pero también de empatía. Se la veía muy triste. «No soy la única idiota incapaz de arreglar su vida amorosa», pensé, aunque Sarah, al menos, tenía algo en lo que basarse: tenía pruebas. Yo no tenía nada. Y me estaba matando.

Cuando Ollie terminó y recibió los aplausos —seguía sin mirar en nuestra dirección—, decidí que tenía que decirle algo a Will. Probablemente era un error, y no tenía ni idea de lo que le iba a decir, ni cómo, ni cuándo. Pero, por lo demás, estaba preparada...

11

Will se frotó las manos y me dedicó una de sus sonrisas con hoyuelos. Se le notaba completamente distinto a la última vez, cuando se había mostrado tan extraño, tan tenso. Y no es que me pudiera quejar: lo más probable era que, a veces, me tomara por una chalada total. Además, para ser sincera, me alegraba verlo tan animado.

—Tengo una idea —declaró. Subió y bajó las cejas con descaro y, por una décima de segundo

en la que me temblaron las piernas, pensé que se iba a lanzar. Pero no. Claro que no. El mero hecho de haberlo pensado resultaba abochornante, la verdad.

—A partir de ahora te van a invitar a hacer audiciones en las escuelas de arte dramático más prestigiosas del país —le miré y puse los ojos en blanco como diciendo: «¡venga ya!», pero no me hizo caso—. Se me ha ocurrido que podríamos ensayar algunas escenas de *Romeo y Julieta* para ayudarte con el lenguaje —prosiguió—. ¿Qué te parece?

Procuré no mostrarme decepcionada.

—Sí, no sé —hice señas hacia el piso de arriba—. Pero hoy mi padre está en casa... puede ser un poco incómodo.

—Ya he pensado en eso —dijo, apartando mis objeciones con un gesto de la mano—. Nos vamos al parque.

—Vale —fruncí el ceño—. Porque en el parque nunca hay *nadie*.

—¿Qué pasa? ¿Te asusta? —esbozó una amplia sonrisa, mirándome a la cara, y las tripas se me hicieron gelatina.

—¡Vete a la mierda! —le clavé los ojos—. A mí no me asusta *nada*.

—En ese caso, perfecto —sujetó la puerta abierta—. Tú primero.

—No, sal tú. Voy a buscar el abrigo y a decirle a mi padre que nos vamos —además, sujetaba la puerta de una manera por la que yo tendría que pasar bajo su brazo estirado. Por mucho que me gustara la idea de sentirme tan cerca de él, para evitar que su brazo me golpeará en la frente tendría que agachar el cuerpo como quien pasa por debajo de una vara en una fiesta caribeña. Menos en plan Kate Moss, más en plan jirafa. Qué sexy.

Encontramos un lugar tranquilo debajo de un árbol. Tengo que reconocer que el parque en general estaba tranquilo, probablemente debido al cielo gris y la temperatura gélida. No era como la hermosa Verona: nunca veías a Julieta tiritando, ataviada con un plumas y un gorro de lana negros. Pero, a ver, lo mío era la interpretación, ¿o no?

—Vale, y ahora ¿qué? —quise saber al tiempo que golpeaba los brazos contra mis costados y pegaba botes para tratar de recuperar la sensibilidad en los dedos de los pies.

—*B-r-r-r* —dijo Will. (Mencionó una letra detrás de otra: «be», «erre», «erre», «erre»). Me gustó—. Entraremos en calor cuando empecemos, espero —sacó del bolsillo su ejemplar de *Romeo y Julieta*. Llevaba mitones, que deberían haberle dado un aspecto de vagabundo mugriento, pero no era así en absoluto—. Empezaremos con la muerte de Teobaldo...

—*Aaah*, qué tierno —ironicé.

—Más vale que empecemos bien... Busca el acto tercero, escena primera.

Lo encontré. En aquella escena había tres personajes.

—Bueno, ¿quién va a representar a quién? —pregunté.

—Tú serás Romeo y yo, Benvolio y Teobaldo —respondió—. A ver, antecedentes: Teobaldo acaba de matar a Mercucio...

—«Mala peste a vuestras familias» —interrumpí. Fíjate, ¡Yo, citando a Shakespeare! En cierta forma, deseé que mi madre estuviera allí para presenciarlo. Pero, al mismo tiempo, no lo deseaba. Para nada.

Will asintió.

—Exacto... Y Romeo decide que ha sido demasiado blando y debe vengar la muerte de su

amigo... Empezaremos por «Entra Teobaldo»... ¿Estamos listos? —me miró y puso cara de desolación en plan cómico—. A ver... ¿hasta qué punto se te da bien esto, exactamente? ¿Voy a hacer el gilipollas?

Me encogí de hombros.

—Bueno, me han llamado la futura Judy Dench pero, ya sabes, no quiero presionarte.

—Excelente... —respiró hondo y giró los hombros—. Vale. Allá vamos... —bajó los ojos al libro y, luego, levantando la vista, dijo—: Aquí está otra vez el furioso Teobaldo.

Pie de entrada para Romeo. «Desconsuelo y rabia —pensé—. Desconsuelo y rabia. Y también culpa: acaban de matar a su mejor amigo porque él, Romeo, se ha encaprichado de Julieta.» Entonces, leyendo del libro, declamé:

—¡Vivo y triunfante! ¡Y Mercucio muerto! ¡Váyase al cielo mi clemente blandura, y sírname ahora de auxilio la furia de los ojos ardientes! —escupí las últimas palabras mientras me brotaban las lágrimas.

Ahora, Will era Teobaldo.

—¡Tú, mozalbeta estúpido, que aquí le acompañabas, irás con él! —se había puesto en plan odioso villano.

¡Salió genial! ¡Will era muy bueno! Entonces, las cosas se desbarataron porque llegamos a la parte donde Romeo y Teobaldo se enfrentan en combate hasta que Teobaldo muere. Fue todo en plan «¡En guardia!» y blandíamos mutuamente espadas imaginarias. Nos reímos un montón.

Luego, interpretamos la escena de la nodriza de Julieta. Will era la nodriza. La representaba como una dama de pantomima, con voz chillona y cruzándose de brazos a la altura del pecho. Tenía unas quinientas frases y yo, unas cuatro o por ahí, así que estaba acaparando el protagonismo en plan de broma. Pero hay que reconocer que resultaba tronchante, y Will actuaba tan bien que entendí el lenguaje mucho mejor que si solo lo hubiera leído.

Y entonces... y *entonces*... Dios, solo de pensarlo se me pone la carne de gallina.

Habíamos interpretado varias escenas cuando Will, como sin darle importancia, dijo:

—Vale, y ahora, acto primero, escena quinta, me parece. La fiesta en la que se conocen Romeo y Julieta.

A ver, yo había visto la película *Romeo y Julieta* de Baz Luhrmann, y más de una vez. La había visto por lo menos dos veces en el instituto en vísperas de vacaciones. Y sabía con toda seguridad que la escena termina con un beso. La expectación me provocó un hormigueo mientras Romeo empezaba a flirtear, si bien con el estilo contenido y sutil de la época isabelina.

—Si con mi mano, por demás indigna, profano este santo relicario, he aquí la gentil expiación: mis labios, como dos ruborosos peregrinos, están prontos a suavizar con un tierno beso tan rudo contacto.

Sí, ya lo sé: empalagoso, ¿verdad? Pero estaba teniendo efecto en mí y, para ser sincera, no estaba metida en el personaje al cien por cien. A Julieta le estaba encantando, pero a mí también.

Yo (o Julieta, o quien fuera) respondí, coqueta como la que más:

—Buen peregrino, injusto hasta el exceso sois con vuestra mano, que en esto solo muestra respetuosa devoción; pues los santos tienen manos a las que tocan las manos de los peregrinos, y enlazar palma con palma es el ósculo de los piadosos palmeros.

(No estaba muy segura de lo que Julieta estaba diciendo, la verdad; pero de eso va el coqueteo, ¿no? Es cuestión de decir chorradas mientras rocías feromonas por todas partes como si

de un perfume barato se tratara.)

Unas cuantas frases más, solo unas cuantas frases. Pero ¿llegaría a hacerlo? A ver, ¿solo era cuestión de recitar palabras, o también se incluían las acciones? Will era mi profesor particular. Tal vez sería inapropiado. Aunque, sin lugar a dudas, con cada palabra que pronunciaba se acercaba más a mí.

—Pues no os mováis mientras recojo el fruto de mis plegarias... —dijo. Noté que los ojos se me cerraban y no me atreví a esperar nada pero, ¡*Aaay*, Dios mío! ¡Estaba TAN esperanzada! Primero sentí la calidez de su cuerpo y noté que el corazón me golpeaba en el pecho. Y luego (¡sí!) él (ah, no: ¡*Romeo!*) me besó suave, tiernamente. Sin apartar su boca de la mía, susurró:

—Así, mediante tus labios, quedan los míos libres de pecado.

Fue como una descarga de electricidad. El tacto de sus labios desplazándose sobre los míos me enviaba calambres por todo el cuerpo, provocando que los dedos de los pies me burbujearan y la sangre me martilleara en la cabeza.

Pero solo era teatro. ¿*Solo* era teatro? Preparándome para lo peor, abrí los párpados. Pero todo iba bien. Sus ojos estaban clavados en los míos. Sentía lo mismo que yo. ¡SENTÍA LO MISMO!

Soltamos nuestros respectivos libros sobre la hierba y nos volvimos a besar, esta vez como es debido. Después nos quedamos de pie, inmóviles, juntando nuestras respectivas frentes.

—Me has gustado desde el momento en que te vi —murmuró.

Las palabras más bonitas jamás pronunciadas. ¿Quién necesita a Shakespeare?

Caminamos de la mano hacia casa. Me entraban ganas de sonreír, radiante, a todo el mundo, y es lo que estuve haciendo durante un rato hasta que un niño en una sillita de paseo le preguntó a su madre por qué le sonreía esa señora tan rara. Solté una risita mientras me imaginaba respondiendo a su pregunta («Un chico adorable me acaba de besar con lengua.»).

—¿Qué tiene tanta gracia? —me preguntó Will con una sonrisa. Seguíamos haciendo eso: mirarnos el uno al otro y sonreír y, luego, apartar la vista como si nos entrara vergüenza. Debía de resultar supermolesto a cualquiera que se fijara en nosotros, pero ¿acaso me importaba? Ni un puto bledo.

—No sé, me apetece reírme —respondí.

Soltó una risita por lo bajo.

—A mí también... —pausa—. Bueno, te llamo mañana y quedamos para la próxima clase.

—Ah... vale —noté una sensación de vacío en el estómago, pero entonces me dio un apretón en la mano.

—Y también para vernos como es debido. Nada de Shakespeare.

Sonreí, feliz.

—Guay del Paraguay —(así hablaba yo cuando estaba de buen humor. Menos mal que no pasaba a menudo, ¿eh?)

Hay una canción supermegacursi que mi madre me cantaba cuando era niña sobre alguien que está en la cima del mundo. Así me sentía. Como la letra de una cancioncilla alegre. Y, peor aún, me gustaba. A la mañana siguiente, me descubrí cantándola en la ducha.

—¿Y eso de cantar a los Carpenters? —me preguntó mi padre cuando bajé a desayunar.

Le miré sin comprender.

—*I'm on the top of the world...* —canturreó.

—Anda, ¿así se llama el grupo? —me afané en colocar pan en la tostadora para ocultar la gigantesca sonrisa que me dividía la cara como a un comecocos—. No sé. Me vino a la cabeza, sin más.

—Mmm. Quizá la próxima vez deberías probar con Springsteen. Esas chorradas pegadizas me ofenden el oído —beso—. Hasta luego, habichuela.

—Hasta luego, tronco.

Tras una mañana poco menos que perfecta en la que tuve otra espléndida clase de Teatro y organicé mis escenas para las audiciones con Mac —un monólogo de Julieta (claro está) y un fragmento de *Shirley*, una película para televisión sobre Shirley Bassey que había elaborado la BBC un par de años atrás, con el que podía hacer de mulata (conseguido) y alardear de mi habilidad para imitar acentos hablando con la pronunciación de Gales (un poco más complicado) —, Will me escribió un mensaje de texto a la hora del almuerzo. Yo estaba en la cantina, con mis amigos.

—Guau, ¿buenas noticias? —preguntó Cass. Malditas sonrisas radiantes involuntarias. De pronto, todo el mundo me clavó los ojos.

—Ah... no es nada —respondí, soltando el móvil en la mesa.

—Pues para no ser nada, parece gracioso —replicó Ashley con tono casi acusador—. ¿A qué viene esa cara tan feliz?

—*No es nada!* —insistí, pero no podía evitarlo. Seguía sonriendo de oreja a oreja como una idiota—. Vale... mirad —abrí el mensaje y coloqué el teléfono en alto para que todos pudieran leerlo.

Mñana no damos clase. Mejor, salimos x ahí. Tengo 1 plan. Bss.

PD: eres 1 encanto.

—¡Aggggggh!

Es más o menos el sonido que todos y cada uno de mis amigos emitieron al instante, incluso Jack, a juzgar por la manera en la que tosió y se llevó la mano a la garganta. Estaba más acostumbrado a los gritos varoniles en el campo de fútbol que a los chillidos de colegialas.

—¡MADRE MÍA! —exclamó a gritos Sarah—. Cuéntanos *todo*.

—Sí, bien calladito te lo tenía —saltó Ashley.

—Es que pasó ayer —expliqué.

—Pero ¿qué pasó? —intervino Rich—. Jopé, basta ya de tanto... enigma.

Me eché a reír.

—¡Es verdad! ¡Soy un auténtico enigma!

—¡DONNA! —volvieron a gritar todos al unísono.

—Vale, vale. Tranquilos —paseé la vista alrededor con gesto furtivo—. Nos están mirando.

Ashley me amenazó con el puño.

—Donna Dixon, te juro que...

—Está bien —hice una bola con mi servilleta de papel y se la lancé—. Porque eres capaz de

liarte a puñetazos.

Sarah fingió romper a llorar de frustración, así que los libré del sufrimiento. Eso sí: contaba con la atención más absoluta de todos.

—Ayer, Will y yo dimos la clase en el parque —expliqué, recostándome en la silla para disimular el subidón de almíbar que me invadía—. Interpretamos nuestros papeles en *Romeo y Julieta*. Fue divertido, la verdad. Bueno, el caso es que representamos la escena de la fiesta —pie de entrada para un emocionado grito ahogado de Cass. La miré y asentí con la cabeza—. Sí. Romeo y Julieta se besan... ¡Y NOSOTROS TAMBIÉN NOS BESAMOS!

¡CHILLIDOS!

—¡YA LO SÉ!... Y entonces nos besamos otra vez, y luego me dijo que yo le había gustado desde el momento en que me conoció.

—Ay, Dios mío —dijo Sarah, suspirando—. ¡Qué bonito!

—Sí, me gusta —añadió Ashley, asintiendo lentamente con la cabeza.

—¿Y qué sientes tú por él? —preguntó Ollie mientras juntaba las yemas de los dedos en alto.

La gran pregunta. Me clavaron los ojos, aguardando la respuesta, incluso Ashley y Rich, aunque ellos ya la sabían.

Me encogí de hombros.

—A mí también me gusta.

Ollie me dio una palmada en la espalda.

—¡Bien! Fabuloso. Me alegro por ti, Donna-Don.

—Sí, es genial —dijo Cass, quien se levantó y se inclinó desde el otro lado de la mesa para abrazarme, lo que desencadenó más abrazos por todas partes.

—Will tiene que ser *increíble* para que te guste a ti —observó Sarah—. Nunca pareces interesada en nadie —luego, puso la mano en alto y, a toda prisa, añadió—: A ver, a mí me pasa lo mismo.

—No, tienes razón —admití—. Quiero decir, ya veremos cómo va. Todavía es superpronto —puse los ojos en blanco para demostrar el bajón que me daba el hecho de estar en los comienzos, aunque no era así para nada. De acuerdo, no era así para nada, pero me daba miedo.

De veras me gustaba ese chico, probablemente tanto como me había gustado Hayden. Y... ¡bum! Ahí estaba la razón por la que no debería haberle hablado a nadie de Will. Y es que, en realidad, ¿por qué esta vez iba a ser distinta a la anterior? ¿Es que me estaba preparando para un fracaso? Pero en ese preciso instante me sentía demasiado feliz como para pensar en ello.

12

—Me estás llevando al Pabellón Real —dije, contemplando con cero entusiasmo el palacio que tan familiar me resultaba por demasiadas excursiones escolares.

—¿Es que no te gusta? —preguntó Will, abriendo los ojos como platos—. Dios, a mí me *encanta*. Es un disparate monumental. ¿No te parece un disparate?

Arrugué la nariz.

—Supongo que sí. Nunca me he parado a pensarlo, la verdad.

—Pero también es precioso —añadió—. O a mí me lo parece.

Con la cabeza inclinada a un lado, me quedé mirando el edificio.

—De hecho, para ser sincera, me solía gustar. Solía imaginarme que era una princesa y que era mi palacio... Y que la reina Victoria era mi abuela —solté una risa nerviosa—. Mmm, nunca se lo había contado a nadie.

—No se me ocurre por qué —musitó Will, con los ojos aún fijos en las absurdas torres al estilo Disney.

Me eché a reír y le pegué un puñetazo en el brazo.

—De todas formas, ¿qué hacemos aquí?

Sacó del bolsillo un folleto, lo desdobló y me lo entregó.

—Teatro sin butacas —explicó—. Vas pasando de sala a sala y vas desvelando la historia según las diferentes representaciones que se llevan a cabo en cada una.

Elevé una ceja.

—Suena guay.

—Lo es —me tomó de la mano—. Te encantará.

Tenía razón: me encantó. Resultaba emocionante sumergirse en la historia de aquella manera, aunque no me permití sucumbir del todo porque estaba demasiado interesada en los actores y en cómo se enfrentaban a la situación. No dejaba de preguntarme si habrían estudiado en una escuela de arte dramático y, en caso afirmativo, en cuál de ellas. Al principio, pensé que debía de ser extraño seguir inmerso en el personaje mientras la gente iba y venía pero, como señaló Will, es lo que los actores de cine hacen todo el rato.

—Bueno, ¿y cuándo averiguaste quién era el asesino? —me preguntó mientras abandonábamos el edificio. Estaba oscuro como la boca del lobo y la temperatura resultaba agradable, como si el tiempo supiera que era el primer día de marzo y hubiese pensado: «Uf, más vale que metamos un poco de primavera».

—Puf —respondí, tirando de un rizo que se me había soltado y colocándomelo por detrás de la oreja—. Desde, no sé, la primera sala.

—Dios, ¿en serio? —Will frunció el ceño—. Yo me di cuenta justo antes de que lo desvelaran.

—Sí, yo también —admití—. De hecho, igual me di cuenta *después* de que lo dijeran.

Se echó a reír.

—Estás tratando de que me sienta mejor.

—Correcto. Eso es —mentí mientras le frotaba el brazo con la mano. Cualquier excusa valía—. Bueno, ¿dónde cenamos?

—En un club de cenas —respondió, sonriendo en plan *¡tachán!*

Apoyé la lengua en los dientes con gesto de disculpa.

—No entiendo para nada lo que acabas de decir.

—¡Un club de cenas! —repitió, como si decir lo mismo, solo que con mayor entusiasmo, lo fuera a aclarar—. Alguien que quiere ser chef, o que le encanta cocinar, o lo que sea, abre un restaurante en su propia casa, solo un día a la semana. Pagas por un menú fijo. La comida suele ser increíble, resulta divertido e íntimo, y conoces a gente nueva —se fijó en mi expresión, profundamente escéptica, y se echó a reír—. Solo gente guay, te lo prometo.

—Eh, suena perfecto —dije con sinceridad—. Aunque no me gusta el merengue.

—Perfecto. Si hay merengue en el menú, me lo comeré por ti —me dio un apretón en la mano.

—Una cosa, ¿cómo te enteraste de este sitio? —pregunté mientras esperábamos en la parada del autobús.

—Internet...

Nos montamos de un salto en el autobús hacia quién-sabe-dónde y ocupamos los asientos de primera fila en el piso de arriba.

—¿Adónde vamos exactamente? —pregunté. Me encantaba que a Will se le hubiera ocurrido aquella cita llena de sorpresas, pero la verdad es que no me hacía gracia no tener ni idea de lo que iba a pasar.

—A Millionaire's Row —respondió como sin darle importancia.

—¿Dónde viven famosos como Zoe Ball, la presentadora, o Fatboy Slim, el de la música electrónica? —pregunté con igual despreocupación.

—Exacto —se giró hacia mí; los ojos le brillaban—. Espera a ver la casa. La bañera está encajada en el suelo, como si fuera una piscina pequeña.

—Suenan bien —en contra de mi voluntad, empezaba a emocionarme—. Entonces, la persona que organiza este club de cenas está forrada, ¿no?

—Ni te lo imaginas —se frotó las manos—. ¡Me encanta mirar las casas de los millonarios!

—¿Es que lo haces a menudo? —pregunté.

Movió los hombros de arriba abajo.

—Bueno... doy clases a unos cuantos niños ricos... Estuve en una casa tan grande que una de las salas del piso de abajo estaba vacía. ¡No sabían qué hacer con ella!

—No me puedo imaginar lo que es tener dinero hasta ese punto —comenté. Nos quedamos en silencio unos instantes, mecidos por el bamboleo del autobús. Entonces, añadí—: ¿Crees que es verdad lo de que el dinero no puede comprar la felicidad? A ver, debe de hacerlo, un poco por lo menos.

—No lo sé —respondió—. Me encantaría no tener que preocuparme nunca por el dinero. Por ejemplo, ver algo en una tienda y poder comprarlo sin pensar, o comprar una casa al contado... Pero luego te enteras de ganadores de la Bonoloto que caen en depresión profunda porque siempre habían pensado: «Si fuera rico, sería feliz», pero entonces se hacen ricos y siguen teniendo los mismos problemas.

—Sí... lo voy a mirar de esa forma, desde luego —afirmé mientras asentía en señal de aprobación.

—Yo también —Will imitó mis brazos cruzados y mi, por lo visto, mohín de resolución en la cara.

Ahogué un grito.

—¡Yo no me pongo así!

Me miró entrecerrando los ojos.

—Mmm, puede que sea más bien de esta manera —pie de entrada para cara de mono bizco.

—Tronchante —dije—. Muy maduro, sí señor.

—Eh, la edad no es más que un número —replicó entre risas.

—Curioso. Mi padre dice lo mismo —respondí.

Will sonrió.

—Un buen hombre, tu padre.

Fue una noche espectacular. La casa resultó ser verdaderamente increíble. La propietaria era una mujer llamada Peaches, ¡melocotones!, y no estoy de broma —creía que solo podía haber una

persona en el mundo con semejante nombre pero, al parecer, Peaches Geldof, la modelo y presentadora, no era la única—. Tenía veintipocos años y la envolvía una especie de resplandor saludable. Llevaba unos vaqueros del blanco más impoluto que yo jamás había visto, los cuales se le ceñían al culo más pequeño que yo jamás había visto. En pocas palabras: se notaba que era rica. Sin embargo, resultaba muy agradable. No hablaba como la reina de Inglaterra ni actuaba como si nosotros fuéramos asquerosos plebeyos.

—Hola, debes de ser Will —dijo cuando llegamos, y le dio dos besos. Yo no entendía lo de besar a la gente que aún no conoces. A ver, a nadie le entusiasma conocer a otra persona, así que me resultaba más bien falso. No estaba dispuesta a dejar que una extraña me pusiera los labios en la cara, de modo que, a toda prisa, le tendí la mano. Ella, sorprendida, emitió una especie de «¡oh!» y soltó una risita, pero su respuesta no me pareció malintencionada y su apretón de manos fue firme y como Dios manda. Nada de esos rollos en plan damisela que apenas-sujeta-las-yemas-de-los-dedos.

—Pasad —nos indicó, conduciéndonos por un pasillo embaldosado hasta llegar a un comedor gigantesco—. Sentaos donde queráis —nos presentó a las otras personas sentadas a la larga mesa rectangular. Todos rondaban su edad, acaso eran algo más jóvenes. No recuerdo sus nombres: Will y yo acabamos hablando entre nosotros.

Mentira. Hablé con la chica sentada a mi lado durante unos once segundos. Me quedé sola cuando Will se fue al baño y ella se presentó. Se llamaba Aggie y trabajaba en RR.PP. Me limité a asentir con la cabeza y a hacer un comentario sobre lo delicioso que estaba el rape.

—¿Qué es RR.PP? —siseé a Will cuando volvió.

Se quedó sorprendido.

—No lo sé. ¿Por qué?

Lancé los ojos en dirección a Aggie.

—Trabaja en RR.PP.

—Ah —expulsó hacia fuera el labio inferior y meditó unos segundos—. ¿Recepcionista Polifacética?

Solté una risita.

—¿Representante Púbrica?

—¿Redactora Pornográfica? —resopló por su propia gracia.

—Tronchante, don Profesor de Lengua —dije yo, o traté de decirlo a través de mis risotadas jadeantes.

La persona sentada al otro lado de Will se inclinó hacia nosotros y, con disimulo, explicó:

—En realidad, significa Relaciones Públicas —y continuó hablando con su vecino como si nada hubiera ocurrido. Will y yo nos miramos y nos entró un ataque de risa. ¿Sabes cuando se supone que no te debes reír porque todo el mundo a tu alrededor va a tomarte por inmaduro, por imbécil? Pues eso. Will soltaba chillidos, no exagero.

—¿Qué coño hacen los relaciones públicas? —pregunté falta de aliento.

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —repuso entre gemidos—. ¡Me he quedado igual que antes, en serio!

Probablemente era de esas situaciones en las que tenías que estar ahí para entenderlo pero, en serio, fue para troncharse.

Una vez que hubimos terminado nuestro pudín salado de *toffee* y chocolate —el pudín más delicioso que había probado jamás, con diferencia—, le dimos las gracias a Peaches por su

hospitalidad y nos marchamos.

—Guau —dijo Will cuando nos golpeó el aire nocturno.

—Ya... estoy un poco borracha —dije yo, oscilando ligeramente.

—Tampoco hemos bebido tanto, ¿verdad? —se le veía tan mono ahí parado, con ese aspecto burlón, que sin pararme a pensarlo pasé mis brazos por debajo de los suyos y apoyé la cabeza en su pecho. Qué gozada.

—Tronco, hemos bebido un montón —repuse yo mientras me desenredaba y me apartaba de él—. Había un vino distinto para cada plato, ¿no? Aparte del cóctel de bienvenida.

—Ah, sí —esbozó una sonrisa con lentitud—. Ese cóctel me ha encantado. ¿Qué llevaba?

—Ni idea. ¿Alcohol? —ejecuté mi paso de claqué en plan de broma.

—Por lo visto, sí —dijo él mientras se pasaba la mano por el pelo. Trazó unos círculos en el aire con un dedo—. Por cierto, ¿qué ha sido eso?

—¿El qué? ¿Esto? —ejecuté otro paso de claqué.

—Sí.

Esbocé una sonrisa radiante.

—Es mi ingenioso y breve baile en plan cómico... ¿te gusta?

—Me encanta —respondió con tono serio. Colocó la barbilla en el hueco entre el pulgar y el dedo índice—. Dime, ¿interpretas todo lo que dices con el baile como vehículo?

—¡Pues claro! —le dediqué unos exagerados pasos «tambaleo-aquí-y-allá», «dorso-de-la-mano-en-la-frente»—. Este, por ejemplo, es «ofensa devastadora».

—Me encanta —repitió Will—. Tienes talento... aunque, ojo, no sé muy bien para qué —se rio y se agachó cuando fingí pegarle un puñetazo en la cara.

—No me ataques a la puerta de la casa de Peaches —protestó—. Esa mujer, la RR.PP., podría salir y... Re-Prendernos.

—Mierda, tienes razón —dije yo, comenzando a andar—. Va a relacionar públicamente nuestros respectivos culos —solté un resoplido y me tapé la boca con la mano—. ¡Ugh! Menuda grosería.

Will sonrió y me tomó de la mano.

—¿Y si pillamos un taxi? —preguntó mientras miraba hacia uno y otro lado de la calle.

—No. El último autobús no ha pasado todavía... De hecho, ¿por qué no vamos a tu habitación? No me importaría conocer tu residencia universitaria —yo solo me refería a pasar el rato juntos, pero Will se detuvo y su cara adquirió una expresión de seriedad. No en plan «*ugggh*», sino más bien «no sé». Era como si de repente se hubiera dado cuenta de algo. Es la única manera en la que puedo describirlo, aunque no sé qué era ese algo. Me envolvió un miedo repentino por si me había confundido y yo no le gustaba en absoluto pero, no, eso era absurdo. Me había dicho que le gustaba, literalmente. Y, de todas formas, me estaba agarrando de la mano.

—Tengo que madrugar mañana —explicó—. Pero podemos quedar el domingo, si estás libre.

Tal vez de eso se tratara: estaba intentando decidir si arriesgarse a trasnochar.

—Mis amigos y yo vamos a ir a la playa —dije yo—. ¿Por qué no te vienes? Estaríamos encantados.

Sonrió.

—Guay. Me encantará... ¡AUTOBÚS! —me arrastró y corrimos hacia la parada, yo un poco más despacio, porque por muy experta que seas llevando tacones altos, lo de correr es otra

historia. Alcanzamos el autobús justo cuando se marchaba, pero el conductor se detuvo y nos abrió la puerta.

—Me encanta ese hombre —comentó Will falto de aliento mientras nos dejábamos caer en los primeros asientos vacíos.

—Es verdad. Ya nunca hacen eso —eché la cabeza hacia atrás y traté de respirar a ritmo normal.

Resopló entre risas.

—¿Es que lo han hecho alguna vez?

—Mira que eres cínico.

Dicho esto, nos quedamos sentados en amigable silencio y el vaivén del autobús hacía que nuestros cuerpos entrechocaran. Me gustaba notar el tacto de su muslo y su brazo, tan agradables, tan compactos. Era un chico adorable, y muy maduro. Ni siquiera le preocupaba conocer a gente nueva. Experimenté un leve escalofrío de entusiasmo al pensar en nuestra excursión a la playa el domingo. Iba a conocer a mis amigos y a mí no me asustaba. Ni siquiera me preocupaba el hecho de no asustarme. Todo estaba bien.

13

El domingo fue un día brillante, soleado y con temperatura suave, que ni pintado para una excursión a la playa. Me encontraba de un humor genial. Canté en la ducha, pensé que cualquier ropa que decidiera ponerme me sentaría bien, cosas así. Al final, opté por unos vaqueros naranjas, botas Ugg (de imitación, claro está, pero al menos no llevaban «UGGS» mal escrito en el tacón) y mi jersey extragrande y desaliñado a rayas azules y blancas. Sonreí a mi reflejo en el espejo mientras me maquillaba. Un buen fin de semana.

Había empezado la mañana del día anterior. Mi padre había lanzado el correo sobre la mesa de desayuno.

—Carta para ti —anunció, señalando el montón con la barbilla. Había puesto una voz demasiado despreocupada, y en cuanto vi el matasellos entendí el porqué.

—Mierda. Es de RADA —el estómago se me revolvió. Rasgué el sobre para abrirlo. Querían que fuera a una audición el veintiséis de marzo.

—¿Y bien? —preguntó mi padre.

Le miré.

—Me piden que vaya a una audición.

—¡SÍÍÍÍÍ! —se levantó de la mesa de un salto, volcando el té, rodeó la esquina en plan Lewis Hamilton y me levantó del suelo con un gigantesco abrazo—. Habichuela, ¡qué ORGULLOSO estoy!

Dejé que me abrazara y sonreí.

—Papá, en la primera vuelta hacen una audición a *todo el mundo* que la solicita. A ver, hay unas tres fases. Si me vuelven a llamar después de esta, entonces me puedes abrazar —para ser sincera, yo estaba más nerviosa de lo que daba a entender. ¡RADA! Yo, esa chica insignificante, ¡iba a pisar las tablas de la escuela de arte dramático más prestigiosa del país, aunque solo fuera por unas horas! Ya tenía pensado pasar el día estudiando y, espoleada por la carta, trabajé a saco. En plan, sin levantar cabeza durante una hora, descanso de diez minutos, otra hora sin levantar cabeza, etcétera. ¡EL DÍA ENTERO! ¡Fíjate! Ni que decir tiene, fue un aburrimiento; tuve que colocar el móvil en el armario más alto de la cocina para no caer en la tentación de consultar Facebook cada cinco minutos, y mi hora para comer acabó convirtiéndose en noventa minutos para comer; pero lo conseguí. Me sentí realmente bien al terminar (*antes* del horario de estudio que Will me había ayudado a preparar, no te lo pierdas) y pude esperar con ilusión la salida a la playa del día siguiente sin sentirme una vaga. Se me hacía raro ser aquella nueva clase de persona aplicada. Casi me sentía culpable, como si estuviera traicionando a mi antiguo yo; pero si Ashley y Cass podían cambiar sin que les diera un ataque, yo también. De todas formas, Will formaba parte de los cambios en mi vida y, sin lugar a dudas, era una Buena Noticia.

¡Will! Una leve sacudida de emoción me recorrió por dentro al pensar en presentárselo a mis amigos.

El piso de abajo se encontraba desierto. Barbie estaba en casa, así que mi padre no aparecería hasta mucho después. Los domingos les gustaba quedarse hasta tarde en la cama. Me provocaba ciertas náuseas, pero bueno. Siempre y cuando mi padre fuera feliz. A toda prisa, preparé un par de sándwiches y los metí en una bolsa junto con unas patatas fritas y una lata de coca-cola, una toalla y una vieja funda de edredón (no tenía ninguna manta) y mis altavoces de veinte pavos mientras que ¡RADA! ¡RADA! ¡RADA! me sonaba en la cabeza como si fuera el cántico en un estadio. Lista para marcharme. Aún era temprano, pero pensaba conectar los auriculares al móvil e ir andando. Escribí una nota a mi padre para decirle adónde iba, me colgué la bolsa al hombro y abandoné la casa. Luego, inmediatamente, volví a entrar para buscar el gorro y el abrigo porque, aunque brillaba el sol y la temperatura era suave, seguíamos estando a primeros de marzo. Pero estaba bien. Nos azotaría el viento y resultaría acogedor. Nos imaginé a Will y a mí sentados uno junto a otro sobre mi funda de edredón, con su manta cubriéndonos los hombros, y nuestro pelo rizado enmarañado por la brisa marina. Qué gozada. Levanté la vista al cielo azul y sonreí. Daba la impresión de que fuera a hacer un frío glacial para siempre. Llevaba tiempo deseando notar algo de calidez en los huesos.

Will ya estaba allí cuando llegué a la parada de autobús en la que habíamos quedado. (Las paradas de autobús se estaban convirtiendo en algo habitual para nosotros, totalmente. Esa es la

clase de *glamour* que me gusta tener en mi vida.)

Se acercó hacia mí al verme, sonriendo y entornando los ojos por la luz del sol. La felicidad me hizo contener el aliento.

—¿Todo bien, preciosa? —preguntó con un absurdo acento del este de Londres antes de inclinarse para darme un beso.

—Súper, gracias —respondí yo con tono de pija.

Nos separamos después de besarnos, nos miramos a los ojos y nos besamos otra vez, pero en esta ocasión de una manera que no era lo más apropiada para un entorno de exteriores. Éramos demasiado mayores para morrearnos en la calle como una pareja de tercero de secundaria, pero a mí me daba igual. Supongo que a él también, si para algo contaba el hecho de que me rodeaba fuertemente con sus brazos y me besaba con entusiasmo. Y, desde luego, contaba. Will besaba de una manera increíble. Supuse que también sería increíble en todo lo demás. Sus besos me provocaban reacciones, pero yo no tenía prisa por pasar al siguiente nivel. Quería hacerlo, pensaba en ello sin parar, pero ¿qué éramos? ¿Animales? Podía esperar. De todas formas, siempre es bueno tener algo que esperar con ilusión.

—Lo de los besos se te da bastante bien, ¿no? —comenté amigablemente mientras nos encaminábamos de la mano hacia la playa.

—Gracias. También doy clases particulares de eso, ¿sabes? —dijo, y luego se sonrojó. Qué mono.

—Un momento, ¿no eres entonces un proxeneta, o algo parecido? —repliqué.

Se mostró un tanto alarmado.

—¿Ah, sí? Dios, en ese caso, más vale que lo deje.

Arrugué la nariz y asentí con un gesto.

—Sí. Límitate a las clases de Lengua —entonces, como si se me acabara de ocurrir, añadí—: Puedes practicar tus besos conmigo.

Sonrió y me dio un apretón en la mano.

—Hecho —y sellamos el acuerdo con algunos besos más. A primera vista, no daba la impresión de que Will tuviera un rastro de barba, pero definitivamente se produjo irritación. A ese paso, iba a tener que sacar el cacao de labios.

Mientras caminábamos a paso tranquilo, le hablé de la carta de RADA. Se emocionó mucho por mí, qué encanto, y lo estábamos pasando tan bien hablando sobre mis textos para la audición y, en términos generales, dándole al palique, que ni siquiera me paré a pensar en que Will estaba a punto de conocer a mis amigos hasta que llegamos allí, y luego se mostró tan relajado y tan encantador desde el primer momento que supe que todo iba a ir de maravilla. Ni siquiera tuve que hacer las presentaciones.

—Hola a todo el mundo —dije cuando llegamos junto a ellos. Sarah, Cass, Jack y Hannah estaban tumbados sobre unas mantas. Hannah estaba apoyada en Jack, y la mano de él cruzaba el torso de ella. Resultaba curioso ver a Jack en plan tan cariñoso. Era tan poco frecuente que parecía, no sé, raro, como si le estuviéramos viendo desnudo o algo por el estilo. Ollie, Rich, Ashley y Dylan no habían llegado todavía.

—Hola —dijo Will al tiempo que sonreía y colocaba una mano en alto para saludar. Los cuatro se incorporaron cómicamente en plan suricato, con las antenas puestas en Chico Nuevo, y le saludaron agitando la mano. Will se los quedó mirando, con la cabeza algo inclinada hacia un lado

—. Vale, así que tú eres... ¿Cass? —dijo, mirando a Cass.

—¡Bien hecho! —exclamó ella, dedicándole un breve aplauso—. ¿Cómo lo has sabido?

—Supongo que por el pelo —respondió Will con una sonrisa—. Y por mis increíbles dotes para la telepatía, claro —hizo una mueca para demostrar que estaba en plan de broma.

—Tú debes de ser Jack... y Hannah, ¿verdad? —prosiguió—. Lo que implica que tú eres Sarah —le dedicó una amplia sonrisa y me fijé en que Sarah se enamoraba un poquito de él. Comprensible por su parte. Yo haría lo mismo. Había hecho lo mismo.

—Sí. ¡Hola! —sonrió y le saludó con un tímido gesto de la mano—. Encantada de conocerte.

Will me ayudó a extender la funda de edredón y nos sentamos. Pensé en todas las cosas que le había contado sobre mis amigos, no solo el pelo rubio y brillante de Cass. Él sabía mucho más de ellos que ellos de él, pero porque yo aún seguía enterándome de cosas sobre Will. Todavía no estaba preparada para contarles nada a los demás.

—A ver, estamos esperando a... —cerró los ojos para recordar los nombres de todo el mundo con más facilidad—. Rich, Ollie, Ashley y Dylan.

—Sí, y ahí están —indiqué. Abrió los ojos de golpe y siguió mi mirada. Los cuatro se acercaban haciendo crujir la grava. Dylan apoyaba el brazo con gesto perezoso sobre los hombros de Ashley, Ollie se agachaba de vez en cuando y recogía piedras para lanzarlas al agua y Rich caminada un poco apartado, con las manos hundidas en los bolsillos.

—¿Todo bien, colegas? —saludó Ashley—. Un día de *puta* madre, ¿a que sí?

—De puta madre —coreó Rich, asintiendo con lentitud. Ash le hizo una peineta mientras se ocupaban de colocar las mantas. De pronto (o, aparentemente de pronto) Ollie se fijó en Will.

—Ah, hola... ¿Eres Will? —se limpió las manos en los vaqueros y le tendió una. Will la estrechó.

—Sí. Eres Ollie, ¿verdad?

Ollie trasladó la vista hacia mí en plan exagerado.

—Doooooooooooo, ¿qué le has contado?

Esbocé una sonrisa dulce.

—Nada más que la verdad.

—Mierda —Ollie sonrió a Will—. No la escuches. Es una mentirosa compulsiva —luego, supongo que para que Will supiera que estaba de broma, añadió—: Y una pirómana comprometida. Por lo que más quieras, nunca le dejes llevar cerillas.

Will sonrió y colocó una mano en mi pantorrilla.

—Mentirosa y pirómana. Entendido —se presentó a Ashley, Dylan y Rich, y empezamos a darnos una comilona mientras yo les contaba lo de mi entrevista en RADA. Todos se mostraron emocionados por mí. Fue precioso.

Cass había llevado una cesta de picnic como es debido —una de esas termoaislantes en las que pones un bloque congelado para mantener el frío—. Empezó a sacar fiambreras de plástico de distintos tamaños, cubiertos, servilletas de algodón, copas de plástico para vino —¡hasta un salero en miniatura!— y extendió los objetos a su alrededor. Los demás hicimos una pausa y nos quedamos mirando. Era como la bolsa de tapicería de Mary Poppins, en la que cabía de todo.

—Cass, en serio —dijo Ashley mientras miraba su propio sándwich, envuelto en film transparente, y su bolsa de patatas fritas. Luego, contempló la batería de delicias que Cass había traído. Abrió los ojos como platos—. Anda, dime que no has *horneado un pastel*.

—¡Pues sí! —respondió Cass con voz alegre—. Pastel para picnic de huevo y beicon —le entregó un cuchillo a Ashley—. Sírvete, hay suficiente para todos.

—Ah... Vale. Te perdono —dijo Ash con tono amable al tiempo que cortaba una porción gigantesca.

Sarah hizo un descanso entre bocado y bocado de su sándwich y se chupó los dedos.

—Bueno... ¿también llevas ahí cerveza de jengibre? ¿Nata montada y movidas así?

Cass negó con la cabeza.

—No leí los libros de *Los Cinco*. Me gustaban más los de *Torres de Malory*.

Rich le dio unas palmaditas en el brazo.

—Cariño, no digas bobadas.

Ollie se mostró conmocionado.

—¿No leíste los libros de *Los Cinco*?

—Claro, porque tú sí —repliqué yo con una sonrisa burlona, lo que no resulta fácil cuando tienes la boca llena de bollo untado de mantequilla de cacahuete.

—Por supuesto que sí —repliqué—. Julian, Dick, George, Anne y *Timmy*, el perro —se mostró triunfante. A los demás no nos impresionó demasiado.

—Un momento, ¿hay un personaje que se llama Dick, como «capullo» en inglés? —pregunté.

Will me entregó una bebida caliente del termo que había prometido traer para que yo pudiera calmar mi obsesión con el té aunque estuviera fuera del alcance de un hervidor de agua.

—Deberías leer *Golondrinas y Amazonas* —dijo—. Uno de los personajes se llama Titty, «tetita».

—¡Vete a la MIERDA! —exclamó Rich, encantado—. Te lo estás inventando. Es un libro para niños, ¿no?

Sarah asintió con la cabeza.

—Sí, y no se lo está inventando, para nada. Consúltalo —aunque Rich ya había sacado el móvil.

Abrió los ojos de par en par y lanzó el teléfono sobre la manta.

—Bueno, no te puedes fiar de Wikipedia.

Ollie se echó a reír.

—No sabes enfrentarte a la verdad, amigo mío —dio un mordisco a un rollito de salchicha y volvió la vista a Will—. Eh... ¿tienes un ejemplar para prestármelo, tío?

Will se rio.

—Lo siento.

—Sí, claro —dijo Ashley con la boca llena de pastel—. Porque las páginas se han quedado pegadas.

—¡ASH! —hasta el propio Dylan le lanzó una mirada un tanto escandalizada—. Dios santo, espera por lo menos a la segunda vez que veas a Will para hacer comentarios groseros —dije yo.

—Cierra la boca. Está contigo, ¿verdad? Pues ya se habrá acostumbrado —miró a Will—. No te importa, ¿a que no?

Will se echó a reír, pero se había sonrojado un poco.

—No. Puedo aceptarlo.

—¿Lo ves? —Ash me miró con gesto triunfante, pero sus ojos se veían amables. Will le caía bien, yo lo notaba. Sonreí, feliz, y ella arqueó una ceja con disimulo y me dedicó una media

sonrisa. Telepatía entre mejores amigas.

—En todo caso, Titty no tiene en realidad, ya sabéis... tetas —explicó Sarah—. Para vuestra información, es un hombre.

—Lástima —repuso Ollie—. Tendré que seguir con mi pornografía habitual.

Sarah le alborotó el pelo.

—Pobre Ols.

Un poco más tarde Will y yo nos fuimos a una cafetería a por bebidas calientes para todos.

—Bueno... ¿qué te parecen? —pregunté cuando nos pusimos a la cola. Solo teníamos una persona delante. No era lo que se dice temporada alta.

—¿A qué te refieres? —abrió los ojos fingiendo inocencia.

Suspiré.

—No me obligues a pegarte una patada en el culo...

—*Aaah*, qué miedo —repuso él entre risas. Enroscó su brazo al mío y metió mi mano en su bolsillo—. Sí, me caen muy bien.

—A ellos también les caes genial, lo noto —dije yo.

—Sí, bueno, son humanos... —la persona que teníamos delante se marchó—. Tres cafés, un chocolate a la taza y seis tés. Por favor —le dijo a la mujer al otro lado de la barra.

Apilé las monedas sobre el mostrador.

—Creo que está exacto —ella contó el dinero, tardando alrededor de un millón de años, y volvió a contarlos por segunda vez—. ¿Está bien? —pregunté con los dientes apretados. Asintió de mala gana.

—De hecho, ¿nos podría prestar una bandeja? —preguntó Will mientras guiñaba un ojo de forma encantadora—. Prometo devolverla —ella chasqueó la lengua, pero se la entregó—. Muchas gracias —dijo Will—. Es usted un ángel.

—Sí, un ángel de la bordería —dije yo mientras nos marchábamos.

—Shh, te va a oír —siseó Will, riéndose, aunque volvió la cabeza hacia atrás de todas formas.

—No me importa. Ha sido una *borde*.

—Tienes razón —pausa—. Oye, dime... ¿Qué le pasa a Rich? Parece, no sé, pálido —le hablé de las dificultades de Rich con el alcohol, las drogas y la depresión. Los tres problemas causados por la pérdida de su abuela.

—Algo así me imaginaba —respondió. Entonces, como si me estuviera contando lo que había desayunado, añadió—: Mi madre es alcohólica.

—Ah —dije yo. Y luego, como una estúpida—: Debe de ser duro.

—Sí —respondió él—. Empezó después de la muerte de mi padre. Lleva años asistiendo a un grupo de apoyo, y ahora dirige uno ella misma... —se giró hacia mí—. ¿Crees que a Rich le importaría si le hablo del tema? ¿No es un secreto o algo así?

Negué con la cabeza.

—No, para nada. A ver, no lo va anunciando por ahí, pero no le importa hablar del asunto —sin embargo, me entró una mezcla de frío y calor. ¿Y si yo estaba equivocada? Lo más seguro es que no lo estuviera, pero nunca se sabe, ¿verdad? De todas formas, ya era demasiado tarde. Entonces, al poco rato de volver con las bebidas, Ollie, Sarah, Cass, Ashley y Dylan se fueron a mojarse los pies; Jack y Hannah se acercaron de la mano hasta la orilla, miraban a la distancia con

aire romántico (puaj); y Will se puso a charlar con Rich. Mi pie de entrada para desaparecer. Me uní a los otros, quitándome las botas y haciendo muecas mientras los guijarros se me clavaban en los pies, sensibles por el invierno.

—¡AY, DIOS MÍO! —grité cuando el agua gélida azotó mi pobre carne desnuda.

—Ya lo sé, es horrible —convino Cass mientras los dientes le castañeteaban—. Será divertido dentro de unos minutos, me imagino.

Ashley daba patadas al agua, salpicándonos.

—¡Eh! Basta ya de protestas —ejecutó un pequeño baile dando pisotones, la cara se le iluminaba como a una niña pequeña. Siempre le había encantado el agua. El hecho de que hubiera estado a punto de ahogarse el octubre anterior no le había afectado. En todo caso, estaba más obsesionada que nunca. ¿Tenía que ver con que las estadísticas estuvieran de su parte? En el sentido de que había burlado la muerte una vez, así que no iba a volver a pasar.

—Agh, ¡estate quieta! —vociferó Cass, que se alejó a saltos y estuvo a punto de caerse de culo. Se enderezó, agitando los brazos como un molinillo—. Joder —dijo ahogando un grito y con las mejillas sonrojadas. Al escuchar esa palabra de la encantadora boca de Cass, siempre tan bien hablada, me tronché de risa.

—Ja, ja, ¡has dicho un taco! —cacareó Ashley, señalándola.

Cass seguía con la mano en el pecho, esperando a que su respiración redujera la marcha.

—Tú también habrías dicho un taco —replicó falta de aliento— si pensaras que tus vaqueros estaban a punto de calarse —pero Ashley no la escuchaba: estaba encima de Dylan, pasándole sus manos mojadas por el pelo y adentrándole en el mar a base de empujones con el cuerpo. Cass me miró, se encogió de hombros y esbozó una sonrisa. Creo que entendía perfectamente los sentimientos de Ashley. De todas formas, no la juzgaba.

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAGGGGGGGGGGGGGGGGGGGHHHHHHHHHHH! —un rugido gutural rasgó el aire y al girarnos vimos a Ollie con una Sarah histérica en los brazos, corriendo desde la orilla en dirección al mar.

—¡Eh, Ollie! ¡BÁJAME! —decía sin parar a gritos, pero le estaba encantando.

—Ni hablar, colega —dijo Ollie. Mientras los brazos le temblaban por el esfuerzo (me encanta la manera en la que los chicos piensan que pueden soportar el peso: siempre pesamos más de lo que parece), la levantó a más altura—. Amiga mía, al agua vas.

—¡ARGH! —chillido.

—¡AGH! —rugido.

Y así siguieron durante unas dieciocho horas. ¿Ligoteo sutil? Pues va a ser que no. Ashley elevó una ceja hasta la estratosfera.

—En serio, que se pillen una habitación —protestó, inconsciente por completo de la ironía de semejante comentario mientras ella rodeaba a Dylan como un gato rodea la pata de una mesa.

—¿Están juntos? —preguntó Dylan, sorprendido.

—No —repuse yo—. Solo «se quieren como amigos».

—Ollie está enamorado de ella hasta un punto ridículo —comentó Ashley. Miró a Cass—. ¿Sarah te ha dicho algo?

Cass negó con la cabeza.

—Nada. Siempre que trato de preguntarle se lo toma a risa o cambia de tema.

Jack y Hannah se unieron a nosotros y Jack, en voz baja, dijo:

—Más vale que Sarah se ande con cuidado... Podría dar la impresión de que le está dando esperanzas.

Miré a Cass, que se había sonrojado y clavaba la vista en el mar. Ni que decir tiene, ella le había dado esperanzas a Jack, aunque ni él ni ninguno de nosotros lo íbamos a comentar delante de Hannah. De todas formas, era agua pasada, sobre todo ahora que Jack volvía a estar enamorado.

—Tienes razón —repuso Ashley con tono serio—. Ni siquiera Ols está hecho a prueba de balas.

Cass se mordió el labio.

—Quizá debería intentar hablar con ella otra vez —no parecía muy entusiasta.

Le arrojé un hueso.

—Tía, seguramente no tiene sentido, ya que Sarah se niega a hablar del tema.

—Mmm —Ashley frunció los labios. Su cuerpo menudo parecía aún más pequeño con Dylan descollando a su lado, con las manos agarradas por delante de Ashley—. Bueno, no pueden seguir así eternamente. Ollie va a reventar.

Más tarde, Will me acompañó a casa. Mi padre había salido con Barbie, así que estábamos solos.

—¿Qué tenemos de cena? —preguntó Will mientras abría puertas al azar en la cocina.

—Bueno, nada de lo que hay en el armario de los cereales —respondí—. A menos que te apetezca tomar Weetabix.

Cerró la puerta y se giró hacia mí, con expresión lastimera.

—Bueno, ¿pero *qué* vamos a cenar?

—Tenemos hambre, ¿eh? —dije yo. («Me encantan tus ojos», pensé.)

—A rabiarse. Es el aire del mar —introdujo dos dedos por las trabillas de mis vaqueros y, suavemente, tiró de mí para besarme.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté, rodeando su cuello con los brazos.

—A nada. Me apetecía y ya está —me besó la frente y murmuró—: Pero me sigo muriendo de hambre.

—Menudo morro tienes —apartándome de él, abrí la nevera y saqué un bote de pesto—. Pasta con salsa, ¿vale? También tengo pan de ajo.

—Perfecto —empezó a abrir los armarios inferiores.

—¿Dónde tienes los cazos? Ah, aquí —sacó uno y lo llenó con agua del grifo.

—Creía que te iba a preparar la cena —comenté mientras le observaba con los brazos cruzados.

Colocó el cazo en el quemador y encendió el gas.

—La podemos preparar juntos —sonrió—. Será agradable.

—Vale, a partes iguales —eché un poco de sal en el agua y saqué la pasta del armario mientras él se ocupaba de abrir el vino. Will tenía razón. Era agradable.

Cenamos sentados a la mesa, disfrutando de la comida. El pan de ajo desapareció a los dos minutos, más o menos. Cuando acabamos, Will me miró y nos echamos a reír.

—¿Qué? —dije yo.

—Si a todos los chicos les gusta el pescado frito con patatas, ¿por qué las chicas tienen labios grasientos? —preguntó entre risitas.

—Eso es de Shakespeare, ¿a que sí? —repuse yo, pero mordí el anzuelo; me levanté y me

incliné para agarrarle del jersey. Tiré de él para darle un beso, lo que nos dejó a los dos con la cara untada de aceite de oliva y mantequilla al ajo.

—¡Puaj! —Will se frotó la cara como un niño al que acaba de besar una tía anciana llena de arrugas—. ¡Estás PRINGOSA!

Fui a darle otro beso mientras Will fingía librarse de mí, en plan «¡Ah, *nooooo, suéltameeee!*». Resultaba un poco incómodo, ya que estábamos a ambos lados de la mesa; pero de todas formas fue tronchante. Will se dejó caer en la silla cuando por fin lo liberé. Tenía el pelo enmarañado y la cara llena de churretes.

—No es por hacerme la graciosa, pero tú también estabas bastante pringoso —comenté mientras me pasaba la manga por la cara.

—Me alegra que no te hagas la graciosa —dijo con una sonrisa burlona Will, al que le había dado por burlarse de todo lo que yo decía. Se lo hice pagar saltando por encima de la mesa (no fue tan fácil, y me puse los *leggings* perdidos de pesto), le derribé de la silla y cayó como un fardo. Acabamos enredados en el suelo, pero estuvo genial. No fue una situación incómoda, para nada. Will se incorporó y soltó una carcajada.

—Que te sirva de lección —le advertí con tono remilgado mientras daba unas palmadas como quien ha hecho un buen trabajo.

—Vale, de acuerdo... —montó un numerito para recobrar el aliento—. Bueno —levantó la vista hacia mí—. ¿Qué hay de postre?

Fue para troncharse, créeme. No pude articular palabra durante cinco minutos, no exagero, de tanto que me reía. Conseguí controlarme lo suficiente como para decir con voz chillona:

—Crujiente de manzana.

Acto seguido, nos desternillamos. Si mi padre hubiera vuelto a casa en ese instante, lo más seguro es que hubiera llamado a Urgencias al vernos despatarrados en el suelo, carcajeándonos y resoplando como dementes. Ni que decir tiene, que te rías un montón no significa necesariamente que seas feliz —existe una delgada línea entre reírse en plan histérico y llorar en plan histérico, y tiempo atrás yo había pasado de un lado a otro en cuestión de segundos—; pero yo era feliz, en serio. ¡Era feliz! Menuda suerte, ¿a que sí? A ver, en realidad nadie es feliz. Lo que hace la gente es ir tirando. La sola idea provocaba que me riera aún con más ganas y, sin apenas darme cuenta, me quedé mirando a Will: un festín para los ojos. Tenía todo cuanto me gustaba. Era tierno, divertido, inteligente... Gracias a él sabía que lo de «un festín para los ojos» probablemente venía de Shakespeare. Will conseguía que me sintiera inteligente, porque él así lo había considerado desde el primer momento. Se giró hacia un costado y me miró. Tumbados en el suelo del cuarto de estar —plagado de manchas de comida, la guía de televisión abierta junto a mi cabeza— éramos las únicas dos personas en el mundo. Me estaba enamorando de él. No lo podía evitar. No tenía que ver con la admiración desapasionada de la belleza o cosas así; se trataba de un sentimiento mucho más básico, más instintivo. Y no era para nada una de esas escenas a cámara lenta, con efecto de neblina, en la que en un día de verano una pareja corre-por-la-hierba-mecida-por-el-viento. Era más bien... no lo sé. Como cuando sientes la urgente necesidad de ir al váter. Lo miré y fue como si cada parte de mi cuerpo enviase con calma un mensaje a mi cerebro para que se enterase de que, en efecto, aquel chico me encantaba.

A mi madre le gustaba una vieja canción de amor que habla de que cierras los ojos y cuentas hasta diez, dando por supuesto que el chico que te gusta se ha marchado; pero sigue ahí. Dice: /

can't believe this is really happening to me («no me puedo creer que me esté pasando a mí»).

Pues eso.

Me incliné hacia él y lo besé.

Entonces, nos trasladamos al sofá y nos seguimos besando. Fue precioso, sensual; pero Will no trató de ir más allá. Cualquiera otro chico se habría abalanzado desde el minuto que hubiéramos cruzado la puerta, como si lo de «casa vacía» fuera la contraseña para bajarle las bragas a una chica. Pero Will, no. Ni siquiera lo mencionó. Me pareció, no sé, refrescante. A ver, ¿por qué acelerar las cosas? El hecho de que Will no viera el sexo como la línea de meta en una carrera era señal de su madurez. Para ser sincera, a mí no me habría importado; pero me contentaba con esperar.

Por la noche, mientras estaba tumbada en la cama, recibí un sms de Rich.

Tu Will mola mgollón. Stuvimos xarlando. Nunca h hablado así cn nadie! M dio cnsejos guay. Bien exo, Don. Sobrsaliente. Bss.

Adormilada, le envié una respuesta rápida.

Gnial q t mole. Es lo más, eh? Bss.

Me quedé mirando las palabras que había escrito. Me había sentido así con Hayden, pero en esta ocasión se notaba más verdadero, más puro. ¿Había sido precavida durante el tiempo suficiente? ¿Estaba mi corazón curado y ahora se abría a Will?

Pulsé «Enviar» y me sumí en un sueño profundo, satisfecho.

14

Will mantuvo una actitud totalmente profesional en nuestra clase siguiente, así que yo hice lo mismo. Habría resultado superinfantil intentar besarle o lo que fuera. A ver, nos dimos un beso al saludarnos, pero en cuanto nos sentamos con los apuntes, se convirtió en mi profesor. Fin de la historia. De todas formas, era lunes por la tarde, después del instituto, y mi padre estaba en casa. No pude evitar acordarme de nuestro perfecto día anterior en la playa y, luego, de la pasta-con-pesto en el suelo; pero procuré quitármelo de la cabeza. Seguía teniendo que aprobar los exámenes.

—A ver, se me ha ocurrido una idea —dijo Will cuando la clase hubo terminado y estaba metiendo sus cosas en la mochila—. Tengo un club de teatro cerca. Lo llevan estudiantes de la universidad de Sussex. ¿Por qué no te apuntas? Sería bueno que apareciera en las actividades extraescolares de tu currículum, podría ayudarte a entrar en la escuela de arte dramático. Sería una práctica genial para tu audición en RADA y además... —hizo una pausa para mayor efecto—, este mes van a representar *Romeo y Julieta*.

—Guau —me mordí el labio. La idea de relacionarme con un puñado de universitarios empollones me revolvía un poco el estómago, pero ya me relacionaba con Will, ¿no? Y, por otra parte, noté ciertas punzadas de emoción ante la idea de actuar en la obra sobre la que tanto estaba aprendiendo—. ¿Estás metido? En el club, quiero decir —pregunté. Will asintió con un gesto, de

modo que respondí—: Vale, sí. ¿Por qué no?

—¡Genial! —se mostró satisfecho—. Te llamaré mañana a las seis y media y podemos ir andando juntos, ¿te parece?

—O podemos quedar en tu residencia, ya que está cerca de ahí —propuse yo mientras le acompañaba a la puerta principal.

Se detuvo a pensarlo.

—Sí, es verdad... —pero negó con la cabeza—. En realidad, no te preocupes, ya te llamo yo. Me ahorra tener que explicarte cómo se va y todo eso.

Pensé que, evidentemente, le avergonzaba que yo viera su cuarto de la residencia de estudiantes. Lo más probable era que estuviera hecho un desastre, como las habitaciones de todos los chicos que había conocido. No quise insistir por si le resultaba violento. Sonreí.

—De acuerdo.

—Guay. Nos vemos mañana —miró alrededor para asegurarse de que mi padre no estaba cerca y luego me dio un beso largo y lento (de hecho, me temblaron las rodillas), me dedicó un alegre «hasta luego» y se marchó. Me quedé sonriendo a la puerta cerrada. Aquel chico era la bomba.

Durante los dos primeros minutos en el club de teatro me sentí como un gigante torpe con el cerebro de paja, pero cuando me detuve a pensar unos instantes me di cuenta de que era porque (a) estaba de pie y todos los demás, sentados; (b) la chica que me saludó en primer lugar era tan menuda que probablemente se compraba la ropa en la sección de niños; y (c) yo era una pringada. ¡Yupi! Kira —así se llamaba— no podía medir más de metro y medio. Tenía una masa de rizos rubios y grandes ojos azules, pero no estuvo en plan angelito. Daba aspecto de seguridad y franqueza, y resultaba agradable.

—Hola, debes de ser Donna —sonrió y me estrechó la mano—. Will nos dijo que confiaba en que vinieras. Encantados de que estés aquí —señaló con un gesto las sillas apiladas al fondo de la sala parroquial que utilizaban como punto de reunión—. Trae una silla y únete a nosotros.

Obedecí, colocando mi silla a una distancia respetable de Will, aunque lo que me apetecía era pegarme a él lo más posible. Por lo general, las situaciones nuevas no me asustaban; pero por lo general no me encontraba con una panda de universitarios. ¿Y si, en comparación con ellos, yo actuaba de pena? Me senté, enderecé la espalda y respiré hondo. Solo había una manera de averiguarlo.

—Vale —dijo Kyra—. Primer día de *Romeo y Julieta* —se giró hacia mí—. Supongo que Will te habrá dicho que montamos «obras rápidas» una vez al mes. Los ensayos van a todo gas y —juntó las manos con fuerza— el papel protagonista siempre le toca al último en sumarse al grupo.

—¡Ugh! —exclamé—. Entonces, ¿el marrón me toca a mí?

Unas cuantas risas, incluida la de Kyra, recorrieron la sala.

—Pues sí. ¿Te atreves?

—Claro —respondí—. Mmm... ¡gracias!

—De nada —dirigió la vista a un chico sentado unas cuantas sillas por delante de mí—. Y, Dan, eso significa que tú eres Romeo —sentí una punzada de decepción por el hecho de que Will no fuera a hacer de Romeo, aunque no sé por qué lo había dado por supuesto. Miré a ese tal Dan

con detenimiento (al fin y al cabo, iba a tener que besarlo). Era negro (Shakespeare con minoría étnica, sí señor) y no estaba mal. Nada de granos de pus ni cosas así. Bingo. Kyra fue repasando la lista, adjudicando papeles. A Will le tocó uno de los Capuleto.

Empezamos con el acto primero, escena primera, lo que provocó que, en cierta forma, el alma se me cayera a los pies. Julieta no aparece hasta la escena tercera del primer acto (sí, para entonces me conocía esas movidas). Sin embargo, me podía haber ahorrado la preocupación. Kyra no había mentido al decir que la cosa iría a todo gas. Antes de que pudiera darme cuenta, estaba entrando en el escenario por la izquierda.

—¡Ya, ya! ¿Quién me llama? —declamé con voz joven e inocente. Esto sucede antes de que Julieta conozca a Romeo. En realidad, sigue siendo una niña.

—Vuestra madre —dijo la chica que hacía de nodriza, una morena rellenita con cara de símbolo sexual de Hollywood. Sus labios parecían almohadones de color rosa. Y nos lanzamos. Al poco rato me encontraba inmersa en la obra, y notaba que lo estaba haciendo bien. En el grupo había varios actores muy buenos, si bien otros no lo eran tanto. No es que me hubiera puesto en plan flipada ni nada por el estilo, pero sabía que yo estaba entre los mejores.

Cuando llegamos a lo de «¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú, Romeo?» se me puso la carne de gallina. Tenía verdadero cariño a esa obra que nos había unido a Will y a mí, pero además... bueno, también sentía respeto por su belleza trágica. Representarla era un privilegio para mí, lo que suena a gilipollez total, ya lo sé; pero no puedo expresarlo de otra manera. Y ¡ay Dios! Cuando Julieta encuentra a Romeo muerto... me quedé hecha polvo. Romeo era Will, y lo había perdido para siempre. Apenas me salían las palabras. Después, abandoné la sala para recobrar la compostura y Will vino detrás de mí. Lo abracé con fuerza, notando su solidez.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

Asentí con un gesto.

—Sí, estaré perfectamente en un segundo.

Me apartó hacia atrás para mirarme a la cara.

—Eres un actor impresionante, ¿lo sabías? —me dijo, sonriendo—. No me había fijado en que tenías tanto talento; pero lo tienes, vaya que sí.

Esboqué una sonrisa radiante de felicidad. Seguía con los ojos húmedos.

—Ay, gracias, tío —Will incluso había utilizado el término «actor» en lugar de «actriz». Las mujeres son estudiantes, y no «estudiantas». Gerentes, y no «gerentas». ¿Por qué va a ser diferente en el mundo de la interpretación? Bueno, da igual. ¡Síiiii! ¡Will opinaba que era buena!

Después del ensayo fuimos a tomar algo a uno de los bares de la uni. Kyra había elogiado mucho mi interpretación de Julieta, y algunos otros del grupo se habían acercado a comentarme lo buena que les parecía, de modo que me sentía relajada, contenta. Había pensado que se me haría raro estar en un bar universitario, pero en realidad era como un pub cualquiera.

—Este año te presentas a la reválida de bachillerato, ¿no? —preguntó Ellie, la chica que había representado a la nodriza.

Asentí con la cabeza.

—Sí. Will me está dando clases. Así nos conocimos —era patético el hecho de que quisiera hablar de Will *todo el rato*. A ver, no lo podía evitar.

—Es un encanto, ¿verdad? —repuso ella con una sonrisa—. Tan maduro para su edad.

—Eh... sí. Supongo que sí —convine yo. Siempre había considerado que una vez que llegas a

ser un adulto propiamente dicho, no había más: eras maduro y punto. Pero, por lo visto, no. Ellie debía de estar en segundo año.

—¿Vas a estudiar teatro en la universidad? —prosiguió.

Hice una mueca.

—No lo sé... He solicitado plaza en varias escuelas de arte dramático. Hay dos que no piden requisitos, pero para las demás tengo que aprobar dos asignaturas en la reválida... No sé dónde entraré, si es que consigo entrar en algún sitio, así que tengo que aprobar al menos Lengua y Arte Dramático, por si acaso.

—Ah —se mostró comprensiva—. De ahí Will.

«¡¿De ahí?!». Me encogí de hombros y puse cara de «¿qué le vamos a hacer?».

—Sí.

Una chica sentada al lado de Ellie se inclinó hacia mí.

—Si puedes, no dejes de ir a la escuela de arte dramático —declaró con un marcado acento de Liverpool—. Aparte de todo lo demás, la uni es superdivertida —quienes estaban a su alrededor asintieron con entusiasmo.

—Maeve tiene razón —comentó un chico de aspecto serio y con la cabeza rapada. Hacía el papel de Teobaldo y me pareció recordar que se llamaba Christian—. Pero también tienes más oportunidades de conseguir representante si has pasado por la escuela de arte dramático.

Más gestos de afirmación. Para ser sincera, el ambiente me empezaba a dar un poco de claustrofobia. Entonces, como por arte de magia... ¡Hurra! Will acudió a mi rescate. Me rodeó con un brazo y dijo:

—De todas formas, Donna es quien tendrá que elegir porque va a aprobar sus exámenes sí o sí.

Eso esperaba yo, joder. Podría ser un supermegaactor (es broma), pero eso no valía una mierda si no encontraba trabajo. Y al cabo de dos días tenía mi primer examen de prueba. Ay, Dios. Me quité el pensamiento de la cabeza y me concentré en divertirme con la panda de actores aficionados. Como mínimo, sería una estupenda práctica para mi audición en RADA y también en caso de que sucediera un milagro (¿cuando sucediera?) y acabara entrando en la escuela de arte dramático.

El día siguiente dediqué mis horas libres a memorizar el papel de la obra, y mataba dos pájaros de un tiro porque me servía para aprender citas de Shakespeare como preparación para el examen de prueba de la jornada siguiente. Había estado tan absorta con Will y, luego, con el club de teatro, que apenas me había parado a pensar en los exámenes de prueba. En realidad, no es verdad. Pensaba en ellos todo el rato. Es solo que no me preocupaban. Había que enfrentarse a ellos, claro; pero no me apetecía esconderme en un árbol hasta que hubieran pasado, como me solía ocurrir.

A ver, de todos modos, *sí* me preocupaba. Quedaban menos de veinticuatro horas para el examen y estaba cagada de miedo. Me habría puesto a mecarme en la posición fetal si hubiera podido aprenderme el papel al mismo tiempo.

Después del instituto teníamos otro ensayo en el club de teatro, lo que al menos significaba que no pensaría en el examen durante toda una hora; pero entonces Will vino a mi casa para repasar algunas propuestas para el trabajo de fin de curso. Para cuando terminamos, yo estaba

hecha un manojo de nervios balbuciente.

—Saldrá bien —me aseguró mientras me guiaba hasta el sofá y, dejando a un lado su actitud profesional unos segundos, hizo que me acurrucara junto a él.

—Para ti es fácil decirlo —gruñí—. Ya has pasado todo esto.

—He visto pasar por lo mismo a mucha gente —dijo, acariciándome el pelo—. Te irá muy bien.

Me abracé las rodillas y tirité.

—Lo *odio* —declaré—. Se me revuelve el estómago... voy a vomitar en pleno examen.

Will se rio por lo bajo.

—No vas a vomitar en el examen.

—Claro que sí.

Suspiró.

—Vale, pues sí.

Le lancé otra mirada y se volvió a reír pero entonces, al ver que de veras estaba atacada por el pánico, me tomó las manos.

—Donna, si creyera que ibas a cagarla en el examen estaría tan preocupado como tú. No lo olvides: está en juego mi reputación como profesor particular supermacizo. Y no estoy preocupado —trazó un círculo en el aire alrededor de su semblante—. ¿Te parece una cara preocupada?

—No —admití a regañadientes.

—No —repitió Will—. Es una cara muy tranquila, muy relajada, una cara al estilo «soy un profe supermacizo con una novia supermaciza que lo va a hacer genial».

Una sonrisa lenta se extendió por mi rostro.

—¿Novia?

Se sonrojó.

—Sí, ¿y qué?

—Nada —repuse a la ligera, mientras mis tripas daban volteretas de alegría—. Bueno, ¿qué estabas diciendo...?

Me clavó los ojos.

—Estaba *diciendo* que te va a ir genial —me abrazó de nuevo—. Así que ni hablar de seguir empollando por la noche, ¿vale? No te servirá de nada y tienes que dormir bien.

—Sí. Vale —dije yo, clavando la barbilla en su hombro mientras hablaba.

Will se retiró hacia atrás y me miró unos segundos; daba la impresión de que sus ojos buscaban algo en mi cara. Luego, se levantó.

—Venga.

Arrugué el ceño.

—¿Adónde vamos?

—Te voy a preparar un baño. Te obligaré a relajarte —alargó la mano para ponerme de pie. A pesar de todo, el estómago me pegó un brinco de emoción. Nos adentrábamos en territorio nuevo, y emocionantemente obsceno. Dejé que me guiara hasta el cuarto de baño, donde abrió los grifos y añadió un enorme chorro de gel.

—Es el de la marca Radox que usa mi padre —dije yo. No me preguntes por qué sentí la necesidad de señalar semejante circunstancia.

—No le importará... ¿o sí? —Will vaciló, con aire preocupado.

—No, qué va. Tranquilo —empecé a quitarme los calcetines mientras Will agitaba el agua con la mano para distribuir por igual las pompas de jabón. He ahí un hombre que había preparado un baño con anterioridad. Procuré no pensar en las implicaciones. Tal vez le gustara bañarse, nada más. Les ocurre a algunos hombres ¿vale? Se tumban bajo las pompas escuchando fútbol por la radio y juegan con un buque cisterna de juguete, ¿lo sabías? Y eso que Will nunca había comentado que fuera aficionado al fútbol. O a los barcos de juguete; aunque, seguramente, era menos probable que alardeara de eso.

Maldita sea, joder. Se me estaba yendo la olla. Me senté en la tapa del váter unos segundos, cerré los ojos y recobré la compostura. Tranquila. Tranquila. Respira...

—¡Preparado! —la voz de Will me devolvió a la realidad. Abrí los ojos y me lo encontré de pie, junto a un baño impresionante cubierto de pompas, y mostrando un tímido orgullo de sí mismo. Pero qué *monada* de chico. Me acerqué a paso lento y empecé a besarle.

—Bueno —dijo él con tono apresurado—. Que lo disfrutes —y desapareció del cuarto de baño.

No existen muchas cosas que te corten las ganas de sexo en mayor medida que un chico se dé a la fuga cuando solo te has quitado los calcetines. Me quedé parada una eternidad, mirando la puerta. ¿Qué acababa de pasar? ¿Era un rollo tipo cortesía de la vieja escuela? Dejé caer las manos a los costados mientras me asaltaba el escalofriante pensamiento de que quizá, sencillamente, no le apetecía practicar sexo conmigo. ¡Pero si siempre me estaba besando! «Sí, pero no pasa de ahí —me decía una voz interior—. Nunca te toca.» Me quité la ropa y traté de mirarme en el espejo, pero ni siquiera cuando me puse de pie en el borde de la bañera pude ver lo suficiente para hacerme una idea del aspecto que tenía desnuda. Bajé la vista hacia mi cuerpo. Las tetas, bien; la tripa, bien; esto y aquello, bien. No había nada flácido, ni granos, ni nada parecido. Todo estaba genial. Empecé a rayarme. ¡Tenía un cuerpo genial! ¿Cuál era el problema de Will?

Bueno, si su intención era que me preocupara de otra cosa que no fuera el examen: misión cumplida. Me metí en el baño y me sumergí en el agua caliente, aromática. Qué gozada. Tumbada sobre la espalda, me cubrí la cara con una toalla de cara y vacié la mente por completo.

15

Al salir de la sala de exámenes, me estiré y parpadeé por la luz del sol.

—Madre mía, ha sido horrible —protestó Rich. Soltó un suspiro y se pasó la mano por la cara. Se le notaba agotado.

—Sí —repuse yo. En realidad, a mí no me había parecido mal; pero no hacía falta que Rich se enterase. Sin embargo, no importó cuando Cass y Sarah se acercaron con aspecto relajado. Todo el mundo contaba con que les saliera bien.

—Uno menos... —canturreó Cass, de una manera de la que solo son capaces quienes saben que lo han hecho bien.

—... quedan muchos —concluyó Sarah, fingiendo estar hecha polvo. Se giró hacia mí—. Dime, ¿qué tal te ha ido?

—Bueno... —volví la vista a Rich, que se encogió de hombros y sonrió.

—A mí no me preguntes —dijo—. Yo no he tenido profesor particular, ¿a que no? —dio la

impresión de que lo lamentaba. Pobre, sentí lastima por él.

—Me ha ido bien —respondí—. Me esperaba la primera pregunta, pero la segunda, no. Aunque creo que he podido salir del paso —me ajusté la mochila al hombro—. De todas formas, ya no se puede hacer nada. Me muero de hambre. ¿Nos vamos a almorzar?

Aquella noche Will y yo salimos con Ashley y Dylan. Regla de Will: el día de examen no se estudia. Buena regla. Fuimos a cenar a un sitio italiano que Cass nos había recomendado. Yo estaba un poco preocupada por si era demasiado caro, ya que Cass está forrada; pero Ash lo había consultado y estaba bien. A ver, no es que fuera barato, pero tampoco tan caro como para tener que pedir exclusivamente sopa y agua del grifo.

—Bueno, qué agradable —comentó Ashley mientras se alisaba la servilleta encima de las rodillas y fruncía los labios. Alérgica a las convenciones, así es mi amiga Ash. Era incapaz de enfrentarse sin sarcasmo a una situación tan tradicional como una noche de parejas en un restaurante. También había echado el resto en el apartado de la ropa. Llevaba un jersey negro con tantos desgarrones que por debajo se le veía el sujetador verde fosforito, y el pelo (en esa época teñido de escarlata) se le disparaba por todas partes e iba rematado por un enorme lazo de cuero negro. Parecía una demente, en el buen sentido. El hombre que estaba a la puerta del restaurante se mostró un tanto alarmado cuando entró Ashley seguida de Dylan, que llevaba vaqueros pitillo y se había perfilado los ojos con una línea negra. Pero luego nos vio a Will y a mí, con nuestros atuendos más normales a base de *leggings* de estampado tropical y sudadera extragrande con capucha (yo) y vaqueros y camisa (Will) y, obviamente, pensó que no íbamos a arrancarles a mordiscos la cabeza a los pollos vivos, o lo que fuera. Nos acompañó a la mesa con mucha elegancia, llegando incluso a sujetar la silla de Ashley y la mía mientras nos sentábamos, y cosas así.

—Ah, gracias —le dijo Ashley. Daba la impresión de que aquella noche se había puesto en modo Buenos Modales.

En fin, el caso es que allí estábamos, examinando la carta y disfrutando del ambiente. Cass tenía razón: era un sitio agradable.

—¿«Pañuelos de pasta»? —leyó Ashley al tiempo que arqueaba una ceja—. Qué bien. ¿Van acompañados de salsa de mocos?

—Yo tomaré *pizza* —dijo Will, cerrando la carta—. Pero, bueno, siempre tomo *pizza*.

Le acaricié el muslo por debajo de la mesa.

—Uff... —dije yo—. Qué sofisticación.

Will se mostró escandalizado.

—¡Es la reina de las comidas!

—Estoy contigo —intervino Ashley—. La de espinacas y ricota es la que pido siempre.

Dylan juntó las yemas de los dedos en alto.

—Por lo que se ve, Donna, tú y yo somos los únicos sofisticados aquí... Tomaré *ciabatta* con tortilla.

—¡Ja, ja! —cacareó Ashley—. Bollo de pan con huevo para el dandi de la esquina —Dylan fingió estar satisfecho porque le había llamado «dandi». O igual no estaba fingiendo. La verdad sea dicha, yo no estaba segura al cien por cien de lo que significaba «dandi». Así que pedimos la comida y una *caraffa* de vino, que resultó ser una simple frasca. No entiendo qué tiene de malo

llamarle frasca, y punto. *Caraffa* me sonaba a «garrafa». Lo veía como algo, no sé, antiguo, pecaminoso, como si hubiera que servirla junto a un cerdo asado de una pieza con una manzana metida en la boca y sin cubiertos. En fin. Todo iba bien. Buen vino, buena comida (yo pedí los pañuelos de pasta: para chuparse los dedos) y Will charlaba con Ashley y Dylan como si se conocieran de toda la vida. Resultaba de lo más extraño, en serio. Bueno, el caso es que se puso a hablar con Dylan sobre películas —resultó que a los dos les encantaban las pelis de gánsteres de los años setenta—. Ashley y Will compartían un amor de la infancia por *The Really Wild Show*, el programa documental infantil sobre la naturaleza emitido por la BBC, que Dylan y yo encontrábamos de lo más aburrido. ¡Will incluso le había comprado a su madre un regalo de cumpleaños en la tienda de moda *vintage* favorita de Ash! Una locura. Y todo el tiempo seguía dedicándome fugaces sonrisas, como si los dos estuviéramos en la misma onda.

Terminamos el plato principal y el camarero nos trajo la carta de postres.

—No sé si voy a poder —comentó Ashley—. Esa *pizza* era gigantesca.

—Claro que puedes —intervine yo—. Siempre lo haces.

Ash asintió con lentitud y se mordió el labio mientras leía la carta.

—Es verdad... Bueno, vale. Tomaré tarta de manzana y almendra. Soy adicta a la tarta de manzana y almendra. Dylan le rodeó los hombros con el brazo y esbozó una sonrisa burlona.

—Nena, solo tú podías ser adicta a esa tarta. No es exactamente un clásico, ¿verdad?

—Eso es —Ash cerró los ojos con ademán remilgado, pero no pudo ocultar la enorme sonrisa que tenía en la cara. Estaba superenamorado de Dylan. Hice una nota mental para preguntarle si ya se habían dicho el uno al otro que se querían.

—Tartaleta de chocolate para mí —dije yo.

—Para que haga juego con tu piel, ¿eh? —disparó Ashley, rápida como una bala.

Me aclaré la garganta de forma exagerada.

—Ejem. Atención: racismo.

Ash se echó a reír.

—Lo que tú digas. Puedes llamarme chocolate blanco siempre que te apetezca.

—Vale, chocolate blanco —espeté y, acto seguido, di un respingo—. Eso suena más bien grosero. ¿Por qué será?

—Igual porque tiene pinta de... ¿esperma? —sugirió Ashley—. Cuando está fundido, claro.

Incliné la cabeza a un lado y reflexioné unos segundos sobre el tema.

—Sí, eso debe de ser.

Dylan y Will intercambiaron una mirada.

—¿Son así siempre? —preguntó Will.

Dylan hizo un gesto de afirmación.

—Te acabas acostumbrando.

La mañana siguiente me dirigí al registro de asistencia y me encontré con que Ashley ya estaba en el aula. Tenía los pies en alto sobre el pupitre y arrancaba tiras de una hoja de papel, formaba bolas con ellas y trataba de encestarlas en la papelera de Paul. No se le daba muy bien.

—Has venido temprano —comenté mientras tomaba asiento a su lado.

—Directamente de casa de Dylan —explicó—. Tenía una reunión a primera hora en el instituto. Algo relacionado con un viaje de estudios, o así. No sé.

—Ah, ya —abrí una lata de coca-cola y me bebí la mitad de un trago. Tenía un poco de resaca de la noche anterior, aunque no había bebido gran cosa, me parecía a mí. Debía de ser por la sal de la *pizza*.

Ashley lanzó otra bola de papel: tiro directo.

—¿Te has quedado a dormir con Will?

Negué con la cabeza.

—Qué va. En realidad, no ha pasado nunca.

Retiró los pies del pupitre para poder incorporarse de golpe y me clavó la vista, conmocionada.

—Pero habéis follado, ¿no?

—Qué va —dije otra vez, esforzándome por dar la impresión de que tampoco era para tanto. Y es que tampoco era para tanto.

—Pero... ¿por qué no? —Ashley abrió los ojos como platos. Era un territorio ajeno a ella por completo.

Me encogí de hombros.

—Mira, tía, no todas somos maníacas sexuales como tú. Will y yo estamos esperando al momento adecuado —mmm, no era estrictamente verdad. A ver, me *imaginaba* que eso era lo que estábamos haciendo; pero nunca habíamos hablado del tema. ¿Por qué me empeñaba en engañar a mi mejor amiga? Buena pregunta.

—¿Y cuándo coño es el «momento adecuado»? —preguntó. Me colocó el dorso de la mano en la frente—. Amiga mía, has cambiado. Esta no es la Donna a la que conozco y quiero —reprimí el impulso de señalar que la Ashley a la que yo conocía y quería había desaparecido en el instante mismo en que Dylan entró en escena. Y no quiere decir que no conociera o no quisiera a esta nueva versión en igual medida.

Zarandé la cabeza para que apartara la mano.

—El momento adecuado es cuando se nota que es el adecuado —sentenció—. Fin de la historia.

—*Vaaaaale* —no parecía convencida ni por asomo.

Puse los ojos en blanco.

—¿Qué?

—Bueno —frunció el ceño—. Él y tú formáis una pareja perfecta...

—Sí, yo pienso lo mismo —la miré unos segundos y, entonces, decidí: «¡*Qué coño!* Somos las mejores amigas, ¿o no? Se lo puedo contar»—. Si te digo la verdad...

—¿Sí? —las orejas se le pusieron prácticamente de punta ante la expectativa de la confidencia. Comprensible. Yo habría hecho lo mismo de haber sido al contrario.

Suspiré.

—Si te digo la verdad, yo estoy dispuesta. Pero él nunca da el paso. A ver, me besa todo el rato y es supercariñoso, pero ahí se acaba...

Ashley reflexionó unos instantes sobre el asunto.

—Puede que esté en plan caballero porque es mayor que tú. Puede que solo tengas que decirle que no eres una virgen timorata y que deje de preocuparse por tu pureza o como se diga.

Solté un resoplido ante la idea de haber tenido alguna clase de pureza. Independientemente de mis acciones, mis pensamientos llevaban años sin ser puros.

—Igual tienes razón —respondí.

—Ya lo sabes —dijo Ashley—. Te desafío a que lo seduzcas esta noche. Y mañana quiero hasta el último detalle.

—Serás guarra.

Sonrió de oreja a oreja.

—Piensa el ladrón que todos son de su condición.

—Ojalá —solté un suspiro monumental y me dejé caer hacia delante—. Sí, ojalá tuviera la oportunidad de ser guarra —gemí con la cara pegada al pupitre.

Una voz masculina provocó que me incorporase a la de ya.

—Intrigante conversación, señoritas —Paul, nuestro empalagoso tutor, nos dedicó un guiño burlón mientras pasaba de largo en dirección a su mesa.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Rich, que llegaba con el resto de nuestro grupo. Pero solo pudimos negar con la cabeza sin mencionar palabra mientras el cuerpo nos temblaba de risa silenciosa.

—Vale. Un fastidio —replicó—. No les hagáis caso —instó a los demás—. Se han perdido en un mundo secreto de hilaridad que jamás podríamos entender, por mucho que quisiéramos —pobre Rich. Saltaba a la vista que estaba de mal humor. Más tarde hablaría con él. En ese momento no podía hacer más que sacudir el cuerpo y tratar de no hacerme pis de la risa. Tiempos felices.

Después del instituto me duché, me afeité las piernas y me puse mi mejor ropa interior; luego, un vestido de camiseta, chaqueta con capucha de lana suave color crema y calcetines extralargos. Buscaba un *look* relajado pero sexy. Me recogí el pelo hacia atrás en una coleta desaliñada y me retoqué el maquillaje. Luego, bajé corriendo a la cocina para preparar pollo tailandés al curry: mi especialidad. Will llegaría en cuarenta y cinco minutos y quería que todo estuviese perfecto. Mientras el guiso de curry cocía a fuego lento ordené el cuarto de estar, suavicé la iluminación (es decir, apagué la luz principal y encendí la lámpara de mesa) y puse un CD en el aparato de música. Mi padre y Barbie se habían ido a pasar fuera el fin de semana, así que tenía la casa para mí sola. Noté una leve punzada de emoción al imaginarme a Will despertándose a mi lado. Sin lugar a dudas, era el momento adecuado.

Abrí la puerta.

—Hola —dijo, tirando de mí para besarme—. Estás impresionante.

—Gracias —respondí. Empezó a acariciarme la espalda mientras nos besábamos y esperé a notar su mano en mi pierna a la altura del dobladillo del vestido o algo así, pero nada. Se apartó con suavidad y se encaminó al cuarto de estar a paso lento.

—Huele bien —comentó—. Pollo tailandés, ¿verdad?

—Buena suposición —dije yo. Sonreí y pasé la mano por la pechera de su camisa—. Creí que solo comías *pizza*.

Se echó a reír.

—No voy a tomar pollo tailandés al curry en un restaurante italiano, ¿eh?

—Ah. Sí. Claro —sonrojándome ligeramente, le conduje hasta el sofá—. Estará listo en una media hora.

—Guay —nos sentamos y le besé. Él me devolvió el beso y, luego, se detuvo y se inclinó para alcanzar la guía de televisión—. ¿Qué vamos a ver?

Se la arranqué de las manos y la lancé al suelo.

—Había pensado que podíamos hacer otra cosa —dije con voz suave mientras sonreía y le miraba a los ojos. Luego, besándole otra vez, traté de tirar de él para que se colocara encima de mí al tiempo que me deslizaba hacia abajo y me tumbaba. Pero no cedió. Siguió sentado, sin hablar. Vale, me empezaba a sentir como una idiota. Fingí que me había tumbado solo por comodidad. El miedo a que hubiera algo malo en mí volvió a aparecer, pero lo aparté de un empujón porque, francamente, *no* había nada malo en mí. Me incorporé a su lado, respiré hondo y dije:

—¿Por qué no quieres acostarte conmigo? —me puse como un tomate. No era fácil formular la pregunta, sobre todo teniendo en cuenta las posibles respuestas que me podría haber lanzado.

Por un momento dio la impresión de asustarse hasta cierto punto, pero entonces sonrió y me acarició la cara.

—No seas ridícula, Don. Eres la chica más sexy que he conocido en la vida, con diferencia... Me importas mucho... Solo quiero esperar al momento adecuado, eso es todo —me besó con suavidad, lo que no sirvió de ayuda porque me excitó todavía más.

—En serio, ¿solo es eso? —pregunté.

Soltó una especie de risa.

—¡Pues claro! ¿Qué otra cosa podría ser? —pero volví a notar en él un cierto nerviosismo.

—No estás... —tragué saliva—. No estás, en plan... viendo a otras chicas, ¿verdad?

—¡NO! —exclamó casi gritando—. Dios, ¡no! No haría eso *jamás*. Eres la única, Don. Te lo prometo —me miró a los ojos—. Te lo prometo —repitió.

—Te creo —respondí, porque le creía. Aun así, me ocultaba algo. Y me sentí lerda total por haberme insinuado de aquella manera.

—Ven aquí —dijo mientras tiraba de mí para abrazarme—. Quiero estar tan cerca de ti como sea posible —añadió. Me besó en la cabeza, junto a la sien—. Pasaremos juntos el rato esta noche, simplemente. Disfrutaremos de la mutua compañía —asentí con un gesto y dejé que me girase la cara para besarme. Pero sentía como si me hubieran regañado, como si hubiera cruzado una línea roja. Aunque si él podía pasarlo por alto, yo también. Veríamos la tele, cenaríamos y charlaríamos. Igual que un millón de parejas estaban haciendo en ese mismo momento. Y si no había sexo... Bueno, también debía de haber otras parejas así.

16

Dos días más tarde quedé con Will en el centro para dar una vuelta por The Lanes, el casco histórico de Brighton. Me saludó con un beso y empezamos a pasear de la mano.

—Bueno, ¿qué tal ayer? ¿Bien? —pregunté.

—Sí, perfectamente —respondió. Dio la impresión de que iba a añadir algo, pero en cambio cerró la boca de golpe y clavó la vista al frente.

—Yo trabajé bastante —continué—. Habrías estado orgulloso de mí. Creo que ya me he aprendido casi toda la obra.

—Ah, me alegro. Genial —respondió.

Una pizca de preocupación se hizo hueco en mi cabeza. Algo iba mal. Las cosas no iban como debían después del viernes por la noche. Para nada. «Que no rompa conmigo, por favor», recé

como una idiota. A ver, ¿es que iba a romper conmigo solo porque quisiera acostarme con él? Tal vez estaba cansado o había tenido una bronca con su madre o algo parecido.

—¿Qué tal tu madre? —pregunté.

Frunció el ceño.

—Muy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Por charlar, nada más —mascullé. En un último y desesperado intento, le di un apretón en la mano—. ¿Te apetece un café con bollos? —pregunté con voz alegre—. Mi cafetería preferida está en esta misma calle.

Esbozó una sonrisa ausente.

—Sí, vale.

En contra de mi voluntad, puse los ojos en blanco. Fue en plan «no te emociones demasiado, acabarás haciéndote daño». De modo que seguimos caminando en silencio. Yo miraba alrededor tratando de dar la impresión de que todo iba bien y él examinaba el suelo como si este encerrara el sentido de la vida. De pronto, al otro lado de la calle, vi a una antigua amiga, Liz, que había estudiado en nuestro instituto pero se fue a hacer bachillerato a un colegio privado. Hasta ella me miró con cara rara. ¿Es que llevaba yo un cartel invisible encima de la cabeza o algo por el estilo? Tal vez una flecha de neón que nos señalaba a ambos y que llevaba escrito encima: ¡MAL ROLLO!

Will se fue animando un poco a medida que pasaba el día, pero no acabó de ser él mismo. Si podía responder a las preguntas con un monosílabo, es lo que hacía. Entonces, más tarde, una vez que se hubo marchado a casa y yo estaba tumbada en el sofá de la mía, recibí por Facebook un mensaje de Liz.

Hola Donna, no sabía q tenías 1 yogurín ;) Will s un bombón!!!

¿Qué? ¿De qué estaba hablando? ¿Y de qué conocía a Will? Me quedé mirando el móvil y seguro que puse cara de desconcierto porque mi padre me preguntó qué me pasaba.

—No lo sé —respondí. Me mordí el interior de la mejilla unos segundos—. Papá, ¿qué significa yogurín, exactamente?

Mi padre soltó el periódico.

—Bueno... es una expresión coloquial que se refiere a un joven atractivo que sale con mujeres mayores que él. ¿A qué viene la pregunta?

—Eso me parecía —respondí. Me estaba pasando algo, y no me gustaba. Me levanté—. Voy arriba a hacer una llamada —me senté en la cama, busqué mi lista de contactos y detuve el pulgar sobre el nombre de Will. Respiré hondo y le llamé.

—Hola —dijo con tono indescifrable.

—¿De qué conoces a Liz Hopkins y por qué dice que eres un yogurín? —exigí.

Silencio. Y luego:

—Tenemos que hablar.

—¡Por fin! —exclamé con más energía de la que hubiera querido—. Nos vemos junto al parque en quince minutos.

Cuando llegué me estaba esperando, arrastrando los pies en la acera. O no me vio, o bien

fingió no verme, porque tuve que plantarme frente a él para que levantara la vista. Abrí la boca para saludarle, pero él habló primero.

—Estoy en primero de bachillerato.

Me quedé mirándole como una estúpida, seguramente boquiabierta.

—¿Qué?

—Liz Hopkins va a mi colegio. Estoy en primero de bachillerato. Tengo dieciséis años. Bueno, casi diecisiete... los cumplo en junio —se le notaba contento. ¿Pero por qué *sonreía*?

—No, imposible —respondí, frunciendo el ceño—. Vas a la universidad... Eso es lo que me dijiste.

Negó con la cabeza.

—Nunca te dije que fuera a la universidad —replicó, como si estuviéramos hablando del puto tiempo o algo así—. Doy clases particulares a alumnos que se presentan a la reválida para ir a la universidad, pero no soy universitario. Estudié con una beca en Brighton Prep, el colegio privado. Les gusta que elijamos antes de tiempo una asignatura extra para la reválida, si somos capaces. Es un centro para alumnos, bueno, avanzados; así que hice Lengua y Literatura de último curso el año pasado —se encogió de hombros con aire tímido—. Saqué sobresaliente, de modo que se me ocurrió que podría dar clases y sacar un poco de dinero. Mi madre no tiene mucho.

Estaba tan furiosa que no supe qué hacer.

—Entonces, básicamente, me has estado mintiendo —declaré.

—No —repuso él, y frunció el ceño—. No te menté. Lo que pasa es que no te corregí cuando hace poco caí en la cuenta de lo que creías.

—Ah, «hace poco caí en la cuenta» —imité con voz en plan pijo—. Que te folle un pez, Will Browning —le espeté a gritos. Se echó hacia atrás como si le hubiera dado una bofetada—. Bueno, ¿qué *esperabas*? —proseguí—. ¡He estado yendo por ahí con un chico de dieciséis años! ¡Tengo casi dieciocho! ¿Y qué clase de cerebritito eres tú, que te sacas una asignatura de la reválida dos años antes? Y encima, apuesto que todo este puto tiempo te has estado tronchando por lo corta que soy.

—No hace falta decir palabrotas —replicó, todo maduro y tranquilo y exasperante.

—Venga ya, vete a la mierda —me pasé las manos por la cara—. De pronto, todo cobra sentido —añadí—. Nunca he estado en tu colegio mayor, ¡porque no estás en un colegio mayor! Pensé que vivías en Brighton porque ibas aquí a la universidad, pero vives con tu maldita madre, ¡¡a que sí?! —esperé a que lo negara. Pero se limitó a asentir.

—Y supongo que eres *virgen*, ¿no? —escupí.

—Lo sea o no lo sea, habría querido esperar de todas formas —respondió. Dio la impresión de que iba a romper a llorar. «Menudo niñato», pensé, indignada—. Te respeto demasiado como para meterte prisa —hizo una pausa y rascó un pedazo de pintura descascarillada en la verja de hierro del parque—. Me gustas mucho —añadió con voz suave.

—Mala suerte —repliqué a gritos. Dio un respingo, y me alegré—. Se ha acabado, ¿te enteras? —los ojos se me cuajaron de lágrimas de humillación y de furia—. Se acabaron las clases, se acabó... lo nuestro —nos señalé a los dos—. Punto final. No quiero volver a verte, jamás —me eché a llorar como es debido—. ¿Cómo pudiste *mentirme*? —me sequé los ojos con gesto impaciente—. Todos sois iguales, joder.

Will trató de rodearme con los brazos, pero me lo sacudí de encima.

—No todos somos iguales —aseguró—. Te lo prometo.

—Sí, claro, me lo prometes. ¿Dónde habré oído eso antes? —repliqué.

—Don, nunca he prometido nada que no fuera verdad —alegó con voz temblorosa—. Por favor, no me hagas esto. Nunca pensé que te lo ibas a tomar de esta manera.

—En ese caso, fuiste un imbécil —sollocé.

—¡Sí, es verdad! —repuso él. Intentó sujetarme la mano—. Por favor, por favor, no hagas esto. Podemos arreglarlo, ¿verdad?

—No, Will, no podemos —de pronto exhausta, me giré para marcharme—. Adiós.

Will vaciló.

—Por favor, ¿no podemos...?

—No —miré hacia atrás una vez más y, con voz más firme, volví a decir—: Adiós, Will.

17

Una explosión de carcajadas acompañada de golpes en la mesa no era precisamente lo que me esperaba cuando al día siguiente, en el recreo de la mañana, les conté a mis amigos lo que Will había hecho.

—En serio, ¿os parece gracioso? —espeté con los brazos cruzados. Había pasado una noche de mierda y por la mañana Barbie se había puesto en plan «alegra esa cara, todo tiene solución», con lo que me entraron ganas de pegarle una bofetada; y encima, a mi padre se le veía superalegre y enamorado de ella, con lo que me entraron ganas de pegarle a Barbie otra bofetada. Y ahora que me había sincerado con mis amigos, se partían de risa. Bingo. La mejor mañana de mi vida.

—Venga ya, peque —dijo Ash—. ¡Tiene gracia! De todas formas, ¿por qué te iba a importar? Si te gusta, te gusta y punto. Aunque... oye... ¡un cerebritito! No me imagino haciendo la reválida dos meses antes de tiempo, ¡y mucho menos dos años antes!

—Es verdad, no pasa nada —intervino Ollie mientras me rodeaba con su brazo y me apretaba—. Podrá ser un empollón, pero *también* es un farsante de primera. Y a todo el mundo le encantan los farsantes, ¿verdad?

—No seas capullo, Ols —repliqué, frunciendo el ceño—. A nadie le gustan los farsantes, y menos a la persona que, supuestamente, era su novia de menos edad.

—Vale, es más joven que tú. ¿Y qué? —se rio por lo bajo otra vez—. Nunca me lo habría imaginado. Will, solo dieciséis años —negó con la cabeza—. Es una caja de sorpresas, ¿eh?

—Nadie dice «caja de sorpresas» —refunfuñé.

Jack mostró una pizca más de sensibilidad.

—Pero os iba genial juntos. Y es evidente que le gustas. No entiendo por qué te lo has tomado tan a la tremenda.

Me llevé un dedo a los labios como si estuviera reflexionando en profundidad sobre semejante enigma.

—*Aaah*, ¿será porque me mintió descaradamente? —miré a Jack con una expresión en plan «¿me tomas por idiota?», lo que no se merecía, en realidad; pero unos minutos antes se había carcajeado como el que más.

—Don, estás reaccionando como una cateta, sin ánimo de ofender —dijo Rich alargando las palabras con acento provinciano, lo que no tenía el más mínimo sentido—. La edad no es más que

un número.

—Pareces mi padre —repliqué, y lancé un puñetazo al aire en plan sarcástico—. ¡Eso es!
Cass enganchó su brazo al mío.

—En realidad, peque, creo que tienes razón —dijo—. Es un poco... repulsivo.

—Exacto —respondí—. Gracias.

Sarah asintió para indicar que estaba de acuerdo.

—Parece un poco, no sé... abuso a menores. A ver, ya sé que solo va un curso por detrás de nosotros, pero hay una gran diferencia entre los dieciséis y los dieciocho, sobre todo cuando el chico es el de dieciséis y la chica, la de dieciocho.

—Pero no actúa como un chico de dieciséis normal —argumentó Rich con expresión desconcertada—. Es supermaduro. En serio, no veo dónde está el problema. Solo porque naciera en una fecha concreta... ¿por qué se le va a tener en contra?

Me crucé de brazos.

—Vale, en ese caso, si yo estuviera saliendo con un tío de cincuenta años también dirías «sí, es un viejo, pero solo por casualidad».

Rich me clavó la mirada.

—No es lo mismo.

—Lo que tú digas —recogí la mochila—. Si os digo la verdad, me aburre seguir hablando del tema. Me ha hecho mucho daño, ¿vale? No soy capaz de dirigirle la palabra... Nos vemos para almorzar —y me marché a la clase siguiente sintiéndome aún peor que antes. Aparte de todo lo demás, estaba enfadada conmigo misma por haber bajado la guardia. Sabía que era peligroso sincerarme con Will, pero lo había hecho de todas formas. Menuda pringada.

La mañana siguiente estaba desayunando cereales Weetabix y sintiéndome de bajón cuando mi padre llegó del piso de arriba, vestido y preparado para irse a trabajar. Barbie no estaba, a Dios gracias.

—¿Todo bien, habichuela? —me preguntó al tiempo que me daba un apretón en el hombro al entrar en la cocina.

—Psss —solté con fuerza la cuchara en el bol, provocando un ruido. No tenía hambre y además, alguien (hola, Barbie) no había cerrado bien la bolsa de los Weetabix y se habían quedado rancios.

—¿Hoy viene Will? —preguntó mi padre elevando la voz.

—No —¿por qué le interesaba tanto, de repente?

Asomé la cabeza por la puerta.

—¿Y eso? ¿No venía los martes?

—No —volví a decir.

—Ah, entonces, habéis quedado mañana.

Di un golpe con la mano sobre la mesa.

—¡NO! De todas formas, voy a ese club de teatro, ¿verdad?

Mi padre chasqueó los dedos.

—Claro. Entonces, os veis allí, ¿no?

Gruñí para mis adentros. Se me había olvidado por completo.

—Supongo —me levanté de la silla a duras penas y llevé el bol a la cocina—. De todas

formas, ¿a cuento de qué viene esa repentina fascinación por saber de Will?

Mi padre me miró como diciendo «¿y esa cursilería?».

—¿Fascinación...? No viene a cuento de nada. Es solo que parece un chico agradable, nada más.

—Sí, vale —me puse a fregar los platos, abriendo el grifo al máximo y frotando con furor—. Vamos a dejar las clases... Considera que me ha enseñado todo lo que puede —mentí.

—Ya —mi padre se mostró sorprendido—. Creía que empezabais a veros más a menudo... —hizo una pausa, dejando la cuchara inmóvil en el aire, sobre su bol. Luego, añadió—: Me he debido de equivocar.

Qué encanto mi padre, cuánto respetaba mi intimidad; aunque en ese preciso momento me provocara ganas de llorar. Me dio un enorme abrazo antes de marcharse al trabajo, lo que no era habitual. Tuve que apartarme de él a toda prisa pues, de lo contrario, no le habría soltado. El olor de su jersey, la lana áspera, me reconfortaban. Cuando era pequeña y me hacía daño en la rodilla o lo que fuera, mi padre lo solucionaba con un abrazo. Deseaba hasta tal punto que ahora ocurriera lo mismo que notaba un dolor físico. De pronto, reapareció en la cocina y parpadeé con rapidez para librarme de la humedad que me asaltaba los ojos.

—Correo —anunció mientras dejaba sobre la mesa un montón más abultado de lo normal—. Tiene buena pinta —me alborotó el pelo—. Hasta luego, habichuela —y se volvió a marchar. ¿Buena pinta? Volví a la realidad y tomé el sobre en lo alto. Llevaba el sello de la Escuela Central de Declamación y Teatro. Lo abrí de un tirón. Me convocaban para una audición el trece de abril. A toda velocidad, abrí de un tirón las dos cartas siguientes. La Escuela Guildhall de Música y Teatro me ofrecía una audición el doce de abril y LAMDA me invitaba el día diecinueve. Las noticias eran atterradoramente emocionantes. ¿Por qué no pegaba botes de alegría?

Pensé que el instituto me ayudaría a dejar de pensar en mis problemas, pero me equivoqué. Mis amigos se pasaron el maldito día hablando de Will. En serio, parecía una obsesión. Y en Lengua y Literatura, la sola mención de *Romeo y Julieta* me revolvía el estómago por lo que, dado que estuvimos la clase entera hablando de la obra, me pasé la clase entera oscilando entre la tristeza y las náuseas. ¡Superdivertido, sí! Entonces, como una guinda para rematar la tarta, Rich nos habló de unas reuniones al estilo de Alcohólicos Anónimos a las que había empezado a asistir. Estábamos en la cantina, a la hora del almuerzo, cuando lo anunció. Me figuro que, para él, la noticia era muy importante.

—¡Es maravilloso! —exclamó Cass—. Un paso adelante realmente saludable —le dio un abrazo rápido—. Así se hace.

Palmadas en la espalda por parte de todos. A continuación, Sarah va y dice:

—¿Cómo te enteraste de las reuniones?

Y entonces —no te lo pierdas— Rich contesta:

—Will me dio la idea. De hecho, las organiza su madre.

¿Will estaba en contacto con mis amigos? ¿Rich se veía con la *madre* de Will? Ese no era el trato, para nada. Y no es que tuviéramos un trato, ya se entiende. Me quedé callada. Me apetecía hablar, pero no era tan cerda: no estaba dispuesta a poner en peligro la rehabilitación de Rich, o como se llame, solo porque prefiriera que no tuviese contacto con mi ex. Aun así, estaba indignada.

Quería apartar a Will y sus mentiras de mi vida, pero no solo iba a tener que verlo en las sesiones del club de teatro sino que, por lo visto, también se había hecho colega de uno de mis mejores amigos. ¡Bingo!

Club de teatro. No pensaba dejar de ir. Sobre todo porque actuar era mi vida y sería una estupidez dejar pasar la oportunidad de interpretar a Julieta, pero también porque nunca dejo a la gente plantada. Si me comprometo a hacer algo, lo hago. Pero maldita yo y mi integridad, porque no me apetecía para nada ver a Will. ¿Y quién fue la primera persona que vi al entrar en la sala? Nos fijamos el uno en el otro al mismo tiempo y, a toda velocidad, clavé la vista en la pared. Mirarle me dolía demasiado. Pero se acercó directo a mí. Hmm, cualquiera pensaría que era demasiado joven y aún no conocía las reglas. Curioso.

—Donna —dijo con voz suplicante—. ¿Podemos...?

Pero le interrumpí con un:

—Vete, Will —y empecé a alejarme mientras, con la cabeza vuelta, siseaba—: Déjame en paz... y a mis amigos también, ¿vale?

Will fue a decir algo, pero levanté una mano en plan «para ya», y paró.

Mientras ensayábamos, noté que me taladraba con los ojos, lo que me cabreaba un montón porque, para empezar, me resultaba más difícil seguir metida en el personaje; pero Dan —el chico que hacía de Romeo— era muy bueno y, pasados unos minutos, conseguí olvidarme de todo el ruido de fondo y perderme dentro de la obra. Fue como una medicina que acabó con el dolor de lo que Will había hecho.

En cuanto terminó el ensayo, me largué. Ellie me llamó mientras me marchaba, diciendo que todo el mundo iba al pub; pero fingí que no la oía. Mientras caminaba hacia casa, la adrenalina de la hora anterior fue desapareciendo y la tristeza ocupó su lugar. Los momentos divertidos que había pasado con Will me venían sin parar a la cabeza como empalagosos montajes de la televisión. Adelante la cámara lenta, el blanco y negro y la música de fondo melancólica. No quería pensar en él, en absoluto; pero era como si mi cerebro se aferrara a él, me forzara a revivir las últimas semanas en un bucle inacabable. «Pero, ja, ja, cerebro, el tiro te ha salido por la culata, porque ese bucle incluye todas las mentiras, todo el engaño», reflexioné mientras recorría penosamente las aceras en dirección a mi casa. Todo había sido una mentira.

18

—No estoy de humor —gruñí.

Ashley, que me tenía agarrada por el brazo con la fuerza de unas tenazas mecánicas, no me soltó.

—Mala suerte.

—¿Pero qué sentido tiene sacarme por ahí para animarme cuando no me voy a animar? —arrastré los pies y las rodillas se me doblaron de esa manera extraña.

Ashley no cedió en ningún momento.

—La resistencia es inútil y, en cualquier caso, todos van a estar allí. Lo pasarás bien en cuanto te pongas en marcha.

—Lo que tú digas —de los pies a la cabeza, mi cuerpo gritaba que no le apetecía un carajo. La

flojera más absoluta me clavaba al asiento y me hacía encorvar los hombros. Debería estar agradecida porque Ash hubiera organizado una salida aquella noche, pero no lo estaba. No me apetecía un huevo estar agradecida. Solo quería acurrucarme en el sofá bajo el edredón, comer patatas fritas y pasar el rato zapeando; en cambio, me arrastraban al pub para pasarlo genial, *genial*, GENIAL. ¡Yupi!

Cuando llegamos vi dos mesas juntas y, sentados alrededor, Cass, Sarah, Jack, Rich y Ollie. Enseguida comenzaron a llamarnos por señas en plan «¡EEEHH! ¡Lo vamos a pasar EN GRANDE!». Me entró la urgente necesidad de darme la vuelta y largarme. Pero no lo hice. La buena de Donna.

—*¡Donnaaaaaa!* —canturreó Rich. Dio unas palmadas en la silla de al lado—. Siéntate, cariño. Deja que Richie te ayude a ponerte como una auténtica cuba.

Vaya. Dicho así... Acepté el licor de hierbas con Red Bull que me ofreció y me lo bebí de un trago.

—Buen trabajo, señorita —aprobó Ash—. ¿Lo mismo otra vez?

Me encogí de hombros.

—Me da igual.

Mirando a los demás, soltó aire ruidosamente y abrió los ojos de par en par como diciendo «ya lo sé, es una borde, pero seamos benévolo», y se dirigió a la barra.

—Estamos tratando de que Sarah tome unos chupitos —explicó Ollie mientras le pasaba el brazo por los hombros—. Pero no pica el anzuelo, ¿verdad, princesa? —le dio unas palmaditas en la mejilla y ella fingió que le molestaba.

—No me gusta emborracharme —declaró—. ¿Os acordáis de la que me pillé con el Calvados?

Sí, claro. Me acordaba. Sarah había echado la pota por todo el cuarto de baño de mi casa y luego perdió el conocimiento en la cama de Jess.

Ollie agitó una mano en el aire.

—Bah, eso pasó hace meses —levantó un chupito y lo colocó junto a los labios de Sarah—. *Vaaaaamos*, tú sabes que te apetece —Sarah soltó un chillido y cerró la boca con tanta fuerza que el líquido se le derramó por la barbilla. Ollie lo limpió con el pulgar—. No se te puede llevar a ningún sitio —amonestó. Sarah soltó una risita. Yo pasaba totalmente de reaccionar ante un tonto tan descarado, y luego Ashley regresó con la bebida de modo que todo el mundo (excepto Sarah) se concentró en beber. Cuatro libras esterlinas por copa y desaparecieron en dos segundos. Al menos, no pagaba yo. Ashley acababa de terminarse la suya cuando alguien le tapó los ojos con unos dedos largos y finos.

—¿Quién soy? —preguntó Dylan. Ashley esbozó una sonrisa de alegría, le apartó la mano y giró la cabeza para que Dylan la besara.

—Hola, chico sexy —ronroneó—. ¿Qué te traigo?

(¿Desde cuándo se había convertido Ashley en una de esas chicas que ronronean o, ya que estamos, que llaman «sexy» a un chico? Pregunta retórica. La respuesta se encontraba justo detrás de ella, y le metía la mano por el cuello del jersey.)

—Tranquila, ya voy yo —Dylan nos saludó con un gesto de la mano y preguntó—: ¿Qué estáis tomando?

—No, voy yo —insistió Ashley. Se levantó y señaló su asiento vacío—. Siéntate, peque. La

ronda es mía —él obedeció y Ash se encaminó hacia la barra.

Dylan se giró hacia mí y me dedicó una sonrisa comprensiva.

—¿Cómo vas? Ash me contó lo que ha pasado.

—Ay, Dios, estoy perfectamente —respondí mientras quitaba importancia al asunto con un gesto de la mano—. No es para tanto.

Dylan sonrió y sacudió la cabeza de un lado a otro con aire condescendiente.

—¿Lo ves? ¡Sabía que Ashley se había puesto en plan peliculera cuando me lo contó! A ver, solo tiene un año menos que tú, ¿no? —se echó hacia atrás y se pasó la mano por el pelo—. No es un crimen imperdonable ni nada por el estilo, ¿verdad? —me limité a esbozar una débil sonrisa porque, francamente, pasaba de dar explicaciones. En cambio, me giré hacia Cass y le pregunté qué tal llevaba lo de haber roto con Adam.

—Ah. Muy bien —empezó a doblar en triángulos un folleto que anunciaba música en directo. No daba la impresión de que lo llevara tan bien.

—¿En serio? —pregunté—. Sabes que, aunque lo llevaras mal, no pasa nada, ¿verdad?

Encogió un solo hombro.

—Ya lo sé... es solo que, en fin... —volvió a alisar el papel, pasando la mano por encima varias veces—. Bueno, formé parte de una pareja durante mucho tiempo. Sé que él era un capullo, pero...

—¿Estás tardando un poco en acostumbrarte? —sugerí.

Cass hizo un gesto de afirmación.

—Sí... no es que quiera volver con él, para nada... —negó con la cabeza—. De todas formas, no debería estar hablando contigo del asunto. No me parece justo.

—No, por favor, sigue —insistí—. Me resulta, no sé, reconfortante escuchar los problemas de otra persona. Sin ánimo de ofender.

Cass soltó una risita.

—No me ofendo —arrugó la nariz con gesto de disculpa—. Verás, ¿te importa si no hablamos del tema? Estoy tratando de no darle vueltas.

—Sí, claro —respondí. Me giré más hacia ella para que Sarah no pudiera darse cuenta de lo que iba a decir, aunque habría sido improbable en cualquiera de los casos, ya que mi amiga tenía los ojos pegados a la cara de Ollie—. Son increíbles, ¿verdad? —comenté sin apenas abrir la boca.

—Ni que lo digas... —murmuró Cass en respuesta, y se interrumpió con brusquedad cuando Sarah miró en nuestra dirección, soltando risitas y con la cara sonrosada.

—Díselo, peque —le pidió Sarah a su mejor amiga—. Soy alucinante jugando al cuatro en raya, ¿a que sí?

Cass hizo un gesto de afirmación.

—Ajá.

Guau. Fascinante. ¿Qué otras revelaciones podrían salir a la luz? ¿Gran exclusiva: «Ollie es un manta al Monopoly»? No es por hacer la gracia, pero mejor habría sido que se hubieran desnudado de una dichosa vez y nos hubieran librado a los demás del suplicio.

Arrastré mi silla hacia atrás y me puse de pie.

—Voy al váter —no esperé a que nadie reaccionara y, sin más, me dirigí a grandes pasos al baño de «Señoras» y, agradecida, cerré la puerta con pestillo. Apeataba a pis, pero estar a solas

suponía un alivio. Incluso me reí por lo bajo al leer la pintada en la parte interior de la puerta: «En caso de incendio, salir cagando». Me recordó a una que me hacía mucha gracia: «Cagar da gusto, oler da pena, no seas hijaputa y tira de la cadena». Ja, ja. Pero la distracción duró un segundo, pues en cuanto dejé de reírme me sentí todavía peor que antes, como si un instante de relajación bastara para recordarme que el resto del tiempo me sentía como una mierda.

De vuelta a la mesa, Ashley y Dylan soltaban risitas y se besaban y, en términos generales, me pusieron de los nervios; Jack y Cass estaban enfrascados en una conversación; y Ollie y Sarah continuaban con su danza de apareamiento. No veía a Rich por ninguna parte. Tal vez se había escapado al baño de «Caballeros». Me dejé caer en una silla, solté un profundo suspiro y esperé a que todo el mundo se diera cuenta de que la invitada de honor había regresado. Nada. Una mirada penetrante a mi reloj tampoco sirvió de mucho. Aunque estaba *entusiasmada* porque todos se lo estuvieran pasando tan bien, no era mi caso, así que decidí marcharme.

—No te vas, ¿verdad? —dijo Sarah, levantando la mirada mientras me ponía el abrigo de cualquier manera.

—Sí, mejor me voy —respondí.

—¿Pero por qué? Aún es temprano —puso expresión de súplica: labio inferior hacia fuera y frente arrugada—. Porfa, peque, quédate. *Porfaaaaaa*.

Ollie intervino:

—Sí, venga, Don —dijo con sinceridad—. Sin ti, no es lo mismo.

Sarah lanzó el pulgar en dirección a Ollie.

—Así no tendré que soportar el parloteo de aquí, el amigo —colocó una mano a un lado de la boca y, susurrando en alto, añadió—: Es-un-coñazo.

—¡EH! —Ollie se levantó de un salto y le hizo una llave de cabeza en plan judo. Sarah pegó un grito, forcejearon un rato y, de pronto, no aguanté más.

—¡AGH! —me agarré del pelo—. Hay que *joderse* con vosotros dos. ¿Por qué no os dejáis de bromas y FOLLÁIS DE UNA PUTA VEZ?

Y me quedé ahí parada, recobrando el aliento, mientras todos los demás me miraban en silencio, boquiabiertos y horrorizados. Sarah me clavó los ojos, muerta de vergüenza, y Ollie se puso como un tomate. Capté la mirada de Ashley y, moviendo los labios sin hablar, me dijo: «¿Pero qué coño te pasa?». Aunque un rastro de sonrisa le asomó al semblante. Al fin y al cabo, era lo que todos estábamos pensando. Pero me sentí fatal.

Me pasé una mano por la cara.

—Ay, Dios, lo siento mucho. Ha sido sin querer... Estoy un poco estresada,

—Claro que sí, peque —canturreó Sarah mientras me rodeaba con los brazos, encantada de dejar de ser el centro de atención—. Yo también lo siento. Te deberíamos haber hecho más caso. Después de todo, se supone que esta es tu noche —asentí mientras lloriqueaba en su hombro. Ollie me alborotó el pelo con gesto forzado y mencionó algo sobre que quería que volviera la Donna feliz. Me rayó un montón. Recordé haberle dicho lo mismo a Sarah el trimestre anterior, cuando tenía problemas con un chico. Hice una nota mental para disculparme.

—¿Qué pasa aquí? —la voz de Rich. Nadie respondió. Yo seguía con la cara oculta en el hombro de Sarah, así que no veía lo que los demás estaban haciendo. Me imaginé que se estarían moviendo los labios en silencio y haciendo gestos en plan puñal que corta la garganta. «No preguntes. A Donna se le ha ido la olla.» Sin levantar la vista, dije:

—He hecho el puto ridículo, solo eso.

Noté que me pasaba la mano por el hombro.

—No importa, peque. Un momento difícil —estuve a punto de apartar a Sarah de un empujón y abrazar a Rich en su lugar. ¡Sí! Era un momento difícil. Nada más. Seguramente, algún día volvería a ser un buen momento; pero hasta entonces me bastaba con saber que alguien me comprendía. Nada de consejos, nada de querer *hablar* del tema todo el puto tiempo... El corazón se me estremeció de cariño por el bueno de Rich. Levanté la cabeza y esboqué una débil sonrisa en dirección a los otros, quienes, pobrecillos, me miraban con preocupación.

Cass me tomó de la mano.

—Si necesitas charlar, cari, aquí estamos.

—Gracias, tía —le di un apretón en la mano y la solté antes de que me resultara violento. Rich agarró su abrigo—. Vamos, te acompaño andando a casa.

—Puedes quedarte, ya lo sabes —dijo Sarah. Lo que significaba que no tenía que largarme solo porque hubiera avergonzado hasta un punto increíble a dos de mis mejores amigos. La verdad es que Sarah estaba reaccionando de una manera sorprendente. De haber sido al contrario, lo más probable es que no le hubiera vuelto a dirigir la palabra.

—Gracias peque —sonreí con gratitud, confiando en que se diera cuenta de lo de la gratitud —, pero mejor me voy. Sed buenos.

Sin pausa alguna, Ash y yo dijimos al unísono:

—Y si sois malos, me avisáis —no hay nada como las bromas. Chocamos las palmas de las manos y Ash me agarró las yemas de los dedos unos instantes—. Tómatelo con calma, ¿vale, peque? Te llamo mañana.

—Vale —agarré el bolso y, sintiéndome un tanto incómoda porque todos me seguían mirando, dije—: ¡Tíos! En serio, tranquilos, ¿eh? —agité las manos como para aliviar el ambiente—. ¡Sentaos! ¡Bebed! ¡Disfrutad! —y les clavé la mirada con furor hasta que me obedecieron. No es por nada, pero estaba harta, *joder*.

Cuanto menos hable del fin de semana, mejor. Estudié, vi la tele, el domingo preparé un asado para mi padre y para mí y, en términos generales, procuré no pensar en Will o en cuánto lo añoraba. En realidad, a *él* no. A *él* *no* lo echaba de menos; echaba de menos a la persona que Will fingía ser. Lo cual era bien distinto. Se podría pensar que así las cosas resultarían más fáciles. Bueno, pues te aseguro que no.

Otra cosa que me podría haber alegrado: el lunes, en Lengua, me devolvieron un trabajo corregido. Saqué Notable. Solo una semana antes me habría puesto a hacer el baile del pollo loco pero, ¿en ese momento? En ese momento me sentí aún más triste. Cuando Cass me felicitó entre vítores y la señorita Ayles se mostró de lo más complacida fue como si estuviera ocurriendo al otro lado de un panel de cristal. Lo veía y lo escuchaba, pero estaba desconectada. Supongo que debería haberme alegrado de que, al menos, Will fuera un buen profesor tal como había dicho él, aunque todo lo demás fuera mentira. Me pregunté qué estaría haciendo en ese instante. Seguramente, estaría sentado en un aula como la mía, solo que trabajando contenidos de primero de bachillerato. A pesar de todo, aún me costaba compararle con los alumnos de primero de mi instituto. A ver, no es que los odiara por principio. Eso sería de lo más cutre y, de todas formas, era amiga de muchos de ellos. Pero eran más pequeños y yo me había creído —Will me había

hecho creer— que él era mayor que yo. Solo de pensarlo me ponía como un tomate de vergüenza. Le había creído a pies juntillas. Justo ahora debía de estar riéndose con sus amigos al respecto.

—¿Podría ser, por casualidad, que estuvieras reaccionando de manera exagerada? —me preguntó Ashley más tarde, ese mismo día, camino de casa después del instituto. Se había invitado a acompañarme para que no estuviera sola. Y, hasta que me hizo la pregunta, me había sentido más o menos agradecida. Lo de estar sola empezaba a resultarme un coñazo, la verdad.

—No —repliqué con brusquedad—. Me mintió.

—Ya lo sé, peque. No me saltes a la yugular —respondió—. Pero, aunque haya sido una mentira, ¿realmente ha sido tan grave?

—Las mentiras son mentiras —repuse con brevedad.

Soltó un sufrido suspiro.

—*Sssí*, es verdad... Pero, al mismo tiempo, hay mentiras del tipo «No, no voy follando por ahí con todo el mundo y, desde luego, no he empeñado las joyas de tu madre», y hay otras mentiras como no corregirte cuando das por supuesto que esa persona es, digamos, mayor de lo que es en realidad. Por ejemplo —me miró por encima de unas gafas imaginarias.

Carraspeé y me mordí las pieles de las uñas.

—Peque, Will parece un chico encantador, y tú te empeñas en ser desgraciada. Ni siquiera es un año entero más pequeño que tú. ¿No me dijiste que cumple los diecisiete en junio?

Me encogí de hombros.

—Y tú no cumples dieciocho hasta julio. Don, ¡durante un mes tendréis la misma edad! —se mostró satisfecha consigo misma, pero yo fruncí el ceño.

—No se trata de eso.

—Vale, entonces, ¿de *qué* se trata? —dijo Ash con los dientes apretados. Pues que apretara los dientes. Era ella la que no paraba de hablar del asunto.

Le clavé una mirada.

—¿Hola? ¿Quizá se trata de que me *mintió*?

Arqueó una ceja. «¿No hemos hablado ya de eso?».

Suspiré y hundí los hombros.

—Mira, lo echo de menos... Pero no puedo perdonarlo —abrió la boca para protestar, pero la interrumpí—. No puedo y punto, ¿vale? ¿Podemos cambiar de tema?

Así que Ashley se puso a hablar de una chica de cuarto de secundaria de la que todo el mundo decía que había engordado pero luego resultó que estaba embarazada, y yo traté de escuchar. Pero al poco rato volví a pensar en Will. Quedaban menos de veinticuatro horas para la siguiente reunión del club de teatro y lo volvería a ver. Estaba deseando volver a verlo.

No, estaba deseando *no* volver a verlo. Que quede claro.

Las únicas veces en que no pensaba en nada era cuando estaba dormida o cuando representaba el papel de Julieta. En la reunión del miércoles me situé detrás, con los ojos cerrados y recitando mi papel por lo bajo mientras esperaba mi pie de entrada. No vi a Will en ningún momento hasta que estuvo en la misma escena que yo. Me desconcentré una décima de segundo. Culpa mía. Julieta no debería haberle mirado, pero yo lo hice. Y él me devolvió la mirada directamente. Sus ojos eran lo que siempre me atrapaba. Apartó la mirada primero, pero solo por una *milésima* de segundo.

Durante el descanso abordé a Ellie, con la excusa de que quería revisar unas escenas. Señaló un pasaje en el texto.

—No estoy segura de si deberíamos representar esto en plan completamente dramático o hacer un poco de parodia —comentó—. A ver, ya sé que la nodriza supone un cierto alivio cómico pero, ¿le quitará valor?

Yo había dejado de escuchar. Al otro lado de la sala, *lady* Capuleto estaba tonteando con Will. Era una chica muy guapa llamada Claire, y los dos parecían absortos en una conversación. Él dijo algo y ella se rio, echando la cabeza hacia atrás para dejarle ver su precioso cuello pálido de dama. Él también se rio, dijo algo más y le puso una mano en el brazo. Un dolor agudo me atravesó el pecho. Ah, sí, le encantaba lo de tocar el brazo. Ellie siguió mi mirada y dio la vuelta al libro de forma que se quedó abierto sobre su rodilla.

—¿Qué es lo que pasa entre tú y Will? —preguntó—. Creía que estabais juntos, pero no es así, ¿verdad?

—Ya no —respondí, incapaz de apartar los ojos de Claire y su forma de tirar los tejos a mi ex novio, si es que se puede decir que era mi ex novio, lo cual yo dudaba.

—Vaya. Lo siento —repuso ella. Pausa incómoda—. Mmm... ¿estás bien?

Meforcé en mirarla.

—Sí, ¡perfectamente! Todo va bien. A ver, es un capullo, pero sí. Todo bien.

Me miró con recelo.

—¿En serio? Nunca habría tomado a Will por un capullo —negó con la cabeza, como si semejante información fuera demasiado disparatada para asimilarla, y luego soltó una risita—. Pues le miras mucho.

Dios, menuda metomentodo.

—Sí, bueno. Todavía es un poco reciente —respondí, confiando en que pillara el mensaje oculto de «así que no metas las narices donde no te llaman» y, a juzgar por la manera en la que se sonrojó y la velocidad a la que agarró el libro, lo pilló. Pero me resultaba imposible dejar de lanzar miradas rápidas en dirección a Will. No tenía razones para estar celosa, pero lo estaba a rabiar.

Kyra, que se encontraba a poca distancia, dio unas palmadas para captar la atención de todos y Will me miró directamente. Aparté los ojos a toda velocidad, pero siempre existe esa décima de segundo en la que te das cuenta de que alguien te ha estado observando. De todas formas, me aparté el pelo de los ojos con gesto distraído e hice todo lo posible por dar la impresión de que pasaba de todo mientras Kyra hacía su anuncio.

—Antes de ponernos manos a la obra con la segunda parte —comenzó—, solo quiero recordar a todo el mundo que, al quedar poco más de una semana para la representación —permitió que los presentes diéramos muestras de pánico en plan dramático durante unos segundos y, luego, elevó la voz para acallarnos—: ESTE SÁBADO HABRÁ ENSAYO DURANTE TODO EL DÍA.

Ah, maravilloso. Un día entero contemplando cómo Will se enamoraba inevitablemente de esa tal Claire era *justo* lo que yo necesitaba.

Pero cuando el sábado llegué al ensayo, Will no estaba.

—En realidad, solo tenía tres frases —dije a nadie en particular, mientras todo el mundo alrededor dramatizaba en exceso por el hecho de que Will llegara media hora tarde al ensayo—. Puede que no le apetezca una mierda.

—¿En serio? —un tipo llamado Benedict (no es broma) me miró como si acabara de darse cuenta de que yo era una auténtica cerda. Se cruzó de brazos—. ¿Desde cuándo es Will un remolón?

Me sentí avergonzada. El chico pijo tenía razón. Una vez, Will me envió un sms diciendo que iba a llegar cinco minutos tarde a la clase (y luego no se retrasó): no precisamente lo que hace un holgazán. Me marché para prepararme y, quitándome a Will de la mente, seguí con el ensayo. Fue bueno. Si alguna vez estás dispuesta a representar el papel de Julieta, te recomiendo una buena dosis de emoción reprimida. El hecho de poner todo el rato al mal tiempo buena cara en la vida real implicaba que, al llegar las escenas emotivas, me metía a fondo, experimentando los sentimientos al máximo. Para cuando llegó el final, lloraba con sollozos entrecortados, apenas capaz de declamar mi papel.

Besé a Romeo y mis lágrimas se derramaron sobre su rostro inmóvil. Luego, le pasé la yema de un dedo por los labios.

—¡Tus labios están calientes todavía! —me giré en la dirección del ruido de alguien al llegar—. ¿Qué? ¿Un rumor? ¡Seamos breves entonces! —le arrebaté el puñal a Romeo—. Esta es tu vaina —me clavé el puñal en el corazón. Tenía los ojos cerrados, pero mis lágrimas seguían cayendo libremente—. Enmohécete aquí —sollocé con voz profunda por la congestión— y dame la muerte.

Existe lo que se llama meterse en el personaje, y también utilizar la obra como liberación de tus propios problemas. La actuación no es buena si el público no se entera de lo que estás diciendo aunque, al parecer, los demás no opinaban así. La escena no había terminado, pero cuando me desplomé sobre el polvoriento suelo de la sala parroquial, oí aplausos. Abrí un ojo, un poco aturdida y sin haber salido del todo del personaje. Todo el mundo me miraba, ¡y me aplaudía! Sonreí con timidez.

—Eh... gracias.

—Una interpretación increíble —dijo Kyra con los ojos húmedos—. Bien hecho —otras cuantas personas le dieron la razón. Kyra sonrió con amabilidad—. Creo que es la primera vez que alguien recibe un aplauso espontáneo —la miré, parpadeando. La verdad sea dicha, quería volver a estar muerta. Podría haber dormido durante años—. De todas formas... —miró a la gente que representaba a los personajes que encontraban los cadáveres de Romeo y Julieta—. Retomaremos desde «este es el sitio...».

Después, recogí la mochila para darme un respiro afuera. Necesitaba aire. Mientras atravesaba la sala rebusqué el móvil, más para evitar que alguien me hablase que porque realmente quisiera consultarlo. Encendí la pantalla: diez llamadas perdidas de Rich. El corazón se me aceleró, no sé por qué, en realidad.

Un ruido junto a la puerta me hizo levantar la vista, aunque creo que ya sabía de quién se trataba. Rich miró alrededor, me vio y se acercó corriendo.

—Joder, Donna, ¿es que no miras el móvil? —se sujetó a mi brazo mientras recuperaba el aliento—. Han arrestado a Will.

—¿Qué? —la sangre me martilleó en los oídos.

—Yo estaba en una reunión de Alcohólicos Anónimos con su madre cuando la llamaron para decirle que lo habían arrestado —me clavó la vista como si esperase que saltara a la acción. Me quedé mirándole; las manos y los pies se me entumecieron del susto.

—¿Así que es un delincuente, aparte de todo lo demás? —tragué saliva. Antes de que Rich me dijera que estaba convencido de que se trataba de una confusión, ya sabía yo que Will no era un delincuente. Sin embargo, sí era un mentiroso.

Rich empezó a dirigirse a la puerta a grandes pasos.

—Venga, nos vamos. Sé en qué comisaría está.

Endureciendo el corazón, negué con la cabeza.

—Me voy a casa.

—¿Qué? —se quedó estupefacto.

—Ya no hay nada entre Will y yo. No quiero implicarme —sentí que mi cuerpo se bamboleaba un poco, así que planté los pies firmemente en el suelo y me pegué la mochila al pecho.

—Si esa es tu decisión —dijo Rich en voz baja. Me daba cuenta de que le había decepcionado. Allá él. Yo no le debía nada a Will. Me encogí de hombros y asentí con un gesto. Se dio la vuelta y salió corriendo por la puerta. Le observé unos instantes; luego, me repuse y me marché a casa. Mientras, como una autómatas, cenaba, veía la televisión, me ponía el pijama y me iba a la cama temprano, Rich me llamó sin parar. No le hice caso. Y luego me dormí.

20

Al despertarme, vi más llamadas perdidas de Rich, y también varias de Ashley. *Joder*. Me dejé caer sobre la almohada, clavé la vista en el techo, me quité las legañas de los ojos y reflexioné. A la mierda. La llamé.

—Peque, ¿dónde te habías metido? —tosió, atontada por el sueño. Seguramente la había despertado—. Rich ha estado como loco tratando de localizarte. Escucha —oí que su cama crujía mientras Ashley cambiaba de posición—. Will está detenido, pero su madre sospecha que está cargando con una culpa que no le corresponde.

De pronto recordé lo que Will me había contado de que su madre guardaba en casa cosas de ese novio que tenía. Equipos de radio para coches de procedencia dudosa y demás. Mientras las piezas encajaban, un lento gusano de vergüenza me fue reptando por la columna vertebral. Will no había hecho nada malo. Claro que no. Solo trataba de salvar a su madre.

—Donna, ¿estás ahí? —la voz de Ashley me devolvió al momento presente.

—Sí —me aparté el teléfono del oído para mirar la hora. Acababan de dar las nueve—. Vale, ahora llamo a Rich —dije.

Rich estaba en casa de la madre de Will. Tuvo que darme la dirección y sentí una punzada de dolor porque él la hubiera conocido y hubiera visto la casa cuando yo no había podido. Me vestí a toda prisa y fui a reunirme con él. Era un pequeño chalé pareado en una calle de viviendas de protección oficial, acordonado con cinta por la policía. Pero ya debían de haber registrado la casa, porque Rich me abrió la puerta y me llevó al cuarto de estar. La madre de Will se parecía mucho a él. Vestía vaqueros y una sudadera con capucha. Llevaba el pelo rizado recogido en una coleta y tenía los ojos hinchados de llorar.

—Hola Donna, encantada de conocerte —susurró, sin llegar a mirarme a los ojos. Trató de

sonreír, pero tampoco lo consiguió—. Will me ha hablado mucho de ti —¿por qué el comentario me hizo sentir culpable? Rich me hizo señas para que me sentara junto a ella y en cuanto lo hice, la mujer me agarró de la mano—. No sabía que iba a decir que las cosas eran tuyas —explicó con una nota de desesperación—. Cuando dije que era culpa mía, la policía creyó que intentaba protegerle —rompió de nuevo a llorar—. Dicen que se va a pasar *años* en la cárcel por traficar con objetos robados. Arruinará su vida —me clavó la mirada, con los ojos muy abiertos por el miedo; pero yo no estaba dispuesta a consentirlo.

—Dígame, ¿dónde está su novio? —exigí.

Se mostró aturdida.

—Yo... creo que sé dónde está.

Tiré de mi mano para soltarla.

—Tiene que decírselo a la policía.

Rich interrumpió.

—Donna... —me miró como si yo debiera dar un respiro a la mujer.

Ella se retorció las manos.

—Pero es que tengo miedo de él —suplicó.

—¿Tanto miedo como para que no le importe arruinar la vida de su hijo? —pregunté con tono amable.

—Es que me matará —se dobló hacia delante, atacada por el llanto.

El estómago se me revolvió. Aquello era mucho más de lo que yo podía manejar. Si no hubiera estado en juego el futuro de Will habría salido corriendo, eso seguro.

—Señora Browning —dije.

—Jo.

—Jo —le sujeté ambas manos y traté de obligarla a que me mirara—. Si arrestan a tu novio, lo encerrarán en prisión. No podrá hacerte nada. Y, de todas formas, la policía tiene experiencia en esta clase de asuntos. Te protegerá —no tenía ni idea de si era verdad, pero estaba dispuesta a intentar cualquier cosa. Pensé que se iba a burlar y a decirme que veía demasiada televisión, pero no fue así.

Tomó aire con dificultad y asintió con la cabeza una única vez.

—Tienes razón. Se lo contaré.

Ya había experimentado antes esta clase de racismo benevolente por el que una persona blanca da por supuesto que por el hecho de ser mulata, tengo que saber cómo se busca uno la vida en los bajos fondos. Nunca me había molestado especialmente, y en ese momento me sentí agradecida, si de eso se trataba. Rich tomó una tarjeta de visita de la mesa de centro y se la tendió. Ella la sujetó en silencio y marcó un número en su teléfono.

—Soy Jo Browning, la madre de Will Browning —anunció—. Will no ha tenido nada que ver con el asunto. El material es de mi novio, Eddie Butler —por la expresión de su cara imaginé que el agente de policía al otro extremo de la línea había reconocido el nombre. Jo le dio una dirección. Pausa—. Sí, estoy casi segura de que está allí... Ayer estaba, en todo caso —otra pausa—. Lo sé. Lo siento —se le quebró la voz—. Tenía miedo —una pausa más larga. Rich y yo intercambiamos miradas. ¿En qué nos habíamos metido?

—Gracias —se le notaba aliviada cuando soltó el teléfono en el sofá y nos miró a Rich y a mí—. Ya le conocen, por otros asuntos, me figuro. Van a ir a buscarlo ahora y enviarán a un agente

aquí, para acompañarme.

—Genial —dijo Rich.

—Sí. Bien hecho —dije yo, un tanto violenta. Ahora que el problema se estaba solucionando me sentía muy incómoda. Básicamente, había intimidado a una desconocida para que hiciera algo con lo que podría poner su vida en peligro. Pero si sacaba a Will del apuro... Al fin y al cabo, era la única razón por la que estábamos allí.

Ninguno de nosotros dijo nada más y en la sala de estar se hizo el silencio. Rich, como era su costumbre, desconectó y se puso a hojear una revista. La madre de Will, al borde del sofá, se mordía las uñas. Yo me quedé sentada, sin más. No podía soportar la situación.

—Vale —me di una palmada en las rodillas—. ¿Qué tal si preparo un té? —la voz me sonaba alegre hasta un punto absurdo, como si Jo fuera una niña en vez de una alcohólica en fase de recuperación con un novio peligroso y un hijo detenido por la policía.

—No me apetece, gracias —respondió. Tenía la voz ronca de tanto llorar—. Pero adelante... la cocina está por ahí —señaló la pared del fondo del cuarto de estar.

—¿Rich? —traté de captar su mirada, pero no mordió el anzuelo.

—Ya veo que eres todo un fan de la revista *OK!* —dije con los dientes apretados.

—¿Eh? —por fin dejó la revista y me miró, con la boca abierta. Muy atractivo, sí señor.

—He preguntado que si quieres un té —o, dicho de otra manera, «ni se te ocurra dejarme charlando de cosas intrascendentes con esta pobre idiota que odia a la chica que dejó plantado a su hijo, ya sabes, el hijo que está en la cárcel por un delito que no ha cometido». Aunque no estaba segura de que lo hubiera pillado, ya que su respuesta fue arrugar la nariz, negar con la cabeza y volver a enfrascarse en la puta supermansión campestre de Katie Price o lo que fuera.

—Vale, entonces haré solo para mí —declaré. Luego, por si acaso, añadí—: Jo, ¿estás segura de que no quieres uno? Un té caliente con azúcar te podría venir bien, ¿no? —otra cosa que yo había visto en la tele. Merecía la pena probar.

Ella asintió.

—Puede que tengas razón. Gracias.

—Genial —¿¿genial?! Joder.

Dejé que los dos siguieran sentados en el templo maldito bajo un silencio para cortarse las venas. Iba a ser la taza de té preparada con más lentitud de la historia. Añadiría el azúcar grano a grano, serviría la leche con cuentagotas. Lo que fuera con tal de mantenerme alejada durante el mayor tiempo humanamente posible. En la cocina, abrí el armario sobre el hervidor de agua, pero estaba lleno de platos y cuencos. ¿A quién se le ocurre no tener las bolsas de té en el armario de encima del hervidor de agua? Miré alrededor. Había un *collage* de fotos de Will pegado a la nevera. Me acerqué con aire despreocupado, como si incluso el oxígeno que me rodeaba necesitara convencerse de que no me importaba en absoluto ver las fotos o no verlas. De todas formas, necesitaba leche. Las miré mientras abría la puerta. De niño era una monada. Seguía siendo una monada ahora. Y eso que me daba igual.

Por fin encontré las bolsas de té en una lata, detrás del hervidor. También encontré un paquete de bastoncitos de chocolate en la nevera. Podía hacerlo. Podía preparar un té como quien no quiere la cosa mientras en el cuarto de al lado una mujer a la que no había visto en mi vida esperaba a que arrestaran a su novio para que a mi ex lo-que-fuera —su hijo— no lo mandaran a prisión durante un montón de años. Cuando pensaba en Will en la cárcel me temblaban las piernas.

Continuamente tenía que apartar de mi cabeza la imagen de él sentado en un banco metálico atornillado al suelo de una celda en el horripilante sótano de una comisaría. De pronto, un sollozo me asaltó la garganta. Me apreté la boca con el puño, pero no conseguí detenerlo. Lloré con fuerza durante un par de minutos, cediendo al llanto, con los hombros resentidos por el esfuerzo de no hacer ruido, y luego paré. Me eché agua fría del grifo en la cara y luego me apoyé en la puerta de la nevera para estabilizar mi respiración. Los bordes afilados de la capa de plástico que recubría el *collage* se me clavaron en la espalda.

De vuelta en el cuarto de estar, la madre de Will y yo nos bebimos el té a sorbos —unos sorbos ensordecedores— y Rich encendió la televisión. Nos tiramos así cuatro horas, no estoy de broma. Un par de horas después, Jo se había espabilado lo suficiente como para preparar unos sándwiches para almorzar; aparte de eso, todo lo que hicimos fue quedarnos sentados con los ojos pegados a la pantalla. No intercambiamos más de treinta o cuarenta palabras en todo ese tiempo. Estábamos perdidos en nuestros propios mundos de preocupación.

Acababa de encender el hervidor de agua para lo que debía de ser la cuarta taza de té cuando sonó el timbre. Me quedé inmóvil. ¿Y si era el novio peligroso? Salí de la cocina justo cuando Rich abandonaba el cuarto de estar. Nos miramos el uno al otro en mudo terror.

—¿Quién es? —preguntó Rich elevando la voz en dirección a la puerta. Una voz de mujer respondió:

—Policía.

Rich se puso de puntillas y miró por el cristal esmerilado en la parte superior de la puerta; luego, se giró hacia mí y, moviendo los labios sin hablar, dijo: «gorra de policía». Hice un gesto de afirmación y Rich abrió la puerta.

—Ah, hola —dijo. Se notaba que la reconocía de antes—. Casi habíamos perdido las esperanzas —me impresionó bastante que pudiera mostrarse tan cabreado ante una agente de policía aunque, para ser justos, tenía razón.

—Hola, otra vez —la agente esbozó una fugaz sonrisa y entró directa al cuarto de estar.

—Esta es Donna, mi amiga... y también de Will —dijo Rich a espaldas de la recién llegada, pero ella ya estaba hablando con la madre de Will.

—Buenas noticias, señora Browning —se sentó a su lado, muy erguida y al borde del sofá—. Han arrestado a su novio.

Jo frunció el semblante, dio la impresión de que iba a darle algo, pero luego recobró la normalidad.

—Me alegra que lo hayan atrapado —respondió, tratando de convencerse. Si lo dices en alto, lo conviertes en verdad—. ¿Cuándo puedo recoger a mi hijo? —ahí sí estaba siendo sincera.

La agente habló con voz suave, como si la madre de Will pudiese explotar de un momento a otro.

—Señora Browning, todavía tenemos que interrogar al señor Butler...

—¿No seguirán pensando que Will es culpable? —interrumpió Jo, con expresión de pánico.

—Hay unos trámites —repuso la agente con tono tranquilizador. Se levantó—. De todas formas, con Eddie Butler arrestado, seguramente usted podrá dormir bien esta noche.

—¿Pero qué pasa con sus amigos? ¿Y si les ha pedido que vengan a por mí? —dio la impresión de que iba a vomitar.

La agente esbozó una media sonrisa.

—Le hemos requisado el teléfono y está encerrado en una celda. Es imposible —frotó la espalda de Jo, un gesto extrañamente íntimo—. Estará a salvo. Y, de todas formas, Will debería volver a casa pronto.

—¿Debería volver a casa? —solté yo sin poder contenerme, pero nadie me hizo caso.

Una vez que la agente se hubo marchado, Rich y yo ayudamos a la madre de Will a cerrar todas las ventanas y la puerta trasera.

—No sé cómo daros las gracias —dijo Jo por enésima vez—. Will es muy afortunado por tener amigos como vosotros —me miró a los ojos por primera vez. Fue como un puñetazo en plena cara, porque ¿quién tenía esos mismos ojos?

—Siento que no saliera bien lo vuestro —me dijo—. Yo pensaba que le gustabas mucho —especulé qué le habría contado a su madre, pero ni se me ocurrió preguntar.

—Sí, bueno —respondí como una idiota. Luego, me vino una idea a la cabeza—. De hecho, es preferible que no le digas que he tenido que ver con... con todo esto.

Se mostró sorprendida.

—Ah... ¿en serio? No sé qué daño...

—Será mejor que no —interrumpí. El chico ya había tenido que soportar bastante y, de todas formas, no quería darle falsas esperanzas. Todo había acabado entre nosotros. Una mentira seguía siendo una mentira. Mentiras, en plural.

Así que Jo prometió no decir nada. Rich anunció que iba a quedarse con ella un rato más, pero mi trabajo allí había concluido. Más agotada de lo que había estado en mi vida, y también más triste y sola, me encaminé a casa. El día siguiente iba a ser un infierno.

21

Día de audición. Me dije que podía canalizar el hecho de sentirme agotada y pesimista con respecto a mi prueba. *Utiliza* esa emoción, etcétera. O tal vez mi sentimiento generalizado de indiferencia no era algo malo del todo. Estaba nerviosa pero pasaba de aterrorizarme, la verdad. Todo tiene su lado bueno, ¿a que sí? Y el trayecto hasta Londres no era un problema. Había ido muchas veces con Ash de compras a Oxford Street y a Camden y al mercadillo de Portobello, era algo así como territorio conocido. Igual daba que estuviera a punto de hacer una audición en la escuela de arte dramático más prestigiosa del país, donde había estudiado gente como Gemma Arterton, Sophie Okonedo y Maggie Gyllenhaal, así como ACTORES de la vieja escuela como *sir* John Gielgud y Michael Gambon, Diana Rigg y Joan Collins —¿Joan Collins, joder!— y yo solo fuera una chica de Brighton con pelos de loca y obsesión por el rímel, cuya fuente de inspiración para tratar de conseguir el acento de Gales consistía en ver sin parar los episodios de *Gavin and Stacey*, la serie de la BBC. Nada de eso importaba, porque ¡era capaz de UTILIZAR EL TRANSPORTE PÚBLICO! ¡Bingo! De todas formas, la gente de RADA no tenía por qué enterarse de mis métodos de investigación. Había conseguido incluso domar mi pelo, que llevaba recogido hacia atrás en una coleta baja. Y mi acento galés resultaba perfecto. Si me pedías que dijera «Barry Island» me convertía en la mismísima Joanna Page. Quien, por cierto, estudió en RADA.

Ay, Dios.

En fin. Para resumir: llegué a tiempo a la prueba. Según el plano que había recibido junto con la carta de convocatoria, RADA consistía en varios edificios esparcidos por «el frondoso barrio

de Bloomsbury, en el centro de Londres». Tenía que dirigirme a un gran edificio de piedra gris en Gower Street, cuya entrada estaba flanqueada por esculturas clásicas relacionadas con el teatro y las palabras «Real Academia de Arte Dramático» talladas en piedra. Me detuve y me quedé mirando mientras el corazón se me aceleraba al estilo de «emoción-conoce-a-paro-cardíaco».

Alguien llegó y se situó a mi lado.

—¿Has venido a una audición? —me giré y estuve a punto de ahogar un grito. Aquella chica era *espectacular*. Más alta que yo —pasaba de un metro ochenta—, con pelo castaño increíble y cutis de porcelana. Me refiero a que era guapa en el sentido más estricto. Sonrió expectante mientras yo le clavaba los ojos, posiblemente boquiabierto.

—Eh... sí —dije al tiempo que, de repente, me sentía baja, gorda y desaliñada. Era una nueva experiencia para mí y, la verdad sea dicha, habría preferido reservarla para otra ocasión.

—Yo también... Estoy supernerviosa —explicó con tono alegre. No parecía supernerviosa. Se la veía serena y perfecta—. Por cierto, me llamo Molly.

Le devolví la sonrisa.

—Yo soy Donna... supongo que es bastante angustioso, sí. En realidad, no me había parado a pensarlo —y con semejante mentira monumental y tan clara como el agua, abrí de un empujón las enormes puertas y entré, sujetando una de ellas para dejar pasar a Molly.

En el vestíbulo tenuemente iluminado se veía un mostrador de información a la derecha y unas escaleras a la izquierda. No tenía nada de particular, en absoluto; pero de pronto me temblaron las rodillas por el simple hecho de encontrarme allí. «Si las paredes hablaran...», ya sabes. Pero también caí en la cuenta de lo mucho que deseaba hacer la audición. A ver, por descontado que ya sabía que lo deseaba; pero al encontrarme allí, por donde antes habían pasado todos esos actores increíbles que yo tanto admiraba, sentí que lo *necesitaba*. Como si fuera el siguiente estadio de mi vida. Como si —no quiero ponerme en plan melodramático ni nada por el estilo— cagarla en la audición fuera a *arruinarme la vida*. Volví la vista a Molly, y por su expresión, estaba pensando lo mismo. «Tú no lo deseas tanto como yo», pensé de inmediato como una especie de patético aspirante en *Factor X*, y luego se me ocurrió que todo el mundo que se presentaba a la audición lo deseaba tanto como yo. No bastaba con desearlo, ni siquiera con necesitarlo. Lo único que importaba era la prueba, y convencer al jurado de que era lo bastante buena para RADA. Francamente, tenía que conseguirlo. Nada de segundas oportunidades. Afianzándome en mi propósito, y tratando de ignorar el hecho de que los nervios me estaban provocando la urgente necesidad de hacer caca, me identifiqué al hombre del mostrador.

Nos indicó la zona de espera y Molly y yo nos dirigimos juntas hacia allí, aunque en silencio. Estábamos concentradas.

Llegamos a una especie de sala de reuniones tras bastidores, ya abarrotada de gente que repasaba guiones y murmuraba para sí, o que estaba sentada con los ojos cerrados o, en un caso, adoptaba la postura de meditación, con las piernas cruzadas y las yemas del pulgar y el índice unidas. Molly y yo ocupamos los asientos vacíos más cercanos, que resultaron ser contiguos.

—¿Te importa si repaso mi prueba? —dijo mientras sacaba unos papeles del bolso.

—Para nada... yo también pensaba hacerlo —respondí aunque, en realidad, no se me había ocurrido. Me sabía los textos de memoria, así que cerré los ojos y me concentré en calmarme. Gracias a Dios por Mac y su insistencia en la respiración.

—¿Donna Dixon? —al abrir los ojos vi a un tipo atractivo con una carpeta portapapeles que

paseaba la vista por la sala.

Me levanté.

—Soy yo —volví la mirada a Molly. Me sonrió y me deseó suerte. Dio la impresión de que era sincera.

—Ven por aquí, por favor —llevaba una chapa en la que ponía: «Sam Farmer, Interpretación segundo curso.»

—¡Eres estudiante! —solté de pronto.

Asintió con un gesto y sonrió.

—Te irá bien —estaba a punto de preguntarle qué textos había elegido para su audición cuando, de repente, nos encontramos en el ala de un escenario de gran tamaño—. Solo haz lo que te pidan —susurró—. Buena suerte.

Vale. Agité los hombros y caminé hasta el centro del escenario. Hacia la mitad de la sala de butacas había una fila de cuatro personas. Una de ellas —un hombre de mediana edad— hizo una especie de saludo con la mano.

—Hola, Donna. Soy Mark Harrison, uno de los profesores. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias —respondí. A pesar de que estaba a punto de cagarme de miedo, mi voz salió clara y fuerte—. ¿Cómo está usted?

El hombre soltó una risa leve, como si yo hubiera dicho algo pintoresco.

—Estamos muy bien. ¿Has podido llegar sin problemas?

—Sí, perfectamente. He venido a Londres con una amiga varias veces, así que... —guau, Donna. La mejor forma de parecer provinciana. Choca esos cinco.

—Bueno, ¿qué nos traes?

Mencioné mis textos para la audición y me pidió que empezara con el de Shakespeare. De repente, hasta la última gota de saliva de mi boca desapareció en combate y volvió a aparecer la necesidad de hacer caca por culpa de los nervios; pero me la quité de la mente, cerré los ojos y me concentré al máximo para convertirme en Julieta.

—¿Y he de hablar mal de quien es mi esposo? ¡Ay, pobre señor mío! ¿Qué lengua ensalzaré tu nombre, cuando yo, tres horas ha tu esposa, lo he injuriado? —a medida que continuaba, se me ocurrió que aquel fragmento, en el que Julieta maldice a Romeo por matar a su primo y luego se da cuenta de que jamás podrá odiarle porque le echa demasiado de menos, se parecía horriblemente a mi propia situación. Odiaba a Will pero, sin él, me sentía perdida. Al igual que Romeo, había sido desterrado de mi vida. Una lágrima se deslizó por mi mejilla mientras lo asimilaba, y apreté los puños de rabia y dolor y remordimiento: yo *era* Julieta. Y me sentía como una mierda. Cuando estaba declamando la última frase («¿Dónde están mi padre y mi madre, nodriza?»), un gemido ahogado surgió de lo más profundo de mi pecho. No lo hice a propósito; salió, sin más. Me quedé parada, secándome los ojos con el dorso de una mano; luego, respiré hondo y miré al jurado de profesores.

Nada. Silencio. Con sinceridad, no sé qué tal fue. A mí me *parecía* que había estado bastante impresionante, pero la verdad es que no lo estuve analizando mientras actuaba... no sé, me había sobrepasado. Dejé que Will retrocediera a segundo plano y recuperé la concentración. Los miembros del jurado sonrieron vagamente y el tal Mark dijo muchas-gracias-y-ahora-tu-texto-moderno-por-favor.

No hubo indicio alguno de si mi actuación le había parecido buena o, por el contrario, una

porquería total. Mi texto moderno no fue tan bien, me pareció. El acento no estuvo mal, pero hubo una parte hacia la mitad en la que tropecé con las palabras y me salí del personaje. Lo recuperé en seguida, pero luego el alma se me cayó a los pies cuando, por segunda vez, el jurado no dejó nada al descubierto y Mark dijo:

—Gracias, Donna.

Acto seguido, noté una mano en el brazo y Sam, *El Estudiante*, me sacó del escenario.

—Y ahora, ¿qué pasa? —susurré.

—Regresa a las tres —respondió—. Puede que te vuelvan a llamar hoy, y puede que no; pero eso no significa necesariamente que hayas superado la prueba.

—Ah. Vale —dije, aunque en realidad no me había aclarado nada. ¿Por qué todo tenía que ser tan confuso? Mientras recogía la bolsa en la zona de espera, Sam llamó a Molly. Ella me miró, hizo una mueca y, moviendo los labios sin hablar, me pidió: «Deséame suerte».

—Buena suerte —dije, y el estómago se me revolvió por ella mientras observaba cómo se dirigía al escenario. Ahora que todo había acabado me sentía agotada, como si hubiera corrido una maratón, y también aterrorizada a posteriori (¿en serio acababa de hacer eso?); pero, al mismo tiempo, resultaba un tanto decepcionante. Hacer una audición en una academia de arte dramático prestigiosa era algo que siempre había deseado, aunque nunca llegué a creer que lo conseguiría. ¡Y lo había hecho! Genial. ¿Y ahora qué?

«Cierra la boca —me dije a mí misma—. Eres una plasta». Solo era mediodía, de modo que me quedaban tres horas en Londres para hacer lo que me apeteciera, y quería mantener a Will alejado de mi mente. Consulté mi manoseada guía *Londres de la A a la Z* y me puse a caminar en dirección a Oxford Street. Las superfamosas TopShop, H&M y New Look a pocos metros una de otra: el paraíso de Donna. Mientras paseaba por el interior de las tiendas, palpando las telas y amontonando en el brazo vaqueros y tops para probármelos, noté que una corriente de emoción me recorría el cuerpo. Si me aceptaban en RADA podría ir de compras a Oxford Street todos los días. Bueno, no podría, porque estaría a dos velas; pero ya se entiende.

¡Había hecho una audición para RADA! *Mierda*. Que a Barbie la follara un pez. Ella nunca había hecho nada parecido y, mala suerte, zorra, porque ahora mi padre tenía razones de sobra para estar orgulloso de mí.

De pronto me entraron ganas de encontrarme dentro de ese enorme edificio gris. Solo habían pasado un par de horas desde la audición, pero ya sentía una extraña nostalgia de la mañana. La adrenalina y el miedo, el hecho de actuar en aquel escenario, el asombro de estar en semejante lugar. Deseaba volver a sentirlo. Devolví la ropa a su sitio e, inquieta, me abrí camino entre las multitudes de Oxford Street y tomé Great Portland Street, una calle más tranquila, en dirección a RADA. Podía explorar el edificio hasta las tres. Tal vez encontrara una cantina o algo así para pedir un té y un sándwich y ver pasar a la gente. Lo cierto es que casi me enfadé conmigo misma por haberme alejado en primer lugar.

Pero entonces, mientras atravesaba las grandes puertas flanqueadas por estatuas y bajo la piedra en la que se leía «Real Academia de Arte Dramático», me detuve justo antes de chocarme contra Molly.

—¡Ups! —exclamó con voz cantarina. ¿Por qué aparecía todo el rato? Era de lo más raro. Me dedicó una sonrisa radiante.

—¿Todo bien? —le pregunté mientras me disponía a pasar de largo.

—En realidad, genial —soltó de sopetón—. ¡Me han llamado para la próxima ronda de audiciones!

Aquello me detuvo en seco.

—Ah. Guau. Enhorabuena —respondí—. Creía que nos lo iban a decir a las tres.

Encogió un solo hombro.

—A mí me lo dijeron justo después de mi audición.

Mierda. MIERDA. Me obligué a esbozar una especie de sonrisa, volví a felicitarla y me lancé de cabeza hasta llegar al baño de «Señoras», donde me encerré en una de las cabinas y rompí a llorar. Maldita Molly, con su cutis de porcelana, su pelo a lo Christina Hendricks y su espectacular belleza general. Llevaba escrito «estrella de cine» por todas partes. Si mostrara el mínimo indicio de talento, *por supuesto* que iban a aceptarla. «Sí, pero su estatura será un inconveniente», pensé con maldad. Todos esos varones protagonistas en miniatura. Al menos, yo no llegaba al metro ochenta. Lo que provocó que estallara en llanto otra vez. Aunque mi estatura me pusiera de los nervios, era algo que la mayoría de otras chicas no tenían. Con énfasis en *la mayoría*. No daba *crédito* a que hubieran vuelto a convocar a Molly sobre la marcha. Eso sí que era *suerte*. Solté gemidos llenos de mocos sobre una bola de papel higiénico mientras la decepción se me encaramaba a los hombros como un niño malvado.

—¿Has visto alguna de las audiciones?

Una voz femenina que procedía de la cabina contigua a la mía. ¿Me estaba hablando a mí? Contuve el aliento mientras el corazón me golpeaba el pecho, pero entonces otra voz, desde una cabina más apartada, dijo:

—Algunas. ¿Viste al tío ese que no dejaba de agitar los brazos?

—Ay, Dios, ¡menudo manta!

—¡Ya! Pero había algunos muy buenos.

—Sí, desde luego. ¿A cuántos ha vuelto a convocar Mark hoy, lo sabes?

—Sam dijo que unos cuatro.

—Ah, vale. Muy pocos.

—Sí, es verdad. Sam dijo que a Mark le gustaron por lo menos otros cuatro, parece ser; pero no quiso decir que sí sobre la marcha. Ya sabes cómo a veces le da la vuelta a las cosas. Me figuro que hoy convocará por segunda vez a unos cuantos más, solo que se lo dirán más tarde.

Una pausa en la que se oyó sonido de pis.

—¿Vas a ir esta noche a eso que organiza el Sindicato de la Universidad de Londres?

Desconecté y una pequeña chispa de esperanza provocó que el corazón me golpeteara el pecho. Mira quién hablaba de ser peliculera. ¡Volverían a convocar a unos cuantos más! ¡Aún quedaban esperanzas! Por supuesto que sí. Me soné la nariz ruidosamente, tiré de la cadena y me fui a mojar me la cara y a prepararme para conocer mi destino. ¿Lo ves? Ya hablaba en plan teatral.

—Si menciono vuestro nombre, entrad al escenario —indicó Mark. Estaba de pie, frente a nosotros, estudiantes de RADA en potencia. Se le veía relajado, con una mano en el bolsillo del pantalón mientras todos los demás en la sala se sentaban muy erguidos; la tensión y la esperanza nos amarraban como si de cuerdas se trataran. Molly ya no estaba allí y supuse que tampoco estarían los otros tres a los que Mark había entregado el billete dorado. Contuve el aliento. No me

nombró. ¿Qué significaba aquello? Ni idea.

Observamos a unos diez candidatos salir de la sala y me estaba preguntando qué les iban a decir cuando Mark volvió a tomar la palabra.

—Y ahora, si digo vuestro nombre, seguid a Sam.

De nuevo, no estaba yo. ¿Qué iba a decir Sam? ¿Los habían aceptado? ¿Los habían rechazado? ¿Los habían puesto a hacer volteretas laterales? Todo el proceso resultaba tan inútilmente extraño y angustioso que cualquier cosa parecía posible. Ahora quedábamos unos diez. Clavé la vista al frente, pues me asustaba demasiado mirar a los demás a los ojos por si estaban hechos polvo. Algunos debían de saber lo que aquello significaba, aunque yo no lo supiera. Mark nos dedicó una sonrisa.

—Muchas gracias por venir. Estaremos en contacto. Que tengáis un buen viaje de regreso a casa —y se alejó con grandes zancadas en la misma dirección que Sam.

¿¿QUÉ?! ¿Qué coño significaba eso? ¿Adónde se habían ido los otros? Miré alrededor y crucé la mirada con un chico muy flaco que estaba detrás de mí.

—¿Tienes idea de lo que acaba de pasar? —pregunté.

El chico sonrió.

—Los del primer grupo tienen que repetir los textos; algunos de ellos volverán a ser convocados y se lo dirán hoy. A los del segundo grupo les van a decir que definitivamente no van a entrar.

Abrí los ojos de par en par y asentí con la cabeza para que continuara.

—Y nosotros, bueno... ha visto lo suficiente y puede inclinarse a un lado u otro. Solo tienes que esperar a recibir la carta.

—Guau —respondí—. Es tan... complicado. ¿Y una carta? ¿No saben lo que es un *email*?

El chico soltó una carcajada.

—Es el segundo año que me presento a las audiciones, y no mejora en absoluto.

—¿Te pusieron en el segundo grupo?

Negó con la cabeza.

—En este.

Tragué saliva.

—Ya —había estado en este grupo y no había entrado. ¿Significaba que yo tampoco entraría? Los del primer grupo tenían la oportunidad de repetir la prueba, pero Mark había tomado la decisión con respecto a mí: para lo bueno o para lo malo. Parecía un poco injusto.

—No te preocupes —me dijo, leyéndome la mente—. Al menos, algunos de este grupo pasarán —lo dijo con una nota de amargura. Era totalmente comprensible.

—Bueno... espero que te vuelvan a convocar esta vez —dije.

—Gracias —respondió con tono malhumorado—. Lo mismo digo.

Me quedé mirando cómo se marchaba. ¿Algún día estaríamos juntos allí, como estudiantes? ¿O acaso me pasaría lo mismo que a él, y tendría que volver al año siguiente para probar de nuevo? No estaba segura de ser capaz. Me levanté, me eché la mochila al hombro y paseé la vista alrededor, grabando el lugar en la memoria, por si acaso.

Camino a la salida pasé junto a dos personas que lloraban: una chica que lloriqueaba delicadamente sobre un pañuelo de papel y un chico que tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta en un grito silencioso, lágrimas que le salpicaban el cuello de la camisa, etcétera. Me

entraron ganas de decirle que se diera un respiro, que la audición había terminado, pero él ya lo sabía *de sobra*. Luego, pasé junto a otra chica que hablaba por teléfono. Irradiaba felicidad y pegaba chillidos de emoción.

Y entonces, en las escaleras que conducían al vestíbulo, me crucé con Mark, el profesor. Sonrió.

—Nos vemos, Donna.

¿Nos vemos? ¿Nos vemos? ¡¿Por qué era tan críptico, joder?! ¿Era una pista, o solo una expresión normal y corriente? «Will lo sabría», dijo mi cerebro. Saqué el móvil y me puse los cascos. No tenía sentido pensar en el asunto. Solo quería llegar a casa, darme un baño y meterme en la cama. El día de audición había terminado.

22

Me pasé la noche respondiendo a un millón de sms en los que todo el mundo me preguntaba sobre la audición. Y luego a otro millón en los que me decían que me iban a volver a llamar, eso fijo; así que me marché a la cama con un cierto subidón.

Entonces, me desperté, me fui al instituto y esto es lo que pasó.

—¿Perdona?

Me di la vuelta del tablón de noticias a las puertas de la sala común de segundo de bachillerato y me encontré con Flora Murdoch parada a mis espaldas, con los brazos cruzados y mascando chicle como si tuviera por delante una tarea fastidiosa pero, a ver, alguien tenía que hacerlo. Era una alumna insolente de tercero de secundaria con fama de malota. Era menuda y pálida, pero fuerte que te cagas. Un montón de gente tenía miedo a Flora Murdoch. El año anterior la habían expulsado durante dos días por haber pegado un puñetazo a un chico de cuarto de secundaria porque, según alegaba Flora, le había metido mano en la cola de la comida. Yo nunca había hablado con ella, pero de alguna manera la admiraba por eso. El chico en cuestión tenía serios problemas —un acosador sexual de primer orden— y sin duda se lo merecía. Resultaba un tanto irónico que Flora fuera así, porque su padre era policía. Por eso, seguramente no me habría tenido que sorprender cuando dijo:

—¿Es verdad que estás saliendo con un niño delincuente?

—¿Qué? —le espeté con desprecio. Malota o no malota, no era más que una cría insolente y, de todas formas, yo tenía por lo menos el doble de estatura que ella. Y para colmo: «¿niño delincuente?» ¿Quién utiliza términos así? (Respuesta: la hija de un policía incapaz de mantener la boca cerrada.)

Ladeó la cabeza, hizo un globo de chicle y acabó estallándolo.

—Es que me han contado que tu novio tiene catorce años y que le van a encerrar por mercancía robada.

—De hecho, tiene dieciséis —escupí, y acto seguido me di cuenta de mi error.

—Ay, Dios mío, ¡es verdad! —cacareó. Se giró hacia un par de lacayas que pululaban a sus espaldas, soltando risitas—. ¡Os lo dije! —girándose de nuevo hacia mí, hizo crujir los dedos y declaró—: Chica, tienes que estar desesperada.

Sé que no debí haberlo hecho, pero se me fue la olla. Después de todo por lo que había

pasado, que me dijeran que estaba desesperada fue más de lo que pude soportar.

—¡No tienes ni *idea*! —vociferé, lanzándome hacia ella como si fuera a golpearla—. Él no lo hizo, es mejor persona de lo que tú serás jamás y NO ES MI NOVIO—estaba tan indignada que no sabía qué hacer. La furia me paralizaba, hasta el punto que no me di cuenta de que Ashley y Rich se acercaban a toda prisa.

Rich apenas dirigió la vista a Flora. Se limitó a decir:

—Vete a la mierda... quienquiera que seas —y la despachó con un rápido gesto de los dedos. Por supuesto que la conocía.

—¿Quién te crees que eres? —replicó Flora alargando las palabras mientras le miraba de arriba abajo. Pero Rich pasó de ella. Se colocó entre las dos y se quedó parado, dándole la espalda.

«Will ha salido», me dijo moviendo los labios sin hablar. Ashley y él me agarraron cada uno de un brazo y me apartaron de allí. Flora nos llamó mientras nos alejábamos, aunque sin mucho convencimiento.

—Jo acaba de enviar un mensaje de texto. Han retirado todos los cargos —añadió mi amigo mientras caminábamos hacia quién-sabía-dónde.

—¿Y el novio? —conseguí decir.

Ashley me dio un apretón en el brazo.

—Tenía tantas condenas previas que era de sentido común..

—Y, de todas formas, encontraron un garaje con más mercancía robada —añadió Rich—. Va al talego de cabeza —con el dedo, trazó un arco en el aire y acabó señalando el suelo.

—¿Noto el acento *cockney* del este de Londres? —preguntó Ashley arqueando una ceja. Rich le hizo una peineta. Mientras tanto, rompí a llorar. No pude evitarlo.

—Ay, peque —dijo Ash mientras me envolvía con sus brazos. Debíamos de tener una pinta ridícula, como un suricato abrazando a una jirafa—. ¿Qué te pasa? ¿Son *buenas* noticias!

—Ya lo sé —gemí. Aspiré aire entrecortadamente, pero no conseguí frenar las lágrimas—. Debe de ser el alivio.

Me hicieron pasar al cuarto de la limpieza, lejos de los mirones boquiabiertos. El cambio brusco de escena provocó que dejara de llorar y me senté sobre una caja de papel para impresoras. Rich y Ashley se quedaron de pie frente a mí, y Ash me acariciaba la coronilla.

—Cariño, ¿por qué no admites de una vez que todavía te gusta mucho? —preguntó Rich—. Te estás castigando sin ningún motivo.

—Es uno de los buenos, peque —intervino Ash—. ¿No puedes perdonarle?

Negué con la cabeza.

—De todas formas, es demasiado tarde. Se reiría en mi cara si ahora volviese a él arrastrándome.

—De eso nada —declaró Ashley—. Sabes que no lo haría.

—¿Ah sí? —levanté los ojos para mirarla.

—Sí. Lo sabes —sentenció Rich. Él y Ashley se mostraban decididos, con los brazos cruzados y todo lo demás, como si nadie fuera a marcharse a ningún sitio hasta que yo prometiera arrojarme a la misericordia de Will. En ese caso, nos íbamos a quedar allí un buen rato.

—Mirad, no va a pasar —dije con tono cansado—. Así que basta de insistir —los días de dejar al descubierto mis sentimientos hacia Will, o hacia cualquier otra persona, habían

terminado. Había aprendido la lección.

Y entonces, cuando Will no se presentó al ensayo de *Romeo y Julieta*, tomé una decisión. A través de la entumecida neblina de los tres días anteriores se había producido una débil chispa de esperanza en el sentido de que, si pudiera verlo, todo iría bien. Pero la verdad es que entendí que no se presentara. Mientras me obligaba a mí misma a ir al pub con el resto del grupo después del ensayo me di cuenta de que debería alegrarme porque Will estuviera bien, y luego pasar página. Los lamentos no eran para mí. Me encantaba divertirme, siempre me apuntaba a todo. Las personas a quienes les encanta la diversión y se apuntan a todo no se regodean en la autocompasión por una circunstancia que ellas mismas han provocado.

La antigua Donna estaba de vuelta.

23

Último día de trimestre. Me costaba creer que ya estuviéramos cerca de Semana Santa. Otra cosa que me costaba creer: ¡saqué notable en Lengua y Literatura en los exámenes de prueba! A pesar de todo, estaba encantada, ¡joder! Era el plan: Will lo ha conseguido. Dejando a un lado los malos rollos, me había ayudado a conseguir esa nota. Algo bueno, ¿lo entiendes? Vale, seguramente las cosas volverían a ir de pena cuando tratase de pasar el trimestre siguiente sin sus clases; pero ya me encargaría de eso más tarde. Por el momento, Ashley, Sarah, Cass, Rich, Ollie, Jack y yo íbamos a salir a celebrarlo. Solo nosotros. Nada de Dylan o Hannah. Una noche como Dios manda: baile en una discoteca pija de esas a las que no permiten entrar en vaqueros y donde los chicos apestan a loción barata para después del afeitado. Guay. Ashley fingió odiar el plan, cómo no; pero no era así en absoluto. Le daba la oportunidad de sentirse alternativa, diferente: justo por lo que vivía, la pobre. De modo que mientras Sarah, Cass y yo complementamos nuestros vestidos negros cortos y ajustados con tacones y bisutería, Ashley se presentó con medias rasgadas y lápiz de labios púrpura.

—Tienes buena pinta —dije yo, mirándola lentamente de arriba abajo mientras se unía a nosotras en la cola que se había formado a la puerta—. Encajarás a la perfección.

Pareció satisfecha.

—Ya lo sé. No pego ni con cola, ¿verdad? —me devolvió el favor—: Tú también tienes buena pinta, señorita.

—Gracias —sacudí la cabeza y eché los hombros hacia atrás. Bueno, *sí* que tenía buena pinta. A menos que te gastes, en plan, cien libras, o tengas suerte en el apartado de la estatura, es imposible encontrar un vestido negro corto y ajustado que no sea muy, pero que muy corto cuando mides cerca de un metro ochenta (Molly, la de la audición, me vino a la mente; pero acto seguido desapareció), y en el entorno dominaban las medias-tupidas-y-gruesas-de-sesenta-*deniers*. Pero tenía unas piernas bonitas, un culo en condiciones y, para qué negarlo, las tetas grandes. Cuando cuentas con las virtudes recién mencionadas es difícil no sentirse bien con un vestidito negro. ¡Observa cómo me pongo a la altura de las circunstancias! ¿Will? ¿Quién coño era Will? Molly podría ser hermosa, pero yo tenía presencia. Etcétera.

—Estás impresionante —dijo Sarah—. He visto a unos, no sé, cinco tíos mirándote.

—Qué bien —respondí, aunque en realidad no me importaba. Las chicas no se arreglan para

gustar a los chicos; se arreglan para que otras chicas quieran parecerse a ellas. O, al menos, ese es mi caso. Preferiría cien veces que otra chica me encontrara impresionante a que lo hiciera un chico cualquiera. ¿Que un tío te encuentra sexy? ¡Yupi! Los chicos heterosexuales, por lo general, se follan todo lo que tenga vagina así que ¿por qué darles falsas esperanzas? («Will no es de esos», me pasó por la mente. «Cierra el pico», le respondí.)

En fin. Llegamos a la delantera de la cola, enseñamos a toda prisa nuestros carnés de identidad —falsos o de otra clase— y nos abrimos camino hasta la barra. Yo avanzaba sin prisas, observando los bronceados artificiales y los escotes, cuando, sin previo aviso, Cass se detuvo en seco, y Jack y yo estuvimos a punto de chocarnos contra ella.

—¡Cass! ¿Pero qué coño...? —dije mientras me agarraba a su hombro para recuperar el equilibrio. Y entonces—: Oh —justo enfrente de ella, con el brazo sobre el hombro de una chica, estaba Adam, su ex. Al instante formamos una especie de muro de protección alrededor de Cass. Resultó graciosa la manera en que los chicos se abalanzaron para colocarse. Pero tanto movimiento captó la atención de Adam, que la miró directamente.

—Di hola —siseó Ashley, sujetando a Cass del brazo—. Encontrarte con él no te altera en lo más mínimo —pero Cass no le hizo caso. En cambio, tomó de nuevo la dirección hacia el bar, se giró hacia Sarah y se puso a charlar con tono alegre sobre lo que fuera mientras pasaba de largo junto a Adam. Los demás las seguimos en tropel y, fieles a nuestra amiga, también nos pusimos a charlar sobre lo que fuera. Aunque costaba no echarse a reír. Adam parecía cabreado a más no poder.

—Tía, ¡has estado mucho mejor que él! —comentó Ashley cuando llegamos al bar, y chocó los cinco con Cass.

—¡Genial! —aprobó Jack, riéndose por lo bajo—. Realmente genial —Jack odiaba a Adam incluso más que nosotros, si es que era posible. Pero Cass no se mostró triunfante. Parecía más bien abatida.

—En serio, peque. Has estado impresionante —dijo Sarah mientras la abrazaba—. Eres mucho más feliz ahora que cuando estabas con él, ¿a que sí?

—Es verdad —repuso Cass con un suspiro—. Pero...

—Nada de peros —zanjó Ollie, levantando un dedo severo—. Es un capullo. Tú eres un encanto. Y vamos a pasarnos las siguientes —miró el reloj— tres o cuatro horas demostrándole que estás infinitamente más a gusto sin él. *Capisci?*

Cass nos fue mirando de uno en uno. Sonreíamos y cabeceábamos como locos para demostrar que no solo estábamos de acuerdo, sino que nos apuntábamos —¡yupi!— al plan. Sonrió.

—Vale —sacudió los hombros como si se estuviera preparando para lanzar puñetazos—. Eso haremos.

—Excelente —aprobó Ollie mientras se frotaba las manos—. Y ahora, ¿qué os apetece beber? —ya conocía la respuesta: chupitos de vodka, lo más barato de la carta. Odio el vodka solo, sobre todo el que vendían ahí; pero no se necesita más que un par de ellos para achisparse y pasaba de emborracharme como una cuba. Si me emborrachaba como una cuba, me pondría en plan emotivo, y nadie quería que eso ocurriera.

De modo que nos bebimos los chupitos de un trago y nos desplazamos a la pista de baile. Al poco rato los tiburones empezaron a acechar. Por una vez, Ash no acaparó la atención, lo más seguro a causa del pintalabios púrpura. Cass fue a la que más miraban. Se le dio muy bien fingir

que le estaba encantando mientras a toda prisa les decía a todos cuantos se acercaban que no tenían la más remota posibilidad. Los demás observábamos a Adam y, maliciosamente, informábamos a Cass de que no paraba de mirarla aunque, la verdad sea dicha, casi todo el rato estuvo rodeando el hombro de la chica con la que estaba y una vez que volví los ojos en su dirección se estaban morreando, y él le acariciaba un pecho sin disimulo. Muy elegante. Es evidente que no le dije nada a Cass y, por suerte, ella mantenía una estricta política que prohibía las miradas.

En fin. Fue divertido. Fue DIVERTIDO. Dilo las veces suficientes y se vuelve realidad. No es que yo me muriera de ganas por irme a casa y estar con Will, y desde luego no me sentía triste al respecto. ¿Y esa cara valiente? No era una cara valiente, sino una cara de auténtica diversión.

Sí. Dilo las veces suficientes y se vuelve realidad. Pero, oye, me encantaba la canción que estaba sonando y me encontraba con mis mejores amigos. Tiempos felices, ¿vale?

Bueno. Me lo quité de la mente y continué bailando.

24

Sábado. Menos de cuatro semanas de ensayos y, *bum*, me encontraba a punto de interpretar a Julieta. Estaba cagada. Me ponía muy nerviosa por querer hacer un buen trabajo y me ponía muy, muy nerviosa por ver a Will. ¿Sabes cuando te despiertas, yo qué sé, a las cuatro de la madrugada y no te puedes volver a dormir porque no paras de darle vueltas a la cabeza? Al final, me di por vencida, me fui al piso de abajo y estuve pasando canales con absurdos programas de telecompra hasta que fue lo bastante tarde como para darme una ducha sin que me importase despertar a mi padre. Pensándolo bien, tal vez las seis y media de la mañana seguía siendo un poco temprano. Salí del cuarto de baño envuelta en una toalla y me encontré a mi padre allí de pie, despeinado y desconcertado, rascándose las pelotas por encima del pijama. Muy fuerte, sí; pero lo achaco a que aún estaba medio dormido.

—¿Todo bien? —preguntó, entrecerrando los ojos por la luz del cuarto de baño.

—Sí, perfectamente —respondí—. No podía dormir. Vuelve a la cama, papá.

Se pasó una mano por la cara.

—No —se estiró—. Ya estoy despierto. Voy a preparar té... —me acarició la mejilla, lo que me provocó ganas de llorar—. Gran día, habichuela.

Fingí que me ajustaba la toalla para no tener que mirarle.

—Sí.

Se giró y empezó a alejarse, lanzando por encima del hombro un:

—Estoy orgulloso de ti —luego, se tiró un pedo y añadió—: Y de eso también —me hizo reír, lo que nunca habría pensado que iba a pasar ese día.

Cuando llegué al piso de abajo, papá me había preparado un sándwich de beicon.

—No sabía que tuviéramos beicon —comenté con la boca llena.

—Lo he comprado a propósito, ¿sabes? —explicó—. Necesitas un desayuno en condiciones para estimular todos esos jugos creativos.

Arrugué la nariz.

—No digas «jugos», papá. Suena fatal.

—Solo si tienes una mente enferma —encendió la radio y cambió de Radio 1 a Radio 2, como

todas las mañanas.

Me encogí de hombros con una sonrisita.

—Los padres tienen la culpa.

—Muy graciosa —se apoyó en la encimera, cruzó los brazos y me miró—. Bueno. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien —hice una mueca como diciendo «¿por qué no iba a estarlo, joder?».

—Vale, vale... ¿Me voy a sentar con tu madre esta noche?

Lo miré con aire acusador.

—Sí. Dijiste que no había problema.

—Y no lo hay —respondió con una calma exagerada—. Solo estaba comprobando.

—Es una lástima que Barbie no pueda ir —comenté mientras, con aire despreocupado, chupaba la salsa marrón que me pringaba los dedos.

Papá me miró.

—Mmm... —tamborileó con los dedos sobre la superficie—. De hecho, Barb y yo nos estamos tomando las cosas con un poco más de tranquilidad.

—¿Ah, sí? —levanté las cejas como si pudiera pegar un puñetazo al aire de un momento a otro.

—Sí —pausa—. ¿Cómo os va a Will y a ti?

Ah, muy listo. Te enseño lo mío si tú me enseñas lo tuyo. Suspiré.

—Nos va muy bien, papá... —entonces, porque sabía que estaba preocupado por mí, añadí—: Mira, hoy tengo que concentrarme en la obra, ¿vale? —como si se lo fuera a contar después. O acaso lo haría. Tal vez fuera bueno hablar del tema. Tal vez. Dejé mi plato en el fregadero—. Tengo que irme.

Se mostró sorprendido.

—¿Cómo? ¿A las siete y media de la mañana?

—Tengo que ensayar, ¿no? —repliqué con expresión de que era evidente.

Se encogió de hombros y se mordió el labio.

—Entendido. ¿Te veré antes de esta noche?

Negué con la cabeza.

—Nos vemos allí.

Pero quedaban varias horas para la función, y ese día no había ensayo: Kyra opinaba que ensayar el día de la representación era contraproducente. Es solo que no soportaba quedarme en casa, sintiéndome fatal por no querer hablar con mi padre y sintiéndome fatal porque todo me recordaba a Will y sintiéndome fatal porque aún no había tenido noticias de RADA. Así que me fui a dar un largo, larguísimo, paseo por la playa. Reinaba la tranquilidad propia de primera hora de la mañana. Solo encontré unas cuantas personas paseando a sus perros y varios corredores, y la lenta neblina me rodeó, bloqueando el resto del mundo. Aspirar el aire del mar me hacía sentir saludable y virtuosa, como cuando te bebes medio litro de agua. No era momento para pensar. Mi cabeza estaba vacía. Nunca había intentado meditar, pero me imaginé que sería algo parecido. No me sentía feliz, pero tampoco estaba triste. No sentía nada, como si estuviera suspendida en un tarro en la balda de un antiguo laboratorio fantasma. Caminé durante un par de horas hasta que tuve hambre, y entonces me dirigí a un viejo café a tomar té con tostadas. Alguien se había dejado

el *Daily Mail* en la mesa. Leí el periódico un rato, pero no traía más que historias de mierda, así que, en vez de eso, me puse a navegar por Internet en el móvil. De ninguna manera podía comer sola en un café sin nada que hacer más que masticar, sorber y mirar al vacío.

Para cuando solo quedaban los posos de té y un plato con cortezas, la combinación de la falta de sueño, el aire del mar y medio paquete de pan de molde blanco hizo que los párpados se me cerrasen, de modo que me fui al cine Odeon y compré una entrada para la primera función de la tarde —un aburrido drama en blanco y negro aunque lo habían hecho, no sé, el año anterior o así—, me senté en la última fila y me dormí. Me desperté a tiempo para ver los últimos títulos de crédito. Con los ojos entornados, miré alrededor de la sala de proyección, ahora vacía, y me sentí aturdida, agarrada y deprimida. Mientras agarraba el bolso y abandonaba poco a poco la fila, me pregunté qué narices estaba haciendo con eso de dar vueltas por Brighton yo sola, hora tras hora. Tenía amigos. Tenía una cama caliente y una televisión que funcionaba perfectamente. Me estaba portando en plan reina del melodrama, nada más. Quería que el público imaginario de mi cabeza me tomara por una persona interesante, melancólica. Ahora que no tenía a Will para decirme lo inteligente que yo era, tenía que actuar en mi absurda película de arte y ensayo particular. La situación era cutre total.

—Contrólate —siseé en voz alta al espejo situado sobre el lavabo en el baño del cine. Me eché agua fría en la cara y luego hurgué en el bolso en busca de chicles y me metí tres de golpe en la boca. Tenía círculos negros de rímel alrededor de los ojos, que más o menos conseguí limpiar con un dedo mojado. Consulté el móvil. Casi las cinco. Tenía que estar en el teatro de la universidad al cabo de una hora, pero estaba a tan solo diez minutos a pie. ¿Qué podía hacer durante una hora que fuera algo corriente, para nada dramático y que estimulara el ánimo? La respuesta era obvia: ir de compras.

Así que una hora más tarde llegué al teatro con dos tops nuevos y sintiéndome casi normal.

—¡Donna! —exclamó Kyra con tono de alivio. Llegaba diez minutos tarde: una cola gigantesca en las cajas registradoras de Primark. Me dio un rápido abrazo—. Estoy emocionada por tu actuación en la obra.

—Gracias... yo también —respondí, mirando por encima del hombro—. ¿Ha... eh... llegado todo el mundo?

Automáticamente bajó la mirada como para comprobar la lista que llevaba en su carpeta sujetapapeles, pero solo la estiró. Se aclaró la garganta.

—Will y Dan no han llegado todavía, aunque queda tiempo —no era de extrañar que Kyra pareciera atacada por el pánico. Will y Dan eran superpuntuales, y aunque se las podrían arreglar sin el papel de Will, no se podía representar *Romeo y Julieta* sin Romeo. Kyra se rascó la frente con el bolígrafo—. Les daré diez minutos; luego tendremos que preparar un plan de emergencia... ¡Ah! —seguí su mirada. Era Will, pero sin Dan. Ni siquiera reparó en mí.

—Lo siento mucho, Kyra. Dan ha estado levantado toda la noche por una intoxicación alimentaria. Pensaba que ya estaba bien, pero cuando estábamos a mitad de camino de aquí ha empezado a vomitar otra vez. Se ha marchado a casa.

Kyra se golpeó la cabeza con la carpeta sujetapapeles.

—*Mierda.*

—Ya lo sé. Lo siento mucho —repitió Will.

—No es culpa tuya —repuso Kyra de inmediato—. *Joder*, ¿por qué no me lo ha dicho antes?

—inquieta, se dio golpecitos con el bolígrafo en los dientes—. Vale. Will, después de Dan, eres el miembro más reciente del club de teatro. A partir de este momento eres Romeo. ¿Te sabes el papel?

—Bueno, sí, pero...

—Perfecto... —le dio una fugaz palmada en el hombro.

—Gracias a Dios que eres tú, ¿eh? —Will soltó una risita nerviosa, pero Kyra ya se había largado a toda prisa para contárselo a los demás.

Will observó cómo se marchaba y, luego, se fijó en mí. Nuestras miradas se encontraron. Encogió los hombros con aire de tristeza. Yo asentí con un gesto: «Ya lo sé». Acto seguido, se alejó en dirección al camerino de los hombres.

Una hora más tarde observé entre bastidores su entrada en escena. Me encontraba a un millón de kilómetros de Julieta. Era la Donna normal y corriente, y me preguntaba seriamente si sería capaz de pasar por aquello. Cerré los ojos con fuerza, me concentré en la respiración y traté de regresar al estado de limbo de mi paseo por la playa a primera hora de la mañana. «Aquí me tenéis, señora, ¿qué deseáis?». La segunda frase de Julieta. La repetí moviendo los labios sin hablar una y otra vez ya que, por alguna razón, sentía que era la frase en la que tenía que concentrarme. «Aquí me tenéis, señora, ¿qué deseáis?».

Salí a la luz de los focos. Mis amigos y mi familia se encontraban entre el público. No había marcha atrás.

Al principio, todo transcurrió con normalidad. Pero luego, cuando Julieta y Romeo se conocen, en aquella escena de la fiesta que Will y yo habíamos representado en el parque — cuando nos besamos por primera vez—, fue como si Julieta y yo nos hubiéramos fundido en una sola persona. Shakespeare proporcionaba las palabras; yo proporcionaba las emociones. No sabía quién era yo, solo sabía que la poesía me resultaba casi insoportable. Y los momentos previos al beso fueron una tortura.

Parecieron haber transcurrido horas y, al mismo tiempo, segundos, hasta que llegamos a él. Will me tomó de la mano y me sostuvo la mirada con ternura.

—Si con mi mano, por demás indigna, profano este santo relicario, he aquí la gentil expiación: mis labios, como dos ruborosos peregrinos, están prontos... —hizo una pausa, y el mundo entero se condensó en un latido de corazón. Podríamos habernos encontrado en la mismísima Verona teniendo en cuenta la conciencia que yo tenía del público— ... a suavizar con un tierno beso tan rudo contacto —dio un paso para acercarse más.

Cuando nuestros labios se juntaron, me podría haber echado a llorar. Romeo olía a Will, y besaba como Will. Y, de pronto, dos palabras me vinieron a la cabeza.

«Le amo.»

Me detuvo en seco lo suficiente como para atascarme en mi siguiente frase, aunque probablemente dio una nota de autenticidad por la tensión sexual y el enamoramiento que flotaba en el aire. *Mierda*. Le amaba. Sí, le amaba. Y resultaba tan natural como sentir frío y querer ponerse un jersey. Me había enamorado de Will y tenía que estar con él. Fin de la historia.

Más tarde, mientras Romeo observaba a Julieta, situada junto a la ventana, ¿era la voz de Will —o la de Romeo— la que temblaba, anhelante?

—Pero, ¡silencio! ¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente y Julieta, el sol!

«Le amo.»

Cuando Romeo vio a Julieta, aparentemente muerta, los ojos de Will se cuajaron de lágrimas y recitó con voz ahogada:

—¡Ojos míos, lanzad vuestra última mirada! ¡Brazo, dad vuestro último abrazo! Y vosotros, ¡oh, labios!, puertas del aliento, sellad con un legítimo beso de pacto sin fin con la acaparadora muerte —mientras bebía el veneno le temblaba el labio inferior y una gota se le escapó por la barbilla. Con un dedo, la condujo hasta su boca. Resultó un gesto vulnerable, humano, hasta un punto insoportable y me entraron ganas de salir corriendo hacia él y abrazarle eternamente.

«Le amo.»

Esta vez, la escena de mi muerte fue menos dramática. Más real. Julieta había perdido a Romeo para siempre. Yo había estado a punto de perder a Will. Tal vez lo había perdido. Era un buen actor: quizá solo estaba actuando.

Mientras fingía clavarme su puñal y recitaba las palabras —«Enmohécete aquí y dame la muerte.»—, una oleada de sombría desesperación me envolvió como agua helada. Lloré en silencio, imparable, y no me detuve ni siquiera cuando me encontraba fuera del escenario y oí las últimas frases de la obra: «Pues nunca hubo historia más dolorosa que esta de Julieta y su Romeo».

Mientras el público irrumpía en aplausos, entré en el escenario, aturdida. Will y yo nos tomamos de la mano e hicimos la reverencia, y los vítores se volvieron ensordecedores. Todo el mundo se levantó —¡ovación en pie!—, pero yo solo podía verlo a él. Me apretó la mano con fuerza y cuando nos miramos y sonreímos sus ojos estaban húmedos.

Después, me vi rodeada de pronto por otros miembros del reparto que me felicitaban y se abrazaban mutuamente. En medio de la emoción, Will desapareció. Miré por todas partes, corriendo como una demente desde el camerino a los lavabos y a la entrada del teatro.

Se había marchado.

—¡DONNA! —Ashley se lanzó hacia mí en el instante mismo que salí por la puerta de artistas, pegó un salto y me rodeó la cintura con las piernas y el cuello, con los brazos—. ¡Estoy tan orgullosa de ti! —chilló. Se bajó de un salto—. Has estado impresionante —me dio un puñetazo en el brazo—. ¡Es usted un actor genial, señora!

—Ay, gracias —respondí mientras me abanicaba—. He hecho todo lo posible —traté de entablar conversación, pero era como si no pudiera resistirme a buscar a Will. No paraba de apartar los ojos de la cara de Ashley y dirigirlos a uno y otro lado del camino de la puerta de artistas.

—Los demás vienen ahora —explicó, obviamente dando por supuesto que los buscaba a ellos—. Flojos de vejiga, ya sabes —pero en realidad no la escuchaba. Chasqueó los dedos frente a mi cara—. ¡Donna! —arrastré mi mirada de vuelta hacia ella y me clavó los ojos—. No seguirás, en plan, metida en el personaje, ¿verdad? Porque tengo que decir que esas cosas me dan yuyu...

Negué con la cabeza.

—No encuentro a Will.

Arrugó la nariz.

—Ah. ¿Por qué lo necesitas?

Ni siquiera hice una pausa.

—Porque creo que estoy enamorada de él.

—¡¿QUÉ?! —su expresión de sorpresa recordaba a la de los dibujos animados. Si se hubiera arrancado los globos oculares, los hubiera frotado y luego los hubiera vuelto a encajar, no podría haberse parecido más a *Tom y Jerry*.

Me encogí de hombros.

—Sí. Acabo de darme cuenta.

—Ya *sabía* que algo estaba pasando cuando hicisteis las reverencias —me agarró del brazo—. ¡Agh, qué emocionante!

—Sí, no, no sé —respondí—. Salió por piernas cuando abandonamos el escenario... —tragué el nudo que tenía en la garganta—. Creo... —el labio me empezó a temblar, pero respiré hondo y lo intenté de nuevo—. Ash, creo que solo estaba actuando.

Sacudió la cabeza de un lado a otro con firmeza.

—Ni hablar. Te quiere, totalmente. Definitivamente.

Le miré de reojo.

—Totalmente y definitivamente. En ese caso, debe de ser verdad.

—Vale, no hace falta ponerse en plan gruñón —frunció los labios—. De todas formas, ahora no tiene sentido preocuparse por eso. Nos vamos todos juntos a nuestra comilona por la increíble Donna. ¡Donna Comilona! ¡Me encanta...! Lo más probable es que te llame, quedaréis y viviremos felices y comeremos perdices, ¿vale?

Me encogí de hombros.

—Lo que tú digas.

Me tomó del brazo y empezó a guiarme hacia los demás del grupo, y hacia mis padres, que acababan de aparecer por la esquina del edificio.

—Más le vale estar enamorado de ti, joder —comentó Ash con tono amigable—. Sin él, eres una tipa malhumorada.

Fruncí el ceño.

—Para nada —una oleada de lástima de mí misma me envolvió. Debería estar de subidón por mi triunfante debut teatral en el papel de Julieta pero, en cambio, me sentía enfurruñada y asustada. ¿Dónde se había ido? ¿De veras estaba solo actuando? A ver, yo sabía que era buen actor, pero ¿bueno hasta ese punto? ¿Acaso alguien lo era? Ashley me pegó un golpe con la cadera.

—Tía. Anímate. En serio. Ni se te ocurra ponerte en plan «¡buaaa! Nadie me quiere» cuando acabas de tener a todo el público de un teatro dándote una ovación en pie.

Solté un suspiro.

—Es verdad. Lo siento —agité los hombros, sacudí el pelo y esboqué una sonrisa deslumbrante. O, al menos, una sonrisa—. ¿Lo ves? Ya me he animado.

—Bien —resopló.

Ashley tenía razón, reflexioné cuando alcanzamos a mis amigos y mi familia y me colmaron de abrazos y alabanzas y hasta me entregaron un ramo de flores. Debería relajarme y disfrutar de la noche. Mi noche. Porque, por la razón que fuera, había actuado de puta madre en el escenario. Me merecía sentirme inteligente y en plan diva unas cuantas horas, joder.

Pero, ay, el tirón de Will me resultaba poco menos que insoportable. En el restaurante, las piernas se me disparaban arriba y abajo como pistones bajo la mesa. Al final, Ollie y Cass, que estaban sentados a ambos lados de mí, me agarraron una pierna cada uno mientras comían con la otra mano.

—Le sigues gustando, eso fijo —aseguró Rich después de otras trescientas veinticuatro veces.

—Probablemente se lo ha llevado su madre, o algo así —elucubró Jack.

—No lo creo —respondí mientras enrollaba los espaguetis con el tenedor—. Su madre no es de esas personas que se llevan a sus hijos.

—Vale... —dijo Sarah, que se limpió las manos en la servilleta mientras pensaba.

Jack intervino:

—Puede que su madre haya reservado mesa en un restaurante —los otros me miraron con expectación, como si eso *tuviera* que ser.

Reflexioné sobre el asunto. Mis padres, quienes en condiciones normales no se sentarían juntos en un restaurante, iban a hacer un esfuerzo para sacarme en plan familiar al día siguiente, como en los viejos tiempos, para celebrar mi gran éxito. Sabían que esa misma noche mis amigos querrían invitarme y estaba agradecida por estar con la panda, la verdad sea dicha. Pero Will era diferente. Él y su madre estaban unidos; tenía sentido que celebraran juntos el éxito de la obra. «Sí, quizá esté con ella —pensé, esperanzada—. Pero claro, quizá no.»

Subí y bajé los hombros un par de veces.

—Mmm. Puede ser.

—De hecho, para ser sincera... —empezó a decir Cass.

—¿Sí? —dije yo.

—Bueno... Tal vez pensó que eras *tú* quien solo estaba actuando. Dijiste que no querías tener nada más que ver con él.

—No le falta razón —convino Ash mientras cortaba el filete—. Lo más seguro es que Will no tenga ni idea de que sientes algo distinto que antes.

—Mmm —no se me había ocurrido. Enterré la cabeza en las manos—. ¿Qué voy a hacer? —la pregunta salió amortiguada. Silencio. Levanté la vista, molesta—. ¿HOLA? He *dicho*: ¿Qué voy a hacer?

Intercambiaron sufridas miradas y, luego, Ashley dijo:

—No te va a gustar.

—¿*Qué* no me va a gustar? —espeté, poco menos que rechinando los dientes. Ashley miró a Cass y a Sarah como si les estuviera preguntando en silencio quién me lo iba a explicar. ¿Pero qué clase de telepatía extraña era esa? ¿Y por qué yo no tenía ni puta idea de lo que querían decir?

—Vas a tener que decirle lo que sientes —dijo Sarah.

Ah. Eso.

—Correcto —aprobó Cass—. Ábrete. Muestra algo de vulnerabilidad.

Ollie me dio unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes, tesoro. Nosotros, los hombres, sabemos cómo te sientes.

—Totalmente —dijo Rich—. Mostrar emociones. Puaj —se estremeció mientras Jack asentía con fervor.

—Es la única manera, Don —explicó Cass, lanzando a Ollie una mirada que decía «no estáis ayudando»—. Will no sabrá lo que sientes hasta que se lo digas.

—Pero ¿y si no quiere volver? —pregunté.

—¡SÍ QUE QUIERE! —corearon al unísono. Algunas personas de las mesas cercanas se giraron un instante para ver qué pasaba. Una de ellas —una mujer de mediana edad vestida en tonos *beige* de pies a cabeza— se quedó mirando sin disimulo, boquiabierta. Le devolví la mirada y le pregunté si quería una foto. Se ruborizó y apartó los ojos, mascullando algo de forma enigmática a su marido. Miré a los otros y puse los ojos en blanco, pero el hecho de hacer frente a esa señora entrometida me recordó que yo no era una gallina. Jamás lo había sido. Así que no debería asustarme por decirle a Will lo que sentía. Apartarle de mí había sido un error. La gente comete errores todo el tiempo. Y si él no lo entendía... bueno, entonces yo habría hecho todo lo posible.

—Vale —acepté mientras sujetaba el tenedor y daba vueltas a los espaguetis—. Tenéis razón.

—¿Así que vas a decirle lo que sientes? —preguntó Jack, con un deje de sorpresa.

Me encogí de hombros.

—Es lo que he dicho, ¿verdad? —tragué el bocado—. Bueno, ¿qué era eso que estabais comentando acerca de mi brillante interpretación de Julieta?

Y pasamos a otro tema mientras yo trataba de ignorar el puño de miedo que se iba cerrando en mi interior, preparándose para atravesarme limpiamente el corazón si mis amigos estaban equivocados y Will no quería saber nada de mí. Porque, en realidad, ¿cómo podía culparle si no quería?

25

Puedo verte? Por favor? Tngo cosas q dcirte... D.

Pasé un domingo angustioso esperando la contestación de Will, y el corazón me daba un bote cada vez que recibía un sms. Estaba deseando llamarle o enviarle más mensajes de texto, pero me abstuve. O no tenía intención de quedar conmigo, en cuyo caso enviar más mensajes no serviría de nada, o bien se lo estaba pensando, en cuyo caso sentirse bombardeado le resultaría un fastidio. De todas formas, ahí estaba el gran problema: el equipaje. Hayden decía que yo era demasiado intensa. No quería ser intensa.

Pero el domingo acabó sin palabra alguna de Will, y me fui a la cama sintiéndome abatida, rechazada y triste. Por descontado, no tenía derecho a sentirme rechazada. Pero así era. Le echaba tanto de menos que me dolía físicamente, justo en mitad del cuerpo. Me tumbé, hecha un ovillo, porque la franja tirante alrededor del estómago que me producía la añoranza por él me hacía sentir que, si me tumbaba estirada, me partiría en dos.

El sol entraba a raudales por las cortinas cuando abrí los ojos la mañana siguiente. Lunes, uno de abril. Día de los Inocentes en el Reino Unido. Como movida por un resorte, saqué el móvil.

Will había contestado.

Ok. ¿Parque, l mismo stio dl otro día, 11.00?

Respondí que nos veríamos allí. Entonces se me ocurrió mirar la hora. Las diez y veintiocho. *Mierda*. Debían de ser más de las dos cuando por fin me quedé dormida pero, ¿las diez y media?

Era, no sé, lo más tarde que me había despertado nunca. Y tenía que estar en el parque —a una distancia a pie de quince minutos— al cabo de media hora. No podía llegar tarde. Sencillamente, no podía.

Corrí a la ducha y me lavé a toda prisa, me sequé con tanta fuerza que me sirvió para exfoliarme el cuerpo entero, me enfundé los vaqueros y un jersey y, luego, tuve que optar entre maquillarme y ponerme las gafas o no maquillarme y disponer de tiempo para colocarme las lentillas. Will nunca me había visto con las gafas. O sin maquillaje. Vacilé unos segundos antes de decidir que no podía ir sin maquillar. Me quitaría las gafas al llegar al parque.

En el piso de abajo encontré una nota de mi padre: volvería del trabajo a tiempo para nuestra cena «familiar» con mamá. Jess regresaba a casa desde la universidad por Semana Santa, así que todo encajaba a la perfección. Le había dicho a mis padres que no era necesario: ya era una chica mayor, lo del divorcio no me afectaba; pero ambos insistieron. El hecho de estar los cuatro juntos iba a resultar de lo más extraño, pero me hacía ilusión. Aunque en ese momento no podía dedicar al asunto una sola célula de mi cerebro. Consulté el móvil: las once menos diez. Si corría, conseguiría llegar a tiempo. Aparté de una patada el correo tirado sobre el felpudo, dispuesta a lanzarme a la calle, pero me quedé inmóvil. Cuando las cartas se esparcieron fuera de la alfombrilla, el sobre de abajo dejó al descubierto cuatro letras negras que me produjeron una sacudida por todo el cuerpo: RADA.

Vacilé unos segundos antes de agarrar el sobre y meterlo en mi bolsillo de cualquier manera: podía esperar. Acto seguido, abrí la puerta de un tirón y eché a correr. Joder, nunca en mi vida había corrido tan rápido. Me obligué a caminar desde la entrada del parque hasta el lugar donde habíamos quedado, aunque llegaba un minuto tarde. Era mejor que desplomarme a los pies de Will hecha un ovillo, sudorosa y falta de aliento.

Lo vi antes de que él me viera a mí. Estaba apoyado en un árbol, con las manos en los bolsillos. No me había visto porque no estaba mirando. Clavaba la vista al frente. Me detuve en seco, de pronto aterrorizada. ¿Qué le estaba pasando por la cabeza? ¿Cómo pensaba que acabaría aquel encuentro? Agarré mi bolso con ambas manos. ¿Era la última vez que lo vería? Haciendo un esfuerzo por respirar con normalidad, me dije que verlo una vez era preferible a no verlo ninguna, y me acerqué a grandes pasos.

Se giró lentamente al oírme; su rostro no denotaba expresión alguna. Parecía cansado y, por irónico que fuera, mayor.

—Hola —me detuve, no estaba segura de si abrazarle o darle un beso en la mejilla o qué. Al final, me quedé quieta, solo me disculpé por llegar tarde.

—No pasa nada —respondió.

Nos miramos el uno al otro.

—Lo siento —dije otra vez—. Cometí un error —su expresión seguía sin cambiar—. ¿Podemos sentarnos? —dudé antes de sentarme en el suelo, a los pies del árbol sobre el que estaba apoyado. Se sentó a mi lado, a una distancia de un metro o más. Se puso a arrancar briznas de hierba.

—Bueno, voy a hablar —anuncié entre risas nerviosas.

Will se encogió de hombros; tenía los ojos clavados en el suelo.

—De acuerdo.

Apoyé la cabeza sobre la corteza rugosa.

—Me gustas mucho. No sabía cuánto hasta que te arrestaron —solté una risita, porque sonaba raro, en plan telenovela; luego, me sentí como una idiota porque la expresión de Will ni siquiera se inmutó. El mal sentimiento que me producía iba a peor. Tragué saliva—. ¿Quieres que siga? —pregunté—. No sé, ¿tiene algún sentido?

Me miró directamente por primera vez, sus ojos se veían apagados.

—Aún no lo sé.

Esbocé una sonrisa.

—Al menos eres sincero —por una décima de segundo, un ligero atisbo de sonrisa cruzó el semblante de Will. O eso es lo que me dije. Respiré hondo, cerré los ojos y, como un torrente, lo solté todo de una vez antes de perder el valor—. La otra noche no estaba solo actuando. Sentí todo lo que parecía que estaba sintiendo. No sé si me entiendes. Nunca me dejaste de gustar. Me han hecho daño antes y cuando descubrí que me habías mentado no me podía creer que hubiera vuelto a ocurrir. Estaba furiosa, pero te echaba mucho de menos. Solo que el orgullo me impedía decir nada. Pero entonces, la representación del sábado por la noche fue tan... tan emotiva y conmovedora que me di cuenta de que tenía que decírtelo. Bueno, para ser sincera, mis amigos me hicieron caer en la cuenta pero, al menos, me di cuenta, ¿vale? Así que te envié el sms y el domingo fue un puto suplicio, esperando a que respondieras, y pensé que te había perdido para siempre y que todo era por mi culpa, pero luego respondiste al mensaje de modo que pensé que quizá no fuera así, y ahora estamos aquí y da la impresión de que me odias (en realidad, te comprendo), así que probablemente estoy perdiendo el tiempo, pero tengo que saber que los conoces... Mis sentimientos, quiero decir... Y lo que siento es que me gustas mucho, muchísimo —abrí un ojo y le miré con los párpados entrecerrados. ¡Estaba sonriendo! Era una media sonrisa extraña, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Las gafas te quedan bien —comentó.

«¿Qué?». Solté un taco y me las arranqué.

—Pensaba quitármelas antes de verte.

—¿Por qué? Te quedan genial.

—Mmm —me puse a limpiar los cristales con furia—. Bueno... ¿alguna respuesta? ¿A lo que acabo de decir?

—Ha sido una pieza encantadora de diarrea verbal —respondió—. Gracias.

Lo miré a la cara, pero era poco menos que un borrón, así que coloqué en alto las gafas y miré a través de ellas como una anciana con una lupa.

—No te odio —añadió.

—Es un buen comienzo —respondí yo. Alargué el brazo y rocé su muñeca con la yema de un dedo—. Lo siento de veras, Will. Cuando estuve con tu madre mientras estabas en la comisaría solo podía pensar que no soportaba la idea de no volver a verte nunca más. ¿Puedes perdonarme?

Frunció el ceño.

—Un momento, ¿estuviste con mi madre? No me ha dicho nada.

Sin pensarlo, me volví a poner las gafas.

—Le pedí que no te lo dijera.

—Ah —hizo una pausa, y luego tomó la mano que le rozaba la muñeca—. Donna —dijo con tono serio—. Te perdono —y me dedicó una sonrisa tan mona que estuve a punto de echarme a reír. Nos miramos el uno al otro, y resultó obvio lo que iba a suceder. Pero entonces, dudó una

décima de segundo, lo cual me hizo dudar a mí y, vacilantes, hicimos un par de arranques en falso antes de que Will soltara un gruñido (lo que resultó, para tu información, sexy de cojones), me agarró por las solapas del abrigo y me atrajo hacia él. Y entonces, por fin, nos besamos. Como por arte de magia, la tensión de los últimos días desapareció. Me rodeó con el brazo y me agaché lo suficiente para colocar mi cabeza en su hombro mientras ambos apoyábamos la espalda en el árbol.

—No más secretos —dijo Will—. Te lo prometo. Nunca tuve la intención de mentirte, Don.

—Ya lo sé —respondí, atontada por la falta de sueño, la felicidad y las vibraciones de su voz.

—Cuando me di cuenta de que pensabas que era mayor que tú, el agujero ya era demasiado profundo —continuó—. No sabía cómo decirte la verdad sin... —hizo una pausa.

—¿Sin qué? —pregunté yo.

—Bueno... sin que reaccionaras de la manera que lo hiciste —me besó la frente y seguimos sentados en silencio durante un rato; el sonido del viento en los árboles estuvo a punto de provocar que me quedara dormida.

—Eh, Donna... —dijo por fin.

—¿Mmm?

—Esto no es una inocentada, ¿verdad?

Me eché a reír.

—Pues no.

—Guay. Solo quería asegurarme. Y las clases... ¿volvemos a darlas?

—Sí —moví la cabeza para verle la cara—. Si te apetece, claro.

—Sí. Otra vez quería asegurarme.

—Entonces... —con aire despreocupado le alisé la parte frontal de la cazadora. El aliento aún se me entrecortaba de felicidad—. ¿Clase mañana?

—Es una cita —y nos besamos otra vez. Sonreí y hundí las manos en los bolsillos.

Mierda. Se me había olvidado por completo: el sobre. Ahí estaba, arrugado bajo mi mano derecha. Lo saqué con cautela y se lo enseñé a Will.

—¡RADA! —exclamó con un grito, y pensé qué mono era y en cómo se me revolvía el estómago, ambas cosas a la vez—. No me puedo creer que no lo hayas abierto, ¡estás loca! ¿Por qué no? ¡Vamos! —añadió.

—Es que... lo acabo de recibir, y no quería llegar tarde y que tuvieras que esperarme —respondí mientras pasaba un dedo por mi nombre.

Will sonrió y me acarició la mejilla.

—Eres un encanto. Pero esto también es importante, Donna. Es tu sueño.

Esbocé una sonrisa débil e hice un gesto de afirmación con la cabeza, de pronto incapaz de articular palabra. Mi destino estaba literalmente en mis manos. Abrí el precinto con lentitud y ambos contuvimos el aliento mientras yo sacaba la única hoja de grueso papel color crema. Solo había unas líneas escritas. Y esto es lo que decían:

Querida Donna:

Muchas gracias por haber realizado una audición en RADA. Nos impresionó tu primera actuación y nos complace informarte que nos gustaría convocarte para una segunda prueba.

Tendrá lugar el viernes, diecisiete de mayo, a las 9.00.

*Un cordial saludo,
Mark Foster.*

Solté aire.

—¡Arrrrggggggggghhhhhhh!

Me lancé a Will y rodeé con fuerza su cuerpo con mis brazos.

—Bien hecho, Donna, ¡es increíble! —exclamó sobre mi hombro. Me retiré para mirarle.

—Soy muy feliz —declaré. Y realmente lo era.

26

—Bueno... ¿dónde estábamos? —preguntó Will.

Estábamos sentados a la mesa, mi cuaderno preparado, todas sus cosas cuidadosamente colocadas frente a él. Igual que antes, solo que distinto. Eso confiaba yo.

Le dediqué una sonrisa arrepentida, o eso esperaba que fuera.

—¿Te estaba diciendo que no quería volver a verte?

—Ja, ja. Eso es —se aclaró la garganta y sonrió—. Qué grosería.

—Sí, lo siento —sonreí y me recosté en la silla—. Pero si lo que preguntabas era dónde estábamos en cuanto a *Romeo y Julieta*, no tengo ni flores.

—¿Ni flores? —frunció el ceño, desconcertado.

—Ni flores: ni pajolera idea —puse los ojos en blanco—. Y yo que pensaba que, supuestamente, tú eras el joven.

—¡Ah! —se rio—. Tiene gracia.

—Ya lo sé —asentí con aire erudito—. Soy una persona bastante peculiar.

—Es una manera de expresarlo... —esbozó una sonrisa burlona y lo miré como diciendo «ja, ja, ja», pero se puso a buscar algo entre sus apuntes—. Ah, aquí está —sacó un cuadernillo de hojas de DIN A4 grapadas y lo giró para que yo lo viera—. Preguntas de exámenes antiguos —colocó el cuadernillo en la mesa, frente a mí—. Debes de saber más de *Romeo y Julieta* que los propios examinadores, así que cambiamos de tema.

Ladeé la cabeza.

—Estás muy sexy cuando te pones en plan profe.

Se inclinó hasta el otro lado de la mesa y me besó.

—Gracias —repuso con tono serio, pero las mejillas se le crispaban por el esfuerzo de no sonreír.

Le agarré de la muñeca y le giré el brazo para ver su reloj.

—Debe de ser hora de un descanso. ¿No te parece que es hora de un descanso?

Se echó a reír, incrédulo.

—¡Pero si acabamos de empezar!

—Ugh —me repantingué en la silla—. Ha sido eso del profe sexy. Me ha hecho cambiar de opinión —pegué un chillido y me agaché mientras Will se lanzaba hacia mí desde el lado contrario de la mesa.

—¡AGH! —rugió—. ¡DEJA DE DISTRAERME!

—¡AAAY! —chillé.

«¡Hoooola!», dijeron mis partes íntimas.

«Basta ya —les reprendí con firmeza—. Tengo que trabajar.» Entonces solté un resoplido de risa al caer en la cuenta de lo que estaba haciendo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó Will, que retorció la boca como cuando notas que hay un chiste, pero no lo acabas de pillar.

Solté risitas un tanto histéricas.

—Acabo de echarles la bronca a mis partes íntimas —mi cerebro llegó tarde para callarme la boca. Enterré la cara entre las manos y solté un gruñido—. ¡Mierda! Lo siento. Me he pasado dando información.

Will se rio, nervioso, y el alma se me cayó a los pies al darme cuenta de que no estaba preparado en absoluto para escuchar referencias sobre la vagina. No me podía creer que le hubiera ahuyentado tan pronto, haciendo bromas sobre mi manera de funcionar. Era genial volver a estar juntos pero, al mismo tiempo, resultaba un tanto extraño. Todavía me sentía fatal por haber hecho un drama con respecto a su edad. Lo más seguro era que aún se sintiera culpable por no haberme dicho antes cuántos años tenía. Y luego estaba el recuerdo de la última vez que habíamos estado en mi casa, cuando intenté acostarme con él y me rechazó. Aquello todavía me hacía estremecer, y no en el buen sentido. Hoy el ambiente podría resultar de lo más violento, y en cualquier situación potencialmente violenta, mi política, probada y acreditada, era sacar la parte graciosa.

He dicho probada y acreditada. Con Hayden no funcionó tan bien. Me rasqué la frente con el bolígrafo. *Mierda.*

Me aclaré la garganta y me preparé para dar un tono ligero, lejos de sustos.

—Bueno —agité una mano en el aire—. Sigamos...

—Vale —sonrió y levantó las cejas—. ¿Ya podemos ponernos a trabajar como es debido? —no parecía avergonzado, pero igual estaba disimulando.

—Sí. Perdona —me rebullí en la silla con aire formal, en plan manos-a-la-obra, y apoyé la barbilla en una mano—. Continúa.

—De acuerdo —respiró hondo—. Empezaremos por la primera pregunta...

Hice lo posible por concentrarme mientras trabajábamos sobre la mejor manera de responder, pero la mente me divagaba todo el rato. ¿Estábamos de vuelta donde nos habíamos quedado? ¿Éramos novios? ¿Dónde pensaba Will que llegaríamos a partir de aquí?

—¿Donna?

Levanté la vista de los apuntes, que había estado mirando sin ver durante Dios sabía cuánto tiempo.

—Mierda. Perdona, lo siento —zarandeé el cuerpo—. Es que no me puedo concentrar.

Will soltó el bolígrafo.

—Yo tampoco. Me cuesta unir una frase con otra —sonrió y se inclinó para volver a besarme. Resultaba más bien incómodo estar separados por la mesa. De modo que me encaramé a ella y me arrodillé delante de él. Me sujetó el pelo formando un moño en la nuca y nos besamos, lo que me provocó una descarga de electricidad por todo el cuerpo en un circuito particular de «mm-mmm».

Pero ahora, ¿qué? ¿Seguía siendo eso todo cuanto quería Will? Me aparté unos segundos y nos

quedamos mirándonos. Se dejó caer en la silla, con lo que me quedé descollando por encima de él. Me giré para sentarme con las piernas colgando a su lado.

Me volvió a mirar y entrecerró un poco los ojos como si quisiera decir algo. El corazón me empezó a dar golpes de una manera diferente, en absoluto agradable.

—Sigue —apunté.

Suspiró y trazó un círculo en mi rodilla con el dedo.

—Me estoy enamorando de ti.

—¡Ay, menos mal, *joder!* —exclamé, y los hombros se me hundieron de puro alivio—. ¡Creí que ibas a decir que habías cambiado de opinión!

—¡Ni hablar! —respondió Will—. ¿Cómo se te ha ocurrido pensarlo? —movió la silla de modo que se quedó sentado con mis piernas a ambos costados y me colocó las manos en la cintura. Nos miramos a los ojos, se mordió el labio y aspiró aire con suavidad.

—Eres preciosa —dijo—. E independiente y una monada y sexy y divertida —negó con la cabeza sin apartar ni un momento de mí sus increíbles ojos—. No te pareces a nadie que haya conocido jamás. Me quedé destrozado cuando me dejaste... No podía, no puedo, soportar la idea de estar sin ti.

Solté una carcajada de puro deleite.

—¡Guau! Gracias... —hice una pausa—. ¿No piensas que tengo «problemas»? —puse cara de idiota y marqué en el aire grandes comillas idiotas.

Se encogió de hombros.

—Don, me arrestaron por culpa de mi madre —sonrió ante mi expresión de «¿Cómo puedes decir eso?!»—. Ya sabes a lo que me refiero. El caso es que todos tenemos problemas. No pasa nada con tus problemas. No te convierten en antipática, ni en una mala persona o lo que sea.

Me bajé de la mesa de un impulso para sentarme a horcajadas encima de él y le rodeé el cuello con los brazos.

—Yo pienso lo mismo sobre ti —dije mientras lo besaba—. Y no te pareces a nadie que *yo* haya conocido jamás.

—Por lo que se ve, encajamos a la perfección —dijo con una nota de cursilería pero, a ver, me estaba encantando. Nos besamos otra vez y se rebulló en la silla mientras se reía por lo bajo—. Me estás haciendo cosas, Don.

Sonreí de oreja a oreja.

—Ya me he dado cuenta —me bajé de sus rodillas de un salto y, sin pronunciar palabra, le conduje al piso de arriba.

Cerré la puerta y me giré para mirarlo. Intercambiamos sonrisas. Luego, nos echamos a reír.

—Hola —dije, saludando con un leve gesto de la mano.

—Hola.

Entonces, sin que yo pudiera decir nada más, Will me agarró del jersey y me atrajo hacia él. Nos besamos, y solo nos detuvimos para que pudiera sacarme el jersey por la cabeza, pero mi camiseta se atascó, de forma que tuvo que tirar de ella hacia abajo antes de sacar el jersey por la cabeza. Nos reímos otra vez, y traté de quitarle su camiseta, y nos quedamos atascados otra vez. ¿Por qué los chicos se quitan las partes de arriba de manera diferente a las chicas? Se las sacan por la cabeza desde la espalda. Nosotras cruzamos los brazos, agarramos las esquinas opuestas y

tiramos hacia arriba. ¿Quién nos enseña a hacerlo de manera diferente? Pero igual nos daba. Provocaba que la expectación resultara más intensa, y le daba a Will un aspecto acalorado y desaliñado de lo más sexy, lo cual me daba a entender que a mí me ocurría lo mismo.

Dio un paso atrás para observarme. Yo estaba frente a él, en vaqueros y sujetador. Sonrió mientras asimilaba lo que estaba viendo; pero resultó tierno, para nada sórdido. Alargó el brazo y colocó sus manos a ambos lados de mi pecho, como si fuera a levantarme en el aire, y pasó los dedos por los laterales de mi sujetador. Sonó un frufú. Acercándose más, deslizó las manos hacia mi espalda y desabrochó los corchetes. Coloqué una mano en su mejilla, noté en la palma el cosquilleo de su mandíbula, cubierta de un rastrojo de barba, y lo besé. Le acaricié la espalda y bajé las manos hasta meterlas bajo la cintura de sus vaqueros. Ambos nos reímos cuando mis manos se encontraron con un trasero desnudo. ¡No llevaba calzoncillos! Él también metió las manos bajo mis vaqueros y fingió un suspiro de desilusión al descubrir que yo sí llevaba ropa interior. Entonces, como si de una señal invisible se tratara, ambos nos quitamos la ropa que aún llevábamos puesta y nos trasladamos a mi cama. Nos tumbamos, con nuestros cálidos cuerpos pegados, nos besamos y empezamos a explorarnos mutuamente.

Me mordisqueó la oreja y susurró:

—Enséñame dónde te toco —lo más sexy que nadie me hubiera dicho antes o me ha dicho desde entonces. Le tomé de la mano y se lo enseñé, y no necesitó más indicaciones.

Cuando estaba con Hayden había pensado que el sexo con él era impresionante porque teníamos una auténtica conexión. A partir de ese momento supe que era una chorrada total.

Pero Will... Will encajaba en una categoría bien diferente. Sus ojos apenas abandonaban los míos, nos hablábamos el uno al otro, y cuando insistió en tomarlo con calma hasta el punto que le advertí de los problemas que tendríamos si no iba a por ello en plan, ¡YA!, se carcajeó maliciosamente, disfrutando de su autoridad. Entonces, en efecto, fue a por ello, con todas sus fuerzas. Maldita sea, estuve a punto de sufrir una experiencia cercana a la muerte. De mi boca salían sonidos que habrían resultado por completo embarazosos de no haber sido porque todos mis sentidos se habían concentrado en hacer frente a la demente y salvaje danza de alegría que, entre giros y remolinos, me recorría de la punta del pie a las yemas de los dedos y viceversa. Y Will no se contuvo para nada. Menos mal que mi padre no estaba en casa. Resultaba difícil respetar la intimidad de una persona que te iba radiando comentarios en directo.

Después nos quedamos tumbados, enmarañados y faltos de aliento. El edredón se había caído de la cama mucho tiempo atrás y el pie se me atascó en una esquina de la sábana, que se había soltado del colchón. Tal vez nos deberíamos haber quedado tumbados en agotado mutismo pero, en cambio, nos aferramos el uno al otro y empezamos a temblar de risa silenciosa. Fue como compartir el más delicioso chiste privado.

—¿Por qué nos hace gracia? —pregunté con un resoplido.

—¡No lo sé! —Will soltó una risita en mi pelo. Hizo una pausa—. ¡Somos unos cracks del sexo!

—¡Es verdad! ¿Cómo es posible que fueras virgen? —le di unas palmadas cariñosas en el pecho—. Se te da de miedo.

—Mmm, gracias —respondió, besándome—. He tenido una profesora excelente.

Solté una risita.

—Quizá debería poner un anuncio en la biblioteca —de pronto, me asaltó un pensamiento

terrible—. Dios, ¿y si no hubiera ido a la biblioteca aquel día? —dije al tiempo que me incorporaba sobre un codo.

—No lo pienses —respondió—. Aunque lo más seguro es que nos hubiéramos acabado conociendo de alguna manera.

—¿Cómo? ¿En plan «estaba escrito»? —busqué su mirada y él esbozó una sonrisa.

—¿Por qué no?

Nos sonreímos mutuamente durante unos instantes y, luego, me dejé caer hacia atrás y el repunte en nuestro equilibrio nos devolvió a suave-hormigueo-*mmm*.

—Eres impresionante, en serio —susurró Will mientras trazaba círculos y figuras de ochos en mi frente, lo cual yo imité en su pecho. Un océano de emoción me invadió por dentro. Mis ojos no eran lo bastante grandes como para ver a Will en su totalidad, y mi corazón no era lo bastante grande como para abarcar lo que sentía por él. Era incapaz de imaginarme sintiendo algo así por cualquier otra persona, jamás.

Todo mi ser me pedía que lo dijera, pero no podía. Mira lo que pasó cuando se lo dije a Hayden, aunque aquello no era real. Y esto sí era real. Tenía que serlo. Un poco más real y yo explotaría.

Entonces Will, como el chico valiente y brillante que era, susurró:

—Está bien. Lo puedes decir.

De modo que lo dije.

—Te quiero, Will.

Sonrió y me puso las yemas de los dedos en los labios.

—Yo también te quiero.

Permanecimos tumbados, abrazados uno al otro mientras la felicidad me envolvía de la cabeza a los pies y me cubría los párpados de modo que, cuando cerré los ojos, la oscuridad era cálida y acogedora. La respiración de Will fue adquiriendo su velocidad normal y coloqué mi mano en su pecho; el ritmo amortiguado de su corazón me tranquilizaba y me asustaba al mismo tiempo. Yo era inteligente antes de conocerlo —ahora lo sabía—, pero fue él quien me hizo caer en la cuenta. Me había dado tantas cosas, y yo también le había ayudado. Iguales desde el primer momento. Eso me gustaba. Gracias a él iba a aprobar los exámenes y, probablemente, iría a la escuela de arte dramático en septiembre, mientras que a él aún le quedaría otro año de bachillerato. La idea entraba y salía de mi mente. Un puente que cruzar más adelante, si es que teníamos que cruzarlo. Tal vez solo nos dejaríamos arrastrar por la corriente, los dos inmersos en ella.

Will cambió de postura, me tomó de la mano y la apretó con fuerza. Estiré el otro brazo para encontrar el edredón y lo ceñí a nuestro alrededor. Entonces, con la sensación de que nada podría volver a herirme, me quedé dormida.

Sobre la autora

Ali Cronin lleva trece años compaginando la escritura con el desarrollo de contenidos web. Ha trabajado para la BBC Teen, las revistas *Hump*, *Glamour*, *More!*, *The Telegraph*, *The Sun*, *The Mirror* y muchas más publicaciones juveniles.

Título original: *Lessons in love*

© Del texto: 2013, Ali Cronin

© De la traducción: 2013, Mercedes Nuñez

© De esta edición:

2013, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos — Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.librosalfaguarajuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-204-1540-6

© Del diseño de cubierta: 2013, María Pérez-Aguilera

© De la imagen de cubierta: Getty Images

Conversión ebook: Javier Barbado

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)



PRISA EDICIONES Alfaguara Juvenil es un sello editorial del Grupo Santillana

www.librosalfaguarajuvenil.com

Argentina

www.librosalfaguarajuvenil.com/ar

Av. Leandro N. Alem, 720

C 1001 AAP Buenos Aires

Tel. (54 11) 41 19 50 00

Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia

www.librosalfaguarajuvenil.com/bo

Calacoto, calle 13, n° 8078

La Paz

Tel. (591 2) 277 42 42

Fax (591 2) 277 10 56

Chile

www.librosalfaguarajuvenil.com/cl

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

Colombia

www.librosalfaguarajuvenil.com/co

Carrera 11A, n° 98-50, oficina 501

Bogotá DC

Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica

www.librosalfaguarajuvenil.com/cas

La Uruca

Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste

San José de Costa Rica

Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05

Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador

www.librosalfaguarajuvenil.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre

Quito

Tel. (593 2) 244 66 56

Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

Siemens, 51

Zona Industrial Santa Elena

Antiguo Cuscatlán — La Libertad

Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20

Fax (503) 2 278 60 66

España

www.librosalfaguarajuvenil.com/es

Avenida de los Artesanos, 6

28760 Tres Cantos — Madrid

Tel. (34 91) 744 90 60

Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos

www.librosalfaguarajuvenil.com/us

2023 N.W. 84th Avenue

Miami, FL 33122

Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32

Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

26 avenida 2-20

Zona nº 14

Guatemala CA

Tel. (502) 24 29 43 00

Fax (502) 24 29 43 03

Honduras

www.librosalfaguarajuvenil.com/can

Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán

Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626

Boulevard Juan Pablo Segundo

Tegucigalpa, M. D. C.

Tel. (504) 239 98 84

México

www.librosalfaguarajuvenil.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274

Colonia Acacias

03240 Benito Juárez

México D. F.

Tel. (52 5) 554 20 75 30

Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá

www.librosalfaguarajuvenil.com/cas

Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,

Calle segunda, local 9

Ciudad de Panamá

Tel. (507) 261 29 95

Paraguay

www.librosalfaguarajuvenil.com/py

Avda. Venezuela, 276,

entre Mariscal López y España

Asunción

Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú

www.librosalfaguarajuvenil.com/pe

Avda. Primavera 2160

Santiago de Surco

Lima 33

Tel. (51 1) 313 40 00

Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico

www.librosalfaguarajuvenil.com/mx

Avda. Roosevelt, 1506

Guaynabo 00968

Tel. (1 787) 781 98 00

Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana

www.librosalfaguarajuvenil.com/do

Juan Sánchez Ramírez, 9

Gazcue

Santo Domingo R.D.

Tel. (1809) 682 13 82

Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.librosalfaguarajuvenil.com/uy

Juan Manuel Blanes 1132

11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42

Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela

www.librosalfaguarajuvenil.com/ve

Avda. Rómulo Gallegos

Edificio Zulia, 1º

Boleita Norte

Caracas

Tel. (58 212) 235 30 33

Fax (58 212) 239 10 51